



Enrique de la Garza  
María Eugenia de la O.  
y Javier Melgoza (c. s.)

8699



## LOS ESTUDIOS SOBRE LA CULTURA OBRERA EN MÉXICO

María Eugenia de la O.  
Enrique de la Garza  
y Javier Melgoza  
coordinadores

LOS ESTUDIOS SOBRE LA CULTURA  
OBRERA EN MÉXICO



**PENSAR 5  
CULTURA**



Dirección  
General de  
CULTURAS POPULARES  
CENTRO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



**BIBLIOTECA**  
**CENTRO DE INFORMACION**  
**Y DOCUMENTACION**  
*Dirección General de Culturas Populares*





**LOS ESTUDIOS SOBRE  
LA CULTURA OBRERA  
EN MÉXICO**



**BIBLIOTECA  
CENTRO DE INFORMACION  
Y DOCUMENTACION**

*Dirección General de Culturas Populares*

**PENSAR LA  
CULTURA**



# LOS ESTUDIOS SOBRE LA CULTURA OBRERA EN MÉXICO

María Eugenia de la O.  
Enrique de la Garza  
y Javier Melgoza  
coordinadores



BIBLIOTECA  
CENTRO DE INFORMACION  
Y DOCUMENTACION

*Dirección General de Culturas Populares*



Consejo Nacional  
para la  
Cultura y las Artes  
CULTURAS POPULARES



Casa abierta al tiempo

Clasif. \_\_\_\_\_

Adq. \_\_\_\_\_

Fecha \_\_\_\_\_

Proced. \_\_\_\_\_

Primera edición en Pensar la Cultura: 1997

Coedición: Universidad Autónoma  
Metropolitana-Unidad Iztapalapa  
Dirección General de Culturas Populares  
Dirección General de Publicaciones  
del Consejo Nacional para la Cultura  
y las Artes.

D.R. © De la presente edición  
Dirección General de Culturas Populares  
Av. Revolución 1877-6o. piso, C.P. 01000  
México, D.F.

ISBN 970-18-0319-1

Impreso y hecho en México



**BIBLIOTECA**  
**CENTRO DE INFORMACION**  
**Y DOCUMENTACION**

*Dirección General de Culturas Populares*

## Índice

Presentación .....	11
I. Cultura obrera: la construcción teórica de un objeto de estudio, <i>Enrique de la Garza, María Eugenia de la O, Javier Melgoza</i> .....	15
Introducción .....	15
Los análisis de la cultura .....	16
Identidad y subjetividad .....	30
Posmodernidad, neoindividualismo e identidad ..	37
Los análisis de la cultura sobre la clase obrera ..	41
La perspectiva nacional .....	55
¿Es posible una nueva identidad obrera? .....	63
Bibliografía .....	67
II. Reflexiones sobre la cultura obrera sindical en México, <i>Sergio G. Sánchez Díaz</i> .....	73
Introducción .....	73
Del concepto de cultura obrera y sindical .....	75
De la composición de la clase obrera hoy .....	77
De las corrientes y tendencias sindicales .....	79
Del futuro de la cultura sindical .....	83
Bibliografía .....	86
III. Cultura obrera y procesos de trabajo: debates y propuestas, <i>Juan Luis Sariago Rodríguez</i> .....	89
Introducción .....	89
Cultura obrera y culturas del trabajo .....	93
Replanteamiento de la centralidad de la categoría trabajo .....	95
Cultura obrera e historia del trabajo .....	98
Más allá del debate sobre la cultura obrera .....	99
Bibliografía .....	103



IV. Los obreros de Tornel frente a dos procesos políticos, <i>Angélica Cuéllar Vázquez</i> .....	105
Introducción .....	105
Perspectiva teórica y metodológica .....	106
La experiencia de la unidad .....	111
La dignidad herida .....	114
La necesidad del reconocimiento .....	116
La ruptura y la unidad .....	118
La experiencia electoral .....	121
Reflexión final .....	125
Bibliografía .....	126
V. La dimensión desconocida: el mundo simbólico del trabajo, <i>Luis Reygadas</i> .....	127
Introducción .....	127
La cultura esquiva: alcances y limitaciones de los es- tudios de Sariego sobre cultura obrera y procesos de trabajo .....	128
Hacia un programa de investigación de las culturas del trabajo en México .....	132
Bibliografía .....	138
VI. Conceptos de trabajo, mercados de trabajo y "pro- yectos biográfico-laborales", <i>Ludger Pries</i> .....	141
Introducción .....	141
"Cultura obrera", "conceptos de trabajo", "mercados de trabajo" y el concepto de "proyectos biográ- fico-laborales" .....	144
Trayectorias laborales y conceptos de trabajo: el caso de trabajadores asalariados y trabajadores por cuenta propia en Puebla .....	155
Don Javier: un hojalatero en cambio .....	158
Doña Ángeles: la combinación exitosa de aspectos profesionales, familiares, de mercado y de empresa .....	166
Don Silverio: éxito por trabajo duro y permanente entre clan, empresa y mercado .....	174
Conclusiones .....	181
Bibliografía .....	185
VII. Trabajo, cultura y sociedad: reflexiones sobre la "cultura obrera" y la "reproducción social", <i>Nadya Araujo Castro</i> .....	189

Introducción .....	189
Cultura y sociedad: puntos de partida e <i>impasses</i> de llegada .....	190
Bibliografía .....	208
VIII. Propuesta metodológica para el estudio de sujetos sociales: notas, <i>Hugo Zemelman</i> .....	
Desafíos del conocimiento .....	211
Antecedentes conceptuales .....	213
Especificidad de la problemática .....	215
Cuestiones metodológicas .....	225
Nuevas dimensiones de la objetividad .....	229
Conocimiento y praxis .....	230
Esquematización metodológica .....	232
Observación final .....	234
Bibliografía .....	235



## Presentación

Una revisión, no necesariamente minuciosa, de la literatura reciente sobre la clase obrera mexicana advertiría el decaimiento de algunos *estilos de investigación*\* de viejo cuño y, a la vez, la emergencia y paulatina consolidación de perspectivas de análisis relativamente novedosas en nuestro medio. En efecto, la mayoría de los estudios actuales sobre cuestiones obreras no comparten ya los afanes de las crónicas-descripciones-reseñas-balances de acciones colectivas, tan recurrentes décadas atrás. La investigación reciente se ha desarrollado por caminos poco explorados o francamente inéditos, como aquellos que dirigen su atención al análisis de los procesos de trabajo, la reestructuración productiva, la contratación colectiva, las trayectorias laborales, las prácticas intrasindicales o la capacitación para el trabajo, entre otros. En esta renovación de los estudios obreros, destaca también el interés por aprovechar las potencialidades de técnicas de investigación anteriormente desdeñadas, como las historias de vida, el registro etnográfico, el análisis de discurso o el método biográfico. En suma, no exageramos al afirmar que en el nivel local a este campo de reflexión lo anima hoy día un impulso renovador que se nutre de diversas propuestas teórico-conceptuales y metodológicas —las cuales son, por lo

\* La noción *estilos de investigación* denota un procedimiento concreto para el análisis de la clase obrera: articula un método de investigación, técnica privilegiada, supuestos teóricos, supuestos de realidad y la elección preferente de ciertos temas. Al respecto, véase Enrique de la Garza, "Estilos de investigación sobre la clase obrera", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. L, núm. 4, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, octubre-diciembre de 1988.

demás, moneda corriente en las múltiples polémicas internacionales sobre asuntos laborales.

En este contexto de renovación, destaca el creciente interés de los estudiosos por indagar la dimensión cultural característica de los grupos obreros. Aunque este empeño cuenta en nuestro país con valiosos antecedentes (recordemos, por ejemplo, las investigaciones de Juan L. Sariego, Victoria Novelo y Raúl Nieto), estamos convencidos de que apenas vislumbramos la complejidad de asuntos tales como la cultura política de los contingentes obreros, la cultura laboral tanto de trabajadores como de empresarios, o las expresiones culturales que anudan las prácticas intra y extrafabriles.

Los trabajos reunidos en este volumen subrayan la pertinencia del análisis cultural en los estudios obreros; fueron presentados y discutidos en el marco de una reunión académica auspiciada por el Seminario de Estudios de la Cultura del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, realizada en noviembre de 1993. Los coordinadores del evento solicitamos a los autores documentos de discusión en los cuales, a partir de diferentes enfoques o ángulos de observación, desarrollaran el tema de la cultura obrera: las prácticas sindicales, el mundo del trabajo, los procesos políticos, los mercados de trabajo, la reproducción social y la constitución de sujetos sociales. Así, a partir de un texto introductorio elaborado por los coordinadores, llevamos a cabo fructíferas discusiones en las que participó una veintena de estudiosos interesados en el tema. Esperamos que este volumen dé cuenta de las reflexiones, coincidencias y discrepancias planteadas en ese momento.

La realización del Seminario sobre Cultura Obrera requirió el concurso no sólo de los autores y coordinadores. La idea original se debe a Manuel Valenzuela Arce, a quien agradecemos su decidido apoyo personal e institucional. El Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, a través de su Seminario de Estudios de la Cultura, proporcionó los recursos y generó el espacio de reflexión por demás propicio para emprender nuestros trabajos. A Marta Tello agradecemos sus buenos oficios, paciencia e interés para llevar a buen término el Seminario, desde la idea original hasta la edición de este libro. De igual manera, queremos dejar constancia del entusiasmo y profesionalismo con que Elba Gigante encaró la preparación, logística y seguimiento del Seminario. Por último, nuestro re-

conocimiento a los autores y a los participantes en las sesiones de discusión. Esperamos que esta publicación proporcione nuevos términos y vetas de reflexión provechosos para avanzar en la comprensión interdisciplinaria de la cultura obrera.

*Enrique de la Garza*  
*María Eugenia de la O*  
*Javier Melgoza*



## I. Cultura obrera: la construcción teórica de un objeto de estudio

*Enrique de la Garza  
María Eugenia de la O  
Javier Melgoza*

### *Introducción*

En las postrimerías del siglo XX, cuando se tambalean o resultan poco convincentes las grandes teorías y los paradigmas que ordenaron hasta hace poco la reflexión social, en particular los que se ocuparon del campo cultural, es preciso recapitular algunas de las escuelas y líneas analíticas que han abordado el tema, con el fin de reconstruir perspectivas y conceptos que tiendan a un acercamiento más complejo del fenómeno cultural —sin descartar por ello los hallazgos de investigaciones precedentes.

Como es evidente, el análisis cultural se ha emprendido desde diferentes escuelas teóricas, o aprovechando diferentes recursos metodológicos y técnicos no siempre coincidentes. Así, por ejemplo, la antropología estructural definió la cultura como un código o sistema de reglas; los culturalistas, como modelos o pautas de comportamiento; Pierre Bourdieu y sus colaboradores, como esquemas interiorizados de percepción, valorización y acción en las investigaciones.

En medio de esta proliferación de enfoques polémicos destaca como uno de los asuntos más controvertidos, el que nos conduce al tema de la objetivación de la cultura en distintas clases o grupos sociales. Este problema se torna aún más complejo si concentramos nuestra atención en los



grupos obreros que, por lo demás, han convocado innumerables esfuerzos por parte de los estudiosos de la vida social.

Por esta razón desarrollaremos tres puntos que son, a nuestro entender, fundamentales para introducirnos en las discusiones recientes sobre el análisis cultural de grupos obreros. En la primera parte del ensayo abordaremos brevemente el campo de las definiciones teóricas más importantes en torno al concepto de cultura e identidad, para examinar después algunas de las principales escuelas relacionadas con el análisis de la clase obrera. Finalmente, se discutirán las propuestas de algunos estudios nacionales que plantean la pregunta sobre la existencia o no de una cultura obrera en México.

### *Los análisis de la cultura*

El tema de la cultura ha sido abordado con frecuencia desde dos puntos extremos en la historia de las ciencias sociales. Por un lado se encuentran quienes como Parsons, la entienden sólo por su relación con la estructura social.<sup>1</sup> Por el otro, ubicaríamos a los autores que como Durkheim y Weber, la equiparan con la institucionalidad de la acción individual. Este último camino ha sido retomado por corrientes antropológicas y sociológicas que proponen caminos intermedios, como Giddens en su teoría de la estructuración. En este sentido debe precisarse que nuestro interés se centrará en rescatar el problema de *la cultura de clase*, como un espacio constituido por *prácticas de individuos concretos*, lo que nos lleva a retomar la opinión de Giddens, según la cual el mundo social está conformado por un conjunto de procesos cambiantes que resultan de la interacción recíproca entre los individuos, es decir, a través de su "praxis social".<sup>2</sup> En suma, la definición de cul-

<sup>1</sup> Véase Talcott Parsons, *Hacia una teoría general de la acción*, Buenos Aires, Eudeba, 1986.

<sup>2</sup> Véase Anthony Giddens, *Las nuevas reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1987, p. 22.

tura nos interesa porque permite rescatar el carácter totalizador de los hechos sociales a través de las prácticas de los sujetos, en las que éstos tienen un papel activo.

Si partimos del análisis de la acción del sujeto, encontramos específicamente en los trabajos clásicos de Durkheim y Weber un interesante aporte sobre los procesos de constitución de lo social, entendido como un espacio diferenciado del comportamiento individual y de las fuerzas externas que actúan sobre el comportamiento de los sujetos. Es claro, pues, que la herencia fundamental de la sociología clásica a los estudios sobre la cultura se puede situar en el "mundo de la acción social", de las normas y valores instituidos, donde los individuos entran en relación, toman decisiones y dan valor y sentido al mundo que los rodea.

Durkheim resalta específicamente la condición colectiva del mundo, así como las fuerzas que lo revelan como un mundo separado de la vida cotidiana de los individuos. En su obra *Las formas elementales de la vida religiosa*, destaca aspectos simbólicos de las realidades colectivas que se expresan en los estados mentales de los grupos y en las prácticas que surgen en el seno de éstos. En tales hechos encontramos, según Durkheim, la brecha que separa el pensamiento del movimiento (acción). Tal distinción fue retomada por Parsons años después, mediante su concepto de interiorización de las normas y valores, como un proceso que vincula el conocimiento y la acción.

El análisis de Durkheim sobre la vida religiosa hace evidente la distinción que concebía en la sociedad, donde lo profano expresaba el orden práctico de la sociedad y lo sagrado se refería al mundo de las representaciones.

Entre los principales aportes de este autor pueden encontrarse tres puntos importantes en torno a la construcción del mundo social, los que posteriormente retomaría la sociología contemporánea en relación con problemas de la cultura:

1. El tratamiento de lo simbólico desde la perspectiva que concibe a la sociedad como una gran fuerza mo-

- ral, que se degenera a sí misma; y/o como la sociedad que surge desde las prácticas renovadoras de los compromisos que emergen directamente de los miembros de una colectividad.
2. El planteamiento de separación del mundo individual y el mundo colectivo, como un supuesto de carácter relativamente falso.
  3. Y, finalmente, el problema del paso entre la conciencia individual y el pensamiento consciente del todo social (conciencia colectiva), que ha suscitado puntos de vista diferentes en las corrientes sociológicas. Desde Weber, quien se negaba a definir las como identidades colectivas y se inclinaba por la definición de tipos de identidades, hasta las propuestas de la comunicación intersubjetiva, que postulan la penetración desde el exterior de los modos ajenos de existencia, o a través del uso conceptual de las "formas de vida", con el fin de encontrar su significado como propone Giddens.<sup>3</sup>

Un camino distinto para penetrar el mundo de la cultura, a través de la subjetividad social, es la propuesta de Weber. Su atención se concentra en la acción de los individuos, entendiéndola como el actuar en comunidad. Uno de sus principales aportes a esta vía reside en la comprensión interpretativa del sentido de dicha acción, y su mayor esfuerzo se localiza en la construcción de conceptos tipo para contrastar las orientaciones reales de las conductas.

El método de Weber, en este contexto, se torna un instrumento vital para comprender la acción social del sujeto, en tanto conforma un método sociológico mediante los conceptos tipo que permiten abordar el ámbito interpretativo, aunque deja en segundo plano la comprensión del mundo simbólico, más tarde rescatada por la teoría crítica del conocimiento de Habermas.<sup>4</sup>

Es necesario recuperar el ámbito de la acción social planteado por Weber, ya que la comprensión de la cultura se

<sup>3</sup> *Idem.*

<sup>4</sup> Véase Jünger Habermas, *Theory and Practice*, Cambridge, Polity Press, 1968.

encuentra referida a la conducta de los hombres. Sin embargo, este rescate de la acción del sujeto se halla bajo un contexto normativo, que puede adquirir un carácter imperante en la acción de los sujetos.

La índole normativa de las sociedades se encuentra presente en los trabajos de Durkheim y Weber; no obstante, siempre existió el riesgo de apoyar en demasía el voluntarismo individualista, así como de relativizar la acción social en los múltiples ámbitos de significación del individuo. Por eso, el reto para las nuevas escuelas sociológicas, especialmente las interesadas en la definición de la cultura, radica en el rescate de las distintas visiones del mundo prevalecientes en situaciones históricas determinadas, así como de los contextos donde los individuos dan sentido a sus acciones, ampliando aún más la perspectiva del sujeto, abriendo el análisis hacia grupos, clases, generaciones y todos aquellos que puedan ser portadores y reproductores de las costumbres y los hábitos de una sociedad.

Así, tanto en las visiones estructuralistas derivadas de los análisis de Durkheim, como en aquellas escuelas que se centraron en la comprensión interpretativa de la acción individual, se encuentra una gran interrogante: ¿cómo las prácticas de los individuos llegan a convertirse en prácticas sociales? La teoría de la estructuración social que plantea Giddens, constituye una propuesta intermedia entre estas nociones, pues analiza la acción social como un proceso dialéctico en su desarrollo "estructurado y estructurante".

Giddens reconoce la influencia de la tradición hermenéutica en su propuesta, principalmente de la fenomenología existencial de Schutz, de la etnometodología de Garfinkel y la corriente poswittgestainiana que abordara el ámbito del lenguaje. En conjunto, se propone comprender el interior del individuo y su construcción del mundo exterior —el mundo intersubjetivo de Schutz—, desde donde se intenta comprender los comportamientos de los sujetos y donde el lenguaje conforma un ámbito importante. Giddens aporta en este sentido el elemento de la acción como praxis, rescatando cuestio-

nes centrales como el poder y las interpretaciones diferenciales de las ideas desde intereses sociales distintos.<sup>5</sup>

Si retomamos nuestro interés inicial sobre el análisis de la cultura y prácticas sociales de reproducción de los obreros, a partir de la propuesta de Giddens descubrimos la reconsideración de elementos tales como las representaciones, símbolos y distintas visiones que sólo se logran a través de la comprensión y la práctica que de ellos tienen los individuos. Tales prácticas pueden llegar a ser formas institucionalizadas de la vida social que, según Giddens, son el medio y el resultado de estas mismas.

Finalmente, cabría aclarar que si bien existen formas institucionalizadas de la vida social, esto no quiere decir que haya una sola visión del mundo, aceptada y compartida por los individuos y, por tanto, una sola cultura. Pese a las tradiciones comunes, sedimentos que amalgaman a unas y otras, esta unidad es inmediatamente disuelta por la cotidianidad profana con que los individuos actúan en la sociedad.

Otra corriente importante en torno a la definición de la cultura es la de la escuela culturalista, en la cual se percibe una gran influencia de Margaret Mead y Ralph Linton, entre otros. En esta corriente se define la cultura como los esquemas de vida producidos históricamente, ya sea explícita o implícitamente, que existen en un determinado momento y que actúan como guías potenciales del comportamiento humano.

La corriente culturalista resalta el carácter estructurado, jerarquizante y selectivo de la cultura, postulando la presencia de un sistema de valores característico, compartido por todos los miembros de un grupo social determinado.<sup>6</sup> Una contribución importante de esta perspectiva es el rescate de un sujeto activo, creador y manipulador de la cultura.

<sup>5</sup> Véase Anthony Giddens, *op. cit.*

<sup>6</sup> Véase Gilberto Giménez, *La teoría y el análisis de la cultura*, México, SEP/Universidad de Guadalajara/COMECOS, 1986.

En tanto, la perspectiva de la antropología estructural francesa, heredera de los estudios de Durkheim, Mauss y Lévi-Strauss, define a la cultura como un sistema de reglas. Sobre todo Lévi-Strauss ha insistido en esta característica como un rasgo distintivo de la naturaleza de la cultura, así como su pertenencia al mundo de los símbolos.

La antropología cultural norteamericana trató, por su parte, de acentuar la distinción entre sociedad y cultura, con el fin de asegurar la autonomía de ambas esferas y proporcionar así un objetivo propio a la antropología cultural. El ejemplo más claro del intento de segregación entre las esferas sociales se encuentra en la obra de Parsons y Shills, quienes distinguen los sistemas integrantes de la sociedad —como el de la personalidad, el social y el cultural— lo que posteriormente daría pie a la crítica de su excesiva visión sistemática.<sup>7</sup>

Por otra parte, se encuentran aquellos estudios que en sentido contrario a lo propuesto por Parsons, niegan una separación entre cultura y ciencia y que, de acuerdo con A.R. Radcliffe Browne, otorgan un carácter totalizador a la cultura. No obstante, Giménez afirma que precisamente esta “concepción totalizadora” de la cultura ha sido su principal punto débil, pues la antropología cultural no ha sido capaz de definir un nivel específico de fenómenos suficientemente homogéneos como para denominarlos “hechos culturales”, y que pudieran contraponerse de alguna manera a los “hechos sociales”.<sup>8</sup>

Frente al desarrollo, en ocasiones extremadamente sutil, de conceptos e instrumentos metodológicos propios de la tradición antropológica, el marxismo aparece como un rival teórico para el análisis de los fenómenos culturales. No obstante, no es ninguna exageración afirmar que “el concepto de cultura es ajeno al marxismo”.<sup>9</sup>

La obra de Marx no presenta una concepción homogénea de la cultura; de ahí que encontremos lecturas de sus traba-

<sup>7</sup> Véase Talcott Parsons y E.A. Shills (eds.), “Values, Motives and Systems of Action”, en *Toward a General Theory of Action*, Cambridge, Harvard University Press, 1951, pp. 45-275.

<sup>8</sup> Véase Gilberto Giménez, *op. cit.*

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 26.

jos que no son necesariamente coincidentes o complementarias. Una de ellas, la más común, aprisiona la reflexión sobre la cultura en la metáfora de la base y la superestructura. En este enfoque resalta el supuesto de causalidad o, en el mejor de los casos, de la "determinación en última instancia", que va de las relaciones de propiedad y producción hasta la esfera de lo ideológico-cultural. Aunque en mucha de la literatura que se asume marxista aparece una y otra vez la idea de la "autonomía relativa" de los procesos superestructurales, ésta no rebasa el nivel de una frase hecha, eficaz para resolver la discusión detallada sobre la especificidad del fenómeno cultural y de sus relaciones con otras dimensiones o espacios de la vida social.

Por otra parte, también es posible percibir en la obra de Marx una concepción de la cultura cercana a la reflexión contemporánea, es decir, a una idea de la cultura como elemento que cohesiona el cuerpo social. A pesar de la riqueza que encierra esta segunda lectura, los autores marxistas se inclinaron preferentemente por el enfoque determinista, el cual no produjo sino "análisis simplistas y yerros de imaginación de los fenómenos culturales".<sup>10</sup>

Las reflexiones de Gramsci representan uno de los esfuerzos más atractivos y sugerentes para romper con estos axiomas reductivos del análisis marxista de la cultura. Su punto de partida permite vincular las ideas de cultura y concepción del mundo, entendiendo por ésta un *a priori*, una premisa teórica implícita en toda actividad social. La tesis gramsciana que sostiene que "todos los hombres son intelectuales" habla precisamente de la inserción de los actos sociales en una concepción del mundo que hace posible y comprensible la interacción social.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Véase Lourdes Arizpe, *Cultura y desarrollo. Una etnografía de las creencias de una comunidad mexicana*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1986.

<sup>11</sup> Antonio Gramsci escribe: "Cada hombre, considerado fuera de su profesión, despliega una cierta actividad intelectual, o sea que es un 'filósofo', un artista, un hombre de buen gusto, participa en una concepción del mundo, tiene una línea de conducta moral, y por eso contribuye a sostener o a modificar una concepción del mundo y a suscitar nuevos modos de pensar." Véase *Obras completas de Antonio Gramsci*, México, Juan Pablos, 1975, p. 15.

Después de Gramsci algunos autores han reformulado esta tesis recurriendo a dos argumentos: los que se desprenden del estudio del componente lingüístico de las relaciones sociales y los que discuten la naturaleza de la comprensión según se expone en las tradiciones hermenéuticas e interpretativas. En cuanto al primer argumento, la referencia al lenguaje surge del hecho de que éste ejemplifica algunos aspectos —y sólo algunos— del conjunto social. Tal fue nuestra intención al expresar la imposibilidad de separar la experiencia, individual y colectiva, del lenguaje que la estructura y le da forma.<sup>12</sup>

Si pensamos el lenguaje como una de las dimensiones de la concepción del mundo, podemos convenir que la producción y reproducción de las relaciones sociales es incomprendible sin el conjunto de destrezas o premisas culturales que hacen de cada miembro competente de la sociedad un “teórico social práctico”. Por otro lado, en las tradiciones hermenéuticas e interpretativas, la *versteh*e fue sobre todo asumida como un método para el análisis de la vida social. Pero, como han apuntado algunos autores contemporáneos, la comprensión es ante todo una “condición ontológica de la vida humana en sociedad como tal”.<sup>13</sup> El núcleo de la obra de Wittgenstein y algunas versiones de la fenomenología se encuentran en este punto: la comprensión de uno mismo está conectada íntegramente a la comprensión de los otros. Por ello, categorías pertinentes para el análisis cultural —como la intencionalidad, la reflexividad y el sentido de la acción— se hallan acotadas por los parámetros culturales que son, a la vez, el medio y el lugar de la acción social.

Aunque en la obra de Gramsci sobresale la intencionalidad política cuando se refiere a la cultura —cuestión evidente si consideramos el encadenamiento que establece entre los

<sup>12</sup> En una reflexión análoga, Anthony Giddens postula que el lenguaje es “a) una *destreza*, o un conjunto muy complejo de destrezas, que posee cada persona que ‘conoce’ el lenguaje; b) utilizado para ‘conferir’ sentido, literalmente como un arte creativo de un sujeto activo; c) algo que es *hecho*, realizado por el hablante, pero no con pleno conocimiento de cómo lo hace”. Véase Anthony Giddens, *op. cit.*, p. 105.

<sup>13</sup> *Idem.*



conceptos de cultura y hegemonía—, su novedad remite a la identificación de la hegemonía como estrategia dirigida a construir una “dirección moral e intelectual”, que no surge inmediatamente de las condiciones de vida o de los antagonismos estructurales que animan la vida social. En cambio, *Gramsci abre la posibilidad de pensar la cultura*, desde un punto de vista marxista, como un hecho simbólico o un fenómeno de significación que conjuga diversos niveles de sistematicidad, e incluso de racionalidad, lo cual permite a los actores sociales construir los significados o sentidos de la acción social. Para este autor, no pueden atarse los cabos de la constitución de las identidades colectivas sin la mediación de los contenidos culturales; en este sentido, afirma que: “...cada acto histórico sólo puede ser cumplido por el ‘hombre colectivo’. Esto supone el logro de una unidad ‘cultural-social’, por la cual una multiplicidad de voluntades disgregadas, con heterogeneidad de fines, se sueldan con vistas a un mismo fin, sobre la base de una misma y común concepción del mundo”.<sup>14</sup>

Para Gramsci no es suficiente que los actores compartan una situación o condición de clase para que se definan a sí mismos como un grupo que comparte cierta concepción del mundo, objetivos e intereses; tampoco para levantar un proyecto alternativo en términos “morales e intelectuales”. El proceso de identificación y constitución de un grupo social se desenvuelve, según Gramsci, mediante un proceso simbólico que permite a los actores asignar sentidos a las acciones individuales y colectivas: “No es el ‘pensamiento’ [léase la teoría], sino lo que realmente se piensa lo que une o diferencia a los hombres.”<sup>15</sup>

<sup>14</sup> Véase Antonio Gramsci, *op. cit.*

<sup>15</sup> Pierre Bourdieu argumenta en forma parecida que una clase social “nunca se define únicamente por su posición y por su situación de clase en una estructura social, es decir, por las relaciones que objetivamente mantiene con las demás clases sociales; también debe muchas de sus propiedades al hecho de que los individuos que la componen entran deliberada u objetivamente en ‘relaciones simbólicas’ que, al expresar las diferencias de situación y de posición según una lógica sistemática, tienden a transmutarlas en distinciones significantes”. Véase Pierre Bourdieu, *La reproduction*, París, Minuit, 1970, p. 86.

Para Gramsci la cultura habrá de ser analizada como un vasto y gelatinoso campo, provisto de no pocas incoherencias; como un campo donde se articulan con gran plasticidad algunas "estructuras parciales", con distinto grado de sistematicidad. Esta consideración la comparte, palabras más o menos, Clifford Geertz, uno de los autores contemporáneos de mayor fuste en el análisis cultural, quien habla de la cultura no como una entidad, algo a lo que pueden atribuirse de manera causal acontecimientos sociales, modos de conducta, instituciones o procesos sociales; "la cultura —dice Geertz— es un contexto dentro del cual pueden describirse todos estos fenómenos de manera inteligible".<sup>16</sup> Ahora bien, los sistemas culturales que permiten la inteligibilidad de las interacciones sociales, la percepción de los semejantes y la experimentación de la propia historia están entrelazados, según Geertz, por una lógica no silogística, sino social. A estas alturas parecería incongruente hablar de la naturaleza sistémica del campo cultural. Empero, el estudio de la cultura no pierde riqueza si se parte de esa idea, siempre y cuando se reformule la noción de sistema, de modo que podamos pensar que no todos sus componentes están conectados con los demás de la misma manera, ni que todos sus elementos obran de inmediato sobre los demás. En palabras de Geertz:

*Los sistemas no necesitan ser completamente interconexos para ser sistemas. Pueden ser densamente interconexos o serlo poco, pero cómo sean —hasta qué punto están correctamente integrados— es una cuestión empírica. Para afirmar conexiones entre diversos modos de experimentar las cosas, lo mismo que entre cualquier clase de variables, es necesario encontrarlas (y encontrar maneras de encontrarlas), no simplemente suponerlas. Y como existen varias razones teóricas convincentes para creer que un sistema que es a la vez complejo (como lo es toda cultura) y está plenamente ensamblado no puede funcionar, el problema del análisis cultural es tanto una cuestión de determinar in-*

<sup>16</sup> Véase Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books, 1973.

*dependencias como de determinar interconexiones, abismos como puentes.*<sup>17</sup>

La idea de la cultura como un sistema cuya coherencia y encadenamientos lógicos y causales habrá que investigar antes que presuponer es, de modo simultáneo, una consideración de alcances teóricos y un criterio para ponderar los esfuerzos analíticos dirigidos al desentrañamiento de los procesos culturales. En otras palabras, el rigor formal y la sistematicidad en la exposición no son, de ninguna manera, criterios suficientes para declarar atinadas las interpretaciones cuyo objeto central lo constituyen fenómenos culturales.<sup>18</sup>

Uno de los desarrollos más notables y valiosos de la reflexión contemporánea sobre la cultura remite a los procesos simbólicos; incluso define a la cultura como el conjunto de hechos simbólicos que caracteriza a una sociedad. Es evidente la falta de profundidad de este ámbito en las diversas teorías de la acción, en las cuales el problema de la producción del sentido sólo se aborda a partir de la acción del sujeto, y muy pocas veces mediante la problematización de las representaciones o visiones del mundo, tanto del presente como del pasado. Lo simbólico en los análisis de la cultura, afirma Giménez, representa una dimensión constitutiva en todas las prácticas sociales. En especial el carácter totalizador de la cultura presente en todas las manifestaciones de la vida individual y colectiva, provoca que la dimensión simbólica esté igualmente presente en todas partes —ya sea verbalizada a través del discurso, cristalizada en el mito,

<sup>17</sup> *Idem.*

<sup>18</sup> Clifford Geertz argumenta que "...la coherencia no puede ser la principal prueba de validez de una descripción cultural. Los sistemas culturales deben poseer un mínimo grado de coherencia, pues de otra manera no los llamaríamos sistemas, y la observación muestra que normalmente tienen bastante coherencia. Sin embargo, nada hay más coherente que la alucinación de un paranoide o que el cuento de un estafador. La fuerza de nuestras interpretaciones no puede estribar [...] en la tenacidad con que [...] se articulan firmemente o en la seguridad con que se las expone. Creo que nada ha hecho más para desacreditar el análisis cultural que la construcción de impecables pinturas de orden formal en cuya verdad nadie puede realmente creer". Véase Clifford Geertz, *op. cit.*, p. 30.

rito o dogma, e incluso incorporada a los gestos corporales. Todas estas manifestaciones en conjunto sirven de soporte material a los significados culturales, ya no sólo a través de la escritura, sino también a través de las *prácticas sociales*, usos y costumbres, alimentación, vivienda, objetos, organización del espacio y de los festejos.<sup>19</sup> El símbolo, y por lo tanto la cultura, afirma el mismo autor, se torna un instrumento de intervención sobre el mundo, así como un dispositivo de poder.

La dimensión simbólica como parte de la cultura es al mismo tiempo una representación y una orientación para la acción. Esta concepción puede encontrarse en la propuesta de Clifford Geertz, la cual fue reconocida como una "concepción semiótica de la cultura".

Una interpretación sobre el ámbito simbólico es la propuesta de Bourdieu, quien además de tomar en cuenta las determinaciones económicas que sitúan a los sujetos y a los grupos en posiciones sociales definidas, otorga también importancia a las especificaciones culturales y simbólicas de esta clasificación.

Bourdieu recoge algunas de las ideas centrales del materialismo histórico, específicamente relacionadas con la estructura de clases en la sociedad y el carácter de lucha que pueden llegar a adquirir. Asimismo, recupera otras corrientes y estudios relacionados con las dimensiones del poder y los símbolos.

Si bien Bourdieu acepta una estructuración de clases en la sociedad a partir de las relaciones de producción y la propiedad de bienes, también es cierto que incorpora el ámbito simbólico a través del consumo, o la manera de apropiación de los bienes por parte de los sujetos o grupos de sujetos. Aquí encontramos una fuerte semejanza con la propuesta de Gramsci, quien veía a la cultura como un instrumento privilegiado de la hegemonía mediante el cual una clase logra el reconocimiento de su concepción del mundo. En tanto, para Bourdieu, la clase dominante

<sup>19</sup> Véase Gilberto Giménez, *op. cit.*, p. 32.

puede llegar a imponerse en el plano económico y reproducir esta dominación, al mismo tiempo que logra hegemonizar el campo cultural. De ser cierto este supuesto, los bienes simbólicos producidos por esta cultura hegemónica estarían diferencialmente apropiados por las distintas clases, grupos e individuos.

Tal perspectiva es importante porque permite reconocer las clases sociales no sólo a través de su participación en las relaciones de producción, sino también como formas de expresión y como *prácticas* de clase o de una fracción de clase —como las que se desarrollan en el barrio, la escuela, las formas de diversión, etcétera. Estas prácticas son denominadas “características auxiliares”, las cuales funcionan como principios de selección y exclusión.<sup>20</sup>

Un elemento metodológico importante para los estudios sobre la cultura, reside en los conceptos de *campo* y *habitus* de Bourdieu. Ambos fungen como mediadores entre lo social y lo individual. El primero supone la reproducción de la vida social a través de los distintos campos existentes en la sociedad —como el económico, el político, el científico y el artístico, entre otros. Estos *campos* están constituidos por un capital común, el cual es motivo de lucha entre quienes lo detentan y quienes aspiran a poseerlo.

Por su parte, el concepto de *habitus* se vincula a estructuras objetivas que generan a su vez prácticas individuales, lo que da a la conducta esquemas básicos de percepción, pensamiento y acción. El *habitus* incide también en el tipo de consumo y selección que realizan los individuos y las clases, el cual no sólo equivale a un proceso de recomposición de las diferentes situaciones y posiciones de clase —factor central para la estructuración de la reproducción y diferenciación social.<sup>21</sup>

En suma, la cultura actúa como mecanismo de segregación y diferenciación de las clases, al tiempo que legitima la desigualdad de lo que Bourdieu denomina las subculturas respecto a la clase dominante. Esta perspectiva simbólica

<sup>20</sup> Véase Pierre Bourdieu, *Sociología y cultura*, México, Grijalbo/CNCA, 1990.

<sup>21</sup> *Idem.*

de la cultura permite a los análisis empíricos adentrarse en las formas de constitución y prácticas de clase, que se crean y reproducen a través del ámbito cotidiano —como el lenguaje, los deportes, el barrio, etcétera, elementos que en conjunto inciden en la apropiación diferenciada y diferenciante por parte de las clases.

Si retomamos el sentido original de la propuesta de este documento en relación con las prácticas culturales de los grupos obreros, las *prácticas individuales* y sociales de esos grupos pueden ser consideradas como culturales y provistas de un principio generador en el *habitus*. Es decir, el *habitus* de este grupo se entenderá como procedente de condiciones de vida o de condicionamientos sociales semejantes y relativamente homogéneos.

Tal homogeneidad —es decir, la misma historia objetivada en los *habitus* y en las estructuras mediante las condiciones de trabajo y calidad de vida en el barrio o en el ámbito extrafabril— explica en cierto sentido que las prácticas de los trabajadores se ajusten espontáneamente a las estructuras y condiciones laborales en que se encuentran inmersos, y aparezcan como objetivamente concretadas entre sí y dotadas igualmente de un sentido objetivo unitario, trascendiendo las prácticas cotidianas de reproducción y las intenciones subjetivas de los sujetos tanto individuales como colectivas.

Observar a la cultura como *la distinción* simbólicamente manifiesta,<sup>22</sup> y con una connotación clasista, permite encontrarla en las formas de comportamiento, consumos, gastos, estilos de vida y símbolos de estatus diferenciados. Tal aproximación conceptual de Bourdieu permite un acercamiento empírico a las prácticas de grupos y clases a través de los diferentes y diferenciados elementos de consumo en la vida cotidiana, como bien puede ser el análisis de la clase obrera.

Además, conviene considerar el componente local para el análisis que aquí se propone, ya que el estudio de la *cultura* de la clase obrera ha fungido más como una distinción metodológica que real y, en este sentido, es importan-

<sup>22</sup> *Idem.*

te comprender las distintas prácticas de clase y grupos que pueden distinguirse en el contexto local, que actúa como un marco geográfico real en la vida cotidiana. Rescatar el entorno cultural local permitirá detectar lo que es común y compartido por los diferentes estratos sociales, y descubrir la interpenetración o amalgama de lo que podría llegar a considerarse como lo *popular*, lo dominante, lo dominado, lo propio de los migrantes, de los oriundos y de los trabajadores de este o aquel sector.<sup>23</sup>

El último ámbito que deseamos abordar se refiere al problema de la cultura en tanto proceso de constitución de identidad(es) social(es). A esa tarea dedicaremos el siguiente apartado.

### *Identidad y subjetividad*

Se podría decir que el planteamiento general sobre la identidad, tiene como punto de partida común la antinomia individuo/sociedad en la tradición de la sociología clásica, la cual prevaleció hasta Parsons. Así, para Comte la tarea fundamental de la sociología estribó en la identificación de las *leyes de la sociedad*, las cuales se planteaban inexorables y en las que el hombre no podía incidir, sino a lo sumo conocer. Para Durkheim el tema de las identidades sociales se halla estrechamente relacionado con el de la conciencia colectiva, el cual no es reducible a las concien-

<sup>23</sup> Una dimensión más que habrá de tomarse en cuenta para los análisis de la cultura se refiere a la cultura de masas, en la cual la internacionalización de la economía, el progreso de las telecomunicaciones y la difusión de los medios de comunicación han incidido en la conformación de una cultura de masas y la constitución de un nuevo orden mundial de dominación económica, política y social. Específicamente en los últimos años, las innovaciones tecnológicas en electrónica, telemática, satélites, medios de comunicación y difusión en general han impactado de manera diferenciada a los distintos grupos y clases sociales. Para los objetivos de este trabajo, conviene subrayar que el acelerado proceso de innovación de las comunicaciones se ha interpretado muchas veces como una ruptura radical con la sociedad de la primera parte del siglo XX, época en la que las distinciones clasistas parecían más transparentes, al menos por lo que toca a sus pautas culturales.

cias individuales y cuya preponderancia estriba en su carácter coercitivo en términos morales.

En un sentido semejante, la obra de Parsons vincula esta temática con la socialización, vista como la interiorización de normas y valores.<sup>24</sup> La integración social, de esta manera, se desenvuelve mediante procesos de imitación e identificación que controlan impulsos y constituyen actitudes, funciones y metas definidas por la sociedad. Esta perspectiva reduce la acción de los sujetos a un proceso de interiorización de normas y valores: la acción se concibe como disposición normativizada por necesidades y expectativas de rol.<sup>25</sup> Se niega, pues, que la vida social esté *activamente constituida*, y las relaciones de poder se perciben como un aspecto secundario frente a la norma o el valor; tampoco se reconoce el carácter negociado de las normas o la interpretación a que están sujetas en las luchas por el poder.

La fenomenología constituyó en este contexto un importante avance sobre la antinomia individuo/sociedad, pues considera al sujeto como creador, aunque a veces su propuesta se redujo a la mera autorreflexión. Así ocurre en las obras de Mead (entre el yo y el mí no se destaca la actividad constituyente del yo) y Husserl, para quien toda conciencia es intencional y lo objetivo carece de significado, excepto si la conciencia está dirigida hacia sí.

En una línea de pensamiento semejante, los trabajos de Schutz y Garfinkel vinculan la subjetivación a la flexibilidad; el *verstehen* sería común a toda *interacción social*; es decir, la acción que interesa sólo es tal como significado o creación de sentido, pero no como praxis.<sup>26</sup>

En este contexto, a partir de los setenta es indudable el retroceso de la corriente estructuralista y la consolidación de perspectivas que concebían al actor en sí mismo, distanciándose de las teorías de roles y estatus. Por ejemplo, en las teorías de los nuevos movimientos sociales, para

<sup>24</sup> Véase Elena Besozzi, "Society and Images of Socialization", mimeo, XII Congreso Mundial de Sociología, Madrid, 1990.

<sup>25</sup> Véase Anthony Giddens, *op. cit.*

<sup>26</sup> Véase F. Dubet, "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", en *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 21, México, El Colegio de México, septiembre-diciembre de 1989.



las que la creación de solidaridad e identidad colectiva constituyen un fin en sí mismo.

Por otro lado, adquirieron renovado brío las nuevas perspectivas del individualismo metodológico y de la elección racional (*rational choice*), en las cuales la identidad colectiva es reducible a la búsqueda estratégica de la identidad individual y un medio más en la movilización de recursos encaminados a la maximización de la relación costos/beneficios.

Estas perspectivas individualistas tienen como límite principal en su aportación al concepto de identidad, un planteamiento estático: por un lado, la idea de un hombre pasivo que posee la identidad que determina la sociedad, y aunque se plantee la transformación de dicha identidad, sólo lo hacen en función de los cambios de la sociedad, sin una dialéctica entre ésta y el individuo. En segundo término, el desprendimiento del sujeto de sus raíces sociales se ubica únicamente en el sentido de recursos movilizables en una acción racional estratégica.

Sin embargo, aún hay una connotación más profunda del concepto de identidades estáticas, es decir, aunque se reconozca el cambio de éstas en el tiempo, existe una tendencia a considerarlas como una *cosa* en el sentido durkheimiano, como un programa de computadora para dar significación compartida, como una estructura determinada que condicionaría significaciones fijas en ciertos periodos y sociedades o de manera universal. En esta versión de identidad estática también desaparece *el sujeto estructurador o creador* de sus propias significaciones.

Finalmente conviene rescatar una perspectiva más, la cual nos acerca a la construcción del sentido subjetivo. Nos referimos a aquella que parte de Hegel y que influyó de manera decisiva a gran parte de la corriente marxista. En este sentido, compartimos la evaluación de Bizberg cuando afirma que: "Hegel descubre como principio de la edad moderna a la subjetividad, como modo de relación del sujeto consigo mismo: individualismo, crítica, autonomía de la acción e idealismo."<sup>27</sup>

<sup>27</sup> Véase Ilán Bizberg, "La acción obrera en Las Truchas", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLII, núm. 4, México, UNAM, octubre-diciembre de 1980.

La idea de movimiento como transformación del mundo por la praxis, es desidealizada posteriormente por Marx. En particular, en las *Tesis sobre Feuerbach*, Marx reconoce la dialéctica entre práctica y subjetividad: el sujeto-objeto, la "cara subjetiva del objeto", la veracidad como un problema práctico. Esta línea de reflexión es retomada por Gramsci en su famosa fórmula: los sujetos dan significación a los conflictos en las estructuras mediante una visión del mundo. La mediación entre estructuras y acción es subjetiva. Para Gramsci esas concepciones del mundo implican hegemonías; sin embargo, la hegemonía no supone la coherencia: aquélla es híbrida y contradictoria, observable en el discurso, en las formas de razonamiento y en el sentido común. Además, Gramsci distingue la concepción del mundo manifiesta y la concepción latente, a partir de lo cual acuña una diferenciación del nivel de profundidad en las concepciones del mundo, desde los estratos fosilizados hasta la cultura manifiesta (entre aquéllas, los grandes sistemas filosóficos).

Estos niveles podrían comunicarse e interrelacionarse, pero nunca formarían un sistema hipotético deductivo; la incoherencia, la fragmentación y la contradicción también serían sus características. Así, el sentido común —la forma popular de las concepciones del mundo— sería *disgregado, incoherente, resultado de la aglomeración de varias concepciones del mundo no homogéneas*.

La subjetividad es parte del vínculo sujeto-objeto; se relaciona con la construcción de la significación que, para el sujeto, constituye el vínculo entre la significación y la orientación para la acción. También vale la pena precisar que la subjetividad no es una estructura, sino un *proceso* que pone en juego a las estructuras para dar significación. La subjetividad, por tanto, va de la percepción a las concepciones filosóficas del mundo. En este sentido, la subjetividad como parte de la identidad, da sentido de pertenencia de un *nosotros* relativamente homogéneo: *signos compartidos y memoria colectiva común*. Puede implicar una *concepción de origen común* (mitos fundacionales, lazos de sangre, antepasados compartidos, gestas libertarias, etcétera), un len-

guaje compartido, un estilo de vida y modelos de comportamiento característicos.

La identidad nace de prácticas cotidianas, junto a rupturas y asimilaciones de los acontecimientos colectivos o personales *impactantes*. Podríamos proponer como campos de la identidad, entre otros, los siguientes: cognitivos, valorativos, de la forma del razonamiento común, de la personalidad, del sentimiento y el sentido estético, así como los del discurso como integrador de los campos anteriores en otro nivel. Percibir la identidad como un aspecto dinámico de la subjetividad, equivale a responder la pregunta de *identidad para qué y en cuáles circunstancias*. En este sentido, la identidad puede reconocer diversos niveles de abstracción: desde los más ambiguos hasta los comunitarios.

El dinamismo de la identidad se anuda, por otra parte, con las siguientes características de la subjetividad:

- a) la identidad puede tener partes estructuradas transindividuales, pero también partes de creación local;
- b) la identidad no sólo reconoce niveles de abstracción, sino también de profundidad en el sentido gramsciano: desde los estratos fosilizados, sumidos en un inconsciente colectivo, hasta los actuados conscientemente;
- c) decir que la identidad posee *partes estructuradas* implica la noción de *estructuras parciales* que pueden estar conectadas, pero que no forman necesariamente un sistema coherente y totalmente articulado;
- d) las estructuras parciales de la identidad pueden, dependiendo de las circunstancias externas, reengancharse con extrema maleabilidad, permaneciendo a la vez otras estructuras fragmentadas;
- e) las estructuras parciales y las partes de la identidad pueden reconocer funciones de *polisemia* y *mimetismo*, de acuerdo con los enganches y las circunstancias;
- f) no todo está estructurado en la identidad ni es totalmente coherente (con esta afirmación queremos introducir la idea de que existe un campo para la

creación subjetiva, sea como asimilación de nuevos elementos, como polisemia o mimetismo, como rejerarquización o renganchamiento);

- g) por último, quizá el concepto que sintetiza las proposiciones anteriores sobre los elementos dinámicos de la subjetividad: el de *reconfiguración*, esto es, la capacidad subjetiva de formar configuraciones dentro del proceso de dotación / atribución / construcción de sentido.

La tarea de reconfiguración no opera con total libertad, mucho menos es una estructura rígida que da significación de uno a uno. La reconfiguración se desenvuelve en un marco de estructuras parciales finitas, con capacidades de polisemia y mimetismo determinadas, con relaciones que no tienen la misma posibilidad y con rutinas de significación probadas en la vida cotidiana. *De ahí que sea inapropiada la pregunta sobre cuál es la identidad de un grupo social como la clase obrera.* Tal interrogante, además de su connotación metafísica, presupondría la existencia de una estructura fija de significación para cualquier caso. Cabría preguntarse, en cambio, la pertinencia de una identidad obrera sólo en determinadas circunstancias, *para ciertos campos de acción.*

Tampoco resulta pertinente interrogar en abstracto su identificación con instituciones políticas, económicas o culturales; la identidad siempre es más concreta y pone en juego más elementos. Asimismo, tendríamos que añadir que el concepto de igualdad obrera, aunque lo refiramos a situaciones concretas, puede ser el resultado de la articulación entre varias identidades —las que involucran, por ejemplo, cortes como las generaciones, las regiones, el género, etcétera.

A partir de estas probables articulaciones tendríamos que afirmar, a despecho de las tesis de la posmodernidad, la posibilidad de las identidades hegemónicas. Al respecto, el impresionismo posmoderno es poco convincente; por el contrario, la historia proporciona evidencias de antemano claras sobre la existencia concreta de identidades

hegemónicas. La identidad hegemónica no es simplemente la que predomina sobre otras, sino la que llega a tener mayor posibilidad de enlaces parciales y de jerarquización con otras de naturaleza análoga. En esa medida, las identidades hegemónicas no pueden definirse echando mano de supuestos apriorísticos, puesto que en sus campos hay demasiadas mediaciones e incertidumbres como para derivarlas de la situación estructural de los sujetos.

De esta manera, en una coyuntura podemos hablar de la viabilidad de una identidad y de sus posibilidades hegemónicas como capacidad de reconfigurar otras identidades. En tales procesos resultan innegables las incidencias de las difusiones subjetivas, desde las comunicacionales hasta las culturales.

En síntesis, las reconfiguraciones en sí no existen, sino que se construyen a partir de elementos en que se imbrican la voluntad y la imposición, lo no elegido y lo optado, las limitaciones y las acciones que abren caminos a lo posible.

Arribamos así al concepto alternativo, al de fragmentación posmoderna, pero también a la estática de las identidades; nos referimos al concepto sintetizado en la fórmula *espacio de posibilidades para la creación* de una identidad colectiva obrera en condiciones que parcialmente son dadas. Éste es un problema que la investigación puede contribuir a resolver sólo en parte, pues como hemos sostenido, la praxis es también uno de los elementos definitorios.

La(s) pregunta(s) sobre la identidad obrera tiene(n) un propósito no sólo teórico y problematizador: esperamos que la temática de la identidad se relacione de alguna manera con la puesta en marcha de prácticas y acciones colectivas. Para la acción colectiva no basta la identidad, aunque en ocasiones sea una precondition y en otras se construya directamente en esa práctica. Entre identidad y acción colectiva podría aparecer como mediación la voluntad colectiva, que más que identidad equivale a disposición para la acción. Para esto es necesario confrontar la concepción de identidad dinámica con las tesis del posmodernismo y la elección racional (*rational choice*).

## *Posmodernidad, neoindividualismo e identidad*

*La posmodernidad es menos un conjunto de afirmaciones verificables sobre el mundo contemporáneo que una declaración autobiográfica, un informe del estado actual del espíritu de un sector de la intelectualidad occidental traumatizada por las decepciones desde 1968.*

Alex Callinicos

Quizás el concepto de *fragmentación* sea la piedra de toque de las tesis que versan sobre la posmodernidad —la fragmentación del yo, de la cultura, del sujeto, de la vivencia en lo sincrónico y, sobre todo, de la identidad. La sociedad de masas equivale en este sentido a la desaparición del sujeto, no tendría estructura ni leyes, promovería un nuevo individualismo y la reivindicación de una diversidad de modos de vida, la imprecisión de la vida privada, de las creencias y los roles. Se estaría acuñando una personalidad flexible; se trataría de las sociedades de la máxima elección, del máximo deseo. En una palabra: no hay más proyectos globales.

La crítica profunda de carácter filosófico, a diferencia de las impresiones sociológicas de la posmodernidad a la modernidad, pasa por la negación de la ontología del todo articulado, la constatación de la crisis de los grandes discursos, así como el relativismo en la epistemología. Hay, en efecto, una crisis de los grandes discursos; el del marxismo es el más notorio, pero a la vez hay nuevos grandes discursos: el del neoliberalismo, entre ellos. La crítica a la ontología del todo articulado puede resultar benéfica, apropiada y susceptible de desarrollos metodológicos interesantes —como en los trabajos de Foucault—, aunque se postule una nueva ontología, la de la fragmentación. En cambio, una propuesta interesante se halla en el mismo

autor francés, en su concepto de *historias* en lugar de historia general, el cual reconoce y recorre las discontinuidades que surgen a la par de encadenamientos y nexos de diversas intensidades.

Para quienes proclaman la posmodernidad, la nueva sociedad de masas anula los fenómenos colectivos y la idea de futuro; pero es demasiado fácil encontrar contraejemplos de procesos macrosociales con clara direccionalidad: la globalización de la economía mundial, la crisis de los sindicatos, la erosión del Estado benefactor o de los comunismos reales. Un inventario de esta naturaleza podría abultarse enormemente; sin embargo, los ejemplos mencionados son por demás explícitos. La superficialidad del mundo posmoderno no es sino la superficialidad de los posmodernistas; por ejemplo, cuando despliegan sus dotes críticas y las dirigen hacia el marxismo eligen como foco de atención aquellas versiones del marxismo que de tiempo atrás se reconocen por su desacreditación e inviabilidad. Así, critican la totalidad concreta marxista en tanto modelo teórico para explicar la realidad concreta, pero guardan silencio ante la totalidad concreta abierta, ante el concepto de historia como *articulación*, no determinación, entre subjetividad y objetividad. Según la posmodernidad, los grandes discursos que daban coherencia a las identidades colectivas ya no existen; sólo permanecen los pequeños discursos y las identidades restringidas: los pequeños sujetos, en el mejor de los casos. Es evidente la imposibilidad de postular sujetos privilegiados e identidades hegemónicas a partir de los meros datos estructurales; sabemos que entre estructura, subjetividad y acción hay mediaciones, y que la posición estructural de un sujeto potencial ni siquiera garantiza su concreción práctica. Sin embargo, ello no conduce directamente a la apresurada negación del curso histórico y a la proclamación del fin de la historia como decadencia de toda utopía, de idea de futuro y de proyecto. Los fenómenos estructurales no desaparecen en la sociedad posindustrial; sólo se transforman.

Las relaciones entre estructuras y subjetividades cambian, pero no terminan; la sociedad no está en un *impasse* de futuro, sino que sigue direcciones impuestas por fuerzas económicas y políticas precisas, que tienen proyectos y los están realizando. Las clases subordinadas han sido derrotadas a raíz de la reestructuración económica y de los Estados, pero las contradicciones sociales no han concluido, ni vivimos en la sociedad de la máxima elección y del máximo deseo. Los grandes procesos, como la crisis y la reestructuración del mundo contemporáneo en su sentido económico, político y cultural, hacen las veces de electrochoques subjetivos que forman muy rápidamente nuevos modos de ver, destruyen antiguos enlaces y reconfiguran identidades.

No obstante, resulta teóricamente ingenuo pensar que durante las reestructuraciones las subjetividades se transforman al grado de anular totalmente los restos de las identidades precedentes (sus restos fósiles), y todas sus estructuras parciales. Tal proceso de creación y recreación sólo es novedad en parte: necesariamente constituye también la reincorporación de algo que ya existía. La reestructuración, por otra parte, no es un puro fenómeno subjetivo, sino también material, con sus contradicciones, nuevas tensiones, et-  
cétera.

En el mundo contemporáneo surgen nuevos campos de acción para los que tampoco caben meras visiones de la subjetividad individualista o funcionalista. Se trata de campos de acción con *subjetividades en reconfiguración*, con sus incoherencias y fragmentaciones (como antes las había), que implican no la máxima elección, sino la máxima dominación. En la sociedad posindustrial persisten las distinciones entre dominantes y dominados, y las luchas por el poder no han desaparecido, aunque hayan adquirido nuevos contenidos y hayan surgido nuevos espacios para el poder (además de significados). Las identidades, ahora fragmentadas, pueden llegar a configurarse y volverse masivas. Restos fósiles y nuevos contenidos identitarios que el neoliberalismo ha empujado al fondo de la subjetividad pueden resurgir bajo formas diversas. En esta medi-



da, los sujetos de clases subordinadas como los obreros, ahora desestructurados, pueden recomponerse en consonancia con una nueva materialidad y manera de ver y concebir el mundo.

En la polémica también aparece, por otro lado, un individualismo metodológico de nuevo cuño que, con fuertes dosis de utilitarismo, se puede homologar a la ideología del neoliberalismo. Desde los clásicos liberales (Hobbes, Locke; Hume) el hombre es visto como egoísta y capaz de accionar racionalmente para lograr sus metas. Esta ideología tomó cuerpo en la economía política clásica, en la neoclásica y, actualmente, en la neoliberal. Sin embargo, esta última tiene dos vertientes. Una abandona el supuesto de hombre racional, optimizador de recursos escasos, y reconoce, por el contrario, la complejidad de las determinantes de la acción social. En este camino abandona, sin embargo, el intento de postular sobre sus fundamentos y se acoge al empirismo del mercado, como el que sanciona las acciones aunque los actores no sean racionales.<sup>28</sup>

La segunda vertiente ha tratado de sostener la teorización sobre el hombre racional con una serie de hipótesis *ad hoc* que relativizan el concepto mismo de lo racional. Así, los neoutilitaristas se conforman con definir la acción racional cuando el actor *crea* que lo es, y lo mismo indican para la optimización de recursos (no interesa tanto que dicha optimización lo sea a la luz de creencias y deseos o de acuerdo con las pruebas disponibles). En este camino, como afirma Elster, las acciones racionales pueden resultar muy irracionales.<sup>29</sup>

Respecto a la identidad, el nuevo actor racional (aunque ya no lo sea, sino que crea serlo) se caracterizaría por no estar determinado por estructuras o adscripciones: es un actor puramente estratégico que moviliza recursos,

<sup>28</sup> Véase Ludwig von Mises, *Epistemological Problems of Economics*, Princeton, N.J., Van Nostram, 1960.

<sup>29</sup> Véase John Elster, *Tuercas y tornillos: una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Barcelona, Gedisa, 1989.

como los de carácter moral, para obtener ciertos fines. Se trata de la individualización total del sujeto, sin tejidos ni solidaridades inconmensurables: la solidaridad apenas sería un recurso estratégico para la utilidad. Los actores que se movilizan se contarían, en esta perspectiva, entre los que poseen los mejores recursos. La identidad no se construye sólo en forma individual, ya no es un fin, sino un medio.<sup>30</sup> Sin embargo, persisten muchos y variados fenómenos colectivos que el neoutilitarismo no logra explicar, en parte porque su concepto de subjetividad racional sigue siendo primitivo, rudimentario, reductivo; no recupera la rica tradición de las ciencias sociales en este siglo. Frente al paradigma neoutilitarista, afortunadamente se erigen otros enfoques como aquellos que resaltan y recuperan la problemática de la construcción de las *identidades*, en particular, aquellos que relacionan sus reflexiones con los llamados nuevos movimientos sociales y que cuestionan la reducción de todas las decisiones relevantes de los hombres a meros procesos optimizadores.

### *Los análisis de la cultura sobre la clase obrera*

El panorama analítico sobre la cultura cada día adquiere mayor complejidad, así como cada vez con mayor frecuencia se intenta profundizar en diferentes *campos* culturales, uno de los cuales, el de la *cultura de clase*, ha recibido atención privilegiada.

El análisis de la *cultura de la clase obrera* representa en sí mismo gran dificultad para su definición, tanto por los cambios sociales como por el intenso debate teórico en torno a los términos *cultura*, *conciencia* e *ideología*. En general, puede afirmarse que la literatura existente se ha enfocado ha-

<sup>30</sup> Véase Steven Lukes, "Reconsideración del individuo metodológico", en Alan Ryan (coord.), *La filosofía de la explicación social*, México, FCE, 1976, pp. 187-203.

cia la realización de trabajos sociológicos empíricos sobre la clase trabajadora o el rescate de su tradición histórica.

En el primer sentido, los análisis sobre la "cultura proletaria u obrera" abordaron en sus inicios problemas como el de la conciencia y la lucha de clases. Sin embargo, cabe preguntarse hasta qué punto estos factores, durante mucho tiempo pensados como estructurales y comunes al proletariado en sociedades capitalistas, pueden llegar a conformar una homogeneidad cultural.

En la obra pionera de Marx no se encuentra un análisis sistemático sobre la cultura de clase, sino abundantes alusiones al respecto. El subsecuente desarrollo de la tradición marxista hizo posible identificar importantes lineamientos en relación con la superestructura y el papel de la conciencia de clase, que posteriormente rescataría la escuela francesa de Althusser y Poulantzas.

No es sino hasta Gramsci cuando es posible registrar una propuesta explícita sobre la cultura. Para éste la cultura es un instrumento de la hegemonía, a través del cual una clase social logra el reconocimiento de su concepción del mundo. En este contexto, la posición de clase ya sea subalterna o dominante, escenifica una confrontación ante las concepciones del mundo oficiales y las de las clases subalternas. Estas últimas participan en la cultura general de la sociedad de la que forman parte, pero en un nivel distinto. Según la interpretación de Bonfil Batalla, en las clases subalternas (de las que forma parte la clase obrera): "...existe una subcultura de clase, como resultado histórico que expresa las condiciones concretas de vida de los miembros de esa clase, sus luchas, sus proyectos, su historia y también su carácter subalterno. Esa cultura es parte de la cultura de la sociedad en su conjunto, pero no es otra cultura, sino una alternativa posible para esa misma sociedad total..."<sup>31</sup>

Más allá de la perspectiva marxista, a fines de los años sesenta y a raíz de los cambios sociales y tecnológicos de

<sup>31</sup> Véase Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo: una civilización negada*, México, CIESAS/SEP, 1987, y "Palabras de apertura", en Victoria Novelo (coord.), *Coloquio sobre la cultura obrera*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 145), 1987, p. 183.

la década, empezó a plantearse el tema de la clase obrera. Encontramos aquí cuatro importantes vertientes desarrolladas a partir de esos cambios:

- a) las teorías que propusieron la existencia de una “nueva clase obrera”, de autores como Mallet, Dahrendorf y Gortz;
- b) las vertientes definidas como “tecnocráticas”, derivadas de la noción posindustrial y sustentadas principalmente por Bell y Touraine;
- c) el examen de los procesos de trabajo en las fábricas, a cargo sobre todo de autores italianos, llamados “obreristas”, como Panzieri y Negri;
- d) un grupo de análisis que podría definirse como de posición intermedia, el cual destaca como punto de discusión la influencia de la fábrica y los cambios tecnológicos operados en ésta, en la formación de la clase obrera, y cuyos representantes más notables son Touraine y Naville, Braverman, Shaiken y Burawoy;
- e) por último, la vertiente histórica inglesa, preocupada por el análisis de la formación histórica de la clase obrera en Europa, como puede verse en los trabajos de Thompson, Hoggart, Williams y Jones.

En la primera vertiente se ubica la noción de sociedad posindustrial, asociada al supuesto de una “nueva clase obrera”.<sup>32</sup> Mallet ubicó a esta nueva clase en una situación de pobreza; como consecuencia directa de los cambios recientes en el desarrollo de la sociedad, estos nuevos trabajadores constituían las denominadas genéricamente como “infraclases”.

En tanto, Dahrendorf relaciona a este nuevo sujeto con la abundancia, pues las formas anteriores de estructuración de clases se ven modificadas por una supuesta elevación de los niveles de ingreso en las sociedades avanzadas, lo cual influye en los estratos superiores de la clase obrera y transforma simultáneamente a las estructuras de clase tradicio-

<sup>32</sup> Véase Serge Mallet, *La nueva clase obrera*, Madrid, Tecnos 1969.

nales, con lo que se establece una tendencia al crecimiento de empleados de "cuello blanco" sin propiedad.<sup>33</sup>

Por su parte, autores como Gortz plantean una separación entre la posición del trabajador como productor y como consumidor, ya que el capitalismo ha civilizado el consumo y el ocio para evitar la "civilización" de las relaciones sociales y las relaciones productivas y laborales. Perdida de esta manera la figura del proletariado, se abre paso al gran consumidor de las sociedades capitalistas. Principia así una época de consumo masivo, cuya consecuencia esperada era la de una "sociedad opulenta", en la que la clase trabajadora adquiriría el carácter de clase media.

En este contexto, Goldthorpe y Lockwood conceptualizaron a la clase obrera de la sociedad "opulenta" en tres sentidos: primero, como propietaria de bienes de consumo durables en la sociedad; segundo, en medio de una fuerte tendencia hacia su incorporación a trabajos de cuello blanco, como resultado de los cambios tecnológicos y gerenciales que invertirían su situación de clase tradicional, y tercero, como actores de los cambios en la estructura de la ecología urbana, que implican la declinación de la tradicional "villa urbana" a causa de la restricción de la movilidad geográfica y los horizontes culturales limitados.<sup>34</sup>

Estas tres circunstancias, en conjunto, estaban orientadas hacia la propuesta del fin de la clase obrera, lo que desató grandes controversias y generó la necesidad de centrar un debate en relación con los cambios en la vida material y las formas de conciencia y cultura de la clase trabajadora.

Asociadas a los cambios sufridos en las sociedades industriales avanzadas, en el fondo estas concepciones apuntaban hacia cuestionamientos sobre la utilidad del término

<sup>33</sup> Véase Ralph Dahrendorf, *Essays in Theory of Society*, Standford, California, Standford University Press, 1968.

<sup>34</sup> Véase John Goldthorpe y David Lockwood, *The Affluent Worker in the Class Structure*, Cambridge, Cambridge University Press, 1969.

*clase*, dadas las condiciones de alto desarrollo tanto económico como tecnológico, e incluso retomando estas circunstancias como un indicador profundamente significativo de la erosión de la estructura de clases existente.

Sin embargo, esta vertiente plantea la "desestructuración" de la clase obrera sólo a partir de factores exógenos como el consumo, sin tomar en cuenta el contexto productivo fabril, en el cual cotidianamente se generan conflictos, se ejerce el poder y existen pautas de comportamiento. Igualmente, se niega la formación histórica de la clase obrera, que en sociedades como la inglesa, francesa y alemana, se halla fuertemente sedimentada.

Por otra parte, en la vertiente "tecnocrática", sustentada principalmente por Daniel Bell y Touraine, encontramos que para el primero la expresión "sociedad posindustrial" alude a la posible reorganización social y económica de la sociedad, cuya consecuencia más inmediata sería la relegación del industrialismo al pasado. Una de las primeras características de la sociedad posindustrial residiría en la misma producción industrial, pues la producción de mercancías ya no constituiría el interés dominante en la fuerza de trabajo. En este sentido, la producción industrial se desplazaría al sector de servicios, el cual requerirá en el futuro el desarrollo de capacidades técnicas y físicas mayores, así como la posesión de conocimientos más que de destreza y fortaleza física.

Para Touraine, la sociedad posindustrial es una sociedad programada por su tendencia a la aplicación sistemática del conocimiento técnico para fines sociales y económicos predeterminados. Tanto Bell como Touraine coinciden en que estos cambios hacia una posible sociedad posindustrial generarían un conjunto de tecnócratas que desplazaría tendencialmente a los obreros industriales, tornándose así en una nueva clase dominante y en un nuevo *ethos* social.

Cabe señalar que Touraine no descarta la idea de clase; al contrario, fusiona elementos diferentes a los clásicos y propone la existencia de nuevas clases y conflictos, cuyas contradicciones dominantes no son las inherentes al sis-

tema económico, sino las generadas entre las necesidades de los sistemas y las necesidades de las personas.

En estas circunstancias las clases se definen más por el conocimiento y la información, que por la propiedad. Asimismo, Touraine distingue clases sociales (en el nivel societal), grupos de interés (en el de las organizaciones) y grupos de presión (en el de la organización técnica). En este sentido, el estudio de las clases sólo constituye un elemento de análisis de estas sociedades, y no el marco general para su conocimiento.

Desde esta perspectiva, para Touraine el movimiento obrero —y por lo tanto la clase obrera— no es el único actor social, como ocurriría en los estudios clásicos marxistas, sino que coexiste con la aparición de nuevos conflictos en este tipo de sociedades. Por ello, la noción de movimiento social, que no es siempre el de una clase, se caracteriza por otros elementos: el tipo de demanda, la forma de organización, de acción, los sujetos protagonistas, sus relaciones con el poder y las clases dominantes, son elementos presentes en los nuevos análisis de las movilizaciones y conflictos en las sociedades posindustriales. De ahí que en la propuesta de Touraine sean más importantes los elementos societales.

En síntesis, las teorías descritas, si bien pretendieron dar cuenta de los rápidos cambios del mundo contemporáneo, generados principalmente por la creciente innovación tecnológica, no han podido en el fondo eludir el problema de sustentar una visión “evolutiva” de las sociedades. Bajo el supuesto del paso de una sociedad a otra, se parte de un principio de homogeneidad tanto económica como productiva, y se otorga además un peso excesivo a los factores tecnológicos en la conformación o disgregación de la clase obrera. Giddens propone en este contexto, hablar de tipos y niveles en los que se desarrolla la clase, más que proponer su desaparición.<sup>35</sup>

<sup>35</sup> Véase Anthony Giddens, *El capitalismo y la moderna teoría social*, Barcelona, Labor, 1977.

En la tercera vertiente de análisis sobre la clase obrera, la de los *obreristas italianos*, podemos encontrar los aportes de Panzieri y Negri. La corriente se inicia a mediados de los años sesenta, y su importancia radica en introducir como objeto de estudio la vida cotidiana del obrero en la fábrica. Tal dimensión originó una lectura diferente de la realidad obrera, en la cual el concepto de movimiento obrero se amplía y aparecen nuevos campos de observación. El ángulo del proceso de trabajo permite rescatar ámbitos propios de la subjetividad.

Estos autores ubican el conflicto y la resistencia de los obreros no sólo en los grandes movimientos huelguísticos o masivos, sino también en las formas cotidianas y silenciosas de resistencia. Panzieri y Negri proponen también retomar a la clase obrera como dinámica y no sólo como un elemento pasivo y en directa relación con el proceso de trabajo. La vinculación entre individuo y fábrica implica una relación contradictoria entre el capital y el trabajo durante el proceso productivo, pero también de defensa de los comportamientos culturales. Estos autores proponen la distinción de "composición técnica", "composición política" y "composición social" como elementos constituyentes de las figuras obreras, ya que éstas no dejan de serlo en cuanto abandonan la planta, y no se encuentran constituidas tan sólo por su relación con las herramientas o su alianza y acción política, sino como un todo social.

En la cuarta vertiente, que denominamos intermedia, se localizan algunos intentos analíticos acerca de los impactos de la tecnología en los trabajadores, y más recientemente del proceso de reconversión industrial en el mundo. La postura tiene como factor común el atender a los cambios tecnológicos en la empresa como elementos que rigen los diferentes niveles de impacto, tanto el de los sujetos obreros como el de los sistemas productivos en las fábricas.

Un primer grupo de interpretaciones clásicas en torno a la presencia tecnológica en las empresas, se ha orientado al elemento de satisfacción e insatisfacción en los puestos de trabajo, así como al carácter alienante del trabajo industrial —ante lo cual, un gran número de estudios se abo-



caron a determinar los efectos repetitivos y rutinarios del trabajo.<sup>36</sup>

Otro grupo de temas abordó la influencia de la tecnología en el ámbito del trabajo. Por una parte, se afianzó la idea de que con la introducción de tecnología se propiciaba la descalificación del trabajador y la degradación del trabajo, lo cual permitía a la gerencia controlar totalmente el proceso de trabajo, cuyas modernas formas de organización y producción han reducido las calificaciones para realizar las tareas.<sup>37</sup>

Por otra parte, autores como Burawoy señalan al mercado de trabajo como una determinación más importante en el proceso laboral que la tecnología misma; proponen en este sentido la vinculación entre proceso de trabajo y aparato político, a partir de dos figuras básicas: a) el régimen despótico del capitalismo libre, caracterizado por

<sup>36</sup> En esta lógica de análisis, Walker y Guest encontraron diferentes reacciones en los obreros respecto a sus trabajos, tales como la insatisfacción, la sensación de inestabilidad respecto al control del lugar de trabajo, la realización de actividades extremadamente parciales y de corta duración; factores que en conjunto contribuían a la alienación y a una alta insatisfacción en el trabajo. Estos autores proponían el uso de la técnica como principio liberador del trabajo, instrumentada a través de la rotación y promoción del trabajo en equipo, como factores que podían ayudar a disminuir el problema de la insatisfacción en los trabajadores.

A principios de los años sesenta, Touraine y Naville se ocuparon del análisis del creciente proceso de automatización, el surgimiento del trabajo en equipo y su funcionalidad al interior de las empresas, en contraposición con el trabajo tradicional individual. Observaron que con la introducción del automatismo se lograba una mayor responsabilidad e integración entre los trabajadores, así como en las diferentes categorías de trabajo en los equipos establecidos en los departamentos de producción. Touraine, específicamente, analizó la evolución profesional en la empresa, así como las transformaciones en la calificación de los trabajadores ante la automatización, proponiendo el concepto de obrero automatizado.

Bajo esta misma óptica, Blauner intentó demostrar las importantes diferencias entre aquellas industrias que potencialmente utilizaban trabajos alienantes y las que no, encontrando que las industrias que poseían un carácter repetitivo en el trabajo mostraban una alta tendencia hacia la alienación; en tanto, industrias altamente automatizadas presentaban escasos efectos de este tipo.

<sup>37</sup> Véase Harry Braverman, *Trabajo y capital monopolista*, México, Nuestro Tiempo, 1975; Benjamín Coriat, *El taller y el cronómetro*, México, Siglo XXI, 1982, y Harry Shaiken, "The Work Process Under More Flexible Production", en *Industrial Relations*, núm. 25, USA, 1986.

la dominación de la fuerza de trabajo, el salario y un proceso de trabajo fragmentado, y b) el régimen hegemónico sustentado en el consenso entre los trabajadores, el cual domina sobre la cohesión y además, separa la reproducción de la fuerza de trabajo y la producción, con lo que se establecen bases de vulnerabilidad del trabajo colectivo y se consigue una gran movilidad internacional del trabajo.<sup>38</sup>

El debate sobre la tecnología y sus implicaciones en la clase obrera ha tomado en los últimos años nuevas direcciones relacionadas sobre todo con la manufactura y organización del trabajo flexible, ampliando las perspectivas clásicas sobre sociología industrial, de alguna manera apuntadas arriba.<sup>39</sup> En general, puede decirse que las primeras cuatro perspectivas aquí planteadas, se han enfocado hacia trabajos sociológicos empíricos sobre la clase trabajadora, más allá de su definición y la explicación de su proceso formativo.

En este sentido cobra importancia la última vertiente, preocupada por el rescate de la tradición histórica. La vertiente inglesa, en efecto, ha emprendido la reconstrucción de la historia social y cultural de la clase obrera, y son notables sus ensayos acerca de la tradición historiográfica de la clase trabajadora y de la historia popular en general. Se detalla con un énfasis cultural, por ejemplo, el origen de la historia social y del trabajo desde 1880, para reanudarla después desde 1950 hasta comienzos de 1960.<sup>40</sup> Asimismo, destacan los intentos por definir el dilema de los escritores de historia en los setenta, en cuanto al relativo

<sup>38</sup> Véase Michel Burawoy, *Manufacturing Consent*, Chicago, University of Chicago, 1979.

<sup>39</sup> Sobre la relación entre tecnología, empleo y condiciones de trabajo, existe una vasta bibliografía en la que se confrontan diversos puntos de vista, como aquellos que destacan ya sea la pérdida de puestos de trabajo, la generación de empleo, la mejoría en los niveles de vida o la tendencia hacia la desaparición de trabajadores directos. Al respecto, puede resultar provechosa la consulta de los ensayos publicados en *La automatización y el futuro del trabajo*, Madrid, Ministerio del Trabajo y Seguridad Social, 1988.

<sup>40</sup> Véase John Clarke, Chas Critcher y Richard Johnson (eds.), *Working-Class Culture. Studies in History and Culture*, Nueva York, St. Martin's Press, 1980.

despertar de los estudios culturales de la clase obrera, así como el complejo debate teórico que existe en torno al mismo tema.<sup>41</sup>

De acuerdo con esta vertiente debe partirse de tres de los principales caminos en los que la clase trabajadora ha sido conceptualizada: mediante la problemática de la conciencia, de la cultura y la ideología. Se argumenta que cada uno de los paradigmas apoya las diferencias en el momento de su formación.

Uno de los estudiosos de esta vertiente, Chas Critcher, afirma que no existe una tradición autoconsciente interrelacionada con los escritos sociológicos sobre la cultura de la clase obrera en Inglaterra. Y es en el mismo sentido que puede apuntarse la construcción de un género específico de estudios sobre la cultura de la clase trabajadora.<sup>42</sup>

La mayoría de los trabajos tienen un rasgo común, relacionado con los efectos del cambio social en la clase trabajadora: la pasividad de la clase es un rasgo clave, en tanto la sociología presenta a individuos que piensan lo que acontece. Persiste el sentido de que la clase trabajadora es un agente de cambio o, más aún, de fuerza cohesionadora. La aproximación se da a través de la política o de los problemas sociales con los cuales debería actuar. Una tendencia asociada es la abstracción de elementos de la vida obrera.

En sus inicios, los trabajos se centraron en variables como la familia, la educación o las políticas públicas. Richard Hoggart, por ejemplo, realizó un interesante y atípico estudio basado en la identificación del deterioro de los valores tradicionales de la clase trabajadora por la influencia de los *mass media*.

En su obra *Uses of Literacy*, publicada en Londres en 1957 (y traducida en México como *La cultura obrera en la socie-*

<sup>41</sup> *Idem.*

<sup>42</sup> Algunos de los trabajos más relevantes sobre el tema, aunque no son propiamente sociológicos, se reseñan en Chas Critcher, "Sociology, Cultural Studies and the Post-War Working Class", en John Clarke, Chas Critcher y Richard Johnson (eds.), *op. cit.*, pp. 13-40.

*dad de masas*), se plantea la cuestión sobre la calidad de la vida cultural de la clase trabajadora. El precio del progreso material aparecía como un nuevo tipo de explotación cultural y un aparente movimiento de la clase trabajadora. En la primera parte del libro se muestra un lento cambio, pero un gran número de complejas fuerzas obviamente también se ha conservado. En la segunda parte se discuten algunos caminos para un cambio orientado hacia una sociedad de culturas.

Hoggart maneja el cambio en dos niveles de análisis, de lo cuantitativo a lo cualitativo y de lo estructural a lo cultural. El resultado es su tesis esencial: el remplazo de una cultura urbana de la gente por una menos saludable nueva cultura. La cultura de masas es aquí significativa. Hoggart ofrece una versión calificada y detallada de un debate —principalmente de origen norteamericano— que sostiene como el más significativo cambio social el triunfo de un nuevo camino de vida: la sociedad de masas, la cual produce su propia cultura de masas, homogénea, comercializada e institucionalizada; la nueva cultura de masas ha sustituido el poder de las diferenciaciones culturales previas de las élites, las clases y los grupos étnicos. Hoggart busca identificar tal masificación cultural como un proceso contemporáneo.<sup>43</sup>

El trabajo de Hoggart, según Critcher, puede ser entendido como una generalización pseudopsicológica de los teóricos de la cultura de masas, y como un esencialismo empírico. Específicamente en la definición de la clase trabajadora se presenta un problema teórico que Hoggart no resuelve, lo más que puede obtenerse es una lista del tipo de lugares donde vive la clase trabajadora. Existe una circularidad similar en el libro: la clase trabajadora es aquella que hace la cultura de la clase trabajadora. No obstante, un aporte significativo del trabajo de Hoggart es su método: la aproximación a la clase por medio del lenguaje.

<sup>43</sup> Véase Chas Critcher, "Sociology, Cultural Studies and the Post-War Working Class", en John Clarke, Chas Critcher y Richard Johnson (eds.), *op. cit.*, pp. 13-40.

Los estudios de Hoggart evidencian el problema de la definición de cultura de la clase obrera: al mismo tiempo que es múltiple, existen tantas actitudes como individuos. No es posible construir una imagen "total" de la clase obrera a partir de la suma de varias características individuales; es preciso ir más allá de los hábitos para comprenderlos y entender qué significan, detectar en el discurso las diferentes intensidades de emotividad que hay detrás de las frases idiomáticas y de los rituales.

Otras aportaciones importantes son las de Williams y Thompson, quienes se ubican más lejos de la tradición sociológica inglesa. En general, los trabajos de este periodo identificaban problemas de la clase trabajadora tales como su vulnerabilidad cultural, sus desventajas en el sistema educacional y las condiciones generales de vida durante una época marcada por el término de la guerra.<sup>44</sup>

En una de sus obras principales, *The Making of the English Working Class*, Thompson emprende una importante revisión de los supuestos marxistas ortodoxos sobre la conciencia, la economía y el lugar de la política. Para este autor, la clase obrera no se reduce a un simple dato estructural; se analiza, en cambio, a partir de diferentes ámbitos de la realidad cotidiana. En palabras del autor, una clase social es: "un fenómeno histórico unificador de cierto número de acontecimientos dispares y aparentemente desconectados, tanto por las respectivas condiciones materiales de existencia y experiencias, como por su conciencia".<sup>45</sup> La clase social constituye, pues, una síntesis de las condiciones de vida, el modo en que éstas se experimentan y traducen en términos de conciencia. En este sentido, la cuestión central para Thompson no consiste en desplazar el análisis de la clase obrera del espacio de relaciones productivas hacia las formas de conciencia social, sino más bien indagar la dinámica mediante la cual se van definiendo los procesos de formación

<sup>44</sup> *Idem.*

<sup>45</sup> Véase Edward Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra, 1780-1832*, t. I, Barcelona, Laia, 1977.

de clase, concepto que permite reconocer a la clase obrera en movimiento, en amplios procesos de estructuración y desestructuración.

Otro concepto prominente para este autor es el referido a la experiencia de clase, la cual se encuentra fuertemente influida por las relaciones productivas bajo las cuales los hombres nacen. La conciencia de clase, en este sentido, se traduce en dichas experiencias en términos culturales, encarnándose en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. A partir del concepto de *experiencia* se permite el retorno de los sujetos a la historia como personas que viven situaciones productivas, así como de las relaciones en las que se encuentran inmersas bajo la forma de necesidades, intereses y antagonismos. En síntesis, por medio del concepto de experiencia es posible una explicación simultánea del modo en que se constituyen las representaciones sociales de los sujetos obreros a partir de experiencias individuales primarias y secundarias, y a la vez profundizar en el análisis de cómo tales experiencias son vividas e interpretadas por sus protagonistas a la luz de experiencias acumuladas y controvertidas. De igual manera, el concepto de experiencia de Thompson permite registrar la realidad no sólo como proceso de objetivación, sino también como proceso subjetivo.

La tesis thompsoniana del concepto de experiencia no se ha estancado en la definición ciertamente laxa y ambigua que hemos comentado. Algunos autores recientes aquilatan su pertinencia, pero desde luego observan la necesidad de discutirla y darle contenidos más precisos. Uno de los trabajos encaminados en esa dirección, y que representa para nosotros una estimulante propuesta, especifica el concepto de experiencia en su relación con los fenómenos asociados al lenguaje, en particular con el discurso político de la clase obrera. Para Stedman, es una tarea ineludible repensar la conveniencia de las nociones de conciencia de clase y experiencia cuando la atención se centra en el análisis de los procesos políticos, pues la primera supone un desarrollo objetivo, necesario, en el

cual se manifestará aquello que está latente, y proporciona los criterios mediante los cuales se evaluará la pertinencia de su manifestación. El concepto de experiencia, por su parte, si bien es compatible con una aproximación que busca rescatar la empiricidad de los acontecimientos, los presenta más bien como una realidad registrada a través de la subjetividad de los actores. Según las consideraciones de Stedman: “lo que ocultan tanto la *experiencia* como la *conciencia* [...] es el carácter problemático del lenguaje. Ambos conceptos implican que el lenguaje es un simple medio a través del cual la experiencia encuentra una expresión”.<sup>46</sup> Esta concepción —podríamos decir— instrumental y romántica del lenguaje, no admite una constatación ampliamente aceptada desde los trabajos pioneros de Saussure: la materialidad del propio lenguaje y la imposibilidad de abstraer la experiencia del lenguaje que la estructura. La superación de ese enfoque ingenuo del lenguaje no se resuelve situando “determinadas proposiciones en relación directa con una pretendida realidad experimental de la que son supuestamente una expresión”, sino “explorando la relación sistemática entre términos y proposiciones”.<sup>47</sup>

En el desarrollo ulterior de su proyecto, Stedman señala que los historiadores de la clase obrera arrancan del supuesto implícito de una sociedad civil como campo de grupos o clases sociales en conflicto, cuyos intereses opuestos encuentran una expresión racional en la arena política. Tales intereses, se supone, son anteriores a su expresión. Sin embargo, para rescribir la historia de la clase obrera es preciso asumir que el concepto saussuriano del lenguaje desecha cualquier prenocción sobre la determinación de la conciencia por el ser social, porque el propio lenguaje es parte integrante, y no de poca importancia, del ser social. No podemos, por consiguiente, descifrar el lenguaje político para conseguir una expresión primigenia y material del interés, ya que *la estructu-*

<sup>46</sup> Véase G. Stedman Jones, *Lenguajes de clase*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 20.

*ra discursiva del lenguaje político concibe y define el interés en primera instancia.* Debemos estudiar, en consecuencia, la producción del interés, la identificación, las aspiraciones colectivas, las actitudes hacia el poder, los valores y la aglutinación de voluntades dentro de los propios lenguajes políticos.

En síntesis, el concepto de clase —y el de cultura de clase— no puede circunscribirse sólo al ámbito de la fábrica, sino también al de la “formación de la clase” a partir de elementos culturales. Podemos, en este sentido, aceptar como punto de partida la fábrica, pero tratando de rescatar aun ahí los elementos tanto subjetivos como objetivos. La experiencia en el trabajo y el “ser obrero” no se agotan en la fábrica, sino que se extienden al ámbito de la vida cotidiana, de la familia, el barrio y los valores introyectados.

La cultura, con mucha frecuencia, se concibe como “algo” externo y no relacionado con el ámbito laboral. Por ello, es necesario pensar en el ámbito del trabajo como una forma cultural específica, generadora de comportamientos culturales que se desplazan de la fábrica a la sociedad y de la sociedad a la fábrica, donde se trasladan valores y conductas que diferencian el comportamiento y las prácticas culturales obreras de los sujetos. La reproducción de la clase obrera en la fábrica se encuentra mediada, así, por las prácticas culturales cotidianas de los sujetos.

### *La perspectiva nacional*

Los estudios sobre la clase obrera en México han recorrido varias etapas y temáticas relacionadas con el acontecer nacional. Pueden destacarse tres momentos de este proceso; en primer lugar, aquel que se origina durante el periodo prerrevolucionario y se prolonga hasta los años treinta, y que aborda temas relacionados con la militancia obrera y la conformación de partidos políticos; en segundo, los trabajos que se interesaron en temas como el fortalecimiento del Estado y su relación con el sindicalismo



oficial y, por fin, el iniciado en los años setenta con una gran influencia del movimiento del 68, en el cual sobresale el examen de los movimientos obreros independientes.<sup>48</sup>

Durante la primera etapa fueron evidentes las perspectivas de análisis sobre la historia de la clase obrera, con especial atención al periodo revolucionario y la vocación revolucionaria del proletariado. Más tarde, entre 1917 y 1940, se enfatizaron los procesos que institucionalizaron el conflicto obrero-patronal bajo la consolidación del Estado.

En la segunda etapa aparecieron trabajos acerca de las formas de control del Estado sobre la clase obrera —como el “charrismo”—, así como de los incipientes y en ocasiones derrotados movimientos independientes —entre los que se cuentan los ensayos de J.L. Reyna y R. Trejo.<sup>49</sup>

A partir de los años setenta los análisis sobre la clase obrera se vuelcan hacia los movimientos sindicales, pero tratando de rescatar elementos electorales y factores derivados de la crisis económica. En el intento se asocian variables tales como tasas de sindicalización con índices salariales o movimientos huelguísticos.

Al mismo tiempo, surgen los estudios de la clase obrera que parten del análisis de la fuerza de trabajo y su inserción en la estructura productiva. En este enfoque, el mercado de trabajo representaba el lugar en el que los trabajadores se relacionaban con una masa amorfa y segmentada de individuos.

Los estudios sobre la fuerza de trabajo tendieron después a profundizar y refinar instrumentos de análisis y fuentes de información, orientándose hacia sectores más específicos y recuperando el contexto socioeconómico. De esta vertiente se desprendieron importantes aportes al estudio de la reproducción social, la familia y la unidad doméstica, como lo demuestran los novedosos trabajos de Jelin, Muñoz y Oliveira, entre otros.

<sup>48</sup> Véase Enrique de la Garza, “Propuesta para el estudio de la clase obrera”, en *Revista Nueva Antropología*, núm. 29, México, abril de 1986.

<sup>49</sup> *Idem.*

Por otro lado, de manera incipiente en los años setenta y con mayor nitidez en los ochenta, algunos autores se preocuparon por determinar los impactos tecnológicos en el trabajo mediante el análisis de los procesos laborales.<sup>50</sup> Uno de los estudios pioneros del enfoque analizó la huelga de Automex en 1969; se relacionaban aquí las condiciones materiales de producción y de trabajo en la fábrica con el conflicto obrero-patronal, estableciendo que las condiciones tecnológicas imperantes estaban vinculadas en gran medida con las características asumidas por el movimiento obrero.<sup>51</sup>

Un segundo estudio desde idéntica perspectiva lo emprendió en 1974 la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, el cual se ocupaba de la huelga de Pemex en Tula; aquí se vinculaba la composición técnica de los trabajadores —especialmente los de alta calificación— con las condiciones de lucha. A esta investigación siguieron algunos estudios más que abordaban la relación entre luchas y organizaciones obreras desde el punto de vista de las condiciones del proceso de producción.<sup>52</sup> Dentro de la misma corriente se inscriben estudios orientados hacia las repercusiones del proceso de trabajo en la salud de los trabajadores; los análisis se centraban en la idea de que el proceso salud-enfermedad de los obreros se hallaba determinado por el proceso de trabajo.<sup>53</sup>

<sup>50</sup> *Idem.*

<sup>51</sup> Véase Ángel Fojo, "El caso de Automex, la huelga de 1969-1970", mimeo, México, El Colegio de México, 1973.

<sup>52</sup> Véase Arnulfo Urteaga, "Autonomía obrera y reestructuración empresarial, una experiencia de comité de fábrica", en *Coyoacán*, núm. 9, México, 1980, y Lilia Bazán, "El sindicato independiente de la Nissan Mexicana", en *Memorias del Encuentro sobre Historia del Movimiento Obrero*, t. III, México, UAF, 1980.

<sup>53</sup> La corriente del proceso de trabajo en México recibió una notable influencia de las corrientes obreristas europeas, sustentadas en parte por Mallet, Panzieri y Negri y, en otra, por la sociología del trabajo de Touraine y Braverman. Véase M. Echeverría *et al.*, "El problema de la salud en la DINA", en *Cuadernos Políticos*, núm. 27, México, Era, 1980; C. Rodríguez *et al.*, "Proceso de trabajo y condiciones de salud de trabajadores expuestos a riesgo eléctrico", en *Revista Latinoamericana de Salud*, s.n., México, 1981, y Cristina Laurel y Margarita Márquez, *El desastre obrero en México*, México, Era, 1983.

En conjunto, estas perspectivas permiten observar que los intentos por conceptualizar a la clase obrera se han basado, por una parte, en las condiciones materiales de existencia o en las distintas manifestaciones de la "conciencia" a través de sus organizaciones colectivas e institucionalizadas, así como a través del análisis de su "supuesta" potencialidad revolucionaria y de sujeto político. Todas las tentativas, sin embargo, presentan un sujeto definido a partir de mediaciones institucionales y organizadas; nunca se muestra a un individuo actuante en la sociedad y en espacios ajenos al trabajo.

Pocas investigaciones han evitado caer en explicaciones deterministas —vía instituciones o condiciones tecnológicas— que consigan articular los diferentes niveles de actuación de los sujetos obreros en la realidad social.

De aquí la necesidad de definir los ámbitos de acción de los sujetos obreros y los específicamente culturales. La pregunta pertinente aquí es: ¿qué hace posible que la clase obrera desarrolle una cultura?, si tomamos en cuenta que ésta se encuentra circunscrita en todo un escenario multicultural.

Si la cultura es un reflejo activo de las condiciones materiales de vida, la vida cotidiana será una experiencia compartida por los obreros industriales y el "pueblo" en general. Los ámbitos de la vida fabril y social se viven de manera entrelazada, entre rasgos culturales industriales y rasgos de sectores no obreros.

Así la cultura obrera, según Monsiváis,<sup>54</sup> es la síntesis apologética de las relaciones entre el trabajo y los modos de vida, lo que implica la concertación obligada en un espacio, como el de la fábrica y, en algunos casos, la fijación de la entidad personal en la imagen colectiva.

Sin embargo, en el caso del trabajador capitalino resulta imposible pensar cuál es el comportamiento obrero específico que se debe esperar, ya que la cultura obrera en un

<sup>54</sup> Véase Carlos Monsiváis, "Notas acerca de la cultura obrera", en Victoria Novelo (coord.), *Coloquio sobre cultura obrera*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 145), 1987, pp. 166-179.

medio masificado no permite tal distinción y uniformidad en su conducta. Han desaparecido barrios obreros en la capital, se ha impuesto la sobrevivencia de las clases populares de acuerdo con los valores del desarrollo capitalista, de modo que la figura de un obrero "puro" se desvanece.

Según Monsiváis, la mejor manera de explicar la cultura obrera en ámbitos como el de la ciudad de México es a través de la cultura urbana. La crisis de los servicios urbanos, de vivienda, transporte, ofertas culturales, educativas y sociales hacen que a *grosso modo* la cultura urbana sea el espacio de respuestas de los sujetos. Esta cultura emerge al convertirse la sociedad tradicional en sociedad de masas, y es en ella donde se encuentra inmerso el obrero capitalino que comparte con los demás los rasgos de esta cultura.<sup>55</sup>

Bonfil Batalla por su parte, concebía la cultura obrera como una distinción heurística; es decir, como un tipo ideal. El obrero concreto posee una cultura distinta, que es su cultura real y se aproxima o aleja de lo que puede ser definido como cultura obrera. No obstante, ésta no puede definirse sólo a partir de un tipo, sino que es necesario rescatar el proceso histórico en el que ha estado inmersa.<sup>56</sup>

Para Bonfil Batalla cuando se habla de cultura obrera hay que explicar qué se entiende por cultura, pues el término funciona en la medida en que hace referencia a un conjunto de conocimientos, creencias, valores, prácticas, formas de organización, conciencia, etcétera, de una sociedad. Si el término no alude a una sociedad que tiene la capacidad de reproducirse con cierta continuidad histórica, entonces pierde utilidad. En este sentido, referirse a un solo sector del conjunto social —los obreros— equivale a utilizar un término para fenómenos distintos.<sup>57</sup>

Por ello, no se trata de buscar "culturas" diferentes o nuevas, sino de precisar rasgos particulares de un sector

<sup>55</sup> *Idem.*

<sup>56</sup> Véase Guillermo Bonfil Batalla, "Palabras de apertura", *op. cit.*

<sup>57</sup> *Idem.*

de la población, definido en términos de su posición en el sistema productivo. En este sentido es posible encontrar características particulares de un grupo, lo cual no significa que esto constituya una cultura.<sup>58</sup>

Una perspectiva distinta es la de Victoria Novelo, quien afirma que la clase obrera no sólo se forma a través de los medios de producción y su relación estructural, sino también a través de su identificación como partícipe común de determinadas relaciones de producción. Centra su análisis en la búsqueda de cómo se estructura el proceso cultural de esta clase particular, la cual produce formas concretas de ser, estar, pensar y sentir en su relación recíproca con la base que conforma la producción material.<sup>59</sup>

El entendimiento de una cultura de clase específica implica, en primer término, reconocer que es a partir de las condiciones de existencia como se desarrollará su conciencia, de manera tal que las reflexiones y concepciones de existencia son en este caso reflejos objetivos de la situación de la vida obrera.

Si bien esta autora enfatiza las condiciones concretas de trabajo como un eje fundamental que organiza la vida de los obreros, también reconoce la existencia de otros espacios donde transcurre su vida cotidiana, como el acceso a la vivienda, la instrucción, la salud, la recreación y, en general, el acceso al consumo. De esta manera se reconocen varios contenidos fundamentales del proceso de formación de la cultura obrera, como la articulación de condiciones de trabajo, la organización política y las condiciones de vida que "por sus distintas combinaciones y complejidades, impiden plantear una cultura en términos absolutos, pues, en reconocimiento a su heterogeneidad, la práctica cultural obrera reconocida tiene una estratificación fundamental en desarrollos, objetivos y subjetivos desiguales, por lo que su 'disposición a actuar como clase' es irregular".<sup>60</sup>

<sup>58</sup> *Idem.*

<sup>59</sup> Véase Victoria Novelo, Miguel Ángel Gómez, Jorge Aceves, Ana H. Castro y Ariel García, "Propuesta para el estudio de la cultura obrera", en Victoria Novelo (coord.), *op. cit.*, pp. 5-25.

<sup>60</sup> *Idem.*

A pesar de que Novelo acepta la existencia de una cultura obrera —en contraposición a Bonfil Batalla—, señala que ésta se circunscribe a la cultura popular de las clases subalternas. La cultura obrera, dice, se liga a la cultura popular no sólo porque el obrero industrial forma parte del pueblo, sino porque comparte los nexos estructurales establecidos.

Un trabajo empírico interesante en torno al análisis de la cultura obrera es el de Sariego, quien examina el sector minero. Para este autor la cultura minera es un conjunto de respuestas históricas que implica sistemas de valores, modelos de comportamiento y formas de vida que apuntan hacia una visión del mundo y de las relaciones sociales.<sup>61</sup>

La cultura obrera es entonces una respuesta histórica que se modifica y atraviesa procesos de redefinición en distintos ámbitos, como el del trabajo, el de la gestión empresarial, la comunidad y el sindicato, todos entendidos como ámbitos de interpelación obrera.

El estudio es interesante porque nos presenta la circunstancia contraria a la mencionada por Monsiváis: se trata de condiciones homogéneas de enclave y no de una ciudad abierta y urbana. El sistema de enclave se refleja en tres ámbitos: a) en la construcción de una identidad a través de la conquista de formas de organización obrera; b) en la defensa de los principios de cooperación y autonomía profesional en las minas, y c) en la cohesión obrera dentro de los espacios de reproducción.

Lo anterior puede explicarse porque, según el autor, la cultura minera no sólo es una cultura local, sino que en esencia equivale a la defensa de una condición de vida en el nivel de las formas de reproducción.

Se puede concluir que en cuanto a la dificultad de definir la existencia o no de una cultura obrera, es difícil diferenciar y aun particularizar ciertas manifestaciones de este

<sup>61</sup> Véase Juan Luis Sariego, "La cultura minera en crisis. Aproximación a algunos elementos de la identidad de un grupo obrero", en Victoria Novelo (coord.), *op. cit.*, pp. 135-155.

grupo, las cuales son compartidas por otros tantos en las grandes ciudades y por aquellos que no necesariamente son obreros.

Lo importante aquí sería resaltar y analizar los ámbitos en que se desarrolla la vida del obrero; los distintos espacios de trabajo, los espacios cotidianos y los de recreación o tiempo libre, donde tienen diferentes prácticas y actitudes los obreros de las distintas zonas del país.

Para finalizar este apartado, señalaremos algunas posiciones de los análisis regionales respecto a la problemática de la clase obrera. Un trabajo que integra varios de los aspectos señalados, se propone ubicar algunos de los elementos culturales de las trabajadoras industriales en la frontera norte —tanto en el ámbito fabril como en el extrafabril—, con el fin de rescatar elementos cotidianos vividos al interior de las fábricas. En conjunto, estos elementos definen la experiencia común de miles de mujeres en una misma región y que trabajan en condiciones similares. El autor recrea desde escenas de poder entre las jóvenes trabajadoras y sus jefes, hasta las precarias condiciones de trabajo.<sup>62</sup>

Para Valenzuela aún es prematuro hablar de una “cultura obrera”, entendida como una visión del mundo que se define a partir de los intereses de clase; aunque en ella se comparta la misma composición de fuerza de trabajo, origen y edades, éstos no son elementos suficientes.

Asimismo, los posibles impactos culturales generados por el trabajo no son el único elemento que define los horizontes culturales de los trabajadores; también intervienen factores tales como la familia, el contexto social y el conjunto de lo cotidiano. En este ámbito convergen en sitios de trabajo similares figuras como la punk, la estudiante, la madre soltera, la hija de familia, la chola, la hija de migrantes, sin ser necesariamente iguales.

De aquí la necesidad de diferenciar y particularizar los diferentes grupos obreros, así como los sectores en que se

<sup>62</sup> Véase José Manuel Valenzuela, “La mujer obrera: reproducción y cambio de pautas culturales”, en *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, México, UNAM/Porrúa, 1989.

encuentran inmersos, a través de sus manifestaciones, prácticas y percepciones, lo cual de ninguna manera garantiza la existencia de una "cultura obrera" real, si no es como distinción heurística.

### *¿Es posible una nueva identidad obrera?*

Es muy probable que la identidad obrera, en su sentido estático y como concepto de toda una clase, nunca haya existido. A esta identidad la debilitan diferencias nacionales, regionales, de género, de grupos de edades y profesionales, etcétera, de tal forma que *las identidades obreras siempre han sido identidades parciales*. Tampoco podríamos asegurar que estas identidades hayan sido siempre jerárquicamente superiores a otros elementos de identidad o subjetividad de los individuos. Una nueva y dinámica identidad obrera tendría que ser una constelación de configuraciones no abstractas o "en sí", sino formadas por elementos preexistentes en conjunción con otros de creación más o menos reciente o reactualizados conforme a las nuevas circunstancias.

Negar la posibilidad de constituir nuevas identidades obreras en el "poscapitalismo", implica la mezcla de concepciones estructuralistas (la estructura obrera se ha diluido en infinitas subestructuras que diferencian), e individualistas, respecto al actor estratégico (negación por principio del mundo ético salvo como recurso estratégico de los individuos). En esta tónica se inscriben las reflexiones de Offe, las cuales pueden traducirse en términos de imposibilidad de una nueva identidad obrera.<sup>63</sup> Las críticas de este autor en cuanto a la pérdida de centralidad del mundo del trabajo pueden sintetizarse en dos bloques: primero, la diversificación de los trabajos por salarios, calificaciones, contenidos, seguridad, estatus, cargas y formas de comunicación o, visto de otra manera, por la segmentación del

<sup>63</sup> Claus Offe, *La sociedad del trabajo*, Madrid, Alianza, 1992.



mercado de trabajo y la importancia de los trabajadores de cuello blanco en la producción no capitalista y la terciarización; segundo, por el protagonismo en las formas de vida de aquellos que no se vinculan con el trabajo, lo cual se relaciona también con el paso de una ética laboral al hedonismo del consumo. Las observaciones fragmentarias de Offe acerca de los cambios en los *mundos* de vida de los trabajadores tienen un apoyo empírico; sin embargo, continúan presas en un *rudimentario situacionismo estructuralista*; esto es, la fragmentación de la identidad obrera se explica por la fragmentación de sus situaciones estructurales como determinante principal. Tal perspectiva no permite avanzar en el esclarecimiento de las determinantes de la subjetividad y de sus mudanzas, ni en la reflexión acerca de las posibilidades u obstáculos que enfrenta la generación de identidades colectivas.

La centralidad de la fábrica, que articulaba producción y reproducción de la fuerza de trabajo en el tugurio obrero durante un periodo en el que la clase obrera aparecía como clase política y culturalmente separada-segregada de la burguesía, se ha transformado radicalmente. Los mundos de vida se han diversificado; en más de un sentido, el transclasismo ha adquirido carta de naturalización en el mundo contemporáneo. Sin embargo, aunque el mundo del trabajo debe convivir con otros mundos en cuanto a espacios donde se reproducen subjetividades, la distribución de bienes y servicios se mantiene ceñida a la propiedad de los medios de producción; las decisiones estratégicas no son compartidas horizontalmente en las empresas, el Estado y la sociedad civil. Explotación y dominación siguen presentes en la sociedad "posindustrial".

Sin embargo, la fragmentación de los mundos de vida no puede ser ignorada. En esta medida adquiere relevancia el entrecruzamiento de identidades restringidas o bien la posibilidad del desdoblamiento en diversos sujetos para los mismos individuos. La heterogeneidad debe ser asumida, pero con el reconocimiento de que no todas las articulaciones se han disuelto en una supuesta sociedad posmoderna. Aún es posible reconocer procesos más determinantes,

aunque no en forma total —como la revolución tecnológica y organizacional, el neoliberalismo en lo estatal y la globalización de la economía—; todos estos fenómenos poseen múltiples traducciones locales al especificarse frente a procesos menos internacionales y no necesariamente dependientes de aquéllos. La asunción de la heterogeneidad tiene dos consecuencias para la identidad y la constitución de sujetos: por un lado, el reconocimiento de la posibilidad de identidades parciales y con diferentes niveles de abstracción; por el otro, el desdoblamiento de los individuos en diversos sujetos. Sin embargo, la heterogeneidad no debe suponer, a su vez, la desarticulación universal. Las razones son varias: primero, porque los procesos desde el punto de vista estructural y de vínculos prácticos entre sujetos pueden reconocer nuevas articulaciones; segundo, porque en cuanto creación de sentido, estos procesos también pueden llegar a articular a los diferentes sujetos. La capacidad de la articulación subjetiva, componente de la identidad, no puede imaginarse igual para todos los posibles sujetos. Ello dependerá de sus mundos de vida, pero también de estructuras, prácticas y subjetividades preexistentes. Entre estos mundos de vida el del trabajo sigue siendo importante, aunque seguramente no comparte la misma determinación para todos los sujetos laborales.

En la actual reestructuración en México, antiguos sujetos de las clases subalternas han sido recompuestos; otros tienden a desaparecer. Hay un nuevo contexto material, político e ideológico. Pero el proyecto dominante no puede garantizar hasta ahora un avance material generalizado de la población; el escenario más probable tiende a la conformación de dos polos, uno moderno y exitoso, y otro atrasado y en crisis de larga duración.<sup>64</sup> Éste será el nuevo contexto, la profundización de las diferencias ya existentes, junto a la globalización de la economía. La creación de nuevas identidades obreras, en su sentido de configura-

<sup>64</sup> Véase Enrique de la Garza (coord.), *Crisis y sujetos sociales*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1990.

ciones hegemónicas parciales de dicha clase, tendría que considerar, al menos, la existencia de los dos polos a que aludimos. Un proyecto viable asociado a esas identidades no podría descansar únicamente en las características del polo atrasado, sino que debería intentar articularse al moderno: no exclusivo, sino desarrollado con relativa armonía. Por otro lado, esa nueva identidad, aunque no hiciera tabla rasa del pasado, sino que al incorporarse junto a otros nuevos aspectos subjetivos que ahora han sido relegados pero que permanecen, tendría que crear nuevas configuraciones y no tratar de editar de nueva cuenta aquellas que reivindicuen un pasado que de ninguna manera fue idílico.

Es menester, sobre todo, partir del reconocimiento de que la crisis del Estado Social Autoritario en México,<sup>65</sup> con su carácter de Estado interventor y benefactor, no fue resultado del neoliberalismo sino de sus propias contradicciones. Por lo tanto, un proyecto viable no podría ser el rescate del desarrollismo, ni del populismo del Estado de la Revolución mexicana. Es preciso comprender, por último, que entre neoliberalismo y populismo es posible descubrir otras alternativas.<sup>66</sup>

Desde el punto de vista de los posibles sujetos obreros, una identidad alternativa requiere considerar la pluralidad de sujetos y sus diversos grados de maduración, consolidación, decadencia y obsolescencia. En otras palabras, al crear configuraciones basadas principalmente en los sujetos decadentes se pueden generar movimientos sociales populistas o milenaristas, pero no un proyecto viable alternativo en las actuales condiciones.

Finalmente, las exploraciones futuras sobre la creación de identidad en la coyuntura podrían rastrear alternativas no estatistas, de autonomía, de no delegación y que tomaran en cuenta los posibles nuevos vínculos internacionales entre las clases subalternas. No obstante, para compren-

<sup>65</sup> Véase Enrique de la Garza, *Ascenso y crisis del Estado social autoritario*, México, El Colegio de México, 1989.

<sup>66</sup> Véase Enrique de la Garza, *Crisis y sujetos sociales*, op. cit.

der en un sentido más amplio la posibilidad de crear identidades en las clases subalternas, entre las que destaca la clase obrera, es necesario reconstruir las anteriores visiones sobre ésta, como en el siguiente capítulo se trata de ilustrar.

## Bibliografía

- Arizpe, Lourdes, *Cultura y desarrollo. Una etnografía de las creencias de una comunidad mexicana*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1986.
- Bartra, Roger, *La jaula de la melancolía*, México, Grijalbo, 1987.
- Bazán, Lilia, "El sindicato independiente de la Nissan Mexicana", en *Memorias del Encuentro sobre Historia del Movimiento Obrero*, t. III, México, UAP, 1980.
- Béjar Navarro, Raúl, *El mexicano: aspectos culturales y psicosociales*, México, UNAM, 1983.
- , *La conciencia nacional en la frontera norte mexicana*, México, UNAM/CRIM, 1988.
- Besozzi, Elena, "Society and Images of Socialization", mimeo, XII Congreso Mundial de Sociología, Madrid, 1990.
- Bidet, J., "Questions à P. Bourdieu", en *Dialectiques*, núm. 3, 1973.
- Bizberg, Ilán, "La acción obrera en Las Truchas", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLII, núm. 4, México, UNAM, octubre-diciembre de 1980.
- Bonfil Batalla, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, México, CIESAS/SEP, 1987.
- , "Palabras de apertura", en Victoria Novelo (coord.), *Coloquio sobre cultura obrera*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 145), 1987.
- Bourdieu, Pierre, *La reproduction*, París, Minuit, 1970.
- , *Les sens pratique*, París, Minuit, 1980.
- , *Sociología y cultura*, México, Grijalbo/CNCA, 1990.
- Braverman, Harry, *Trabajo y capital monopolista*, México, Nuestro Tiempo, 1975.
- Burawoy, Michel, *Manufacturing Consent*, Chicago, University of Chicago, 1979.
- Cirese, M. Alberto, *Cultura egemonica e culture subalterne*, Palermo, Palumbo Editore, 1976.
- , *Ensayos sobre las culturas subalternas*, México, CIS/INAH, (Cuadernos de la Casa Chata, núm. 24), s.f.

- , "Cultura popular, cultura obrera 'y lo elementalmente humano'", en *Comunicación y Cultura*, núm. 10, México, agosto de 1983.
- Coriat, Benjamín, *El taller y el cronómetro*, México, Siglo XXI, 1982.
- Critcher, Chas, "Sociology, Cultural Studies and the Post-War Working Class", en John Clarke, Chas Critcher y Richard Johnson (eds.), *Working-Class Culture. Studies in History and Theory*, Nueva York, St. Martin's Press, 1980, pp. 13-40.
- Dahrendorf, Ralph, *Essays in Theory of Society*, Standford, Cal., Standford University Press, 1968.
- De la Garza, Enrique, "Propuesta para el estudio de la clase obrera", en *Revista Nueva Antropología*, núm. 29, México, abril de 1986.
- , *Ascenso y crisis del Estado social autoritario*, México, El Colegio de México, 1989.
- (coord.), *Crisis y sujetos sociales*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1990.
- Dina, A., "Tecnología y trabajo. Precedentes históricos y problemas actuales", en *La automatización y el futuro del trabajo. Tecnologías. Organización y condiciones de trabajo*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988.
- Dubet, F., "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", en *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 21, México, El Colegio de México, septiembre-diciembre de 1989.
- Durkheim, E., *Las formas elementales de la vida religiosa*, México, Premiá, 1978.
- , *La división social del trabajo*, México, Premiá, 1974.
- Echeverría, M. et al., "El problema de la salud en la DINA", en *Cuadernos Políticos*, núm. 27, México, Era, 1980.
- Elster, John, *Tuercas y tornillos: una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Barcelona, Gedisa, 1989.
- Fojo, Ángel, "El caso de Automex, la huelga de 1969-1970", mimeo, México, El Colegio de México, 1973.
- Geertz, Clifford, *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books, 1973.
- Giddens, Anthony, *La estructura de las clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, Alianza, 1983.
- , *El capitalismo y la moderna teoría social*, Barcelona, Labor, 1977.
- , *Las nuevas reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1987.
- Giménez, Gilberto, *La teoría y el análisis de la cultura*, México, SEP/Universidad de Guadalajara/COMESO, 1986.
- Goldthorpe, John y David Lockwood, *The Affluent Worker in the Class Structure*, Cambridge, Cambridge University Press, 1969.

- González-Aréchiga, "Productividad sin distribución: cambio tecnológico en la industria maquiladora mexicana, 1980-1986", en *Frontera Norte*, núm. 1, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, enero-junio de 1989.
- Gortz, André, *Adiós al proletariado*, Barcelona, El Viejo Topo, 1980.
- Grambrill, Mónica Claire, "La fuerza de trabajo de las maquiladoras. Resultados de una encuesta y algunas hipótesis interpretativas", en *Lecturas del CEESTEM*, México, 1981.
- Gramsci, Antonio, *Consejos de fábrica y estado de la clase obrera*, México, Roca, 1973.
- , *Obras completas de Antonio Gramsci*, México, Juan Pablos, 1975.
- Greimas, A.J. y J. Curtés, *Semiotique*, París, Hachette Université, 1979.
- Habermas, Jünger, *Theory and Practice*, Cambridge, Polity Press, 1968.
- Haug, M., "Computer Technology and Obsolescence of the Concept of Profession", en *Work and Technology*, Beverly Hills, SAGE (Studies in International Sociology, 10), 1977.
- Híjar, Alberto, "Notas sobre cultura obrera mexicana", en Victoria Novelo (coord.), *Monografías obreras*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 142), 1987, pp. 9-84.
- Hobsbawm, Eric J., "Las clases obreras inglesas", en *Niveles de cultura y grupos sociales*, México, Siglo XXI, 1977.
- Hoggart, Richard, *La cultura obrera en la sociedad de masas*, México, Grijalbo, 1990.
- Jelin, Elizabeth, "Secuencias ocupacionales y cambio estructural: historias de trabajadores por cuenta propia", en *Las historias de vida en ciencias sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión (Teoría y Técnica), 1974.
- Laurell, Asa Cristina, "Crisis y salud en América Latina", en *Cuadernos Políticos*, núm. 37, México, Era, 1982.
- y Margarita Márquez, *El desastre obrero en México*, México, Era, 1983.
- Lotman, J.M., *Semiótica de la cultura*, Madrid, Cátedra, 1979.
- Lukes, Steven, "Reconsideración del individuo metodológico", en Alan Ryan (coord.), *La filosofía de la explicación social*, México, FCE, 1976, pp. 187-203.
- Mallet, Serge, *La nueva clase obrera*, Madrid, Tecnos, 1969.
- Martínez del Campo, M., "Ventajas comparativas e inconvenientes de la actividad maquiladora en México", en *Revista Comercio Exterior*, vol. 33, núm. 2, México, Banco Nacional de Comercio Exterior, 1983.

- Meiskins Wood, Ellen, "El concepto de clases en E.P. Thompson", en *Cuadernos Políticos*, núm. 36, México, Era, abril-junio de 1983.
- Mises, Ludwig von, *Epistemological Problems of Economics*, Princeton, N.J., Van Nostram, 1960.
- Monsiváis, Carlos, "Notas acerca de la cultura obrera", en Victoria Novelo (coord.), *Coloquio sobre cultura obrera*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 145), 1987, pp. 166-179.
- Negri, A., *Del obrero-masa al obrero social*, Barcelona, Anagrama, 1980.
- Novelo, Victoria, "La cultura obrera: una contrapropuesta cultural", en *Nueva Antropología*, vol. VI, núm. 23, México, marzo de 1984.
- , Miguel Ángel Gómez, Jorge Aceves, Ana E. Castro y Ariel García, "Propuesta para el estudio de la cultura obrera", en Victoria Novelo (coord.), *Coloquio sobre cultura obrera*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 145), 1987, pp. 5-25.
- Offe, Claus, *La sociedad del trabajo*, Madrid, Alianza, 1992.
- Panzieri, Raniero, "Sobre el uso capitalista de máquinas", en *La división capitalista del trabajo*, Córdoba, Argentina, Siglo XXI (Cuadernos del Pasado y Presente, 32), s.f.
- , *La división capitalista del trabajo*, México, Siglo XXI (Cuadernos del Pasado y Presente, 32), s.f.
- Parsons, Talcott, *Hacia una teoría general de la acción*, Buenos Aires, 1968.
- y E.A. Shills (eds.), "Values, Motives and Systems of Action", en Talcott Parsons, *Toward a General Theory of Action*, Cambridge, Harvard University Press, 1951, pp. 45-275.
- Pérez Arce, Francisco, "¿Cultura obrera o cultura popular?", en Victoria Novelo (coord.), *Coloquio sobre cultura obrera*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 145), 1987, pp. 37-50.
- Ramírez, Santiago, *El mexicano: psicología de sus motivaciones*, México, Pax-Mex, 1959.
- Ramos, Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*, Imprenta Mundial, México, s.f.
- Rodríguez, C. et al., "Proceso de trabajo y condiciones de salud de trabajadores expuestos a riesgo eléctrico", en *Revista Latinoamericana de Salud*, México, s.n., 1981.
- Sariego Rodríguez, Juan Luis, "La cultura minera en crisis. Aproximación a algunos elementos de la identidad de un grupo obrero", en Victoria Novelo (coord.), *Coloquio sobre cultura obrera*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 145), 1987, pp. 135-155.
- Shaiken, Harry, "The Work Process Under More Flexible Production", en *Industrial Relations*, núm. 25, USA, 1986.

- Stavenhagen, Rodolfo *et al.*, *La cultura popular*, México, Premiá 5a. ed., 1987.
- Stedman Jones, G., *Lenguajes de clase*, Madrid, Siglo XXI, 1989.
- Swingewood, Alan, *El mito de la cultura de masas*, México, Premiá (La Edad de Jonás), 1979.
- Thompson, Edward, "Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism", en *Past and Present*, núm. 38, 1967.
- , *La formación de la clase obrera en Inglaterra, 1780-1832*, t. I, Barcelona, Laia, 1977.
- , *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1979.
- Touraine, Alain, "La organización profesional de la empresa", en Georges Friedman y Pierre Naville, *Tratado de sociología del trabajo*, México, FCE, 1963.
- , *La sociedad post-industrial*, Barcelona, Ariel, 1973.
- , *El regreso del actor*, Buenos Aires, Eudeba, 1987.
- , "Ni transformar la razón en armas, ni la identidad en teocracia o intolerancia", en *David y Goliath*, Santiago de Chile, CLACSO, 1988.
- Tuños Pablos, Esperanza, "Victoria cotidiana y la cultura obrera en el cardenismo", en Victoria Novelo (coord.), *Coloquio sobre la cultura obrera*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 145), 1987, pp. 87-99.
- Urteaga, Arnulfo, "Autonomía obrera y reestructuración empresarial, una experiencia de comité de fábrica", en *Coyoacán*, núm. 9, México, 1980.
- Valenzuela, José Manuel, "La mujer obrera: reproducción y cambio de pautas culturales", en *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, México, UNAM/Porrúa, 1989.
- Verena, Radkau, "Obreros-escribidores: sobre las posibilidades de una literatura alternativa", en Victoria Novelo (coord.), *Coloquio sobre cultura obrera*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 145), 1987, pp. 55-78.
- Villegas, Abelardo, *La filosofía de lo mexicano*, México, UNAM, 1988.
- Walker, C. y H. Guest, "The Man on the Assembly Line", en *Automobile Workers and the American Dream*, Harvard University Press, 1952.
- Williams, Raymond, *The Long Revolution*, Connecticut, Greenwood Press, 1975.
- Zea, Leopoldo, *El positivismo en México*, México, FCE, 1968.
- , *La filosofía como compromiso de liberación*, México, Tezontle, 1952.





## II. Reflexiones sobre la cultura obrera sindical en México

*Sergio G. Sánchez Díaz\**

### *Introducción*

En el presente trabajo comento algunas de las ideas más relevantes que algunos científicos sociales, entre ellos Raúl Nieto,<sup>1</sup> han venido elaborando sobre la cultura obrera en México, específicamente las que se refieren a la cultura sindical. Pretendo exponer también varias ideas que por mi parte he desarrollado a partir del estudio de algunas situaciones sindicales en nuestro país, con el fin de propiciar, sobre todo, su discusión y reflexión colectivas.

No es mi intención, por supuesto, llegar a conclusiones acabadas sobre el asunto. En torno a la cuestión sindical en México, sobre todo en estas épocas, se han elaborado muchos análisis. Además, un gran número de proyectos sindicales ha sufrido estrepitosos descalabros. Los sindicatos nacionales, como los de casi todo el mundo, viven una situación de repliegue y apenas aciertan a balbucear las primeras respuestas ante los nuevos terrenos adonde los ha llevado el capital: el de la productividad y el de la calidad del trabajo.

Hoy, con justa razón, la mayoría de las interpretaciones y los análisis del tema sindical que las ciencias sociales llevaron a cabo en México durante los años setenta y ochenta han sido cuestionados. Una de las principales objeciones radica en que dichas interpretaciones estaban basadas

\* Profesor investigador del CIESAS, México.

<sup>1</sup> Véase Raúl Nieto Calleja, "Ciudad, cultura y clase obrera. Una aproximación antropológica", tesis de maestría en antropología social, México, ENAH, 1992.

en lo historiográfico. En ellas el protagonista principal es el líder, y el momento privilegiado de análisis, la huelga o el momento estelar de confrontación entre el movimiento obrero y el Estado o el capital. Asimismo, se ha vuelto evidente que muchas de las interpretaciones historiográficas carecían de un desarrollo teórico sólido, además de ser artesanales en términos metodológicos. En fin, contamos con un conjunto de cuestionamientos que vienen de lejos, desde los años setenta, cuando esas críticas dieron origen a lo que fue conocido como la "corriente del proceso de trabajo".<sup>2</sup>

Ahora podemos decir con certeza que estamos en búsqueda de nuevos horizontes teóricos, una vez que el andamiaje marxista (que sustentaba las interpretaciones historiográficas en buena medida) ha experimentado notables descabros y no parece que en el corto plazo pueda ser reconstruido sobre bases sólidas. Pero tal vez no debemos renunciar a toda la herencia precedente, pues incluso en esos estudios animados por la historiografía pueden encontrarse ideas que ayuden en nuestros actuales intentos por acercarnos al problema de la cultura obrera sindical.

El caso es que en el terreno académico vivimos desde hace años momentos de gran inquietud. Hay nuevos desarrollos teóricos y metodológicos. Así, la crisis capitalista de principios de los ochenta motivó los análisis sobre la reestructuración que vivían amplios sectores de la clase obrera. Luego vino la inquietud sobre los fenómenos culturales de esta clase, productora por excelencia, para finalmente arribar al tema de la subjetividad obrera, conectado con el de la cultura de dicha clase.

De esta manera, sin mucha jerarquización, aquí se expondrán algunos momentos notables en ese complejo desarrollo, se llamará la atención sobre algunos matices, y se perfilarán ciertos temas que me parecen importantes para profundizar en lo que llamamos la cultura obrera sindical.

<sup>2</sup> Véase Enrique de la Garza *et al.*, "La investigación sobre la base obrera en México: un balance preliminar", en *Nueva Antropología*, núm. 29, México, 1986, pp. 85-105.

## *Del concepto de cultura obrera y sindical*

Como señala Nieto, las elaboraciones que hasta ahora han abordado lo que entendemos como cultura obrera y sindical son muy amplias.<sup>3</sup> Casi cada autor ha formulado la suya a partir de la tradición antropológica, o bien incorporando los aportes de autores contemporáneos.<sup>4</sup> Así se ha llegado a pensar la cultura obrera como el conjunto de hábitos, costumbres, comportamientos, tradiciones, sentimientos, aspiraciones y símbolos que portan sectores de esa clase a partir de experiencias de vida y de trabajos comunes; se le ha visto como un fenómeno relacionado fundamentalmente con la comunicación.

Si bien cada autor ha incorporado matices a esa amplia definición, casi todos parecen marchar en el sentido expuesto.<sup>5</sup> El punto en que parecen bifurcarse las interpretaciones y tomar caminos divergentes, reside en el énfasis que algunos autores otorgan a la cultura obrera como el ámbito en el cual se van a desarrollar formas de resistencia y lucha ante la cultura hegemónica, las cuales, casi obligadamente, deben conducir a la articulación de proyectos sociales alternativos. El sindicato tiene un papel muy importante en todo esto, diría que casi único y fundamental.

Tales formas de resistencia y lucha, por lo demás, encuentran una explicación y un eje organizador en el nivel de las condiciones de trabajo. Para los autores, el trabajo asalariado es factor de homogeneidad de la clase obrera desde el momento en que implica la toma de conciencia de una situación común de explotación y subordinación. El sindicato es el espacio en el que se logran condensar los intereses inmediatos de los obreros para enfrentar uni-

<sup>3</sup> Véase Raúl Nieto Calleja, *op. cit.*

<sup>4</sup> Véase Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, México, Gedisa, 1991; Pierre Bourdieu, *Sociología y cultura*, México, Grijalbo/CNCA (Los Noventa), 1990.

<sup>5</sup> Véase Victoria Novelo (coord.), *Coloquio sobre cultura obrera*, México, CIESAS/SEP (Cuadernos de la Casa Chata, 145), 1987; Juan Luis Sariago, "La cultura minera en crisis. Aproximación a algunos elementos de la identidad de un grupo obrero", en *Cuicuilco*, núm. 19, México, ENAH, 1987, pp. 53-58; Raúl Nieto Calleja, "El oficio de zapatero: antecedentes y tendencias", en *Nueva Antropología*, núm. 26, México, abril de 1986, pp. 29-47, entre otros.

dos esa explotación, superando la dispersión y lo meramente mutualista.

Aunque casi para ninguno de los autores que han propuesto esa concepción de la cultura obrera (de raíz marxista) escapa el hecho de que la clase obrera ha aceptado por largos periodos el orden social, parece claro que, tal y como afirma Nieto,<sup>6</sup> sólo recientemente se habla de la necesidad de estudiar los aspectos de dicha cultura conectados con el consenso, con la aceptación por parte de esa clase de la dominación en las sociedades capitalistas, en fin, con lo que ya se conoce como la cultura del corporativismo en México, la cual deriva del mismo proceso de trabajo y desde la intervención sindical en él.<sup>7</sup>

Coincidimos plenamente con esta última propuesta. En un sentido autocrítico, quizá lo más importante ahora sería estudiar dichas formas de control y poder de las clases dominantes, aceptadas por las clases obreras. Sólo en ese mundo del consenso (que incluiría el estudio de la familia obrera, la escuela obrera, las iglesias en las que participa, el barrio obrero, el impacto de los medios de comunicación de masas y la fábrica —pero la fábrica también como espacio lúdico—, donde se tejen relaciones de amistad y de toda índole que con frecuencia traspasan las barreras de clase, las tradiciones sindicales que proponen el apoliticismo y la estrechez en la acción sindical) podemos encontrar los rasgos definitorios de la cultura obrera.

Lo anterior no quiere decir, sin embargo, que debemos olvidar el estudio de las diversas formas de resistencia e incluso de lucha que naturalmente la clase obrera, o grupos pertenecientes a ella, desarrollan. Incluso en medios

<sup>6</sup> Véase Raúl Nieto, "Ciudad, cultura y clase obrera...", *op. cit.*

<sup>7</sup> Véase Luis A. Vázquez Pasos, "Cultura obrera entre los cordeleros de Yucatán", en *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 17, México, El Colegio de México, mayo-agosto de 1988, pp. 337-370; Marco Antonio Leyva Piña, "Modernización y sindicalización en Ferrocarriles Nacionales de México", tesis de maestría en sociología política, México, Instituto Dr. José M. Luis Mora, 1990; Enrique de la Garza, "Cultura y crisis del corporativismo en México", en Horcasitas, Hurtado y Del Castillo (comps.), *Transición a la democracia y reforma del Estado en México*, México, Universidad de Guadalajara/Porrúa/FLACSO de México, 1991, pp. 235-268.

industriales novedosos —como el que representa la industria maquiladora de exportación, instalada sobre todo en el norte del país, en donde crece y se desarrolla una nueva clase obrera—, observamos el desarrollo y la reiteración de formas de lucha que van desde la resistencia individual hasta la colectiva, pasando por un creciente cuestionamiento al sindicalismo vertical y autoritario.<sup>8</sup> Pero ahora tal vez ya no debemos considerar estas formas de resistencia en un primer plano.

A fin de cuentas, creo que cualquier definición del concepto de cultura obrera debe contemplar un hecho indudable, que por cierto señalan varios de los autores clásicos de la cultura:<sup>9</sup> la cultura es un proceso de aprendizaje a través del cual los individuos conocen, aceptan y asimilan un orden de cosas determinado, y sólo con el paso del tiempo, con la maduración de los individuos, podemos asistir al surgimiento de sentimientos de rechazo o inadaptación ante ese orden de cosas.

### *De la composición de la clase obrera hoy*

Como bien señala Nieto, un hecho que debemos reconocer plenamente es que la clase obrera no constituye un todo homogéneo.<sup>10</sup> Que más bien es la heterogeneidad la que define sus rasgos, por la multitud de circunstancias relacionadas con el origen social de sus miembros, la calificación (o ausencia de calificación) de éstos, así como sus edades, su ubicación en determinada rama industrial, la región del país en la que han crecido y vivido y, finalmente, por un hecho que a mí en lo personal me parece crucial y que ha estado casi ausente en los trabajos de otros cole-

<sup>8</sup> Véase Sergio G. Sánchez Díaz, "Sindicato de Estado y protesta obrera en empresas de punta (La CTM en las maquiladoras de la ciudad de Chihuahua)", en *Cuadernos del Norte. Sociedad, Política y Cultura*, núm. 16, Chihuahua, septiembre-octubre de 1991, pp. 21-28.

<sup>9</sup> Véase Melville J. Herskovitz, *El hombre y sus obras. La ciencia de la antropología cultural*, México, FCE, 1969; Ralph Linton, *Cultura y personalidad*, México, FCE, 1983.

<sup>10</sup> Véase Raúl Nieto, "Ciudad, cultura y clase obrera...", *op. cit.*

gas hasta ahora: la cuestión del género de los integrantes de esta clase social.

En efecto, poco hemos atendido el estudio de lo que hoy conocemos en las ciencias sociales como las relaciones de géneros, es decir, las relaciones entre hombres y mujeres, o individuos del mismo género, pertenecientes a una misma clase o a clases distintas.

En este sentido, el discurso feminista, desde hace mucho tiempo, ha puesto a discusión uno de los temas más inquietantes para la humanidad: la dominación que históricamente ha ejercido el hombre sobre la mujer. Las implicaciones para el estudio de la cultura obrera y sindical son evidentes, y aún más si pensamos que desde hace años se ha desarrollado un nuevo proletariado del norte, inserto en las maquiladoras de exportación, y compuesto en su mayoría por mujeres (a pesar de una parcial modificación de las proporciones en favor de la "masculinización" de esta rama industrial).

A partir de la historiografía y de una serie de estudios de investigación ha empezado a analizarse la participación de la mujer en los sindicatos. Esta bibliografía empieza a familiarizarnos con las demandas de ellas, con sus luchas, aspiraciones y deseos. Tal vez con una visión un tanto apologética de esa participación femenina (aunque hay que decir que también pueden encontrarse estudios muy objetivos sobre los encuentros y desencuentros de mujeres y hombres en la experiencia sindical), pero es claro que ya se estudian este tipo de situaciones en el sindicalismo nacional. (Al respecto, sólo remitimos a los trabajos relevantes de Cecilia Sheridan, Verena Radkau, Regina Cortina, Georgina Limones, Mary Goldsmith y Hermelinda Orejel.)\*

En torno a la participación de la mujer en el sindicalismo y de las relaciones entre los géneros hay un espacio muy grande de estudio y reflexión. Es evidente que el análisis de la relación de géneros y su impacto en la cuestión sindical arrojará mucha luz sobre esa opresión histórica. Desde luego, deberá contemplarse la complejidad de

\* Véase las referencias en la bibliografía del capítulo.

la relación y tratar de rescatar los fenómenos, en apariencia bastante comunes, del surgimiento de lideresas carismáticas en los sindicatos de esas obreras que a veces pueden recordar la figura de los "grandes hombres" ("grandes mujeres", para estos casos) descritas por la antropología social para sociedades no occidentales.<sup>11</sup> Un antropólogo mexicano se ha ocupado del mismo problema, pero en relación con los líderes sindicales varones.<sup>12</sup>

Así, caudillismo, relación patrimonial, concesiones y castigos hacia las bases obreras, sanciones, asimilación de la cultura vertical y autoritaria propia del corporativismo sindical, rebeldía y protesta, en suma, un complejísimo panorama cultural en torno a la "gran mujer" obrera, lideresa de sindicatos, parece propio de escenarios sindicales novedosos, como el que hemos mencionado, aunque claro está, fenómenos de esta índole han estado presentes durante todo este siglo en aquellas ramas industriales en los que han predominado mujeres.

### *De las corrientes y tendencias sindicales*

Si se mira hacia el pasado, parece que el tema de las corrientes y tendencias sindicales que han influido en el movimiento obrero y sindical debe ser retomado y profundizado. Coincido con la interpretación de Raúl Nieto, cuando habla de la existencia de dos complejos de cultura política en el movimiento obrero: el de la colaboración y concertación, y el de la oposición e independencia. De tal manera que corrientes históricas como la del nacionalismo revolucionario, o las diversas corrientes que conformaron el heterogéneo sindicalismo independiente, pueden enfocarse muy bien desde esa óptica.<sup>13</sup>

En nuestro medio se ha dicho y escrito mucho al respecto. Sin embargo, aún falta un largo trecho por estudiar

<sup>11</sup> Véase Marvin Harris, *Antropología cultural*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 331-365.

<sup>12</sup> Véase Emanuel Orozco, *Líderes sindicales y "grandes hombres". Un estudio comparativo de formas particulares de liderazgo político*, México, SEP, 1991.

<sup>13</sup> Véase Raúl Nieto, "Ciudad, cultura y clase obrera...", *op. cit.*



y profundizar en esas corrientes y tendencias. Aquí me referiré solamente a una de ellas, la comunista.

Aunque lo más frecuente en estos tiempos ha sido su crítica, es hora de superar animadversiones y adjetivizaciones que han impedido un juicio más sereno sobre su desarrollo.

Por ejemplo, durante los setenta y los ochenta una de las vertientes comunistas que más conozco (me refiero a la que se organizó en torno a las ideas de Víctor Rico Galán y que durante los años setenta y ochenta se llamaba Organización Comunista Proletaria), tuvo un desarrollo complejo. Desde finales de los años setenta criticó muchas de las prácticas de la misma izquierda en los sindicatos (como la burocratización de los líderes de izquierda en los comités ejecutivos de los sindicatos), al tiempo que, fiel a sus postulados leninistas, insistió en señalar las limitaciones de la lucha sindical para transitar a lo político. Igualmente criticó la táctica emprendida en las "huelgas de junio" de 1983 por amplios sectores del sindicalismo independiente, huelgas que, como todos sabemos, terminaron en una derrota importante para todo el sindicalismo. Hacia 1988 logró organizar con éxito una huelga en la siderúrgica Lázaro Cárdenas-Las Truchas, contra lo que entonces se llamaba la "austeridad capitalista".

No quiero dejar la impresión de que esta corriente, como las demás que denomino comunistas, estuviera exenta de errores. Nada de eso. Sólo espero que el ejemplo sirva para indicar lo complejo y variado de su desarrollo, e insistir en la necesidad de analizar con más cuidado y seriedad experiencias semejantes.

Hasta ahora más que nada se han subrayado errores, desviaciones e incomprensiones de los comunistas mexicanos (viejos y contemporáneos), errores que, insisto, no han sido pocos.<sup>14</sup> Pero es preciso realizar análisis más se-

<sup>14</sup> Véase Raúl Trejo Delarbre, *Este puño sí se ve*, México, El Caballito, 1987; Ilán Bizberg, *Estado y sindicalismo en México*, México, El Colegio de México, 1990; José Quiroz Trejo y Luis Méndez Berrueta, "Cambios culturales y sindicalismo", en *Sociológica*, año 6, núm. 17, México, UAM-Azcapotzalco, 1991, pp. 107-127.

renos y profundos, y observo avances interesantes en este sentido. Cito como ejemplo los trabajos de Zapata y Daville, quienes se han acercado, en concreto, a la política sindical de una tendencia obrera ligada a la corriente comunista que hemos mencionado (Democracia Proletaria, en la siderúrgica Lázaro Cárdenas-Las Truchas), y han indicado algunos errores, pero también los aciertos.<sup>15</sup>

En la literatura sobre las corrientes y tendencias sindicales hay otra cuestión sobre la que habría que detenerse. En esa literatura se ha querido ver autonomía obrera en cada hecho o incidente contestatario de los trabajadores, lo cual ha generado cierta apología de franjas del sindicalismo independiente,<sup>16</sup> o de corrientes como Línea Proletaria. La orientación economicista, promotora del apoliticismo y profundamente sectaria de esta última tendencia, se ha dejado de lado en algunos análisis y sólo se han destacado aspectos interesantes de su política, como haber ensayado cierto "sindicalismo de la producción" en los lugares donde actuaba.<sup>17</sup>

En consecuencia, sobre Línea Proletaria también hay un debate no saldado.<sup>18</sup> De avanzada de un "sindicalismo de la producción", fácilmente puede transitar al otro extremo; por ejemplo, cuando leemos testimonios como el de Hernández, quien alude a los vínculos históricos de esta corriente con el mismo Carlos Salinas de Gortari.<sup>19</sup>

En todo caso, la tentación de emprender la apología del sindicalismo independiente (y de otras organizaciones,

<sup>15</sup> Véase Francisco Zapata, "Moral 'charra' y moral 'democrática' en los obreros mexicanos", en Juan Manuel Ramírez (coord.), *Normas y prácticas morales y cívicas en la vida cotidiana*, México, UNAM/Porrúa, 1990, pp. 167-183; Selva Daville, "La historia de la sección 271 del SNTMMSRM", ponencia al coloquio Negociación y Conflicto Laboral en México, México, FLACSO/Fundación F. Ebert, 10-11 de julio de 1990.

<sup>16</sup> Véase José Quiroz Trejo y Luis Méndez Berrueta, *op. cit.*

<sup>17</sup> Véase Enrique de la Garza y José Luis Rhi Sausi, "Perspectivas del sindicalismo en México", en Jorge Alcocer (comp.), *México, presente y futuro*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1985.

<sup>18</sup> Por ejemplo, Ilán Bizberg (*op. cit.*) alude a su orientación sectaria.

<sup>19</sup> Véase Luis Hernández, "El Partido del Trabajo: realidades y perspectivas", en *El Cotidiano*, núm. 40, México, marzo-abril de 1991, pp. 21-28.

como el Sindicato Mexicano de Electricistas) es grande y creo que poco ayuda al análisis de estas experiencias.<sup>20</sup> Tampoco ignoro los riesgos de las interpretaciones (como las que he hecho de diversos procesos sindicales)<sup>21</sup> que insisten en señalar vicios y errores en lo que otros ven autonomía y riqueza cultural.

Aquí encontramos una evidente confrontación entre las perspectivas *etic* y *emic* de investigación de lo social, entre las que privilegian el punto de vista de los sujetos sociales y las que prefieren el del observador, del investigador, esté o no comprometido en el proceso social. Se trata de una cuestión de la mayor importancia que no hemos abordado con la profundidad requerida. ¿Cuál de las dos perspectivas es la más rica?; ¿existe algún punto de equilibrio o confluencia entre ambas perspectivas, o son totalmente excluyentes entre sí? Dejo esto a discusión.

Pero de algo estoy seguro: no hemos profundizado lo necesario en aspectos de la cultura obrera sindical relacionados con el manejo de recursos, económicos y materiales, que fluyen hacia los sindicatos. Sobre estas cuestiones, de capital importancia para entender qué son los sindicatos, se ha dicho que impera la corrupción entre los gremios oficialistas o de Estado. ¿No ocurre lo mismo en muchos de los sindicatos independientes, como los universitarios?; ¿no hay en ellos un uso o abuso del dinero?; ¿se rinden cuentas claras, veraces y oportunas de sus ingresos y egresos?; ¿las bases se preocupan por exigir cuentas claras?; ¿no hay entre esas bases, más bien, una cultura del cinismo, del "dejar hacer, dejar pasar"?; ¿no es común oír entre la gente de base cosas como: "Que roben [los líderes], pero que nos defien-

<sup>20</sup> Véase Javier Melgoza Valdivia, "Sindicalismo y cultura política en el SME", tesis de maestría en sociología del trabajo, México, UAM-Iztapalapa, 1992; María del Carmen Montero Tirado, "La restructuración productiva en la industria de la loza y cerámica en México", tesis de maestría en sociología, México, UNAM, 1992; Fernando Talavera y Francisco Muñoz, *La Favorita. Testimonio de lucha del sindicalismo independiente en Tlalnepantla (1943-1989)*, México, UNAM, 1993.

<sup>21</sup> Véase Sergio G. Sánchez Díaz, *El "nuevo" revisionismo en el sindicalismo de "izquierda" en México entre 1982 y 1988*, México, CIESAS/SEP (Cuadernos de la Casa Chata, 182), 1990.

dan"?; ¿acaso no algunos de estos sindicatos "independientes" son vistos como una especie de negocio por grupos y sectores de trabajadores, los cuales comparten una "cultura de la transa"?; ¿no existe, además, una cultura antidemocrática que consiste en que los individuos o grupos en los comités ejecutivos usufructúen la organización sindical en beneficio de la propia tendencia? Recordemos cómo se maneja la solidaridad económica en muchos de estos sindicatos, casi como una ayuda perpetua para los grupos afines. Una última cuestión: esa cultura, que sin duda han compartido líderes provenientes de la izquierda, ¿no es acaso parte importante de nuestra cultura política y ha provenido de las mismas bases obreras?

### *Del futuro de la cultura sindical*

Para concluir, quiero referirme a la cuestión del futuro del movimiento sindical y su cultura. Es claro que estamos inmersos en grandes cambios. Las relaciones del movimiento sindical con el Estado están cambiando y hay nuevas condiciones para el trabajo y los sindicatos en las relaciones industriales. Todo apunta a que el sindicato será atraído hacia la fábrica, hacia los centros de trabajo. Se está dejando atrás el sindicalismo "circulatorio", centrado en lo salarial y en las prestaciones. Es posible que surja un sindicalismo "de la producción", atento a los procesos de trabajo, propositivo, pero también de lucha.

¿Surgirá por sí solo? No lo sabemos. Ésa es la gran interrogante de estas épocas. Hace poco un diario capitalino,<sup>22</sup> publicó una ponencia de Enrique de la Garza, en la cual se apuntaba el reto del sindicalismo: dar a las iniciativas de origen empresarial un contenido sindical. Me parece que De la Garza descubre el meollo del problema: ¿podemos, desde nuestras reflexiones, contribuir al surgimiento de un nuevo sindicalismo en esta parte del mundo?

<sup>22</sup> *Perfil de La Jornada*, 29 de noviembre de 1993.

Seré optimista al contestar afirmativamente esta última interrogante. Puedo ser acusado de "vanguardista", de pretender "imponer" al movimiento sindical su propia perspectiva; hasta de irresponsable podría ser tachado. Pero me parece que aquí es donde podemos rescatar algo del legado de quienes nos han antecedido en este tipo de estudios. Me refiero a los historiadores y militantes del movimiento obrero y sindical que en los sesenta y setenta dieron origen a lo que al principio de este ensayo denominamos corriente historiográfica.

Dicha corriente tuvo errores, pero también una virtud que me parece rescatable: haber hecho una crítica del sindicalismo "charro", como entonces se nombraba, y haber pretendido coadyuvar al desarrollo de un sindicalismo democrático y de clase. Hoy la tarea parecería de nuevo necesaria, más aún si vemos que ese sindicalismo centrado en la empresa, hacia el cual se tiende con fuerza, no sólo puede concluir en un sindicalismo "de la producción", sino en un sindicato "neocorporativizado" por los empresarios, es decir, en la generalización de sindicatos blancos, tipo Monterrey. La cultura autoritaria empresarial mexicana es claramente proclive a ello.

Ciertas experiencias históricas pueden ser retomadas aquí por los nuevos sujetos obreros, los obreros "reconvertidos" y las y los obreros "flexibles" del norte, como los ha llamado el mismo De la Garza.<sup>23</sup> Sólo para referirnos por ahora a las experiencias nacionales, creo que parte del ideario del nacionalismo revolucionario en los sindicatos constituye todavía una referencia para pensar en un posible programa futuro del sindicalismo nacional: sindicatos nacionales por rama industrial, con autonomía de las secciones, central única de trabajadores, control o fiscalización obrera de las empresas.

Por supuesto, hoy menos que nunca podemos aspirar a la homogeneidad del movimiento obrero y sindical. En todo

<sup>23</sup> Véase Enrique de la Garza, "Reestructuración productiva, estatal y de los sujetos obreros en México", en Enrique de la Garza (coord.), *Crisis y sujetos sociales en México*, México, UNAM/Porrúa, 1992, pp. 53-106.

caso, es de esperarse que surja una diversidad de situaciones sindicales a la luz de los cambios actuales. Por lo demás, no parece que en el corto plazo vayan a superarse las tradiciones verticales y autoritarias de la CTM. Ésta tiene una gran capacidad de adaptación a nuevas situaciones industriales; es decir, mucho de lo viejo permanecerá todavía en el periodo que ha empezado y lo nuevo aún tardará en desarrollarse.

Podemos aspirar también al desarrollo de una cultura sindical que madure en un ámbito menos oprobioso. Es decir, podemos aspirar a que se eliminen prácticas corruptas en los medios industriales, como la venta de los contratos de protección de centrales sindicales a los empresarios, o los sobornos de éstos a los líderes obreros, o las nefastas "listas negras" y la cláusula de exclusión en la ley y los contratos colectivos, ambas dispuestas para expulsar a los disidentes.

Podemos aspirar a una nueva cultura sindical al interior de las diversas opciones que se generen, es decir, a una cultura democrática, en la cual los sindicatos ya no sean botín de grupos y facciones, a una cultura de la transparencia hacia las bases sindicales sobre las negociaciones con los empresarios y en cuanto al manejo de los recursos materiales y económicos de los sindicatos; en fin, podemos aspirar a que disminuya o desaparezca la cultura del cinismo y de la "transa" en los sindicatos.

Podemos aspirar también a diversos tipos de organizaciones que, además de apropiarse de las iniciativas empresariales en los centros de trabajo y de generar una cultura propositiva en este mismo sentido, vean más allá de su entorno inmediato. Sindicatos preocupados por los desempleados, los jóvenes y las mujeres, por el daño ecológico de ciertas empresas y el planteamiento de medidas preventivas, que piensen y participen de los problemas de otros sectores oprimidos de la sociedad, como los indígenas; en fin, que puedan vencer el apoliticismo en que muchos de ellos se han sumido y establezcan nuevas y fructíferas relaciones con los partidos políticos.

Para ello se requiere un sindicalismo moderno, capaz de apropiarse de las nuevas tecnologías para establecer redes de relaciones entre ellos, por sectores, con el fin de diseñar tácticas y estrategias adecuadas. Un sindicalismo que tendrá que ver más allá de las fronteras para plantear demandas y soluciones reales en épocas en las que la globalización económica, social y cultural, reafirmada con la organización del Tratado de Libre Comercio en esta parte del mundo, abre las puertas para que la lucha obrera pueda plantearse como un proceso también global, internacional.

Aquí entramos ya en el terreno de la esperanza, no en el de los hechos, de la cultura sindical realmente existente. Ojalá que vivamos para constatar que algo de esa esperanza empieza a abrirse paso en las organizaciones obreras.

## *Bibliografía*

- Bizberg, Ilán, *Estado y sindicalismo en México*, México, El Colegio de México, 1990.
- Bourdieu, Pierre, *Sociología y cultura*, México, Grijalbo/CNCA (Los Noventa), 1990.
- Cortina, Regina, "Poder y cultura sindical: la mujer en el sindicato de trabajadores de la educación en el Distrito Federal", en Orlandina de Oliveira (coord.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, El Colegio de México, 1989, pp. 241-268.
- Daville, Selva, "La historia de la sección 271 del SNTMMSRM", ponencia para el coloquio Negociación y Conflicto Laboral en México, México, FLACSO/Fundación F. Ebert, 10-11 de julio de 1990.
- De la Garza, Enrique, "Cultura y crisis del corporativismo en México", en Horcasitas, Hurtado y Del Castillo (comps.), *Transición a la democracia y reforma del Estado en México*, México, Universidad de Guadalajara/Porrúa /FLACSO de México, 1991, pp. 235-268.
- , "Reestructuración productiva, estatal y de los sujetos obreros en México", en Enrique de la Garza (coord.), *Crisis y sujetos sociales en México*, México, UNAM/Porrúa, 1992, pp. 53-106

- *et al.*, "La investigación sobre la base obrera en México: un balance preliminar", en *Nueva Antropología*, núm. 29, México, 1986, pp. 85-105.
- y José Luis Rhi Sausi, "Perspectivas del sindicalismo en México", en Jorge Alcocer (comp.), *México, presente y futuro*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1985.
- Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, México, Gedisa, 1991.
- Goldsmith, Mary, "Sindicato de trabajadoras domésticas en México: 1920-1950", en *Política y Cultura*, núm. 1, México, UAM-Xochimilco, 1992, pp. 75-89.
- Harris, Marvin, *Antropología cultural*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 331-365.
- Hernández, Luis, "El Partido del Trabajo: realidades y perspectivas", en *El Cotidiano*, núm. 40, México, marzo-abril de 1991, pp. 21-28.
- Herskovitz, Melville J., *El hombre y sus obras. La ciencia de la antropología cultural*, México, FCE, 1969.
- Leyva Piña, Marco Antonio, "Modernización y sindicalización en Ferrocarriles Nacionales de México", tesis de maestría en sociología política, México, Instituto Dr. José M. Luis Mora, 1990.
- Limonés Ceniceros, Georgina, "Las costureras anarcosindicalistas de Orizaba, 1915", en Orlandina de Oliveira (coord.), *Trabajo, poder y sexualidad*, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, México, El Colegio de México, 1989, pp. 219-240.
- Linton, Ralph, *Cultura y personalidad*, México, FCE, 1983.
- Melgoza Valdivia, Javier, "Sindicalismo y cultura política en el SME", tesis de maestría en sociología del trabajo, UAM-Iztapalapa, 1992.
- Montero Tirado, María del Carmen, "La reestructuración productiva en la industria de la loza y cerámica en México", tesis de maestría en sociología, México, UNAM, 1992.
- Nieto Calleja, Raúl, "El oficio de zapatero: antecedentes y tendencias", en *Nueva Antropología*, núm. 26, México, abril de 1986, pp. 29-47.
- , "Ciudad, cultura y clase obrera. Una aproximación antropológica", tesis de maestría en antropología social, México, ENAH, 1992.
- Novelo, Victoria (coord.), *Coloquio sobre cultura obrera*, México, CIESAS/SEP (Cuadernos de la Casa Chata, 145), 1987.
- Orejel Salas, Hermelinda, "Sindicalismo femenino en la industria de la tortilla de nixtamal de Jalisco: 1920-1940", en Lucía Man-



- tilla (comp.), *La mujer jalisciense. Clase, género y generación*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara (Jornadas Académicas), s.f., pp. 397-422.
- Orozco, Emanuel, *Líderes sindicales y "grandes hombres". Un estudio comparativo de formas particulares de liderazgo político*, México, 1991.
- Quiroz Trejo, José O. y Luis Méndez Berrueta, "Cambios culturales y sindicalismo", en *Sociológica*, año 6, núm. 17, México, UAM-Azcapotzalco, 1991, pp. 107-127.
- Radkau, Verena, *"La Fama" y la vida. Una fábrica y sus obreras*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 108), 1984.
- Sánchez Díaz, Sergio G., *El "nuevo" revisionismo en el sindicalismo de "izquierda" en México entre 1982 y 1988*, México, CIESAS/SEP (Cuadernos de la Casa Chata, 182), 1990.
- , "Sindicato de Estado y protesta obrera en empresas de punta (La CTM en las maquiladoras de la ciudad de Chihuahua)", en *Cuadernos del Norte. Sociedad, Política y Cultura*, núm. 16, Chihuahua, septiembre-octubre de 1991, pp. 21-28.
- Sariego, Juan Luis, "La cultura minera en crisis. Aproximación a algunos elementos de la identidad de un grupo obrero", en *Cuicuilco*, núm. 19, México, ENAH, 1987, pp. 53-58.
- Sheridan, Cecilia, *Mujer obrera y organización sindical. El sindicato de obreras desmanchadoras de café, Coatepec, Veracruz*, México, CIESAS, 1983.
- Talavera, Fernando y Francisco Muñoz, *La Favorita. Testimonio de lucha del sindicalismo independiente en Tlalnepantla (1943-1989)*, México, UNAM, 1993.
- Trejo Delarbre, Raúl, *Este puño sí se ve*, México, El Caballito, 1987.
- Vázquez Pasos, Luis A., "Cultura obrera entre los cordeleros de Yucatán", en *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 17, México, El Colegio de México, mayo-agosto de 1988, pp. 337-370.
- Zapata, Francisco, "Moral 'charra' y moral 'democrática' en los obreros mexicanos", en Juan Manuel Ramírez (coord.), *Normas y prácticas morales y cívicas en la vida cotidiana*, México, UNAM/Porrúa, 1990, pp. 167-183.

### III. Cultura obrera y procesos de trabajo: debates y propuestas

*Juan Luis Sariago Rodríguez*

#### *Introducción*

Desde hace ya casi una década, el tema de la cultura obrera ha estado presente en diferentes investigaciones y debates relacionados con el estudio de la clase obrera mexicana. Entre los especialistas, y particularmente entre los antropólogos, quienes introdujeron el tema en la mesa de las discusiones, la preocupación por la cultura es sin embargo tardía: apareció a principios de los años ochenta, al término de un recorrido y una experiencia acumulada en otros problemas colaterales —el movimiento sindical, la formación e incorporación de los sectores obreros y el estudio de los procesos de trabajo industrial.

Pero si algo caracterizó las discusiones en México sobre la cultura obrera fue la ausencia de consensos y el predominio de los desacuerdos. Tomando como referencia las ponencias y comentarios presentados en el Coloquio sobre la Cultura Obrera, que auspició en 1984 el Museo de Culturas Populares y que probablemente fue la ocasión donde el tema se abordó de forma más directa,<sup>1</sup> me atrevo

<sup>1</sup> El coloquio tuvo lugar con motivo de la exposición *Obreros somos... expresiones de la cultura obrera mexicana*, que organizó el Museo de Culturas Populares el 1° de octubre de 1984. Hasta donde sé, creo que éste ha sido el único evento institucional en México que ha reunido a los antropólogos para discutir explícitamente el tema de la cultura obrera.

ría a señalar, al menos, cuatro proposiciones alternativas sobre la noción de cultura obrera.<sup>2</sup>

La primera propuesta es la de quienes niegan la pertinencia del concepto cultura obrera y plantean a cambio el de "cultura de los obreros". Este punto de vista no es sólo un juego de palabras; insiste en dos aspectos: en primer lugar, resultaría impropio emplear el concepto de cultura, que en antropología es un concepto global y abarcante, para designar las formas particulares de comportamiento de un grupo social —los trabajadores industriales— con perfiles de identidad poco definidos.

Asimismo, se sostiene que el concepto de cultura obrera es más un concepto asignado —la conciencia o cultura de clase que los obreros deberían tener como sujetos protagónicos en la sociedad—, que una realidad histórica, puesto que la cultura política de los obreros consiste en una suma dialéctica de militancia, sumisión y consenso. Por todo ello, el término cultura obrera no puede tener más que un significado convencional y, en todo caso, sería preferible hablar de la cultura y las prácticas políticas de los obreros.

Un segundo enfoque aborda el tema de la cultura obrera fundamentalmente como una cultura de masas. Los obreros mexicanos aparecen aquí como las víctimas más indefensas y el producto social más acabado de una industria cultural masiva que creció a la par de las fábricas y los polos de desarrollo manufacturero desde la posguerra hasta nuestros días.

Quizá con fines de economía y operatividad conceptual se hallan, en tercer lugar, quienes asimilan las nociones de cultura obrera y cultura urbana o urbano-popular. En esta óptica destaca una preocupación por indagar los marcos sociales y espaciales en los que se reproduce la clase obrera.

<sup>2</sup> Retomo aquí algunos planteamientos precedentes porque pienso que no ha habido mayores novedades en la discusión conceptual del tema de la cultura obrera. Véase Juan Luis Sariego, "Antropología y clase obrera. Reflexiones sobre el tema a partir de la experiencia de la antropología social mexicana", en *Cuicuilco*, núm. 19, octubre-diciembre de 1987, pp. 22-30.

Finalmente, una cuarta propuesta insiste en definir la cultura obrera como una cultura de clase o como un conjunto de respuestas históricas de la clase obrera que implican sistemas de valores, modelos de comportamiento y formas de vida que apuntan implícita o explícitamente hacia una visión del mundo distinta y alternativa a la de otras clases sociales. La cultura obrera así definida, posee expresiones variables en el tiempo y en el espacio, surge de determinantes históricos derivados de la posición de clase de los obreros y de su condición productora, se expresa en instituciones, tradiciones y prácticas sociales, va más allá del "folklore", de formas de vida y expresa la construcción histórica de una identidad de clase.

Sin pretender ahondar en los presupuestos que subyacen en estas cuatro proposiciones, valdría la pena destacar los puntos neurálgicos de la polémica sobre la cultura obrera. El primero de ellos se refiere a la acepción del término cultura: en este sentido, hay quienes se apegan más a una perspectiva culturalista y boasiana que tiende a ver la cultura como un complejo totalizante y un repertorio articulado de prácticas y representaciones, las cuales sirven para definir por vía de exclusión determinados grupos humanos dentro de la sociedad.

Otros, en cambio, parecen admitir que, en nuestra sociedad, la cultura está permeada por las distinciones y oposiciones de clase, motivo que la convierte en un terreno conflictivo de apropiaciones e imposiciones cuyo sentido atraviesan diametralmente los fenómenos del poder. Desde esta perspectiva, hay quienes privilegian una óptica reproduccionista de la cultura obrera, otros insisten en su carácter de cultura de resistencia y algunos más observan con pesimismo la capacidad creativa de los trabajadores frente al fenómeno de la cultura de masas, retomando así los principios de la escuela de Frankfurt.

Las diferencias resultan también significativas en las formas de conceptualizar a los obreros industriales: a) son simplemente un sujeto social más; b) son la clase fundamental en la historia; c) son el resultado de un modelo de desarrollo excluyente que ha propiciado una urbanización

acelerada y, finalmente d) son sujetos desposeídos productores de riqueza en una sociedad capitalista.

Hasta aquí una revisión somera de las propuestas sobre el concepto de cultura obrera, en boga durante los últimos años entre los especialistas del tema en México. Si algo queda, es la evidencia de que predominan más las diferencias que los acuerdos. No sólo eso; también, y quizá por el contexto polémico en que el tema se ha visto envuelto, puede decirse que son escasas las investigaciones en que el problema de la cultura haya sido el eje articulador de los estudios históricos, sociológicos o antropológicos sobre la clase obrera mexicana. En la mayoría de éstos, la cultura obrera tiende a aparecer más como una categoría residual que como un objeto central. En suma, pues, es probable que nos encontremos en un punto de estancamiento donde pensar en avances significativos para la investigación se convierte en una tarea complicada.

El relativo estancamiento en torno al concepto de cultura obrera se vuelve aún más llamativo si advertimos que en otros campos de la ciencia social mexicana, los estudios sobre la cultura han vivido en los últimos años una experiencia que me atrevería a calificar de renovación teórica plena de debates fructíferos. Como ejemplo, basta simplemente señalar que las viejas tesis del funcionalismo y del culturalismo que durante tantos años permearon las concepciones sobre las culturas indígenas y populares del país, han sido suplantadas por versiones mucho más dinámicas que recuperan las perspectivas del análisis simbólico, el estructuralismo, las teorías de la comunicación, el consumo y el control cultural, así como una revisión "profunda" de la historia nacional.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Dan cuenta de esta renovación en los estudios sobre la cultura, entre otros, los trabajos de Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo. Una civilización negada*, México, SEP/CIESAS, 1987; Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, CNCA/Grijalbo, 1989; Roger Bartra, *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México, Grijalbo, 1987, y dos textos colectivos de reciente aparición: Néstor García Canclini (coord.), *El consumo cultural en México*, México, CNCA, 1993, y Guillermo Bonfil Batalla (coord.), *Nuevas identidades culturales en México*, México, CNCA, 1993.

## *Cultura obrera y culturas del trabajo*

Entre los diferentes aspectos implicados en el campo de la cultura obrera, el tema de las culturas del trabajo es probablemente el que mayor atención ha merecido en la literatura social mexicana de los últimos quince años. Desde entonces es indudable que ha habido avances significativos en la sociología y la antropología industrial y, en menor medida, en la historia del trabajo. Los obreros del país, hasta entonces concebidos fundamentalmente como un conglomerado homogéneo y un agregado estadístico útil a la hora de calcular las tasas de explotación y los alcances del control sindical, comenzaron a ser entendidos desde una perspectiva más comprensiva como un sujeto social heterogéneo, inmerso en procesos de trabajo notoriamente diferenciados a causa del desigual desarrollo tecnológico de la industria nacional. Así, la condición productora de los trabajadores industriales pasó a ocupar el centro de diferentes análisis.

En muchos de los estudios sobre procesos de trabajo ha estado presente, a veces de forma más implícita que declarada, una visión de la cultura obrera emparentada con diversas corrientes de la sociología del trabajo, visión que enfatiza en dos sentidos la experiencia laboral del obrero como un ámbito de definición de identidades culturales.

El primero de ellos destaca los perfiles de imágenes sociales obreras derivadas de las formas de inserción del trabajador en la industria. Apoyándose en propuestas como las de Touraine sobre la organización profesional de la empresa, las de Freyssenet, Braverman, Panzieri, Faletto, etcétera, se construyen y adaptan tipologías obreras en las que la categoría y calificación se convierten en la última explicación de las formas sociales de relación del obrero con la empresa, con la tecnología, con los demás trabajadores, y define además las modalidades de acceso al consumo, el prestigio social y cierta visión del mundo derivada de la carrera profesional.

En un segundo sentido, las formas históricas predominantes de la división capitalista del trabajo generan moda-

lidades culturales de resistencia y organización sindical y política, de forma tal que "es posible separar en el análisis los modelos de organización del movimiento obrero de una u otra época y establecer correspondencias entre éstos y las relaciones económicas, técnicas y tecnológicas de la producción que las determinan".<sup>4</sup>

De esta forma, se postulan tres grandes correlaciones históricas: la primera, entre las fases iniciales de la industrialización nacional y las ideologías obreras anarcosindicalistas y mutualistas; la segunda, entre la consolidación de la gran industria y el sindicalismo de rama, y la tercera, entre la aparición de las firmas monopólicas trasnacionales y el sindicalismo de empresa.

Cada uno de dichos modelos históricos implica una forma particular de cultura obrera, originada en el espacio fabril pero que lo rebasa, llegando a conformar un conjunto unificado de visiones y representaciones obreras sobre la sociedad y el poder. Las culturas del trabajo acaban por convertirse en culturas políticas.

Muchos aspectos implicados en estas visiones que articulan la experiencia laboral del obrero con sus formas de identidad social, han estado presentes en gran cantidad de estudios sobre los procesos de trabajo en la industria mexicana. En ellos se postula, de una u otra forma, que el trabajo es un ámbito de definición de identidades culturales no sólo sobre el trabajo mismo, sino también sobre la sociedad, la política y las vidas obreras: la cotidianidad de la vida fabril y la experiencia asumida e interiorizada de una carrera profesional aparecen como elementos fundantes de maneras de entender, concebir y practicar la defensa del trabajo y del oficio, la solidaridad, el sindicalismo y la política obrera, pero también las formas de vivir, las aspiraciones y las utopías de los trabajadores —elementos, sobre todo los últimos, que rebasan la condición productora del obrero. En otras palabras, el trabajo industrial se constituye en un es-

<sup>4</sup> Véase Serge Mallet, "Sindicalismo y sociedad industrial", en *La nueva condición obrera*, Madrid, Tecnos, 1969, p. 26; éste es uno de los textos que más ha inspirado los estudios del trabajo en México.

pacio central desde el cual se construyen y socializan modalidades específicas de culturas obreras.

Una perspectiva como la anterior ha enfrentado desde hace tiempo no pocas críticas y limitaciones de muy diverso orden, algunas de carácter teórico y otras de orden metodológico.

De esta visión de la cultura obrera se critica en primer lugar el excesivo peso otorgado a los determinantes estructurales objetivos, que derivan de las condiciones productivas y tecnológicas —el ser social—, en detrimento de los factores subjetivos, individualizantes y simbólicos —la conciencia social.

En segundo lugar, y como resultado de lo anterior, se considera ideológico pensar que las culturas del trabajo son esencialmente políticas y están compuestas en lo fundamental por elementos de contestación, resistencia y oposición.

Finalmente, cada vez más se piensa que la construcción de culturas e identidades obreras rebasa el ámbito del trabajo y remite a un conjunto poco definido de elementos relacionados con la reproducción social de los grupos obreros (la familia, la comunidad, el origen social, etcétera).

### *Replanteamiento de la centralidad de la categoría trabajo*

Es obvio que las tres objeciones señaladas y quizá otras más, apuntan hacia la necesidad de replantear la relación entre trabajo y cultura obrera. En la disyuntiva teórica que esta relación parece plantear hoy en los estudios sobre la cultura obrera —la condición productora y la experiencia laboral de los obreros son el *locus* central en la construcción de sus identidades colectivas o simplemente un dato secundario—, me atrevo a proponer un replanteamiento de la centralidad de la categoría trabajo.

Más allá de cualquier modelo de articulación mecánica entre las condiciones objetivas de la producción y los pro-



cesos subjetivos de creación de identidades colectivas obreras, creo que el trabajo ocupa un papel central y privilegiado en la vida y la cultura obrera. El ámbito laboral es por una parte el espacio más importante de socialización de experiencias colectivas e identitarias obreras porque, a diferencia de otros ámbitos de la vida obrera, la lógica de la división capitalista del trabajo y las formas de la cooperación productiva asociadas a ella tienden a promover en mayor o menor grado una conciencia colectiva entre los trabajadores. La jornada de trabajo y los espacios fabriles no sólo son la circunstancia en que la interrelación entre los obreros se vuelve más cotidiana, sino también el lugar de mayor y más intensa confluencia, confrontación y "vaciamiento" de experiencias y significados culturales con los que individuos y grupos obreros acceden y permanecen en la industria. Precisamente por ocultar ese lugar tan privilegiado en la vida obrera, el ámbito y la experiencia laboral se convierten en un momento central en términos de la construcción de significados e identidades culturales compartidas.

Sin embargo, tales significados colectivos no emergen de la experiencia laboral de forma mecánica, predeterminada e independiente de los componentes individuales y subjetivos de los obreros, sino que más bien se construyen a partir de ellos. En otros términos, las visiones culturales derivadas de un origen social o una experiencia histórica que acompañan el ingreso y la permanencia del obrero en la fábrica, no desaparecen por el hecho de convertirse en un productor industrial; al contrario, se articulan, se confrontan y se redefinen con las de otros obreros en la cotidianidad laboral, y pueden llegar a desembocar en concepciones, visiones y construcciones simbólicas y culturales relativamente homogéneas y compartidas.

Pero si bien la experiencia laboral no impone *per se* al trabajador una predeterminada cultura obrera o una particular conciencia de clase, no es menos cierto que el trabajador que accede a una determinada industria se inserta dentro de un mundo históricamente definido por una tradición de significados culturales y simbólicos, los cuales

han sido contruidos a lo largo del tiempo y asumidos por generaciones obreras anteriores. En otros términos, las visiones culturales que el obrero de una determinada rama o sector industrial construye a partir de su experiencia laboral no parten de un punto cero, sino que se insertan en tradiciones obreras mediante una relación de continuidad o de ruptura. Así pues, las culturas obreras viven un proceso de continua redefinición, pero ésta nunca puede ser ajena a un bagaje de tradiciones. Ni las modificaciones en la composición social de los obreros, ni sus trayectorias individuales, ni los cambios cualitativos en las bases tecnológicas de una industria podrían justificar por sí mismos la desaparición del papel que esas tradiciones juegan en la redefinición de nuevos perfiles de las culturas obreras.

Por no referir más que un ejemplo, sería difícil pensar que las tradiciones de nacionalismo, defensa profesional del oficio y calificación, de liderazgo corporativista que durante tantos años ha formado parte de la tradición obrera en los sindicatos nacionales de industria, puedan ser suplantadas por una nueva cultura obrera ajena a esos contenidos. Por el contrario, la experiencia de las dos últimas décadas ha mostrado que para lograr la reconversión industrial, el Estado y las empresas han tenido que negociar con diferentes grupos obreros el nuevo significado de conceptos tales como el nacionalismo, la participación del Estado en la industria, la capacitación en el trabajo, etcétera.

Entre otros componentes que configuran dichas tradiciones obreras, sin duda, los aspectos relacionados con el comportamiento político de la clase obrera son de lo más relevante. Como antes señalábamos, podría pensarse que la forma en que los grupos obreros construyen una cultura política desde su experiencia laboral no puede ser siempre igual a sí misma ni tampoco dejar de relacionarse con las tradiciones corporativistas que los sindicatos mexicanos mantuvieron por décadas.

En suma, pues, proponemos una visión de la cultura obrera construida preferencial, pero no exclusivamente, desde el mundo del trabajo que tiende a articular las experiencias subjetivas y las tradiciones colectivas de los trabajadores.

## *Cultura obrera e historia del trabajo*

Entre los diferentes aspectos ligados a esta visión de la cultura obrera que aún deben explorarse, la historia del trabajo es uno de los más relevantes.

En general, creo que una de las limitaciones más serias que han enfrentado los estudios sobre la cultura obrera en México reside en la ausencia de análisis históricos que examinen los fenómenos de conformación de la cultura obrera en procesos de larga duración. Por el contrario, han predominado los estudios coyunturales sobre la cultura obrera en tal o cual sector industrial o fábrica y durante algún contexto de corta duración, el cual suele coincidir con momentos de conflictividad sindical.

La historiografía obrera, por otra parte, ha destacado la cronología de los movimientos obreros y sindicales en relación con la historia política del país. Tal perspectiva, como muchas veces se ha señalado, no sólo ha contribuido a sobreponderar una de las dimensiones de la historia obrera —la de las relaciones entre las dirigencias sindicales y los aparatos del poder—, sino que ha condenado a un relativo olvido el estudio de las condiciones históricas de vida y trabajo de los obreros mexicanos. En cambio, las corrientes de la historiografía del trabajo y la cultura obrera que tanta relevancia cobraron en los países anglosajones hace ya más de una década (Thompson, Hobsbawn, Montgomery, etcétera), prácticamente no han sido retomadas en México, a pesar de su conocimiento y del llamado que John Womack hiciera a sus colegas mexicanos reunidos en un Congreso de Historia del Trabajo en la ciudad de Pátzcuaro hace casi dos décadas.

La ausencia de una historia del trabajo constituye, en mi opinión, una seria limitante para poder elaborar visiones más globales sobre las culturas obreras. En el planteamiento que sobre éstas hemos apuntado arriba, resulta indispensable caracterizar históricamente el proceso de conformación social de la clase obrera mexicana para poder hablar de sus tradiciones culturales y de las modalidades de emergencia de culturas obreras propiamente dichas.

En particular tres campos que ahora sólo me limito a enunciar parecerían especialmente relevantes en términos de las posibles aportaciones de la historiografía obrera a los estudios de la cultura: el análisis histórico de los orígenes sociales y culturales de los obreros mexicanos, la historia de las culturas ocupacionales del trabajo, y la historia de las ideologías y concepciones empresariales sobre el trabajo y los trabajadores.

En el análisis de los orígenes culturales de la clase obrera se encuentra una de las claves más importantes de la cultura obrera. En realidad, creo que conocemos muy poco acerca del bagaje de elementos culturales y simbólicos con que los campesinos, artesanos y otros sectores sociales se incorporaron a la industria. Sabemos menos aún sobre la forma en que estas visiones se adaptaron, transformaron o consolidaron en el mundo industrial.

El estudio de las culturas ocupacionales del trabajo —entendidas como resultado de saberes laborales y de comportamientos organizacionales específicos, ligados con frecuencia a formas de vida obrera sustantivas— podría contribuir a perfilar algunas tipologías diferenciadas de culturas obreras.

Finalmente, las visiones culturales de los empresarios sobre el obrero y el trabajo ofrecerían un interesante punto de partida para entender las culturas obreras como contraculturas de clase.

### *Más allá del debate sobre la cultura obrera*

Después de lo reseñado resulta claro que la cultura obrera es aún un concepto en construcción, inmerso en un amplio marco de debates dentro de las ciencias sociales en México. A pesar de ello, me inclino a pensar que la noción ha renovado su sentido en el contexto actual de profunda reestructuración de la industria del país. Porque, en efecto, asistimos a un proceso de cambios en los patrones de propiedad, en los perfiles sociales de los grupos trabajadores, en los sistemas y normas del trabajo industrial, en

los esquemas de participación y representación política de los sindicatos y en las formas de reproducción obrera. Detrás de todos estos cambios, es evidente no sólo la presencia de un nuevo modelo económico, sino también un proyecto de redefinición de la identidad cultural del obrero mexicano.

En este contexto de cambio social el debate sobre la cultura obrera, si no queremos que sea estéril, debe replantearse sobre nuevas bases. Si hasta ahora predominaron las preocupaciones academicistas por las definiciones conceptuales dentro de marcos teóricos relativamente cerrados y el análisis *a posteriori* de las expresiones históricas de la cultura obrera mexicana, hoy resulta urgente la participación de los científicos sociales en la discusión y construcción de las imágenes del futuro cercano del trabajador industrial del país.

Para ejemplificar lo dicho un campo parece especialmente propicio, entre otros, para reformular la noción de la cultura obrera: el de las implicaciones culturales derivadas de las nuevas concepciones y prácticas sociales del trabajo industrial. En este terreno, insisto en que el trabajo —y en este caso el trabajo industrial— es un terreno de definición de identidades culturales y, por lo mismo, un objeto de estudio para quienes analizan la cultura obrera.

A partir de esta premisa, no son pocas las evidencias de que hoy se construye una nueva identidad laboral del obrero industrial. Asistimos, en efecto, a un desmoronamiento del modelo industrial nacionalista, corporativista y paraestatal, el cual ha dejado gradualmente su lugar a los consorcios transnacionales, a la emergencia de un nuevo perfil social de la población obrera en la que predominan los jóvenes escolarizados y cada vez más las mujeres —unos y otras sin experiencias profesionales y sindicales de origen—, a un recambio gradual de las bases tecnológicas que vuelve cada día más cotidiano el manejo de equipos automáticos de alta precisión y enorme flexibilidad, a la crisis de los dogmas tayloristas y fordistas en la organización del trabajo, a la importación de tecnologías blandas o nuevas filosofías del trabajo en las que privan los conceptos de

control de calidad, grupos operativos, democracia industrial, etcétera.

Alrededor de éstos y otros tantos fenómenos similares, una nueva cultura del trabajo se está construyendo, y es quizás en este ámbito donde el debate de los científicos sociales sobre la cultura obrera se podría centrar para volverse pertinente y actual. Este nuevo debate cobra especial relevancia si tenemos en cuenta que es abierto, porque esta cultura del trabajo renovada no está hecha, se está haciendo y los actores sociales implicados en la búsqueda —industriales, trabajadores y Estado— no actúan necesariamente con un libreto preconcebido, sino que de manera dialéctica y compleja van creando nuevos marcos de relaciones sociales.

Pero, en particular, ¿dónde estaría hoy el núcleo de las preocupaciones sobre la nueva cultura del trabajo industrial? A mi juicio, dos temas cobran especial relevancia: la definición de los *contenidos del trabajo* y los sistemas de *relaciones industriales* dentro de la fábrica.

En cuanto a los contenidos del trabajo industrial, todo parece indicar que tienden a reducirse a la mínima expresión: las nuevas tecnologías inhiben la capacidad creativa de los obreros, los vuelven cada vez más productores de respuestas pre-estimuladas y sustituyen el lenguaje con las máquinas y la materia prima por una relación despersonalizada con un mundo de símbolos e información.

En este contexto, nuestra preocupación pudiera centrarse en torno a la relación entre eficiencia tecnológica y creatividad productiva: ¿cómo empatar estos dos aspectos?; ¿cuáles, entre las alternativas tecnológicas viables, serían compatibles con la capacidad de innovación y adaptación presente en muchas de las tradiciones del trabajo en México?; ¿cómo transferir y apropiar las tecnologías de punta de la industria globalizada hacia la producción de los bienes y servicios con mayor demanda social?; en fin, ¿cómo reutilizar el bagaje de conocimientos obreros acumulados en otras etapas de la industrialización del país para crear nuestro propio lenguaje nacional sobre la productividad, la eficiencia y la calidad?

Los cambios que se están operando en los sistemas de relaciones industriales dentro de la fábrica, constituyen un segundo tema neurálgico en el estudio de la cultura del trabajo. Entre otras novedades, las jerarquías y estratificaciones profesionales han tendido a simplificarse otorgando una mayor importancia a la polivalencia de tareas; la separación tradicional entre operación-mantenimiento y control de calidad busca eliminarse, integrando al obrero a equipos responsables de la calidad de sus productos; la participación del trabajador en cierto ámbito de la gestión de la fábrica es más directa y democrática y, en muchos casos, no pasa a través de la representación sindical; la identificación entre el obrero y la empresa se pretende mayor y a menudo el sindicato juega en el espacio fabril más un rol de institución formal que de agente real de negociación y concertación obrero-patronal.

Las filosofías del trabajo que las empresas pretenden infundir entre sus trabajadores son también novedosas. Algunas de origen japonés y otras de filiación anglosajona, todas insisten en el concepto de la calidad como una meta en el trabajo y una norma de vida, en la corresponsabilidad en la gestión de la fábrica, en el sentido de pertenencia grupal, en la necesidad de la capacitación y el mejoramiento profesional continuos y, en suma, en la utopía de una sociedad consumidora de los mejores productos.

El acercamiento a este ámbito de las relaciones industriales permitiría no sólo descubrir nuevos temas de investigación en el campo de la cultura obrera, sino también conocer las concepciones ideales y negociadas que empresarios y trabajadores construyen de sus relaciones para producir.

Este planteamiento no sólo se propone introducir nuevos elementos en la vieja polémica sobre la cultura obrera, sino también insistir en la necesidad de que la ciencia social tome un papel más activo en el debate hoy candente en torno a las nuevas fisonomías de la cultura del trabajo industrial en México. Es probable, por cierto, que los términos en que este debate se ha planteado nos obliguen a un trabajo interdisciplinario con ingenieros, planificado-

res y tecnólogos, y al acercamiento aún más directo a la fábrica no sólo como un espacio privilegiado, aunque coyuntural, para el trabajo de campo, sino también como alternativa ocupacional viable.

## *Bibliografía*

- Bartra, Roger, *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México, Grijalbo, 1987.
- Bonfil Batalla, Guillermo (coord.), *Nuevas identidades culturales en México*, México, CNCA, 1993.
- , *México profundo. Una civilización negada*, México, SEP/CIESAS, 1987.
- García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, CNCA/Grijalbo, 1989.
- , *El consumo cultural en México*, México, CNCA, 1993.
- Mallet, Serge, "Sindicalismo y sociedad industrial", en *La nueva condición obrera*, Madrid, Tecnos, 1969.
- Sariego, Juan Luis, "Antropología y clase obrera, reflexiones sobre el tema a partir de la experiencia de la antropología social mexicana", en *Cuicuilco*, núm. 19, México, octubre-diciembre de 1987, pp. 22-30.





## IV. Los obreros de Tornel frente a dos procesos políticos

Angélica Cuéllar Vázquez

### *Introducción*

El objetivo del presente ensayo es recuperar la vivencia de los trabajadores durante el conflicto de la Compañía Hulera Tornel S.A. (1989-1990), como un *proceso político* que los afectó de manera significativa. Asimismo, nos interesa descubrir la forma en que algunos trabajadores de Tornel vivieron el proceso electoral de 1988.

Ambos procesos fueron permeados por las formas de percepción del mundo fabril y el sistema político mexicano. Las formas *particulares* de percibir campos tan vastos fueron el espacio donde se construyeron las mediaciones que, más tarde, se concretaron en decisiones, visiones, juicios valorativos y configuraciones ambivalentes al inicio, aunque después contundentes sobre sus enemigos. En el primer caso, dichas configuraciones impulsaron a los trabajadores a la acción colectiva y, en el segundo, a desechar la vía electoral y partidaria como un espacio de decisión política y ciudadana.

En este trabajo, sobra decirlo, sólo se recuperan algunas de esas percepciones y mediaciones. Para empezar, consideramos pertinente hacer varias acotaciones teóricas y metodológicas, así como referir la forma en que se fueron construyendo los datos.

## *Perspectiva teórica y metodológica*

Antes que nada, es necesario aludir al campo de la cultura, en este caso la obrera, como el espacio donde se tejen y construyen las mediaciones simbólicas que impulsan a los sujetos a determinadas acciones y actitudes.

Victoria Novelo ha identificado claramente que "...es la vivencia, por así decir, de la explotación, la que va a permitir que los obreros actúen como clase mediante un proceso de identificación como partícipes comunes de determinadas relaciones de producción..."; y más adelante precisa:

...cómo es que se verifica el proceso de interacción entre la producción material de la vida social y el conjunto de las relaciones sociales con todas las intermediaciones creadas, como proceso que articula y define las acciones, las prácticas sociales, los usos, los hábitos y los modos de pensamiento en sociedad, especialmente tratándose de una clase en particular. En suma, cómo es que se estructura el proceso cultural que produce resultados diversos en formas concretas de ser-estar-pensar-sentir-creer-comportarse, en su relación recíproca con la base que conforma la producción material. [Ello] significa que la forma de vida engendra prácticas sociales —que englobamos en el término cultura— que generalmente se expresan a través de modelos de comportamientos y de acciones que encierran conjuntos de valores, explícitos o no, pasados y presentes en los que los individuos se reconocen y se identifican.<sup>1</sup>

Dichos procesos, complejos y heterogéneos, impiden desde el punto de vista teórico plantear una noción de cultura en términos absolutos:

la articulación de condiciones de trabajo, organización política y condiciones de vida [...] por sus distintas combinaciones y complejidades impiden plantear una cultura en

<sup>1</sup> Véase Victoria Novelo *et al.*, "Propuesta para el estudio de la cultura obrera", en *Coloquio sobre cultura obrera*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 145), pp. 7-9.

términos absolutos pues, en reconocimiento a su heterogeneidad, la práctica cultural obrera reconocible tiene una estratificación fundamentada en desarrollos objetivos y subjetivos desiguales, por lo que su "disposición a actuar como clase" es irregular.<sup>2</sup>

Thompson, por su parte, entiende a las clases en la medida en que *acontecen*, es decir, en la medida en que

...los hombres y las mujeres viven sus relaciones de producción y experimentan sus situaciones determinantes, dentro del conjunto de relaciones sociales, con una cultura y expectativas heredadas, y al moldear estas experiencias en formas culturales. De modo que, al final, ningún modelo puede proporcionarnos lo que debe ser la "verdadera" formación de clase en determinada "etapa" del proceso. Ninguna formación de clase propiamente dicha de la historia es más verdadera o más real que otra, y clase se define a sí misma en su efectivo acontecer.<sup>3</sup>

En otra parte, Thompson habla de la *experiencia* para referirse a la forma en que

...los hombres y las mujeres retornan como sujetos; no como sujetos autónomos o "individuos libres", sino como personas que experimentan las situaciones productivas y las relaciones dadas en que se encuentran en tanto que necesidades e intereses y en tanto que antagonismos, "elaborando" luego su experiencia dentro de las coordenadas de su conciencia y su cultura [...] por las vías más complejas [...], y actuando luego a su vez sobre su propia situación.<sup>4</sup>

Melgoza, por su parte, al analizar la obra de Thompson y en particular el concepto de experiencia, apunta que la elaboración cultural de ésta "...se desenvuelve dentro de límites fluctuantes, donde ocurren procesos de recuperación histórica: de selección, préstamo, intercambio simbólico,

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>3</sup> Véase Edward Thompson, *Tradicición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 38-39.

<sup>4</sup> Véase Edward Thompson, *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981, p. 253.

y también de imposición y memoria colectiva. Es decir: el espacio de la cultura es un espacio en continua transformación y que sintetiza, en diversos niveles, el estado del enfrentamiento entre las clases".<sup>5</sup>

Más adelante el mismo autor recupera de Thompson las nociones de *conciencia afectiva y moral* elaboradas en el campo de la cultura. Es decir, siempre estamos frente a un proceso de *reproducción* que, según De Oliveira, es el movimiento en el cual o por el cual la objetividad se representa; Eder Sader agregaría que la reproducción implica representaciones simbólicas por las cuales los agentes se *reconocen*.<sup>6</sup>

Para hablar entonces de cultura obrera y procesos políticos es necesario atender a las formas específicas en que los trabajadores experimentan la explotación, la relación sindical y las representaciones que se crean alrededor de la empresa en la que trabajan, así como la política. En una palabra, significa recuperar los procesos de representación simbólica de su entorno y la configuración de "los otros" que ocurre en un proceso político.

Resulta entonces fundamental descubrir cómo la *vivencia* del mundo fabril, y las *representaciones* de figuras públicas, organizaciones sindicales y políticas, autoridades y empresa, se objetivaron en la subjetividad de los obreros y produjeron sus particulares percepciones de esos vastos campos.

El examen de las representaciones simbólicas —las elaboraciones de los trabajadores ante situaciones concretas— podría acercarnos, pensamos, a una expresión política de su acontecer.

Escogimos el caso de Tornel porque sus trabajadores vivieron dos procesos políticos importantes en un lapso de tiempo relativamente corto. El primero, un conflicto laboral con direcciones corporativas, después de 1988, el año

<sup>5</sup> Véase Javier Melgoza Valdivia, "Historia y clase obrera", en *Gaceta Universitaria*, nueva época, núm. 11, México, Universidad Autónoma de Yucatán, 1991.

<sup>6</sup> Véase Francisco de Oliveira, *O elo perdido*, São Paulo, Brasillense, 1987, el primer capítulo; Eder Sader, *Quando novos personagens entraram em cena*, São Paulo, Paz e Terra, 1988, el primer capítulo.

en que ocurre el segundo proceso: las elecciones federales más disputadas y conflictivas de los últimos tiempos. La figura de Cuauhtémoc Cárdenas despertó entonces fuertes expectativas de cambio, lo cual reivindicó el espacio electoral.

Las elecciones de 1988 en el país de las certezas electorales —por saberse de antemano quién ganaba siempre las elecciones—, parecen haber sido un parteaguas en la historia política reciente. Sin embargo, una generalización tan gruesa adquiere dimensiones diferentes en la especificidad de los sujetos.

En el mismo sentido pensamos como conjetura inicial que 1988 pudo haber marcado a los obreros de Tornel si lo vivieron como una experiencia política, y quizá este antecedente pudo haber influido en la configuración de sentido que los impulsó, un año después, a un movimiento de largo aliento.

Recogimos los testimonios en varias sesiones y realizamos las entrevistas con preguntas abiertas porque, a diferencia de los cuestionarios o una pequeña encuesta con preguntas cerradas o prefabricadas; la primera opción nos permitía descubrir matices, sutilezas, ambivalencias, incongruencias y opiniones más libres. La construcción del dato no podía partir de criterios que cuantificaran respuestas sobre un esquema previo diseñado por el investigador; por el contrario, nuestra guía de entrevista inicial fue modificándose en el transcurso de las sesiones. Finalmente, nos parece importante recuperar, a través de estudios de caso, las particularidades que enfrentan tales procesos.

En términos de método, parece importante subrayar que en ningún momento pretendimos “comprobar” o hacer corresponder los “hechos” con las versiones testimoniales. Hacerlo implicaría pretender una congruencia entre niveles diferenciados. Tampoco intentamos privilegiar el conflicto como el espacio en que los obreros “cobran conciencia”. El conflicto condensó múltiples determinantes en muy distintas temporalidades, experiencias —algunas muy largas— que se incubaron poco a poco y que crearon en los sujetos nociones de injusticia, opresión, necesidades,

derechos y dignidad, las cuales impulsaron a los obreros a la acción colectiva. Durante el análisis no recurrimos a la cronología de los hechos como hilo conductor. Usamos la referencia del conflicto apenas como el telón de fondo a partir del cual intentamos recuperar la forma en que los obreros vivieron y representaron el conflicto y a los distintos actores que participaron en él: los procesos de representación simbólica de los "otros", del mundo fabril y de la política.

Con estas precisiones queda claro que concebimos a los sujetos como posibilidades de acción siempre mediada y no como estructuras preestablecidas, es decir, reflejos mecánicos de otra estructura omnideterminante: la estructura económica. La posibilidad de los sujetos se desarrolla entonces en un campo inmenso de determinaciones. Coincidimos plenamente con Enrique de la Garza cuando plantea la necesidad de enriquecer y complejizar conceptos como el de estructura incluyendo, por ejemplo, estructuras psicológicas, éticas, estéticas, etcétera, y a partir de su compleja y desigual articulación, explicar la especificidad de los sujetos en la acción colectiva.<sup>7</sup>

Nuestro objetivo al abordar el conflicto, en resumen, fue descubrir algunas mediaciones en el campo de la cultura obrera que permitieran comprender ese complicado proceso de *creación de sentido*<sup>8</sup> en un proceso político como el del movimiento que impulsó a los trabajadores a la acción, al enfrentamiento y al terreno político. Para ello, como apuntamos, pretendimos descubrir las representaciones que los trabajadores de Tornel se formaron de los hechos y, paralelamente, cómo representaron figuras y actores clave. Nuestras interrogantes para explorar tales representaciones fueron: ¿cómo se gestó el conflicto?, ¿cuál fue el detonador?, ¿cómo vivieron y se asumieron durante el conflicto?, ¿cómo identificaron amigos y enemigos? y, en el nivel político, ¿cómo funcionaron esas representaciones de los hechos?

<sup>7</sup> Véase Enrique de la Garza, *Crisis y sujetos sociales*, México, CIII/Porrúa, 1992, en especial el capítulo 1.

<sup>8</sup> *Idem.*

Respecto al otro proceso, el de las elecciones federales de 1988, nos interesó saber cómo lo habían vivido los trabajadores, cómo se representó a los partidos políticos, a los candidatos a la presidencia, qué inclinó su decisión a votar por alguno de ellos o su decisión de no votar, y qué idea tenían de la política entonces, antes de su conflicto laboral.

Indagar sobre dos procesos políticos diferentes, vividos también en forma muy distinta por los obreros de Tornel, nos permitió permanecer alertas frente a generalizaciones que perdieran la singularidad y riqueza de los fenómenos en el campo de la cultura obrera.

### *La experiencia de la unidad*

Para ubicar al lector incluiremos una síntesis del conflicto, que será también el telón de fondo de algunas representaciones de los trabajadores. Asimismo, aludiremos a las entrevistas y testimonios, y citaremos algunos pasajes que nos parecieron reveladores.<sup>9</sup>

A mediados de 1989, murió un trabajador de la fábrica. La viuda acudió al sindicato para reclamar la ayuda que los obreros ofrecían en estos casos —un día de salario—, y a preguntar por otras posibles prestaciones. El delegado sindical no sólo dio largas a la señora, sino que aun cuando los obreros ya habían donado el dinero, la acosó sexualmente.

El hecho indignó y enfureció a los trabajadores y se convirtió en el detonador del movimiento. A partir de entonces comenzó a gestarse una organización paralela al interior de la fábrica cuyo único fin, al principio, fue remover de su cargo al delegado sindical. Cabe mencionar que el sindicato pertenecía a la CTM y, de acuerdo con la información

<sup>9</sup> Este apartado se elaboró consultando el archivo del "Movimiento de Tornel", y Angélica Cuéllar Vázquez, "Tornel: un eslabón más de la lucha obrera en México", en *Cuadernos Síntesis de Coyuntura*, núm. 5, México, Facultad de Economía/UNAM, 1992.



recabada, no se promovían asambleas; además, como veremos más adelante, los obreros no tenían información sobre el contrato ley que debía regir las relaciones obrero-patronales.

El enojo inicial fue tomando cuerpo a través de otro tipo de demandas. En el proceso de enfrentamiento, los trabajadores descubrieron que arrastraban muchos problemas e inconformidades que rebasaban al delegado sindical.

Apenas iniciado el conflicto y de una manera totalmente fortuita —cuando algunos obreros de Tornel fueron a la fábrica Euzkadi a repartir volantes—, se supo que los salarios de Tornel estaban muy por debajo de otros de la industria hulera. Algo semejante ocurría con la productividad, pues en Tornel, donde gran parte del proceso de trabajo era manual, se obtenía una producción mayor que la de otras empresas más automatizadas. Los obreros cuestionaron también los riesgos de trabajo y el pago de las horas extras fuera de la ley. Todo esto puso en evidencia al sindicato, que no había promovido ni siquiera el cumplimiento del contrato ley.

Así se completó el cuadro de un conflicto que al principio los obreros de Tornel definieron como intergremial. Cuatro veces acudieron a la CTM para entrevistarse con Fidel Velázquez, con el propósito de solicitarle una asamblea en la que se nombraran otros dirigentes; después de darle largas, la petición fue rechazada. Frente a la negativa de la CTM, resolvieron intentar el registro de un sindicato independiente, lo que también negó —en un lapso de 24 horas— la Secretaría del Trabajo y Previsión Social. Entonces buscaron el abrigo de otra central obrera —en este caso la CROC, la cual ofreció reconocer su organización— que les *diera estatutos* como sindicato y que fuera el instrumento para demandar la titularidad del contrato y su cumplimiento.

Para entonces ya se había formado una comisión organizadora con delegados de los distintos departamentos y plantas, quienes contaban con asesores laborales del Centro de Información y Orientación Obrera Demetrio Vallejo.

Esta comisión entregó un documento al dueño de la empresa, Armando Tornel Murillo; se le informaba ahí de

la delicada situación que había provocado un conflicto intergremial, en el cual la empresa no participaba. Comenzó la sucesión de boletines de prensa, declaraciones, marchas, mítines, el reclamo de un recuento en la Junta Federal para registrar al nuevo sindicato en la CROC, una demanda de titularidad del contrato colectivo, despidos de la empresa —primero selectivos y después masivos—, un campamento-plantón que se inició con 680 obreros y que duró ocho meses, hasta la solicitud pública de una entrevista con el presidente de la República. Todo ocurrió en poco más de un año.

El recuento exigido por los trabajadores en la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje para demostrar que la mayoría —alrededor de 1 000 trabajadores de un total aproximado de 1 200— quería pertenecer a la CROC, y en consecuencia demandar la titularidad del contrato, nunca se llevó a cabo. El 4 de agosto de 1990, día fijado por la Junta, el recuento se impidió por la fuerza. El colofón fue la demanda de una liquidación conforme a la ley de los 186 obreros que resistieron en el plantón los ocho meses. Los demás habían ido desgranándose poco a poco y aceptando sus liquidaciones.

En el transcurso de este tiempo, los trabajadores construyeron representaciones en torno a episodios y figuras clave en el conflicto.

Nos interesa analizar cómo *vivieron* el conflicto los trabajadores; cómo se identificaron en él; cómo reconocieron a los otros; cómo todo ese proceso, largo y doloroso, en el que construyeron sus nociones de derechos y justicia y se reconocieron en el terreno político, estuvo mediado por su dignidad herida, por representaciones del mundo fabril, del sindicato, de la CTM, del propio presidente, por la casi nula vida sindical que experimentaron en la fábrica y por el *miedo* de perder el sustento. Son las mediaciones que definieron su manera *fragmentada* de identificar gradualmente sus carencias y a sus enemigos, así como el aislamiento del mundo fabril de la política. La separación fue fomentada por la fórmula empresa-sindicato, y por la forma corporativa y despótica que asumía este binomio. En

una palabra, trataremos de dar algunas pistas sobre la enorme dificultad de *unificarse* en el terreno de la política, y de reconocer los propios *derechos*. En fin, pretendemos asomarnos a una parte del proceso en el cual los trabajadores se constituyeron como sujeto en el campo de la cultura, con representaciones y configuraciones que fueron cambiando a lo largo del movimiento. En una palabra, nos interesa la manera en la que *acontecieron* los obreros de Tornel.

### *La dignidad herida*

Como apuntamos, el detonador del conflicto fue un *sentimiento de indignación* ante el comportamiento del delegado sindical; el enemigo no era el sindicato, sino exclusivamente su representante. Los testimonios recogieron esta vivencia claramente: "El apoyo económico a la viuda de un compañero fue condicionado por el secretario general del sindicato para que le hiciera favores para dárselo, y eso no podíamos permitirlo." "El conflicto no fue más que por pensar que a nuestra viuda le podían dar el mismo trato."<sup>10</sup>

Pero los testimonios hablan también de un clima de inconformidad en la empresa, especialmente con los supervisores y no sólo con el delegado, como veremos enseguida. Asimismo, de los testimonios se desprende que en Tornel no existía una vida sindical activa. La organización sindical era un espacio ajeno, más de segregación que de agrupamiento. Los obreros no conocían el contrato ley y el delegado podía o no "favorecer" o "ayudar" a algún obrero en problemas con la empresa. Tal situación fomentó una relación clientelar y personalizada con los obreros, lo que otorgaba cierta legitimidad al delegado sindical, quien mantenía el puesto gracias a la segregación y la anuencia de los obreros.

<sup>10</sup> Los testimonios y entrevistas fueron realizados por la autora durante el mes de agosto de 1993. Para no cansar al lector con múltiples referencias, sólo hago ésta. Por haberlo acordado así con los trabajadores que colaboraron conmigo, no cito sus nombres.

En su mayoría, los testimonios refieren un mundo fabril en extremo hostil. Pésimas condiciones de trabajo en cuanto a higiene y seguridad, trato despótico, clientelar y hasta paternalista de los supervisores según el caso, así como un *miedo* enorme a perder el trabajo. “El conflicto vino por la incomprensión, opresión, represión que vivíamos.” “Para tener buenos puestos se necesitaba tener padrinos en el sindicato.” “Uno les pedía —a los del sindicato— que solucionaran algo, y nunca lo hacían.”

Lo mismo ocurría con los supervisores de la empresa, a quienes había que “prestar” dinero semanalmente para conservar los mejores puestos o turnos.

El sindicato vivido como algo ajeno y el papel de los supervisores como capataces provocaron que los obreros trabajaran siempre bajo “mucha presión” y un enorme miedo de perder el empleo o ser castigados, pues se les removía a puestos más pesados o sufrían suspensiones de uno o varios días sin pago alguno. “Si nos juntábamos a platicar unos diez compañeros, los supervisores ya tomaban nota de eso y luego el sindicato llegaba a preguntarnos ¿qué pasa? Nadie se atrevía a hacer nada por miedo. Uno no podía decir nada por temor de que nos corrieran [...] le tiene uno miedo a la calle.”

Sin embargo, al principio hubo posiciones ambivalentes: no se identificaba a la empresa como enemigo. Poco a poco fueron asumiendo que sus condiciones de trabajo —riesgosas e insalubres— podían mejorarse y plantearse como necesidades y derechos. “En Tornel no conocíamos el contrato ley, no conocíamos nuestros derechos. El conflicto no era con la empresa. El dueño no era mala persona. La empresa no entendió que el conflicto no era con la empresa, no era patronal, era entre obreros y sindicato.”

A estas alturas, la empresa no aparecía como responsable del trato despótico de los supervisores, de las malas condiciones de trabajo, de que se pagaran las horas extra por debajo de lo que marca la ley, ni de la falta del contrato ley. Se le identificó como enemiga cuando comenzaron los despidos y los ofrecimientos de dinero para abandonar el movimiento, cuando se presentó frente a los obreros coludida con el sindicato.

En la primera etapa, el sindicato era representado como algo totalmente ajeno. La vivencia del mundo fabril se distinguía por su hostilidad; sin embargo, los trabajadores no hacían responsables de la situación ni al sindicato ni a la empresa. La transgresión de otros límites los llevó a la acción colectiva. El acoso sexual del delegado sindical hacia la viuda provocó que los trabajadores enjuiciaran su comportamiento, expresión de un *código moral o conciencia moral*, para utilizar el concepto de Thompson. Ese agravio no podían permitirlo, “era demasiado” y “se prendió la mecha”.

De un inicio tan emotivo, los trabajadores pasaron a juzgar al sindicato en su conjunto, cuando reconocieron las malas condiciones de trabajo, el mal trato de los supervisores y el sentimiento de amenaza. Aunque el agravio no ocurrió en el mundo fabril, el encuentro de una identidad colectiva, como trabajadores, no se hubiera dado sin ese agravio, sin la transgresión de un código moral. La expresión laboral siguió otros caminos, en los que se mezclaron distintos niveles de subjetividad.

De acuerdo con los testimonios, los trabajadores dentro de la fábrica permanecían aislados, la producción no podía detenerse, no había tiempo para comer, hablar, ir al baño. Todas estas condiciones empezaron a ser cuestionadas. Entonces quisieron conocer sus derechos, conocer el contrato ley y comenzaron a crear nociones de injusticia y opresión. Antes de conocer sus derechos, estas nociones no eran claras. Si bien tenían miedo y trabajaban bajo mucha tensión, eso no los llevaba a reivindicar derechos como tales. Se podía llegar a un arreglo con el delegado del sindicato o con los supervisores, pero no a reclamar derechos.

### *La necesidad del reconocimiento*

Otro aspecto que nos parece importante recuperar, reside en la forma en que los trabajadores buscaron resolver su conflicto intergremial. El primer paso fue acudir a la CTM y

solicitar la celebración de una asamblea para remover al delegado. Lo importante no es el hecho en sí, sino la idea de que la CTM tenía la obligación de resolver el conflicto. "Yo pensaba que la CTM era un sindicato que estaba para defender los derechos de los trabajadores. Pero cuando vivimos el conflicto, y más cuando acudimos al señor Fidel Velázquez para que nos ayudara y no lo hizo, ahí se acabó la imagen de la CTM." La actitud adoptada por los obreros y una vida sindical pobre otorgaban a la central autoridad suficiente para resolver el conflicto, misma que pudo haber utilizado de reconocerlo así.

El caso de Tornel admite una doble lectura y ambas pueden ser válidas o complementarias. En un sistema político sustentado en grandes organizaciones corporativas, es indispensable *ser reconocido* en el espacio público por instituciones, autoridades y organizaciones. Por otra parte, era necesario asumir la resolución del conflicto pragmáticamente, sin principios ideológicos que marcaran una preferencia. Si no era la CTM, podía ser la CROC la que ofreciera una alternativa; en ese momento, lo que importaba era hacer cumplir el contrato ley y que el nuevo sindicato demandara la titularidad del contrato ante la empresa.

Cualquiera de las lecturas, o ambas, muestran una pauta cultural que en el proceso de politización del conflicto aparecía como la necesidad de tener el respaldo de alguna institución, autoridad, central, etcétera. Una pauta cultural forjada en la necesidad formal y simbólica del reconocimiento.

Al comenzar esta etapa, los trabajadores contaban todavía con una representación de la CTM cuya autoridad debía solucionar el conflicto. Si el sindicato pertenecía a la CTM y ellos querían remover al delegado, a la CTM no sólo competía escucharlos, sino también apoyarlos. La CTM sólo apareció como una central corrupta y comenzaron a representarla como parte del gobierno, después de negarse a reconocer otros dirigentes.

Resulta interesante observar las representaciones de la política durante esta etapa. Los trabajadores vivían exclu-

sivamente un conflicto laboral, no político. La política tenía otro espacio: los partidos, las elecciones.

Otra de las representaciones que resalta se halla en la intención de apegarse a la ley. Los obreros tenían claro que ésta los favorecía y que ganarían el recuento fácilmente. No percibieron que la ley atraviesa filtros políticos que desvirtúan su aplicación. "Entonces decidimos salirnos de la CTM y buscamos ingresar a la CROC; buscábamos un sindicato que nos recibiera, que tuviera un registro nacional dentro de la industria hulera. La CROC abrió por arte de magia un registro..."

En el caso de Tornel, pareció que la forma despótico-corporativa que asumía el sindicato y a veces el binomio sindicato-empresa se agotaba. Los trabajadores buscaron construir otra organización sindical. Debido a la pauta cultural del reconocimiento, esa nueva organización no pretendía romper del todo con una forma corporativa. Se buscaba en esa alternativa la garantía del reconocimiento público, la obtención de estatutos. La imposibilidad de registrar un sindicato independiente, "porque ya no se registraban ese tipo de sindicatos", también los llevó a buscar la afiliación a la CROC. De hecho, si el recuento se hubiera llevado a cabo y se hubiese reconocido al nuevo sindicato, éste hubiera permanecido en otra organización de corte corporativo, aunque con otros matices y singularidades, pero finalmente corporativa. En sus representaciones, los trabajadores pensaban y deseaban construir un sindicato que hiciera cumplir el contrato ley, que acabara con el despotismo del mundo fabril y que perteneciera a alguna central importante.

### *La ruptura y la unidad*

En febrero de 1990, después de los despidos masivos, los trabajadores instalaron un campamento en el jardín aledaño a la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, la plaza López Mateos, que ellos rebautizaron como "Plaza de la

Solidaridad". El nombre aludía a la solidaridad del "pueblo de México", demostrada en las calles cuando los obreros "rescindidos" salieron a "botear". El plantón lo iniciaron poco más de 680 trabajadores; lo terminaron 189, a quienes se liquidó con 60 por ciento del salario caído, cerca del 90 por ciento de su liquidación de acuerdo con la ley. Durante este periodo solicitaron audiencia con el presidente, le mandaron cartas y un video sobre su lucha. Esperaban que el presidente "les diera solución"; mas nunca obtuvieron respuesta.

Al concluir el conflicto, los trabajadores reconocieron que si bien no lograron "quitar" al sindicato de la CTM, habían "jodido" a la empresa, que se vio en la necesidad de contratar mano de obra inexperta, lo cual disminuyó su producción tanto en cantidad como en calidad. En consecuencia, los accidentes de trabajo aumentaron considerablemente. Derrotaron a un enemigo —a estas alturas la empresa era percibida como tal—, y no hubo sensación de fracaso ante el resto de los enemigos: la CTM, la Junta, el gobierno. Quienes aguantaron en el plantón conservaron hasta el final un sentimiento de orgullo por su participación en el movimiento y por asumirse como mano de obra calificada. En cambio, reivindicaron su apego a la ley y descalificaron en este terreno a los "otros".

Nosotros estamos seguros que fue uno de los mejores movimientos por nuestra organización, y las autoridades nunca han podido decir que nos ganaron. Nosotros ganamos mucho porque le dimos en la torre a la empresa. Podemos estar seguros de que están arrepentidos de haber echado para afuera a la mejor mano de obra [...] Somos los mejores trabajadores, la mejor mano de obra [...] Nosotros hicimos todos los pasos legales [...] legalmente tampoco nos derrotaron, ellos hicieron puras cochinas. En Tornel, la mayor parte de la maquinaria era de desecho de Estados Unidos [...] nosotros hacíamos andar las máquinas con puras mañas. Los mecánicos copiábamos las máquinas alemanas que traía la empresa y luego ellos se paraban el cuello. Gran parte de la producción era manual y a pesar de eso producíamos más que otras empresas



automatizadas. La empresa se deshizo de su mejor mano de obra. Empezaron a contratar puro chavo banda que no sabe trabajar.

A pesar de todas las dificultades, de la dimensión de sus enemigos, del delirio esquizofrénico cuando la ley los favorecía, de que su conflicto era "laboral" y no "político", los obreros de Tornel construyeron un *espacio de impugnación*, un *nosotros* y enfrentaron un proceso que cambió sus representaciones. El sindicato, la CTM, el gobierno, las autoridades y la empresa, después del conflicto pasaron a ser parte de una unidad. Esta representación se construyó después de que agotaron instancias, solicitudes, demandas, reclamos de intervención presidencial, de un recuento, etcétera. Al reconocer a sus enemigos rompieron los estancos de sus representaciones y, en contraparte, lograron reivindicar la unidad, la solidaridad, el colectivo, los derechos, su valor como trabajadores y seres humanos. Lograron romper la segregación y aparecer unificados en el terreno político, aunque nunca reivindicaron este espacio. Proyectaron sus vivencias del mundo fabril en ese terreno y ahí reclamaron justicia, además de cuestionar las formas en que se negó una salida a su conflicto.

Durante el movimiento se acercaron algunos partidos, pero nos opusimos porque era un movimiento laboral y no político. Los que nos íbamos a defender éramos nosotros, nuestros ideales. Después del conflicto, pienso diferente, porque ahora nos pegaron; el gobierno, el PRI, la CTM, nos pegaron [...] Con el movimiento aprendimos a valorar que aunque no tengamos estudios, valemos mucho como hombres. Yo no había estado en ningún movimiento, y me di cuenta que teníamos derechos, que luchábamos por algo justo, que nos pertenecía.

De los 186 trabajadores que terminaron el plantón, 107 se encuentran en proceso de consolidar una cooperativa. Con el dinero de sus liquidaciones, recursos de Pronasol —"si el gobierno dice que son recursos para el pueblo, los vamos a aprovechar"— y "muchas ganas", han explorado esta vía

para dotarse de una fuente de trabajo, "sin patrón ni sindicato". Ahora van a "demostrar" que son la mejor mano de obra de la industria hulera y a agradecer al "pueblo de México" su solidaridad, cuando los apoyó en sus cotidianos recorridos de "boteo" en el metro y los semáforos de la ciudad de México.

### *La experiencia electoral*

Los cuestionamientos sobre este proceso giraron en torno a problematizar el espacio electoral como uno de tantos en que podían manifestarse algunas pautas de la cultura obrera que incidieran en su inclinación a votar. Examinamos también las posibilidades de convertir este ámbito en un espacio de impugnación, o no.

De acuerdo con tal razonamiento nos planteamos las siguientes preguntas: en procesos electorales, ¿cómo se manifiesta esa cultura?, ¿de qué valores es portadora la decisión de votar?, ¿el hecho de votar y la preferencia hacia algún candidato o partido implicó en este caso particular el reconocimiento de amigos e identificación de enemigos?, ¿fue un espacio de construcción de derechos o de pautas corporativas? En suma, queríamos detectar la huella cultural en esta decisión.

Si nos atenemos a los testimonios y las entrevistas, los obreros de Tornel vivieron la experiencia de las elecciones de 1988 de una forma aislada y fragmentaria. No como una experiencia política; tampoco se identificaron o se sintieron representados por alguno de los partidos o los candidatos. No hubo un sentimiento compartido de tránsito hacia el cambio, como en otros individuos que apoyaron a Cárdenas y que venían de experiencias colectivas recientes.<sup>11</sup>

<sup>11</sup> En otro trabajo recogimos testimonios sobre las causas de la inclinación al voto de individuos de diversos movimientos sociales que apoyaron la candidatura de Cárdenas. Véase Angélica Cuéllar Vázquez (coord.), *Movimientos sociales y neocardenismo*, México, julio de 1988, en prensa.

Los obreros de Tornel no habían reflexionado sobre su situación y muchos de ellos manifestaron que entonces vivían su situación como algo "normal", y como una realidad casi imposible de mudar. De acuerdo con sus testimonios sobre el mundo fabril, cuando llegaba a manifestarse alguna inconformidad individual era castigada casi siempre con el despido. Pero si no participaron en ese proceso político como un colectivo, o hicieron de él un espacio de expansión para una experiencia semejante, cabía la posibilidad de que lo hubiesen vivido individualmente como una experiencia ciudadana.

Sin embargo, un año antes, a diferencia del movimiento, el proceso electoral no creó en ellos intuiciones de cambio ni fue un espacio para construir derechos y reivindicarlos, ni como obreros ni como ciudadanos. No concedieron al voto ningún valor, no era el ejercicio de un derecho o la vía para incidir o cambiar la forma de gobierno. No hubo una configuración de beneficio patrimonialista alrededor del voto.

Lo anterior llama la atención en un sistema político en el que el corporativismo y el patrimonialismo son parte medular de la política, del hacer político.

Al vivir el proceso de tal forma, los testimonios recogidos durante este periodo son mucho más heterogéneos, más sueltos, con algunas contradicciones, por lo que en algunos casos las entrevistas intentaron aclarar algunos puntos. Los testimonios incluso se desviaban hacia la otra experiencia, la de la unidad. Cuando se referían a las elecciones y a su "participación", lo hacían siempre en singular. El "nosotros" lo construyeron en el conflicto.

Tampoco se construyeron nociones claras que alentaran el voto. Para acercarnos a dicha vivencia, destacamos las matrices fundamentales que nos permiten reconstruir algunas representaciones que en aquel momento tuvieron los obreros sobre la política, los partidos, las elecciones, el voto y los candidatos.

A pesar de que la mayoría reconocía al gobierno y al PRI como corruptos, esta percepción no se tradujo en ningún tipo de reclamo político. Cuando mucho, algunos testimonios se refieren a un voto antiprí que expresa el repudio de

la corrupción. Una constante interesante es que todos los testimonios muestran una enorme desconfianza hacia los partidos y la percepción de que no sirven o son corruptos. El espacio político en general es visto con evidente recelo y sin ningún interés; aparece representado como algo totalmente ajeno a su vida como trabajadores, como colonos, como pobladores de algún barrio.

Aquellos obreros que ejercieron el voto no lo valoraron como un derecho, como incidencia política, como opción de gobierno. No le otorgaron ningún valor político, aunque fuera reconocido como un voto antiprí o antigobierno, o bien el voto por una figura, en el caso de Cárdenas, al que se le concedían ciertas cualidades. También destaca el poco o nulo conocimiento de los candidatos, de los partidos y de las propuestas políticas.

Yo fui militante del PRI un tiempo, pero me salí porque había mucha corrupción [...] En el 88 me fui con el partido de las mayorías, el abstencionismo. Yo no voto, en el 88 no voté. Salinas de Gortari no sé de dónde salió. Yo nunca votaba; en el 88 voté por Cárdenas porque ya era mucha la corrupción del gobierno. Siempre he sido contrario al PRI, yo votaba contra el PRI porque la verdad los salarios no alcanzan y uno siempre está más preocupado por tener dinero para comer y vestir, que no nos da tiempo para pensar en política. Yo votaba por votar y votaba por el PAN, en el 88 voté por Cárdenas porque era el primogénito de un personaje que ayudó mucho a este país con la expropiación petrolera. Votaba por cualquier partido, menos por el PRI, pero pienso que todos los partidos son igual de corruptos. Yo votaba por el PAN, pero sin conocerlo. En 88 voté por Cárdenas por los antecedentes de su padre. Votaba por el PAN pensando que era opositor al PRI. Pero sabía que ese voto no me iba a beneficiar en nada. Yo nunca había oído hablar de Salinas. De Cárdenas pienso que tuvo fuerza por el padre, que fue del PRI y fue presidente.

Estos testimonios que narran percepciones anteriores al movimiento laboral de 1989, reiteran la división del mundo obrero y del mundo político, sin puentes o canales que

los comuniquen. Como obreros, los de Tornel no se sentían representados en ese espacio. También destaca la forma en que el mundo fabril satura el tiempo dedicado al trabajo; no había tiempo para la política. Esta saturación y la idea de que era imposible dedicarse a otras actividades, como la política, fueron recurrentes.

En las narraciones de días de trabajo y horas de descanso, el cotidiano del obrero aparece saturado y reproduce la separación del mundo laboral, el fabril y el de la política. Tal segmentación, aunada al peso de las instituciones y de la forma despótico-corporativa de su experiencia fabril, impidió a los trabajadores asumirse también como ciudadanos en dicho espacio y reivindicar sus derechos.

Fue el movimiento del año posterior lo que permitió la ruptura de sus representaciones fragmentadas y el tránsito con cierta unidad hacia el terreno político.

Los obreros estamos más apegados a nuestro trabajo, buscamos los recursos para nuestra familia, no nos interesa la política. Nunca me ha llamado la atención la política. Antes [del movimiento] uno sólo pensaba en trabajar [...] pararse a las seis de la mañana, llegar al trabajo, no parar las máquinas, no tener tiempo ni para comer, después llegar a la casa, ver la tele. Los fines de semana, jugar futbol, ir a la cantina [...] nunca pensaba en política. Yo fui damnificado del terremoto [...] y no fue gracias a los partidos que tengo mi casa. Ahí me di cuenta que el gobierno y el PRI son corruptos.

Del conocimiento de los candidatos y de las propuestas políticas poco puede agregarse. Ninguno conocía el perfil de los candidatos, ni sus trayectorias ni sus propuestas. Muchos construyeron una representación de Cárdenas más apegada a la figura de su padre que a su propia trayectoria.

Podemos decir, de acuerdo con Victoria Novelo, que las elecciones y el voto no fueron en este caso un espacio de impugnación obrera para los trabajadores de Tornel. Sus mundos, que frente a una mirada superficial pueden aparecer unificados, permanecieron fragmentados.

## *Reflexión final*

Por último, intentaremos entrelazar las representaciones de los trabajadores de Tornel alrededor del mundo fabril y del sistema político, como formas de expresión de su cultura, en los dos procesos analizados: el movimiento y las elecciones.

La representación de la política, que prevaleció en las experiencias de ambos momentos, fue la de un mundo totalmente separado del acontecer social de los trabajadores. También encontramos una pauta cultural expresada en la fuerza de la representación del mundo institucional, de la autoridad: un espacio al que se podía apelar para reclamar justicia, el cumplimiento de las leyes y, algo muy importante, el reconocimiento. La figura presidencial por su parte, a la cual también se apeló, no fue cuestionada.

A pesar de reconocer que el PRI y el gobierno eran corruptos, y de algunos votos antiprí, en el proceso electoral los trabajadores no identificaron al PRI y al gobierno como enemigos. Ese voto en contra podía significar un reclamo por el bajo salario o un castigo al "que manda". Así, tal experiencia —las elecciones— no los marcó y las representaciones del mundo fabril y de la política permanecieron segmentadas, así como la huella cultural que vive con recelo y desconfianza la política.

Sólo durante el enfrentamiento el mundo fabril fue proyectado hacia afuera, hacia el terreno político. Fue el proceso de politización del movimiento lo que produjo unificar sus representaciones alrededor de figuras como CTM-Junta Federal de Conciliación y Arbitraje-gobierno-PRI.

Aunque el movimiento fue una experiencia colectiva, una experiencia política, las elecciones de 1988, como mencionamos, no se vivieron ni representaron colectiva o políticamente. Junto a la desconfianza hacia los partidos políticos, había un desconocimiento de los candidatos y sus propuestas. Las elecciones de 1988 no fueron un puente de reconocimiento entre los trabajadores en el espacio político-electoral. Esta segmentación fue la huella cultural en la decisión electoral.

Asimismo, encontramos que sus vivencias del mundo fabril, de la vida sindical, de su cotidiano saturado, favorecerían la fragmentación cotidiana. Buscar en estos espacios la explicación de comportamientos y actitudes que a veces se han calificado como apolíticas, nos parece más atinado en la medida en que nos acercamos para conocerlas y no sólo a calificarlas. En el caso del movimiento, con dificultades, con representaciones ambivalentes, los trabajadores de Tornel lograron transitar al terreno político y romper parte de esa segmentación construyendo un espacio de impugnación.

## Bibliografía

Archivo del "Movimiento de Tornel".

Cuéllar Vázquez, Angélica, "Tornel: un eslabón más de la lucha obrera en México", en *Cuadernos Síntesis de Coyuntura*, núm. 5, México, Facultad de Economía/UNAM, 1992.

——— (coord.), *Movimientos sociales y neocardenismo*, México, julio de 1988, en prensa.

De la Garza, Enrique, *Hacia una metodología de la reconstrucción*, México, UNAM/Porrúa, 1988.

——— (coord.), *Crisis y sujetos sociales*, México, CIIH-UNAM, 1992.

De Oliveira, Francisco, *O elo perdido*, São Paulo, Brasiliense, 1987.

Melgoza Valdivia, Javier, "Historia y clase obrera" en *Gaceta Universitaria*, nueva época, núm. 11, México, Universidad Autónoma de Yucatán, 1991.

Novelo, Victoria, *Propuestas para el estudio de la cultura obrera*, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 145), México, 1987.

———, "La cultura obrera, una contrapropuesta cultural", en *Nueva Antropología*, vol. VI, núm. 23, México, 1984.

Sader, Eder, *Quando novos personagens entraram em cena*, São Paulo, Paz e Terra, 1988.

Thompson, Edward, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1984.

———, *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981.

## V. La dimensión desconocida: el mundo simbólico del trabajo

*Luis Reygadas*

### *Introducción*

Las relaciones entre cultura y trabajo son, en nuestro país, una dimensión desconocida. La mayoría de los estudios sobre el trabajo en México no han tocado el tema. Los pocos que lo han hecho lo abordan de manera marginal o con herramientas teóricas y metodológicas limitadas. Me atrevo a decir que los procesos de producción, circulación y apropiación de significados en el trabajo, en torno al trabajo y desde el trabajo son todavía un continente por descubrir. Se trata de un territorio que, como dicen algunos, "es casi virgen". Al mismo tiempo, constituye una problemática cada vez más relevante y su estudio puede generar un amplio programa de investigación.

Este escrito intenta reflexionar sobre las dificultades que han obstaculizado el estudio del mundo simbólico del trabajo y, a la vez, proponer algunas vías para comenzar a tratarlo. Para ello, un excelente punto de partida es el comentario de las aportaciones de Juan Luis Sariego, uno de los escasos investigadores que han realizado estudios de caso al respecto.



## *La cultura esquiva: alcances y limitaciones de los estudios de Sariego sobre cultura obrera y procesos de trabajo*

Juan Luis Sariego fue uno de los primeros en señalar en México la importancia de examinar la cultura obrera. Es también uno de los pocos que ha abordado el tema recurriendo a material empírico, tanto para la minería como para las maquiladoras.<sup>1</sup> Destacaré algunas de sus contribuciones al análisis de las relaciones entre cultura obrera y procesos de trabajo.

En primer término, Sariego combina el concepto de cultura obrera con el de cultura del trabajo. De este modo aborda una problemática fundamental: a saber, que en cada tipo de proceso de trabajo o en cada sistema de organización del trabajo se genera una cultura obrera particular. Su categorización del minero/gambusino, cuya cultura del trabajo se basa en la defensa del principio de la autonomía profesional, o la del minero/obrero especializado que finca su cultura del trabajo en la defensa grupal de las condiciones laborales de la cuadrilla, ilustran la riqueza que puede tener este enfoque.

Por otro lado, Sariego ha resaltado la importancia de la condición productora como generadora de cultura. Los símbolos y lazos de identidad que se construyen en el trabajo desbordan este ámbito y, de un modo u otro, penetran sistemas simbólicos más amplios, como los que operan en la política y en la sociedad en su conjunto. Aunque ha

<sup>1</sup> Entre los escritos más importantes de Juan Luis Sariego sobre el tema se encuentra "La cultura minera en crisis. Aproximación a algunos elementos de la identidad de un grupo obrero", en Victoria Novelo (coord.), *Coloquio sobre cultura obrera*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 145), 1987, pp. 135-155; "Antropología y clase obrera. Reflexiones sobre el tema a partir de la experiencia de la antropología social mexicana", en *Cuicuilco*, núm. 19, México, octubre-diciembre de 1987, pp. 22-30; "Cultura obrera: pertinencia y actualidad de un concepto en debate", ponencia al simposio "El concepto de cultura en la antropología mexicana actual a través de sus adjetivaciones", México, UAM-Iztapalapa, 25 de julio de 1990; y "Cultura minera y tradición oral", en *Cultura y tradición en el noroeste de México*, México, CONAFE, 1992, pp. 128-133.

desarrollado poco este tema, la suya puede ser una contribución a los estudios culturales en México. En el intento de escapar del reductivismo productivo o tecnológico, muchos autores han sobrestimado el peso de las esferas de consumo y reproducción en la conformación de los códigos culturales, dejando de lado la actividad productiva como fuente de creación simbólica.

En tercer lugar, Sariego entiende la cultura obrera como un fenómeno histórico, como un conjunto de respuestas que cambian en diferentes situaciones. Esto nos aleja de la discusión esencialista sobre lo que "debería ser" la cultura de la clase obrera o de concebir ésta como una sustancia inmanente que organizaría los comportamientos obreros en cualquier tiempo o lugar. Por el contrario, abre la perspectiva de indagar en torno a la diversidad de las culturas obreras y de incursionar en su densidad histórica. En el prolongado periodo de estructuración de las culturas obreras, Sariego encuentra tantos procesos de formación como de crisis y redefinición. También ésta es una alternativa sugerente para estudiar la "desobrerización" de la cultura de muchos grupos de trabajadores. Desde tal punto de vista, la pregunta no es si existe o no alguna entidad metafísica llamada cultura obrera, sino qué tipo de culturas obreras se presentan en concreto, cómo se articulan, enfrentan y combinan con otras culturas o dentro de otras culturas.

Por último, Sariego muestra el carácter relacional de las culturas obreras del trabajo. Para él, las culturas obreras son siempre contraculturas, expresiones simbólicas que se forman en oposición a otras, en contrapunto con la cultura de las empresas: "... en sus diferentes expresiones, la cultura obrera tiene siempre el carácter de una alternativa o una resistencia frente al modelo de la cultura hegemónica burguesa".<sup>2</sup> En esta confrontación se forma una identidad obrera: el eje fundamental en torno al cual se puede estudiar la cultura. Criticado por reducir la cultura obrera a sus expresiones de resistencia, Sariego ha recuperado la noción de "culturas de empresa" o "culturas la-

<sup>2</sup> Véase Juan Luis Sariego, "La cultura minera en crisis...", *op. cit.*, p. 135.

borales", que alude tanto a los conflictos simbólicos entre empresarios y trabajadores como a los niveles de integración cultural que existen entre ambos sectores.<sup>3</sup>

El valor de las contribuciones de Sariego es indudable, pero se observan también importantes limitaciones. A pesar de ser antropólogo e impulsor de la discusión sobre cultura obrera, le sucede lo que a muchos estudiosos de la cuestión del trabajo: la cultura aparece como interés secundario, casi siempre subordinada a temas considerados más relevantes. Los teóricos de la cultura han relegado el análisis del mundo industrial y los estudiosos de la industria hemos relegado el tema de la cultura.<sup>4</sup>

No obstante, la cultura está en todo, es una dimensión inherente a toda práctica social; pero si no se diseña una estrategia adecuada para estudiarla, se vuelve esquiva y no aparece por ningún lado. En las obras mayores de Sariego, la cultura no ocupa un lugar relevante. Por ejemplo, en "Enclaves y minerales en el norte de México..." sólo la toca tangencialmente en relación con otros aspectos —la comunidad minera, los movimientos obreros o el proceso de trabajo. En la obra colectiva *El Estado y la minería en México* prácticamente no se aborda. En el libro más reciente que coordinó Sariego, sobre la historia del trabajo en Chihuahua, estaba considerado un capítulo sobre la cultura del trabajo; para no variar, era el último y se trató de forma breve y superficial.<sup>5</sup> En realidad, Sariego

<sup>3</sup> Esta crítica se encuentra en Enrique Valencia, "Comentarios a la ponencia de 'La cultura minera en crisis'", en Victoria Novelo (coord.), *Coloquio sobre cultura obrera*, op. cit., pp. 157-166.

<sup>4</sup> Recuerdo la ocasión en que, al momento de discutir la guía de campo de una investigación, alguien comentó que no había ningún punto relativo a la cultura. Sariego contestó que la cultura podía separarse como aspecto específico o, por el contrario, verse como algo que estaba en todo lo demás; él coincidía con esta última alternativa y, por lo tanto, se mostró partidario de no incluirla como un punto de la guía.

<sup>5</sup> Véase Juan Luis Sariego, "Enclaves y minerales en el norte de México. Historia social de los mineros de Cananea y Nueva Rosita", tesis de maestría, Universidad Iberoamericana, 1986; Juan Luis Sariego (coord.), *Historia del trabajo en Chihuahua*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, en prensa; y Juan Luis Sariego, Luis Reygadas et al., *El Estado y la minería en México. Política, trabajo y sociedad durante el siglo XX*, México, FCE, 1988.

se ha ocupado de la cuestión de la cultura sólo *a posteriori*, en ponencias a coloquios sobre el tema.

Creo que la cultura ha sido esquiva para Sariego por dos razones. Por un lado, ha dejado de lado la reflexión teórica en torno al concepto de cultura, utilizando con cierto descuido diferentes enfoques sobre lo cultural y, por otro, no ha diseñado una estrategia metodológica para emprender el estudio de las culturas obreras y del trabajo.

Veamos la definición más acabada de cultura obrera que ha propuesto Sariego:

La cultura es vista como un conjunto de respuestas históricas de este sector obrero que implican sistemas de valores, modelos de comportamiento y formas de vida y que apuntan, implícita o explícitamente, hacia una visión del mundo y de las relaciones sociales. Hablamos de respuestas porque, en sus diferentes expresiones, la cultura obrera tiene siempre el carácter de una alternativa o una resistencia frente al modelo de la cultura hegemónica burguesa. Subrayamos la dimensión histórica, porque las respuestas obreras se inscriben dentro de una experiencia histórica capaz de unificar a los sujetos que las viven. Si la cultura obrera es respuesta histórica, esto significa que se modifica, cambia y atraviesa por procesos de redefinición.<sup>6</sup>

Esta definición incluye muchos de los elementos positivos señalados más arriba, pero contiene varios inconvenientes. En primer lugar, es ambigua: no queda claro si las culturas obreras son las respuestas históricas, los modelos de comportamiento y sistemas de valores implicados en ella, las visiones del mundo hacia las que apuntan o bien todo esto mezclado. No queda claro si la cultura es una práctica, un *ethos* o una concepción del mundo. En segundo lugar, la noción de "respuesta", muy afortunada para referirse a lo cultural, sugiere un esquema mecánico en el que la cultura es mero reflejo de un estímulo producido en la realidad extracultural, quedando de lado la rica dinámica propia-

<sup>6</sup> Véase Juan Luis Sariego, "La cultura minera en crisis...", *op. cit.*, p. 135.

mente cultural. No me extenderé al respecto porque esta formulación ya ha sido criticada en otra ocasión.<sup>7</sup>

Creo que Sariego utiliza diferentes concepciones sobre la cultura sin terminar de profundizar en ninguna. En ocasiones recurre a una noción muy amplia de cultura, algo parecido al "todo complejo de conocimientos, artes, normas, leyes, costumbres, capacidades y hábitos" de la definición clásica de Tylor. Otras veces, al centrarse en el papel que desempeña la cultura dentro de los sistemas de relaciones industriales, se aproxima a un enfoque funcionalista; por ejemplo, cuando destaca la función de la cultura en la conformación de identidades, en este caso identidades obreras. También ha manejado una aproximación marxista más clásica, según la cual la cultura obrera sería el resultado de una condición social (de trabajo, de vida extrafabril y de acción obrera organizada). No obstante, la mayoría de las veces se inclina por una concepción histórica que ve a la cultura como un proceso articulador de experiencias, a la manera de E.P. Thompson.

La concepción histórica de la cultura posee una gran virtud. Evita el error estructuralista de considerar la cultura como sistemas de símbolos desligados del contexto social y ajenos a los sujetos. Sin embargo, deja de lado los instrumentos teóricos y metodológicos con los que los análisis semióticos han abordado el simbolismo. Tampoco recupera la riqueza de los enfoques interpretativos de la cultura. Me atrevo a sugerir que una concepción histórico-semiótica de la cultura podría articular muchas de las preocupaciones que subyacen en las investigaciones sobre el tema.

### *Hacia un programa de investigación de las culturas del trabajo en México*

Coincido con Sariego en que los estudios sobre cultura obrera en México se encuentran desde hace varios años

<sup>7</sup> Véase el comentario de Enrique Valencia arriba citado.

en un *impasse*. En buena medida esto se explica por la dinámica del campo académico de la antropología mexicana, donde se inició su estudio. A mediados de la década de los ochenta, comenzó a tomar fuerza el concepto de cultura obrera, fundamentalmente entre algunos antropólogos. Sin embargo, sus formulaciones recibieron fuertes críticas y miembros prominentes del campo antropológico o cercanos a él descalificaron de inmediato esta noción. Baste mencionar las críticas que al respecto hicieron Guillermo Bonfil, Enrique Valencia, Carlos Monsiváis, Ricardo Falomir y Néstor García Canclini.<sup>8</sup> Los comentarios adversos y la carencia de una teoría consistente sobre la cultura inhibieron el desarrollo posterior del concepto. A esto se sumó que en la antropología mexicana comenzaron a perder terreno los enfoques marxistas y el interés sobre las cuestiones obreras. Así, paradójicamente, en el momento en que en la antropología mexicana recobraron fuerza los temas culturales, el concepto de cultura obrera no alcanzó gran desarrollo.

Me parece que las condiciones han cambiado y hoy es posible generar un amplio programa de investigación sobre las relaciones entre significado y trabajo. Por un lado, entre los estudiosos del mundo del trabajo hay un interés creciente por las cuestiones relativas a la cultura y la subjetividad, manifiesto tanto entre antropólogos como entre investigadores provenientes de otras disciplinas. Esto quiere decir que el debate ha salido del campo académico en el que inicialmente se inhibió. Por otro lado, en México se ha profundizado la apropiación de diversos enfoques teóricos que pueden dar mejor cuenta de los fenómenos culturales. Pienso, por ejemplo, en la difusión de las ideas de Clifford Geertz, en las sociologías interpretativas, en la se-

<sup>8</sup> Las críticas de los tres primeros pueden encontrarse en sus contribuciones al *Coloquio sobre cultura obrera*, *op. cit.*; Ricardo Falomir, "La cuestión obrera en la antropología mexicana: comentarios sobre dos evaluaciones", en *Teorías e investigación en la antropología social mexicana*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 160), 1988, pp. 205-212, y Néstor García Canclini, "La crisis teórica de la investigación sobre cultura popular", en *Teorías e investigación en la antropología social mexicana*, *op. cit.*, pp. 205-212 y 67-96.

miótica de la cultura, en los estudios sobre el consumo cultural, etcétera.

No sólo lo que acontece en el campo académico hace posible el desarrollo de la investigación sobre cultura y trabajo. Creo que también son determinantes las transformaciones en el campo industrial. Los procesos de globalización en curso provocan la interacción entre diversas culturas del trabajo con una intensidad nunca antes vista. En muchos casos, la implantación de los nuevos sistemas de organización del trabajo pasa por el manejo de los conflictos interculturales. No es casual que las filosofías empresariales en boga pongan el acento en la "creación de una nueva cultura del trabajo". Asistimos a la puesta en marcha de intentos de remodelación de las culturas laborales con el fin de adecuarlas a los requerimientos de las culturas corporativas. En un libro reciente, Gideon Kunda bautizó estos intentos como "ingeniería cultural" para aludir a las estrategias planificadas de creación y difusión de la nueva cultura industrial.<sup>9</sup> La dimensión simbólica siempre ha estado presente en la configuración de las relaciones laborales, pero hoy se le asigna, de manera explícita, un lugar central.

En este contexto de emergencia de enfoques teóricos diversos y de centralidad de lo cultural en los procesos de trabajo, es necesario buscar vías para el estudio del mundo simbólico laboral. A las ya planteadas por Sariego, quisiera añadir algunas.

La relación entre cultura y trabajo debe verse en ambas direcciones. Esto quiere decir, por una parte, que es necesario considerar cómo se generan en el trabajo significados que contribuyen a la estructuración de la cultura de una sociedad. Por la otra, debe atenderse a la incidencia de la dimensión simbólica sobre los procesos de trabajo. Esto implica analizar las culturas obreras sobre el trabajo, pero no sólo eso. Hay sistemas simbólicos que los obreros comparten con categorías laborales y grupos sociales diversos. En otro lugar, propuse que el concepto de *cultura obrera* de-

<sup>9</sup> Véase Gideon Kunda, *Engineering Culture. Control and Commitment in a High Tech Corporation*, Filadelfia, Temple University Press, 1992.

bería complementarse con el de *cultura del trabajo* para dar cuenta de esta compleja intersección entre lo cultural y lo laboral.<sup>10</sup> Al producir significados en torno a su actividad fabril, los trabajadores no sólo están utilizando algún tipo de cultura obrera, sino un capital simbólico más amplio que se ha venido construyendo en diferentes momentos de sus trayectorias laborales, en las comunidades en donde han vivido, en sus grupos domésticos, en las tradiciones populares y en el conjunto del universo simbólico de la sociedad.

Merecen especial atención las relaciones entre lenguaje y trabajo. Es a través de múltiples actos de habla que se construyen, negocian y disputan significados en torno al trabajo. Además, muchos de los nuevos tipos de trabajo industrial y de servicios consisten en el ejercicio de la palabra y la manipulación de símbolos, más que en una relación directa entre el trabajador y la materia prima. En muchos casos, la materia de trabajo y el medio de trabajo están formados por códigos simbólicos. Diferentes estrategias de análisis del discurso pueden ser útiles para el estudio de esta amalgama entre lenguaje y trabajo —entre otros, el análisis argumentativo, el análisis de la conversación, el análisis sintáctico y el análisis semiótico.<sup>11</sup>

En muchas empresas contemporáneas se pueden presenciar verdaderos montajes teatrales para la constitución de una cultura del trabajo. Se escenifica la filosofía de una empresa mediante cursos de capacitación, reuniones, fiestas, convivios, concursos y mil y una dramatización más en la vida cotidiana. En esta línea, resulta interesante intentar aplicar la metodología del modelo dramático de la acción de Goffman o seguir las pistas de la indagación

<sup>10</sup> Véase Luis Reygadas, "Cultura y trabajo en las maquiladoras de la frontera México-Estados Unidos", ponencia al Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, México, 23-26 de noviembre de 1993.

<sup>11</sup> Al respecto, además de las obras de Stedman Jones, resaltan los estudios de un grupo de investigación formado en Francia con la finalidad específica de indagar sobre las articulaciones entre lenguaje y trabajo, grupo en el que participan, entre otros, Jacques Girin, Bernard Conein, Dominique Boullier, Annie Borzeix y Denis Guigo. Véase CNRS, *Info dossiers. Langage et travail. Réseau pluridisciplinaire*, s.p.i., 15 de octubre de 1990, y Annie Borzeix, "Point de vue sur la sociologie du travail en France", ponencia al Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, México, 23-26 de noviembre de 1993.



de Clifford Geertz sobre la teatralización del poder. La puesta en escena de las relaciones laborales no sólo expresa los valores y la concepción del mundo de una empresa, sino que también contribuye a su constitución.<sup>12</sup>

Muy ligada a este último aspecto se encuentra la posibilidad de explorar el papel de los rituales en la vida industrial. En una ocasión, Sariego hizo una breve alusión a los rituales de iniciación entre los mineros, cuando enfrentan a los nuevos trabajadores a los peligros de la mina durante su primer día de labores. Pero hay muchos otros rituales en la industria moderna: de presentación, de paso, de conformación de identidades, de expurgación del enemigo, de preparación de revueltas, de extirpación de conflictos, etcétera. La recuperación de la vastísima tradición antropológica que se ha ocupado de investigar el tema, puede aportar nuevas pistas para el estudio de las culturas obreras y del trabajo.<sup>13</sup>

Con la globalización, un ámbito por demás interesante es el de la investigación de los choques e hibridaciones entre diferentes culturas nacionales del trabajo. Lo mismo puede decirse del análisis de la confluencia de distintos grupos étnicos en el espacio laboral. El peso del paradigma clasista durante mucho tiempo ocultó el accionar de la pluralidad étnica y nacional en la dinámica de los procesos de trabajo. Aquí hay que anotar que las fronteras entre culturas nacionales cada vez son más porosas. Es difícil identificar culturas nacionales del trabajo en estado puro; parece más fructífero tratar de caracterizar las mixturas que se han venido estructurando al entrelazarse culturas laborales japonesas, norteamericanas, europeas, latinoamericanas e indígenas. También está abierta la interrogante acerca de la emergencia de una cultura del trabajo globalizada, tanto

<sup>12</sup> Véanse E. Goffman, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu; Clifford Geertz, *Negara. The Theatre State in Nineteenth-Century Bali*, Princeton University Press, 1980.

<sup>13</sup> La mención de los ritos iniciáticos de los mineros mexicanos se encuentran en Juan Luis Sariego, "Culturas mineras y tradición...", *op. cit.* Desde un punto de vista empresarial se puede encontrar un análisis de los rituales en Terrence E. Deal y Allen Kennedy, *Corporate Cultures. The Rites and Rituals of Corporate Life*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1991.

entre los niveles gerenciales como entre los obreros. En tal materia está casi todo por hacerse.

Sariego nos invita a rescatar el papel generador de cultura propio de la actividad productiva. ¿Qué repercusiones tienen las filosofías de la calidad total sobre otras esferas de la realidad social? En el caso del estado de Chihuahua, me parece advertir que la cultura de las maquiladoras ha comenzado a permear el sistema educativo, la vida cotidiana y, en fechas recientes, hasta los programas del gobierno panista de Francisco Barrio. ¿En qué medida y de qué modo la flexibilidad laboral se encuentra relacionada con la cultura posmoderna? La pregunta estará en el aire mientras no logremos realizar investigaciones más específicas al respecto.

No se puede dejar de lado la dimensión utópica de las culturas del trabajo. Los sistemas de trabajo posfordistas se acompañan de una utopía industrial y de una utopía social, las que bosquejan un mundo sin conflictos a partir de la innovación constante, la democracia industrial, el enriquecimiento del trabajo y el triunfo de la excelencia y la calidad en todas las esferas de la vida. A su vez, los trabajadores reinterpretan estos sistemas con base en utopías de índole más comunitaria. El re juego entre diferentes utopías laborales actúa sobre la configuración de los procesos de trabajo, constituye una parte importante de esa realidad, a la vez que abre el camino para pensar alternativas posibles en el mundo del trabajo. Una veta interesante es la caracterización de estos universos utópicos, la reseña de sus interpretaciones y oposiciones, la contrastación entre su discurso y su práctica.

Una línea de análisis que ya se ha trabajado en México es la del estudio de las culturas organizacionales. Hay que ubicar el papel de la cultura obrera en el contexto de las culturas de empresa o culturas corporativas. No obstante, en muchos casos se sobrestiman los aspectos explícitos de las culturas organizacionales. Me parece que cabe prestar la atención adecuada a la dimensión inconsciente de las culturas organizacionales.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Véase Michael Diamond, *The Unconscious Life of Organizations. Interpreting Organizational Identity*, Westport, Conn., Quorum Books, 1993.

Con frecuencia solemos identificar cultura e ideología. Al estudiar la cultura, sobrevaloramos la parte ideológica de la misma, es decir, los procesos simbólicos articulados con las relaciones de poder, con la dominación y la resistencia. Creo que es necesario abrirse a otros ángulos de la cultura del trabajo. Por ejemplo, a la dimensión lúdica, a los aspectos emotivos, a la creatividad y la innovación laboral, a la relación entre el hombre y la naturaleza, a la dimensión estética del trabajo. Me resulta difícil sugerir cómo abordar semejante temática. Hemos hecho sociologías y antropologías del trabajo sobrepolitizadas, y sólo con muchos esfuerzos podremos salir de las ratoneras en las que nos encerramos.

## Bibliografía

- Borzeix, Annie, "Point de vue sur la sociologie du travail en France", ponencia al Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, México, 23-26 de noviembre de 1993.
- CNRS, *Info dossiers. Langage et travail. Réseau pluridisciplinaire*, s.p.i., 15 de octubre de 1990.
- Deal, Terrence E. y Allen Kennedy, *Corporate Cultures. The Rites and Rituals of Corporate Life*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1991.
- Diamond, Michael, *The Unconscious Life of Organizations. Interpreting Organizational Identity*, Westport, Conn., Quorum Books, 1993.
- Falomir, Ricardo, "La cuestión obrera en la antropología mexicana: comentarios sobre dos evaluaciones", en *Teorías e investigación en la antropología social mexicana*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 160), 1988, pp. 205-212.
- García Canclini, Néstor, "La crisis teórica de la investigación sobre cultura popular", en *Teorías e investigación en la antropología social mexicana*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 160), 1988, pp. 67-96.
- Geertz, Clifford, *Negara. The Theatre State in Nineteenth-Century Bali*, Princeton, Princeton University Press, 1980.
- Goffman, E., *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu, s.f.
- Kunda, Gideon, *Engineering Culture. Control and Commitment in a High Tech Corporation*, Filadelfia, Temple University Press, 1992.

- Reygadas, Luis, "Cultura y trabajo en las maquiladoras de la frontera México-Estados Unidos", ponencia al Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, México, 23-26 de noviembre de 1993.
- Sariego, Juan Luis, "Antropología y clase obrera. Reflexiones sobre el tema a partir de la experiencia de la antropología social mexicana", en *Cuicuilco*, núm. 19, México, octubre-diciembre de 1987, pp. 22-30.
- , "Cultura minera y tradición oral", en *cultura y tradición en el noroeste de México*, México, CONAFE, 1992, pp. 128-133.
- , "Cultura obrera: pertinencia y actualidad de un concepto en debate", ponencia al simposio El Concepto de Cultura en la Antropología Mexicana Actual a través de sus Adjetivaciones, México, UAM-Iztapalapa, 25 de julio de 1990.
- , "La cultura minera en crisis. Aproximación a algunos elementos de la identidad de un grupo obrero", en Victoria Novelo (coord.), *Coloquio sobre cultura obrera*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 145), 1987.
- , "Enclaves y minerales en el norte de México. Historia social de los mineros de Cananea y Nueva Rosita", tesis de maestría, Universidad Iberoamericana, 1986.
- (coord.), *Historia del trabajo en Chihuahua*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, en prensa.
- Sariego, Juan Luis, Luis Reygadas *et al.*, *El Estado y la minería en México. Política, trabajo y sociedad durante el siglo XX*, México, FCE, 1988.
- Valencia, Enrique, "Comentarios a la ponencia de 'La cultura minera en crisis'", en Victoria Novelo (coord.), *Coloquio sobre cultura obrera*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 145), 1987, pp. 157-166.



## VI. Conceptos de trabajo, mercados de trabajo y "proyectos biográfico-laborales"\*

*Ludger Pries*

### *Introducción*

El tema de la cultura obrera es muy complejo, y aquí trataremos nada más un aspecto. No sólo por la especificidad de la invitación (cultura obrera y mercado de trabajo), sino también por nuestro punto de vista particular respecto a la importancia relativa de algunos subtemas de este gran tópico de la cultura obrera. A grandes rasgos, podemos afirmar que tanto en México como en otros países, el estudio de la cultura obrera a menudo está relacionado con una preocupación por el cambio y la estabilidad social. En el México de los años sesenta y setenta, la justificación del estudio de la cultura obrera tenía su base principal en el hecho de que la clase obrera y el movimiento obrero-sindical aparecieran como un importante sujeto de cambio social, como uno de los movimientos sociales más importantes. A mediados de los años noventa, la situación es más difícil: el terremoto de 1985, los movimientos electorales de 1988 y el alzamiento de los campesinos indígenas en Chiapas durante 1994 generaron nuevos movimientos sociales que impactaron significativamente los conflictos y discursos públicos. Resulta que, en cierta forma, se relativizó el peso

\* Agradezco los comentarios y críticas de María Eugenia de la O M., Javier Melgoza, Yolanda Montiel, José Refugio Muñoz y Sara Lara; por supuesto, los errores se cargan exclusivamente a la cuenta del autor.

de la clase obrera como sujeto social y, en consecuencia, el significado del estudio de la cultura obrera.

Cabe destacar que el tema y la teoría de la cultura obrera tienen sus orígenes históricos en los países ahora altamente industrializados. En países como Alemania o Inglaterra, por ejemplo, la cultura obrera se “descompuso” cada vez más por las nuevas dimensiones de la desigualdad social y por el impacto de los nuevos movimientos sociales.<sup>1</sup> Pero, a diferencia de la situación en México, esta “disolución” ocurrió en un periodo de dos a tres generaciones, durante el cual la cultura obrera sí forjó la sociedad en su conjunto. Hace más de cien años, en muchos países europeos se desarrolló una “cultura obrera” en el contexto del movimiento obrero-sindical, en contra del Estado y el capital. Esta cultura obrera se desarrolló explícitamente en oposición y separación de la “cultura burguesa” dominante. Visto desde ahora, podemos afirmar que es una “ironía de la historia” que esa misma cultura obrera y el movimiento obrero-sindical, jugaran un papel crucial en el proceso de modernización social, para lograr estabilidad, un moderado nivel de justicia, así como —y esto será tema de otro estudio— la productividad y competitividad de las economías capitalistas europeas. A muy grandes rasgos, podemos decir que la lucha de clases modernizó y estabilizó la sociedad capitalista.

Ahora bien, en un país como México, cuya modernidad se origina en la primera revolución social de este siglo y de cuya conducción se ha encargado un Estado que —llámese autoritario o paternalista— fungió mucho más como protector y hasta promotor de una cultura obrera y un sindicalismo, la cultura obrera no ha tenido un impacto y una dilución en ningún ámbito social, como ocurrió en muchos países europeos ahora industrializados. Podemos explicar esta aparente paradoja con la dinámica del desarrollo económico-industrial, con factores históricos como las corrientes político-ideológicas dentro de la clase obrera

<sup>1</sup> Véase Ulrich Beck, *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*, Frankfurt, Suhrkamp, 1986.

(por ejemplo, el fuerte ingrediente del anarcosindicalismo), con el carácter populista del Estado y las características de la estructura social del país, sobre todo la notable heterogeneidad de clases sociales y culturas en lo general, y dentro de la clase y el movimiento obrero en lo particular.

No nos proponemos aquí discutir más a fondo estos supuestos sobre el peso real de la cultura obrera en diferentes países. Más bien, los mencionamos para hacer explícitos los puntos de salida que nos permiten delimitar y precisar nuestro objeto. Partimos entonces de relativizar dos grandes temas de la cultura obrera. Primero, debe considerarse el peso relativo de la comparación con otros países, sobre todo los países europeos altamente industrializados. Segundo, hay que ubicar la cultura obrera en relación con la importancia actual de otras realidades sociales (estructuras, clases, culturas). Ambas advertencias nos parecen importantes para contextualizar la cuestión que nos planteamos aquí: la relación entre los "conceptos de trabajo" y los "mercados de trabajo".

Del concepto más amplio y más ambicioso de "cultura obrera" sólo trataremos un aspecto que nos parece de gran importancia: los conceptos de trabajo y empleo que orientan las percepciones y acciones de los trabajadores. Estos conceptos no son estáticos, sino que se producen, desarrollan y cambian en el transcurso de la vida y a partir de las experiencias y la movilidad laboral correspondientes. En el siguiente apartado proponemos el concepto de "proyectos biográfico-laborales" como un marco analítico que integra estos aspectos de las orientaciones en el trabajo con la movilidad en el empleo, respectivamente, de los "conceptos de trabajo" con los "mercados de trabajo". Con base en lo anterior, en el tercer apartado perfilamos el diseño y algunos resultados de un proyecto de investigación que sustenta los "proyectos biográfico-laborales" concretos de tres trabajadores, los cuales presentamos en los apartados cuarto, quinto y sexto; antes de discutir, finalmente, el valor explicativo e interpretativo del marco conceptual propuesto.



*“Cultura obrera”, “conceptos de trabajo”,  
“mercados de trabajo” y el concepto  
de “proyectos biográfico-laborales”*

En un primer acercamiento y en términos muy generales, podemos definir la *cultura* como un conjunto de prácticas de acción y configuraciones de comportamientos que han sido plasmados y transferidos simbólicamente de una generación a otra. Con este concepto de cultura superamos la mera noción de valores, creencias, etcétera y, al mismo tiempo, no sólo tomamos la cultura como un fenómeno dado, sino como una visión dinámica que implica la producción y reproducción de la misma en el transcurso de las vidas individuales y de generaciones. La cultura posee cierta estabilidad que va más allá de los ciclos de vida individuales; asimismo, es algo que se produce cotidianamente y que se reactualiza en la interpretación y percepción de la realidad y en la acción y el comportamiento correspondientes.

A partir de esta definición preliminar, la tarea consiste en delimitar el concepto de cultura obrera. Empezamos por esbozar a muy grandes rasgos algunos elementos de la *cultura obrera* tal y como se ha desarrollado durante cerca de un siglo en un país europeo como Alemania. Esta referencia nos parece legítima y hasta necesaria, porque el tema de la cultura obrera y las formas de abordarlo se forjaron en países industrializados como Inglaterra y Alemania.<sup>2</sup> Por lo tanto, con este recurso tenemos un punto de referencia, en cierta forma “ideal-típico”, que nos permite reflexionar sobre el contexto social de un país como México.

Desde la segunda mitad del siglo pasado, en Alemania se desarrolló lo que llamamos cultura obrera, con al menos las siguientes características:

- a) condiciones y experiencias compartidas de trabajo asalariado en las nuevas industrias (en Alemania sobre

<sup>2</sup> En este volumen, Enrique de la Garza, María Eugenia de la O y Javier Melgoza presentan un examen exhaustivo de las aportaciones teóricas y empíricas al tema de la cultura obrera que, desde nuestro punto de vista, afirma este procedimiento.

- todo industrias pesadas —minera, siderúrgica— y otras como la textil, la química o la de máquinas-herramientas y bienes de equipo);
- b) una convivencia cada vez más estrecha de los trabajadores, no sólo en el ámbito laboral, sino también durante el ocio y en el barrio;
  - c) un movimiento sindical independiente del Estado y del capital cuyas diversas corrientes (social, demócrata y cristiana) abarcaban no sólo los temas económicos y directamente relacionados con las condiciones de trabajo y empleo, sino además una amplia gama de campos, desde la política social y de vivienda hasta la política nacional y de paz;
  - d) finalmente, una pila fundamental es sin lugar a duda la figura del obrero calificado-profesional (*Facharbeiter*), cuyas raíces históricas se remontan a los gremios medievales y que se concretó y formalizó con el sistema dual de formación profesional-técnica que los empresarios, sindicatos y el Estado empezaron a desarrollar en Alemania a principios de este siglo.

En suma, como núcleo de los portadores y actores de la cultura obrera, tenemos obreros de la industria orgullosos de su trabajo, con una ética oficial-gremial y una autoestima vigorosa frente a los empresarios, así como una preocupación y responsabilidad por la producción en un “consenso manufacturero”. Para estos obreros lo más natural y seguro fue pensar que durante toda su vida iban a ser obreros, trabajadores asalariados. La vida cotidiana en la fábrica, el barrio y el ocio se fundieron en esta cultura obrera que contaba con “asociaciones de consumo”, con equipos de deporte obrero, con círculos de formación obrera, con una arquitectura de viviendas para obreros y una vinculación muy estrecha entre los sindicatos y el partido socialdemócrata.

Aunque es cierto que este “conjunto de prácticas y configuraciones de comportamientos” no se vivió en todas las regiones ni en todos los estratos sociales de Alemania —hasta la segunda posguerra casi una tercera parte de la población económicamente activa todavía trabajaba en el

campo—,<sup>3</sup> podemos afirmar que esta cultura obrera impuso su sello a toda la sociedad alemana. A partir de los años setenta del siglo pasado, la llamada “cuestión social”, es decir, la cuestión obrera, ocupaba un lugar importante en la opinión pública y en los discursos y luchas políticas. Quizá hasta los años sesenta de nuestro siglo el conflicto entre capital-trabajo y la cultura obrera (cada vez más una “cultura trabajadora”) estructuraron decisivamente tanto la autopercepción de la sociedad como los conflictos sociales. Podemos resumir que la “cultura obrera ideal-típica”, tal y como surgió empíricamente y como se abordó científicamente en los países industrializados, a) en términos conceptuales se refiere a trabajadores manuales, asalariados y del sector secundario; b) en términos materiales, para poder “cuajar”, implica una considerable estabilidad en esta situación laboral individual y generacional, y c) respecto a su papel histórico, durante casi un siglo moldeó fuertemente la estructura y los conflictos sociales de estos países en su conjunto.

En comparación con la experiencia de un país europeo: ¿cuál es el contexto social y cuál el papel de la cultura obrera en México? A partir de un acercamiento cuantitativo, hay que afirmar que el estrato de obreros industriales, y en consecuencia la cultura obrera en el sentido “ideal-típico” mencionado, nunca sobrepasaron el nivel de “enclaves sociales” en una sociedad que fue y sigue siendo muy heterogénea. Primero se caracterizó como una sociedad agrícola y, antes de ser una sociedad industrial, se volvió una “sociedad terciaria”, si bien esta última se distingue en mucho de la “sociedad de servicios” que tenían en mente autores como Jean Fourastier o Daniel Bell.<sup>4</sup>

La mexicana no es una sociedad primordialmente de asalariados y empleados, sino una en la que los diferentes tipos de trabajadores definen su gran heterogeneidad: obreros asalariados en general, obreros asalariados de plan-

<sup>3</sup> Véase Burkart Lutz, *Der kurze Traum immerwährender Prosperität*, Frankfurt-Nueva York, Campus, 1984, p. 219.

<sup>4</sup> Véase Jean Fourastier, *Die große Hoffnung des 20 Jahrhunderts*, Colonia, Bund Verlag, 1969; Daniel Bell, *Die nachindustrielle Gesellschaft*, Frankfurt, 1975.

ta, obreros asalariados eventuales, empleados en general, empleados de confianza, trabajadores por cuenta propia, microempresarios con empleados familiares, artesanos, campesinos, ejidatarios, cooperativistas, etcétera. Mientras que en el promedio de los países de la OCDE, un 43 por ciento de la población se cuenta como económicamente activa, en México la cifra sólo alcanza un 29 por ciento.<sup>5</sup> De esta tasa de participación, de por sí muy reducida, apenas la mitad (54 por ciento o 13 millones) tiene un empleo formalizado en el sentido de contar con un seguro social, y más o menos una cuarta parte de la población económicamente activa en México trabaja en el sector secundario. En comparación, durante el mismo periodo, a principios de los años noventa, en Alemania casi la mitad de la población seguía trabajando en el sector secundario.<sup>6</sup>

Según el censo mexicano de población de 1990, en el sector terciario trabajaron unos 6.5 millones de hombres y mujeres; como "artesanos y obreros" se contaron 3.7 millones, y aun agregando las ocupaciones de "operadores de maquinaria fija", "ayudantes y similares" y "operadores de transporte", la cifra apenas sobrepasa los siete millones, menos de una tercera parte de la población ocupada en 1990. Respecto al tipo de empleo hay que apuntar que una parte considerable de quienes trabajan en el sector secundario —incluso de los trabajadores y obreros industriales— son trabajadores por cuenta propia; su participación varía según las estimaciones entre una cuar-

<sup>5</sup> Para México, el Censo Poblacional de 1990 sólo registró 24.1 millones de habitantes (de una población total de 81.3 millones) como económicamente activos, mientras que en un país como Alemania este porcentaje llega a 48 por ciento. Esto no sólo se debe a una pirámide de edad diferente: en México, la PEA representa 43 por ciento del total de la población con doce años y más, mientras que en Alemania 56 por ciento de todas las personas con quince años y más son económicamente activas —a pesar de toda la tendencia hacia el envejecimiento de la población y una tasa muy alta de jubilados (que representan más de una quinta parte de la población mayor de catorce años).

<sup>6</sup> Cabe advertir que en el conjunto de los países de la OCDE, Alemania es un caso muy extremo respecto al fuerte peso del sector secundario. Véase por ejemplo, Timo Toivonen, "The New Rise of Self-Employment and Industrial Structure", en Stuart R. Clegg (ed.), *Organization Theory and Class Analysis. New Approaches and New Issues*, Berlín-Nueva York, De Gruyter, 1990, pp. 315-341.

ta y una tercera parte.<sup>7</sup> En contraste, en Alemania 90 por ciento de la población económicamente activa es asalariada; de ésta, al menos 80 por ciento cuenta con una "relación de empleo normal", es decir, un trabajo asalariado de tiempo completo, con seguro social, seguro de desempleo y de jubilación. Casi la mitad de todos los trabajadores asalariados en Alemania aún trabajaba en el sector obrero en 1990.

Estas cifras pueden ayudarnos a ubicar nuestro tema, la cultura obrera, y comprueban que los obreros industriales asalariados en un país como México son minoría en una "sociedad terciaria", en extremo heterogénea y con una trayectoria de cambio social cualitativamente diferente a la de los países altamente industrializados.

El tipo y grado de industrialización, el nivel de regularización del trabajo y de salarización del empleo, junto con la heterogeneidad de las condiciones de trabajo y empleo, difieren cualitativamente entre países como México y Alemania. Bajo estas condiciones, para ubicar el tema de la cultura obrera en México, cabe tomar en cuenta algunos factores que nos parecen decisivos:<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Perfil sociodemográfico de los Estados Unidos Mexicanos*, Aguascalientes, INEGI, 1992; Brígida García, "La ocupación en México en los años ochenta: hechos y datos", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 55, México, 1993.

<sup>8</sup> No es tarea de este ensayo presentar una revisión profunda de los estudios realizados en México; afirmamos que las hipótesis aquí apuntadas pueden sostenerse en trabajos como los de Elena Azaola, *La clase obrera como sujeto de estudio en México (1940-1980)*, México, CIESAS, 1984; Ilán Bizberg, *La acción obrera en Las Truchas*, México, El Colegio de México, 1982; del mismo autor, *La clase obrera mexicana*, México, SEP, 1985; De la Peña y Escobar, *Cambio regional, mercado de trabajo y vida obrera en Jalisco*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, 1986; De la Peña et al., *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/CIESAS, 1990; Victoria Novelo y Augusto Urteaga, *La industria en los magueyales. Trabajo y sindicatos en ciudad Sahagún*, México, Nueva Imagen, 1979; Victoria Novelo, *Monografías obreras*, México, CIESAS, 1987; Verena Radkau, "La fama" y la vida. *Una fábrica y sus obreras*, México, CIESAS, 1984; Polo Sorroza, *El pensamiento obrero de lo social y lo sindical*, México, FLACSO, 1985; Luis Vázquez, "Cultura obrera en crisis: el caso de los cordeleros de Yucatán", en *Estudios Sociológicos*, vol. XI, México, 1993, y Katie Willis, "Women's and Social Network Use in Oaxaca City, México", en *Bulletin of Latin America Research*, vol. 12, 1993.

- a) Sólo una minoría muy reducida de los trabajadores en México cuenta con la continuidad de varias generaciones de obreros industriales. Éstos se concentran en grandes empresas y conglomerados paraestatales (ferrocarriles, siderurgia, teléfonos, electricidad) que en la actualidad se hallan en un proceso de privatización y descomposición social y cultural.
- b) Para la mayoría de los trabajadores mexicanos, el trabajo asalariado es una fase en su ciclo laboral y de vida. Tanto por razones estructurales (limitación de posibilidades) como por factores culturales (de las orientaciones y concepto de trabajo y empleo), un trabajo asalariado más o menos estable y en la industria, representa una entre varias fases de la trayectoria laboral.
- c) Lo que en los países europeos fue *the making of the working class*, que autores como Eric Hobsbawm y Edward P. Thompson describieron en gran detalle,<sup>9</sup> es decir, la (muchas veces forzada y dolorosa) adaptación de los trabajadores rurales a la disciplina fabril, a la puntualidad y los ritmos de trabajo, a la subordinación ante los supervisores, a la cooperación en grupos de obreros y, en todo este contexto, el surgimiento de una cultura obrera, en México no se dio en tal envergadura. Las orientaciones hacia el trabajo son primordialmente individualistas, medio anarquistas y más estructuradas por la lógica de redes sociales familiares que por la de una cultura obrera.
- d) La autonomía en el trabajo —el “poder trabajar al aire libre”, el “ser su propio dueño”, el “no tener a alguien que manda”, etcétera—, en México sigue siendo un sueño muy vigente, quizá más fácil de realizar o, a veces, la única alternativa.

<sup>9</sup> Véase Eric Hobsbawm, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1979; Edward Thompson, *Die Entstehung der englischen Arbeiterklasse*, tt. I y II, Frankfurt, Suhrkamp, 1987.

Estas nociones sobre el contexto histórico, económico y social no disminuyen la importancia del estudio de la cultura obrera en México; más bien, nos permiten ubicar y centrar el tema concreto que nos propusimos. Justamente porque el concepto de cultura es muy complejo, por las dudas respecto a la importancia de la "cultura obrera ideal-típica" para México, y por la falta de otro concepto de "cultura obrera" más convincente, preferimos hablar, en términos más generales, de la "cultura laboral": en el sentido de un "conjunto de prácticas de acción y configuraciones de comportamientos que han sido plasmados y transferidos simbólicamente de una generación a otra". Ésta no sólo se aplica a obreros industriales, sino que como término más descriptivo, se puede referir a cualquier tipo de trabajo, al margen del sector de actividad o del tipo de empleo. Por otra parte, de esta "cultura laboral" sólo trataremos un aspecto limitado: los *conceptos de trabajo*, es decir, las orientaciones, planes y criterios que estructuran y se plasman en la acción y el comportamiento frente al trabajo y empleo.

Para retomar una idea ya planteada en el contexto del concepto de cultura general, nos parece importante afirmar que estos "conceptos de trabajo" no son estáticos, ni "caen del cielo", ni son "transferidos" mecánicamente de una generación a otra; en cambio, son resultado de la interacción dinámica de los hombres en su entorno social, sobre todo en su vida cotidiana de trabajo. Otra conclusión importante es que, dada la inestabilidad y heterogeneidad del mundo del trabajo y si se parte de un concepto dinámico, no podemos abarcar el tema con un "corte de tiempo transversal": durante su ciclo de vida, una gran parte de los trabajadores mexicanos viven situaciones de trabajo y empleo muy diferentes, lo cual tiene que ver directamente con su "cultura laboral". Es aquí donde ubicamos el vínculo entre "conceptos de trabajo" y "mercados de trabajo", y desarrollamos nuestra propuesta conceptual de "proyectos biográfico-laborales".

El mismo concepto de cultura como "conjunto de prácticas y configuración de comportamientos que han sido plasmados en símbolos traspasados entre generaciones",

implica una dimensión temporal, un traspaso de experiencias, conceptos y prácticas de una generación a otra. Partimos del supuesto de que el análisis de conceptos de trabajo y empleo no sólo implica el traspaso *intergeneracional* de experiencias, prácticas, conceptos y enfoques, sino también el “apilamiento de experiencias”, es decir, la sedimentación y superposición de experiencias *intrageneracionales* en el transcurso de las vidas individuales.<sup>10</sup> Esto, en nuestra opinión, es el punto clave y de partida para poder *integrar trayectorias laborales* (como un elemento central de lo que normalmente llamamos mercados de trabajo) y *conceptos de trabajo*. Si entendemos la trayectoria laboral como la “secuencia de personas por posiciones laborales”, y los conceptos de trabajo como las “pautas y filtros de percepción, interpretación y orientación en el mundo del trabajo”, partimos de la idea de que hay una interrelación entre trayectorias y conceptos: sería una visión materialista-mecanicista suponer que los conceptos de trabajo reflejan unilateralmente las trayectorias laborales; por otra parte, un enfoque idealista pensaría que los conceptos de trabajo no tienen relación alguna con las trayectorias laborales.

Suponemos que las trayectorias laborales, como parte “objetiva” y directamente medible, sí deja su impronta en los conceptos de trabajo; a su vez, al mismo tiempo, los conceptos de trabajo también se plasman en las trayectorias laborales. Por supuesto, esto implica que dentro de las limitaciones de acción siempre hay un espacio de libertad de decisión y acción para los actores sociales. Si nos acercamos a los conceptos de trabajo y empleo de esta forma —como “apilamiento de experiencias”—, conseguimos una visión mucho más dinámica de los conceptos de trabajo y cultura del trabajo, que desde enfoques tradicionales —por ejemplo, los de “cultura cotidiana”, “pautas de interpretación”, “investigación de actitudes” o el “enfoque sociobiográfico”. También nos alejamos de tesis muy ge-

<sup>10</sup> Véase el trabajo de Karl Mannheim, *Ensayos sobre sociología y psicología social*, México, FCE, 1963.



nerales, como la del "instrumentalismo",<sup>11</sup> o la de "la nueva clase trabajadora",<sup>12</sup> las cuales apenas aluden a la *producción* de conceptos de trabajo y cultura laboral en la biografía de los individuos mismos.

En síntesis, por "proyecto biográfico" entendemos las *ideas y nociones de normalidad de la secuencia temporal y material de las diferentes fases de vida* (por ejemplo: niñez en la familia de origen, formación, trabajo, fundación de la familia, obtención de casa propia, jubilación, etcétera) y *las prácticas y los planes de vida correspondientes de los actores*. El "proyecto biográfico", por lo tanto, es una proyección hacia el futuro de lo que, para el individuo como actor, equivale a lo "normal", lo deseable, lo alcanzable y realizable, y al mismo tiempo, al producto de las experiencias de vida anteriores. Usamos el concepto "proyecto" para afirmar lo emergente y abierto de las orientaciones, ideas, prácticas y planes de los actores, tanto en su pasado como en su presente y futuro.<sup>13</sup> El enfoque "proyecto biográfico" intenta, de esta manera, integrar cosas muy diferentes en dos dimensiones: en el *eje de tiempo* combina lo pasado, presente y futuro, y en el *eje de la relación actor-sociedad* integra la estructura social histórica, tal y como la percibe e interpreta el actor, como bases y limitaciones de sus planes y acciones individuales.

Más en concreto, como "proyecto biográfico-laboral" podemos definir todas las ideas y nociones de "normalidad", así como las prácticas y los planes vinculados con el trabajo y el empleo. Aquí nos basamos en el supuesto de que tanto las trayectorias laborales como los conceptos de trabajo y empleo se estructuran en general desde *cuatro instituciones sociales*: el mercado, la empresa/organización, la profesión y el clan. La importancia de la interrelación entre las dos primeras instituciones ha sido documentada, entre otros, por estudiosos estadounidenses.

<sup>11</sup> Véase John Goldthorpe, David Lockwood, Frank Blechholery y Jennifer Platt, *The Affluent Worker: Industrial Attitudes and Behaviour*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

<sup>12</sup> Véase Serge Mallet, *Die neue Arbeiterklasse*, Neuwied-Berlin, 1972.

<sup>13</sup> Para más detalles, véase Ludger Pries, "Biografía y sociedad: Un enfoque integrativo e interdisciplinario", en *Anuario de El Colegio de Puebla*, Puebla, 1993.

ses;<sup>14</sup> de la profesión,<sup>15</sup> como una institución social que estructura tanto la movilidad ocupacional como los conceptos e ideas que tienen los trabajadores de la misma, se han ocupado, por ejemplo, Lutz y Sengenberger.<sup>16</sup> Hace poco, Fürstenberg resumió y desarrolló el aspecto subjetivo, es decir, las normas de acción que forjan estas tres instituciones: mercado, organización y profesión de los individuos.<sup>17</sup> Creemos que en especial en un país como México —pero también en todas las sociedades—, aparte de las instituciones apuntadas, la familia, o la red social de compadrazgo, parentesco, amiguismo, etcétera, y que aquí llamamos “clan”,<sup>18</sup> tienen un impacto innegable e importante tanto sobre las “oportunidades objetivas” y las secuencias

<sup>14</sup> Véase P. Doeringer y Michael Piore, *Internal Labor Markets and Manpower Analysis*, Lexington, Heath, 1971.

<sup>15</sup> Usamos el término profesión en el sentido de un conjunto de calificaciones, saberes, habilidades y destrezas, cuyo diseño y formas de adquirir y reproducir están regulados socialmente. La profesión se halla asociada a regularidades, normas y aspiraciones sociales de acceso y reclutamiento a la misma, de estatus, movilidad e ingresos; implica una entidad propia frente al trabajo marcada por principios como vocación, honor, ética laboral. No limitamos el término a las profesiones académicas (en el sentido anglosajón de *professions*), sino que lo usamos en el sentido de la palabra alemana *Beruf*. Véase Beck, Brater y Deheim, *Soziologie der Arbeit und der Berufe*, 1980.

<sup>16</sup> Véase Burkart Lutz y Werner Sengenberger, *Arbeitsmarktstrukturen und öffentliche Arbeitsmarktpolitik*, Göttingen, Otto Schwartz, 1974.

<sup>17</sup> Véase Friedrich Fürstenberg, “Social Integration within Work and the Resulting Strategies in Industrial Relations. The Case of Germany, Japan and Great Britain”, mimeo, 1993.

<sup>18</sup> El término clan no es fácil, ni carece de problemas. En antropología con frecuencia tiene el significado de un grupo de parentesco directo que está unido e integrado por la recurrencia a antecedentes míticos. Por supuesto que no nos referimos al sentido totémico del término; más bien, como clan queremos definir una red social de compromisos mutuos y a largo plazo —fundados en la confianza—, normalmente centrada en la familia grande, ampliada por mecanismos como el compadrazgo y comunicada directamente en el mundo de la vida, *Lebenswelt*. El término alternativo de “red social” es muy “estéril” y formal, y a menudo se refiere al conjunto de interacciones cotidianas desde la familia hasta las instituciones públicas. El término sociológico clan recurre a Émile Durkheim, quien, de esta forma, caracterizó una de las primeras y “premodernas” formas de asociación. En la actualidad conoce cierto renacimiento con el interés por la sociedad japonesa. Así, por ejemplo, Ouchy y Deutschmann aplicaron este concepto para describir la forma de integración específica de las empresas japonesas. En este contexto, véase también el interesante trabajo de Vélez-Ibáñez, *Lazos de confianza. Los sistemas culturales y económicos de crédito en las poblaciones de los Estados Unidos y México*, México, FCE, 1993.

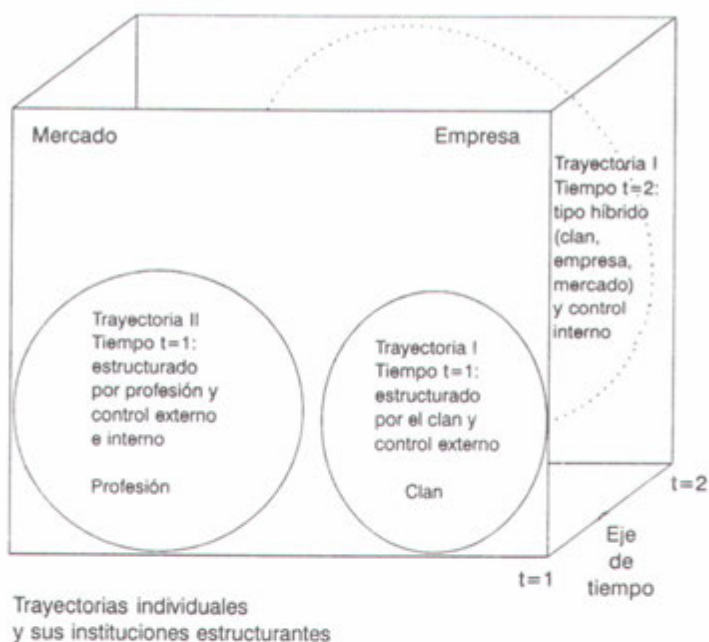


Figura 1. El "proyecto biográfico-laboral" y su estructuración por instituciones sociales en el tiempo.

de las personas por posiciones, puestos de trabajo y empleo, como en los planes y nociones que los actores mismos elaboran y proyectan para su vida laboral.

En la figura 1 intentamos ilustrar nuestro enfoque de "proyectos biográfico-laborales". Las cuatro instituciones sociales estructurantes y el "proyecto biográfico" se ubican en el eje de tiempo como resultado tanto de la interpretación y revaloración de lo pasado, como de la proyección hacia el futuro. En cierta forma, podemos apuntar que "el individuo se broca su túnel en la realidad social del trabajo y empleo"; lo cual quiere decir que en esta realidad, el mercado, la empresa, la profesión y el clan estructuran, orientan, limitan y definen de cierto modo las ideas y los caminos de los individuos; pero, al mismo tiempo, estos individuos poseen un grado de libertad de decisión en un

sentido u otro. Otros aspectos importantes del concepto "proyectos biográfico-laborales" son, primero, la integración conceptual de la trayectoria y la (re)construcción biográfica de la misma, y segundo, la posibilidad de enfocar la relación entre el "control externo" y el "control interno".<sup>19</sup>

### *Trayectorias laborales y conceptos de trabajo: el caso de trabajadores asalariados y trabajadores por cuenta propia en Puebla*

En lugar de profundizar teóricamente en los aspectos mencionados, en este apartado ejemplificaremos nuestro concepto y procedimiento presentando algunos "proyectos biográfico-laborales" empíricos, los cuales elaboramos con base en una investigación realizada en la ciudad de Puebla y cuyo diseño presentaremos primero. Con el patrocinio de la Sociedad Alemana de Investigaciones Científicas (DFG), entre 1990 y 1994 se realizó en la ciudad de Puebla una investigación cuyo tema fue el de las "Trayectorias laborales y conceptos de trabajo de trabajadores asalariados y por cuenta propia en la ciudad de Puebla". El proyecto consistió en dos partes: en un primer paso, con el apoyo de estudiantes de la Universidad Autónoma de Puebla, encuestamos a 477 personas, la mitad de ellas trabajadores por cuenta propia y la otra mitad trabajadores asalariados, procurando que las dos partes cumplieran con los requisitos definitorios que se asignan normalmente tanto al llamado sector formal como al informal urbano. Ambos grupos de "tipos de empleo" se diferenciaron a su vez en siete "campos de investigación"; entre éstos, dos campos de trabajo asalariado y cinco de trabajo por cuenta propia:

<sup>19</sup> Para más detalles, véase Ludger Pries, "Erwerbsverläufe und Arbeitsorientierungen abhängig und selbständig Beschäftigter in Mexiko", mimeo, 1994.

- a) pequeños *talleres mecánicos* (trabajo por cuenta propia) que no requieren tanto de dinero como de calificación y experiencia técnica, y en los que predominan hombres;
- b) *locatarios de mercados* (trabajo por cuenta propia) que de entrada requieren ciertas relaciones sociales y dinero, si bien —según las mercancías comercializadas— no demasiada experiencia profesional, y entre los que se cuentan lo mismo hombres que mujeres;
- c) *vendedores ambulantes* (trabajo por cuenta propia) que casi no enfrentan obstáculos para iniciar sus actividades ni necesitan muchos conocimientos técnico-profesionales, y entre los que también se encuentran personas de ambos sexos;
- d) *fondas y taquerías* (trabajo por cuenta propia) que dirigen mujeres y que exigen cierto nivel de conocimientos, de experiencias y dinero;
- e) *tiendas pequeñas* (trabajo por cuenta propia) como las de abarrotes y otras semejantes, que necesitan de una inversión relativamente alta;
- f) la *industria automotriz* (trabajo asalariado-formal) en fábricas grandes, primordialmente modernas y transnacionales, así como
- g) la *industria textil* (trabajo asalariado-formal) en unidades sobre todo de propiedad nacional, con una amplia gama de instalaciones (desde muy atrasadas hasta modernas) y muy variadas dimensiones.

Con base en la definición de estos siete “campos de investigación” se eligieron las “unidades de las encuestas”: una empresa automotriz, siete fábricas textiles (que difieren según el tamaño, edad y nivel tecnológico de las instalaciones), así como diversas zonas y mercados dentro de la ciudad de Puebla que se distinguen por su historia local, organización política y los estratos sociales que viven en los alrededores. Dentro de estas unidades de las encuestas se buscó aleatoriamente a las personas dispuestas a aceptar una entrevista, cuidando durante el trabajo de campo cierta equidistribución de los entrevistados por edad,

desde los 20 años en adelante.<sup>20</sup> Como *personas a encuestar* únicamente se admitieron obreros asalariados y trabajadores por cuenta propia. Estos últimos se definieron como los dueños o los arrendadores del espacio físico y las instalaciones del negocio, siempre y cuando ellos mismos intervinieran propiamente en el proceso productivo y la unidad económica no empleara muchas personas. No considerábamos trabajadores por cuenta propia a quienes recibían un salario fijo-estable de alguien, pero sí a quienes trabajaban por comisión o pagaban una cuota fija, siempre y cuando ellos mismos se encargaran del negocio.<sup>21</sup>

De esta primera parte del proyecto se obtuvieron resultados interesantes; por ejemplo, que no hay un sentido de inferioridad de los trabajadores por cuenta propia respecto a los asalariados según variables como las de escolaridad, tiempo de trabajo semanal o ingresos. Si se consideran los tiempos y las razones de cambios entre los dos tipos de empleo (por cuenta propia y asalariado), hay significativamente más cambios voluntarios cuando se trata de pasar a otro tipo de empleo (es decir, del trabajo asalariado al por cuenta propia o viceversa); cuando el cambio de empleo ocurre en el mismo estatus (es decir, de un trabajo asalariado a otro bajo las mismas condiciones o de un tra-

<sup>20</sup> Sólo en la fábrica automotriz se aceptaron personas más jóvenes; aquí se obtuvo una muestra representativa debido al conocimiento de algunos datos básicos de la plantilla.

<sup>21</sup> En la definición de la muestra se dice: "El dueño o locatario del establecimiento deberá forzosamente realizar al menos una parte importante de la producción o prestación de los servicios que se ofrecen/venden. Es decir, si el dueño o locatario del establecimiento exclusivamente o sobre todo realiza funciones administrativas o solamente presta el capital, sin intervenir de ninguna manera en actividades físicas, propias de las características del giro del negocio, entonces este dueño o locatario no se tomará en cuenta como persona entrevistada. [...] El tamaño de las 'unidades de la encuesta' debe ser de tal forma que haya una posibilidad real de que el dueño o locatario haya puesto este negocio con las inversiones correspondientes. Por esto no entran en la muestra establecimientos que por su cantidad de inversiones necesarias difícilmente serían propiedad de personas que ahorraron el dinero necesario ellos mismos (es decir, sin alguna herencia; un ejemplo serían los centros de afinación de frenos y balanceo de llantas, aunque solamente emplearan a cinco o siete personas)."

bajo por cuenta propia a otro igual), la mayoría de los cambios son involuntarios.<sup>22</sup>

En un segundo paso y con base en el análisis de las encuestas realizadas, seleccionamos a 18 personas para entrevistas biográfico-narrativas, buscando siempre el contraste entre "trayectorias exitosas" y "trayectorias perdidas" en cada uno de los siete grupos. El objetivo principal de esta segunda fase fue averiguar los conceptos de trabajo y empleo, y corroborarlos con la información obtenida sobre la trayectoria laboral de las personas entrevistadas. Enseguida, presentamos y discutimos algunas partes de tres entrevistas biográfico-narrativas. El objetivo no reside tanto en ofrecer un resumen representativo de la información obtenida, sino en mostrar la capacidad y el valor explicativos del marco conceptual.

### *Don Javier: un hojalatero en cambio*

Si hablamos de la estructuración de la trayectoria y el proyecto biográfico-laboral por cuatro instituciones sociales, don Javier es un ejemplo casi ideal-típico de la trayectoria y biografía profesional de un artesano. Don Javier, de 53 años, es hojalatero y tiene un pequeño taller donde, aparte de él, trabajan sus hijos, un aprendiz asalariado y un oficial a destajo. El padre de don Javier trabajó como telegrafista en Ferrocarriles. La trayectoria laboral de don Javier se desarrolló prácticamente al margen de las actividades laborales de su papá. Aquí empieza la estructuración más o menos ideal-típica de su trayectoria como hojalatero, pues en gran parte de las biografías encontramos una incidencia fuerte de las actividades laborales de los padres sobre las de sus hijos (por ejemplo, muchos mecánicos acompañaban en la infancia a sus papás al taller, y les ayudaron en su trabajo hasta quedarse ellos mis-

<sup>22</sup> Para más detalles, véase Ludger Pries, *Hacia una sociología del empleo*, Puebla, El Colegio de Puebla, 1992.

mos como obreros y luego encargados del mismo taller); es decir, una notable influencia de la red familiar (del clan) sobre la trayectoria. A los siete años de edad don Javier empezó a trabajar en un taller como ayudante por las tardes, mientras que por las mañanas cursaba la primaria. Don Javier explica en extenso el proceso de aprendizaje a partir de la observación y luego haciendo el trabajo:<sup>23</sup>

E: De chamaquito

L: De chamaquito; no, es increíble

E: Y ya empecé ahí; pues sí me gusto, y empecé de cómo le llaman aquí de (1) *chicharito*

L: Qué es eso, chicharito

E: Chícharo es (1) pues *es uno que* (ustedes) le agarran para los (mandados); bueno es la cosa de (1)

L: De los chícharos de las verduras

E: Sí una cosita así (1) circular; pero a los trabaja- bueno así a los- (1) a las personas que empiezan en un (1) oficio y apenas entran, les llaman chícharos; /reírse/

L: Pero a pesar de que, supongo que en este primer trabajo tenía que hacer (1) trabajos muy rutinarios o los peores trabajos no,

<sup>23</sup> Las reglas de transcripción, y en consecuencia, para leer las entrevistas biográficas son las siguientes: una regla general es que no se escriben puntos, comas, etcétera, como señales de oraciones; solamente las señales abajo mencionadas. "E:" significa "entrevistado" y "L:" es el entrevistador.

*ejemplo regla*

(1)	cifras en paréntesis: pausa en segundos
(3)	pausa de tres segundos (así según el tiempo)
sili	repetir una letra: alargación de una palabra o expresión
<i>siempre</i>	curvas: una entonación especial
SIEMPRE	mayúsculas: aumento del volumen de la voz
:	punto y coma: entonación decreciente
,	coma sola: entonación creciente
posi-	palabra no terminada con guión: ruptura de la palabra
(tres)	palabra en paréntesis: inseguridad de transcripción (cuando no está seguro de la palabra)
( )	paréntesis vacíos: no se entiende esta parte, la longitud del paréntesis; es decir, de los espacios en los paréntesis, indica el tiempo que no se entiende
/reírse/	diagonales: comentario del transcriptor de expresiones paraverbales en la entrevista



- E: No porque no sabe uno nada entonces se va uno a lo que (1) el maestro, le está a uno enseñando; o sea que tráeme las llaves, tráeme un martillo, pues quién no conoce un martillo, y le pide a uno las cosas no, o sea en eso, los ayuda uno; mientras no aprende uno; no, ya después cuando va pasando el tiempo de tanto ver cómo trabajan, se va uno ya soltando,
- L: Y ahí, eh aguantó seis años; no, según esto; no sé; a lo mejor fue menos o más no sé;
- E: Noo toda la vida se podría de- *bueno*
- L: En este taller digamos; no,
- E: En este taller pues, hasta que cerraron ese negocio; me salí; bueno, pero de ahí ya salí como, (ya había empezado a) se podría decir que, ahora sí ya soltando un poco con el trabajo; o sea entra uno, que ve por mandados; ve por esto; ve por esto; o tráeme eso; agárrale aquí; sí, pero ya después cuando el tiempo va pasando, pues lógico va uno adquiriendo la- entonces ya pues una cosita que enderezaste esa salpicadera; pues órale; y poco a poco, no, pues se va uno soltando; Ya cuando salimos de ese taller, salió toda la gente porque pues iba a cerrar el dueño el negocio; pero entonces ya uno (1) le busca; y la verdad sí me gustó este oficio bastante.

En tanto que en países como Alemania aprender un oficio es un proceso notablemente regulado y formalizado e implica instrucción teórica y práctica, esta parte de la entrevista refleja el mecanismo general que en México implica convertirse en oficial o artesano (en nuestros términos, profesionalista manual): es un asunto sumamente empírico; el oficio se aprende en el trabajo mismo, sin instrucciones formales, primero por la pura observación, luego realizando trabajos sencillos hasta ir "agarrando la onda" durante largo tiempo. La entrevista con don Javier muestra también la jerarquía social que constituye el mundo de las profesiones y en la cual los trabajadores soportan la disciplina y la sumisión. Hay una cadena de ascenso que aquí parte del mozo ("chícharo"), continúa con el ayudante, luego el oficial y por fin el maestro. Todo

esto forma parte de la "profesión" como institución social que estructura tanto las secuencias ocupacionales (trayectorias) como las orientaciones y aspiraciones en el trabajo.

En el caso de don Javier, después de este primer empleo trabajó en varios talleres, ya como oficial, aunque él mismo afirma lo poco que sabía aun después de seis años de aprendizaje:

E: Sí hay asalariados; no, o sea, y por- por destajo; Pero yo todavía no era, (2) considerado yo competente así (1) en todo a cien por ciento como para- para agarrar un trabajo así ya grande; no, pero sí podía yo enderezar una salpicadera, una puerta, y de ahí ya este- en este trabajo ahí me dijeron que sabía hacerle; y pues mire me avientan unas *chambas chicas*, no, que no sean (golpeadas); o sea- coches así que hayan dado vueltas; si me dieron ahí el trabajo; y ahí me quedé otro taaanto de años; (2) pues ahí voy agarrando más experiencia; o sea, experiencia en el sentido de que ya le dan a uno la confianza de que- pues ya a golpes más grandes; pues hora aviéntate este -ánde entonces pues ya uno se fija- bueno se- lo hace uno como (2) pues le enseñaron o vio uno en su momento no, como los enderezábamos; pues uno le mete ahí; y le dan a uno esa confianza, pues ya adquiere uno más todavía experiencia poco a poco.

En total, pasan unos doce años hasta que don Javier se siente maestro en su profesión. Después de haber trabajado treinta años como hojalatero en múltiples talleres, de los cuales siempre salió por el cierre de los mismos, don Javier se une a un maestro de pintura para abrir su propio taller. Por fin, a los 48 años don Javier no cambia "involuntariamente" de un trabajo, sino que por decisión propia abre su taller asociado con un compañero y culmina así su carrera de oficial hojalatero.

E: Todavía estaba yo trabajando cuando pasó *este maestro* y también andaba de que lo habían (1) liquidado

de donde él trabajaba, y andaba buscando un taller enton's como lo conozco: qué hubo qué hubo, qué haces, no, pos aquí; dice: ando buscando un local para poner un taller; y yo le digo yo ya me quiero salir; Pos lo ponemos, no maestro, pues órale y nos agarramos éste entre los dos y lo iniciamos los dos.

En síntesis, la trayectoria laboral de don Javier se caracteriza por actividades laborales siempre en la misma ocupación de hojalatero, desde niño, y ha cambiado un trabajo asalariado por otro "involuntariamente", hasta poner su propio negocio. La biografía muestra el orgullo del "oficial", por ejemplo, cuando don Javier dice que después de seis años "ya sabía yo algo" o, después de doce, que apenas se siente como alguien que domina su oficio. En cuanto a la "ética profesional", don Javier cuenta que él y su compañero, el maestro de pintura, ya tenían cierta fama, cierto renombre en Puebla, así que cuando entró en una cantina y se encontró con otros hojalateros o mecánicos, luego de dar su nombre éstos lo reconocieron ("¡ah!, usted es el don Javier"). Y luego, con los tequilas, los hojalateros discuten animadamente quién es el mejor en el oficio; don Javier propone a sus colegas una competencia "para ver quién es quién". Su "ética de oficial" destaca cuando don Javier critica a los hojalateros jóvenes, quienes ya no saben enderezar sino únicamente usar pastas para desaparecer las fallas:

E: Pues sí; en realidad sí; porque antes- se usaba bastante en lugar de hilo que hoy se usa comercialmente *la pasta* esa para rellenar; antes no se usaba nada de eso; y era puro estaño y tenía otro modo de trabajar ese tipo de material, entonces era más laborioso, prepararlo y (1) este aplicarlo; ahora ya no, pues todo ya últimamente ha salido; si ya nomás agarran los botes de pasta, y hacen la pasta, y la aplican, y eso que es eso, antes la hojalatería- eso ya la calidad bajó mucho; de trabajo, ya es comercial todo; o sea, no se quieren- no quieren trabajar mucho; *ganan más* y las cosas pues póngale que las dejan regular; pero ya no- ya no les puede us-

ted inculcar lo que *usted* sabe; lo que usted quiere cómo se lo hagan, *nadie* se lo va a hacer ya.

En contraste con esta nueva generación de hojalateros, don Javier se considera uno de esos viejos oficiales que quieren hacer su trabajo lo mejor posible. Don Javier también se queja de los clientes nuevos que ya no exigen calidad en el trabajo, sino el arreglo rápido y barato de sus coches.

En resumen, don Javier nos revela una trayectoria laboral y un concepto de trabajo que están estructurados totalmente por la lógica del oficio y la "profesión manual", respectivamente; la trayectoria laboral es una secuencia: peón-mozo, aprendiz-oficial, que culmina con el maestro de hojalatería. El concepto subjetivo de don Javier hacia el trabajo se rige igualmente por las normas y ética de un enfoque biográfico-laboral que, de una forma ideal-típica, es un enfoque de oficial-artesano. Su identidad profesional, oficial hojalatero, la construye contra el "horizonte opuesto" de los hojalateros jóvenes, a los que ya no guía la misma ética, sino la lógica del mercado. Hasta aquí, la trayectoria laboral y la biografía (como reconstrucción subjetiva de la primera) coinciden casi en su totalidad. No hay grandes fisuras entre lo narrado, percibido e interpretado por don Javier, y lo que sabemos con base en la encuesta cuantitativa, la visita a su taller y una evaluación semántica de la entrevista. Hasta la última parte de ésta, don Javier admite que él mismo está cambiando tanto de prácticas como de opiniones. Considera que a veces es más barato comprar una puerta usada y pintarla, en vez de enderezar la puerta de un coche averiado:

E: Tiene ventajas sí; y mejor dice uno bueno, pues compro la puerta, o me la va a dar el dueño, o esto ya no le cobraría yo la mano de obra de la instalada, (1) y pintura; enton's para que también ya se- se puede decir que se va uno a pulir, haciendo las cosas; si no lo van ni a agradecer.

Aceptar "maneras modernas" de trabajo es más una señal de resignación que de convicción: don Javier percibe y está

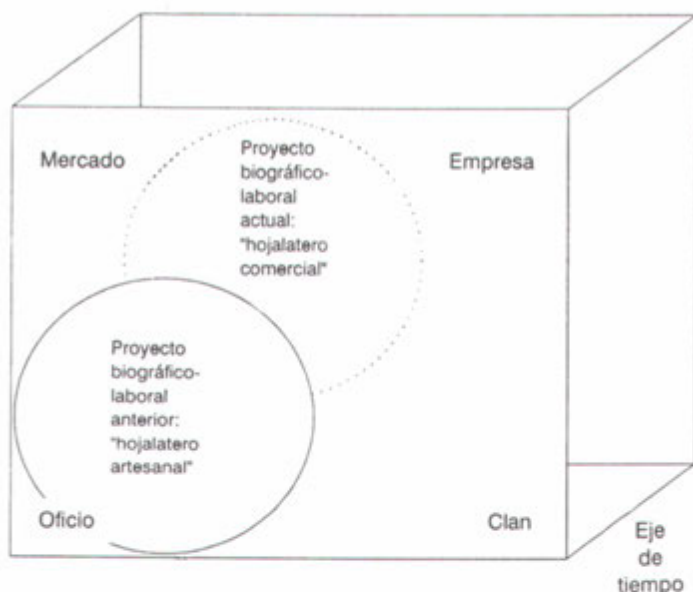
consciente de que el "contexto social general" de su trabajo ha cambiado; los colegas más jóvenes, los materiales y métodos de trabajo y los clientes mismos se orientan hacia los nuevos métodos. Además, don Javier alude varias veces a lo pesado que resulta el trabajo de hojalatería: a sus 53 años, ya se cansó de tanto trabajo físico. Así que, por resignación y no por convicción, don Javier mismo está adaptándose y cambiando de un enfoque biográfico-laboral que pudiéramos llamar de "hojalatero artesanal" a otro de "hojalatero comercial". Pero, en el fondo, con base en toda su historia laboral y como producto de la "sedimentación de sus experiencias y su vida", don Javier sigue siendo definido por una perspectiva de ética profesional:

E: Entonces pues este, (2) se va uno dando a conocer por lo mismo no, porque tanto el maestro es buen pintor, bueno yo no me digo que soy buen hojalatero; pero yo hice todo lo que pude para levantar a los dos; porque más que nada lo principal es la hojalatería; usted me trae un coche chocado, (4) de quién es la labor, cuando el coche ya está bien, bien enderezadito, bien todo, todo, como *si no le hubiera pasado nada*; (2) la labor es más que nada del hojalatero que del pintor; (2) porque es la obra es el arte se podría decir dejarlos como si no le hubiera pasado nada al coche; nada más es la pintura pues lo secundario.

Respecto al trabajo por cuenta propia y el trabajo asalariado, la posición de don Javier es muy clara: a pesar de los riesgos del trabajo por cuenta propia que menciona (poco apoyo por parte del Estado, condiciones imprevisibles del mercado), don Javier prefiere ser su propio dueño:

L: Y eso, digamos comparando el trabajo asalariado, que usted conoce de sus primeras chambas; y ahora el trabajo por cuenta propia; qué más le conviene,

E: Noo pues, este (1) definitivamente *pues trabajar por su cuenta*; porque ya, (1) ya no puede uno, este- pues si se es de asalariado, pues ya sabe usted que nomás



Don Javier: Un proyecto biográfico-laboral  
"profesional" en cambio

Figura 2. Proyecto biográfico-laboral de don Javier.

percibe uno- (2) un sueldo; y no pasa usted de lo mismo; y tiene usted sus reglas; no, de llegar a las horas que marca el patrón; mientras que así (1) ya por su cuenta, usted sabe que si trabaja (1) come; y si no trabaja pues no come; sí vaya porque (2) siquiera los asalariados a veces pues (1) no trabaja uno pero (2) dos días pero va uno a trabajar cuatro días más, entonces por lo menos le saca uno sus cuatro días; es que (1) está usted así (1) por su cuenta, si no trabaja usted, quién le da dinero.

Si analizamos los aspectos formales de la entrevista, resulta significativo que la gran mayoría del tiempo de la narración (83 por ciento) lo dedica don Javier al trabajo y en especial a la "profesionalidad" que requiere su oficio. Su familia sólo aparece como una unidad a la cual tiene que "cubrir sus gastos" (.5 por ciento del tiempo de la entrevista).

La figura 2 resume los aspectos centrales del concepto biográfico de don Javier. La institución social de la profesión, la de hojalatero, estructura la trayectoria y la (re)construcción subjetiva de la misma: la lógica de aprender poco a poco a dominar un oficio, pasar por toda la secuencia de puestos y estatus sociales que implica y requiere esta "profesión"; cuando don Javier es despedido de un taller que ha cerrado, no busca trabajo fuera del ámbito de su oficio, así que la pura lógica del mercado impacta, pero no estructura vertebralmente la trayectoria. Tampoco es la lógica de la organización de mercados internos la que rige la trayectoria y el proyecto biográfico-laboral de don Javier, pues los ascensos y cambios en su estatus (mozo, ayudante, oficial, maestro) no son definidos por la organización, es decir, el taller al cual pertenece, sino por la misma lógica de su profesión que se encuentra lo mismo en la cabeza del entrevistado como sedimentada en la estructura social en la que se mueve.

Por fin, el clan no influye mucho en la trayectoria y biografía de don Javier; su familia cuenta como algo para lo que "hay que solventar gastos", pero los pasos de su vida laboral no se someten a obligaciones o favores creados en una red social fuerte de compromisos mutuos; en este sentido, resulta significativo que el maestro pintor con quien por fin, después de treinta años de trabajo como hojalatero, pone su propio taller, no sea ni su familiar, ni su compadre ni su "cuarte"; más que nada, dos profesionistas-artesanos se han puesto de acuerdo con base en la lógica y ética de sus oficios.

### *Doña Ángeles: la combinación exitosa de aspectos profesionales, familiares, de mercado y de empresa*

Mientras que muchas de las entrevistas muestran un proyecto biográfico-laboral más o menos estructurado por dos o, cuando mucho, tres de las cuatro instituciones sociales, doña Ángeles, de 55 años de edad, representa, casi de forma ideal-

típica, la combinación de las cuatro lógicas institucionales y de acción. Ella nació en el campo, en un pequeño pueblo del estado de Puebla; su papá fue campesino y peón en un rancho. Doña Ángeles tenía seis hermanos, de los cuales cuatro murieron siendo niños; ella misma era todavía niña cuando ya tenía que trabajar en el mismo rancho en que trabajó su papá; sólo cursó tres años de primaria, y a los catorce años salió de su hogar para trabajar como "muchacha" en una casa particular de la ciudad de Puebla. Allí no aguantó ni un año por los malos tratos; abandonó este trabajo después de haberse encontrado con su pareja (su "señor", como llama a su esposo durante toda la entrevista), quien trabajaba en el comercio. Respecto a sus primeras experiencias de trabajo, doña Ángeles expresa todo el desprestigio que las caracterizaba.

E: Sí sí de criadita de (3) pues cómo le diré a usted como de cómo le llamaban entonces o le llaman este (1) pues de mandadera y que pues lávate los trastes y que vete por esto y que tú sabes vocación en general según me tenían de lavandera otras que me decían dizque de cocinera otras dizque de nana la cosa es que yo anduve trabajando y después de ahí (1) me casé con mi señor y me metí al comercio.

Después de salir de la casa particular en Puebla y juntarse con su pareja, doña Ángeles trabajó siete años como vendedora ambulante de medias en el centro de la ciudad de Puebla. Doña Ángeles señala varias veces que a pesar de que apenas se trataba de un puesto con algunas cajas, lo adquirió "formalmente" de la administración del cercano mercado La Victoria. Como en esos tiempos nacieron cuatro de sus cinco niños, y la distancia entre la casa y el puesto era muy larga, doña Ángeles explica su difícil situación familiar-laboral:

E: Sí yo seguí trabajando hasta que entramos al mercado me cargaba uno acá, otro aquí, mi canasta del mandado con la mano y el codo cuando no en la cabeza y me iba andando desde aquí, hasta el refugio porque no tenía yo para mi pasaje; entonces eran treinta cen-



tavos; pero eran señores treinta centavos y yo no los tenía y aquí tengo de vivir treinta y ocho años.

Lo que doña Ángeles llama su "refugio" es un terreno a casi una hora a pie del mercado, en cuyos alrededores ella trabajaba como ambulante. El esposo de doña Ángeles (fallecido en 1972) fue ejidatario, y en algún momento cambió su terreno y pudo adquirir el lote al que doña Ángeles se refiere, y en el que hasta hoy vive con sus niños. En 1960 doña Ángeles cambió la venta de medias por la de frutas y verduras, siempre como vendedora ambulante en los alrededores del mercado La Victoria. Después de abandonar el trabajo de "muchacha" y haberse reunido con su pareja, el segundo corte importante en la biografía de doña Ángeles ocurrió en 1962, cuando le asignaron un puesto fijo en el mercado 5 de Mayo:

E: Entonces éramos muy pobres; realmente (1) yo me acuerdo que cuando entramos al mercado (1) no; me tocaba mi lugar (3) empezaron a repartir miércoles (1) miércoles jueves (1) el viernes siete de diciembre me tocó mi lugarcito.

El día en que después de casi diez años de trabajo como ambulante doña Ángeles obtuvo su "puestecito", como lo llama cariñosamente, está fuertemente grabado en su memoria. Esto se refleja en el espacio temporal, la entonación y la dramaturgia de la parte correspondiente en la entrevista biográfica.<sup>24</sup> Aunque las condiciones de trabajo y de empleo mejoraron mucho, para doña Ángeles la vida siguió siendo muy dura y laboriosa: hasta la fecha se levanta a las cuatro y media o cinco de la mañana, prepara las comidas del día y se va a la Central de Abastos a hacer sus compras. Después, más o menos a las ocho u ocho y

<sup>24</sup> Fritz Schütze trabajó mucho en este aspecto: la densidad con la cual una persona vivió ciertas fases de su vida, por lo regular y por la misma lógica interna de la narración biográfica, se refleja en los aspectos formales y temporales de una entrevista narrativa. Véase Fritz Schütze, "Biographieforschung und narratives Interview", en *Neue Praxis*, núm. 3, 1983, pp. 283-293.

media, uno de sus hijos empieza a “destapar” los locales en el mercado, hasta que llega la misma doña Ángeles. Ella se queda en el mercado hasta la noche, toma sus comidas allá y regresa a las nueve o nueve y media a su casa. A pesar de todos sus logros (en la vida de una muchacha de rancho que luego es “muchacha” en una casa particular de Puebla, después vendedora ambulante de medias y más tarde de frutas, hasta llegar a ser locataria en un mercado fijo) a sus hijos no les desea el mismo trabajo:

E: Pues hay un detalle muy grande (3) yo siento que (3) le decía yo a mi hija (2) oye hija no te convendría mejor buscarte un trabajo y trabajar (1) ganar sueldo y no estar esclavizado acá porque el comercio es muy bonito pero es una esclavitud muy grande (3) desde que usted entra hasta el anochecer; señor y ahora, con el tiempo así con los años (1) siento que ya me pesa; sí por qué, por tanto trabajar de exceso de trabajo a medio día en lugar de que se siente usted tranquilo se siente usted a comer como Dios manda está usted con el taco acá y le hablan a usted acá y le hablan a usted allá o le hablan a usted; lo hacen a usted pesar (1) y no lo llevan; le hacen a usted pesar dos o tres papayas y no lo llevan; le hacen a usted bajar dos o tres piñas y no las llevan; entonces qué pasa le amargan a usted su taco sí o no.

Doña Ángeles no tiene un balance muy alentador de sus esfuerzos: “esto no les va a suceder a mis hijos les decía yo cuando eran estudiantes”. En comparación con otras locatarias del mismo mercado, doña Ángeles siente que no logró mucho, y por lo tanto, quiere que sus hijos obtengan una formación sólida; sin embargo, a fin de cuentas, está contenta con lo que logró:

E: Porque le doy gracias a Dios que aparte de ser ignorante analfabeta (1) he logrado sostener a mis hijos he podido sacarlos a flote he podido darles una mediana educación (1) lo que yo no tuve no quiero que mis hi-

jos también dejen de tenerlo (1) entonces yo le doy gracias a Dios a pesar de ser analfabeta y venir de una ranhería (1) y trabajar en el mercado y estar en el ambiente del mercado por lo menos no tengo unos hijos malvivientes (2) no tengo unos hijos mal hablados (1) ni tengo hijos vagos ni tengo hijos borrachos.

Casi todos sus hijos terminaron la preparatoria; algunos estudiaron varios años en la universidad pública (la Universidad Autónoma de Puebla). Sin embargo, todos sus hijos con empleo están en el comercio; algunos colaboran directamente con doña Ángeles, otros trabajan, por ejemplo, en una camioneta de fletes de la Central de Abastos. Víctor, de 35 años, el hijo mayor de doña Ángeles, se explica de la siguiente manera:

E: Nos acostumbramos mucho a trabajar más bien nos acostumbramos a ese ritmo de trabajo pues llegó un momento en que vimos (1) bueno digamos dos caminos (1) sigo mi carrera (1) o me inicio en el comercio y ya (1) en una manera más directa más (1) más franca (1) quizás pueda yo hacer algo más rápido (1) que siguiendo una carrera que para tener un puesto (1) más o menos regular y ganar un sueldo regular (1) van a pasar unos cuatro o cinco o quizás más años.

Y doña Ángeles agrega un poco más tarde:

E: Que sería del mundo si todos fueran profesionistas; y qué sería del mundo si todos fuéramos comerciantes entonces como quien dice (1) nos debemos de conformar con; lo que la vida nos depare yo lo único que le doy gracias a Dios es que mis hijos aunque sean comerciantes pero son honrados; gracias a Dios.

Queda muy claro que en contraste con la biografía de don Javier, la trayectoria y biografía de doña Ángeles están definidas de una manera decisiva por la familia y el clan. La crianza de sus hijos y el empleo de vendedora ambulante y, más tarde, de locataria, nunca fueron dos esferas

diferentes. Familia y trabajo confluyeron. El notable peso de las estructuras de la familia se reproduce en las trayectorias y biografías de los hijos. Por fin, el balance de su trayectoria laboral positiva se resume a partir del criterio de tener hijos bien educados, con una formación media. Resulta que no sólo en su trayectoria "objetiva" las necesidades de la familia y los ritmos de sus hijos impactaron fuertemente la trayectoria laboral de doña Ángeles, sino que también en la evaluación "subjetiva" de su biografía ella aplica criterios de la institución social familiar.

Al mismo tiempo que la institución social del clan estructura la trayectoria y biografía de doña Ángeles, también es la lógica del mercado la que se impone en la vida laboral de doña Ángeles. No sólo rutinariamente ella está expuesta a la arbitrariedad de los buenos o malos humores de sus clientes; los riesgos del mercado, de su oferta y la demanda de los clientes son de gran importancia, sobre todo en la rama de la venta de frutas:

E: Mi tipo de ramo; que tengo de negocio tiene mucha pérdida; o puedo sacar dinero o no lo saca usted; o puede usted vender esta fruta (1) en un día como la puede usted vender en ocho días.

El proyecto biográfico-laboral de doña Ángeles también refleja un fuerte ingrediente *profesional-gremial*. Trabajar con mercancías tan delicadas como las frutas requiere de gran capacidad de organización y un talento en las compras y ventas. En varias ocasiones doña Ángeles apunta su habilidad con los números y se muestra muy orgullosa, a pesar de ser analfabeta, de "estar muy rápido con los numeritos".

E: Pero gracias a Dios le doy a Dios gracias que Dios me dio entendimiento y una gran inteligencia (1) para qué pues para trabajar aunque sea; (1) para trabajar y poder sobrellevar un negocito pequeñito.

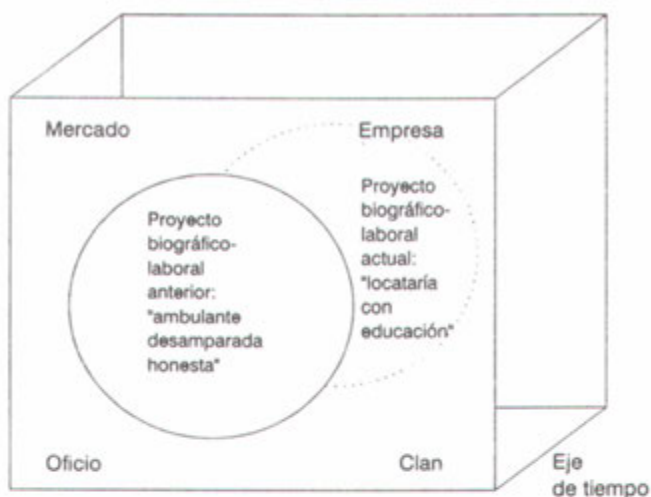
Como en el caso de don Javier, la identidad profesional-gremial de doña Ángeles se revela claramente frente al "ho-

rizonte opuesto" de los ambulantes modernos, de los que ella se distingue claramente:

E: Ni venimos a mentarles, la mamá; no no venimos con educación (1) entonces le vuelvo a repetir a usted; aunque somos placeras; (1) pero hay de placeras a placeras no nos podemos comparar con la 28 de Octubre vamos a suponer no nos podemos comparar con la gente de aquí de el Hidalgo; no; no yo me acuerdo que tenía una comadrita aquí junto a (3) qué será unas cuatro calles (1) *decía ay comadrita véndase su puesto allá si allá se ve que ni se vende (1) acá se ve que se vende mucho dice; (1) este (1) véndase su puesto y se viene usted a vender acá al mercado éste; aquí se ve que se vende mucho; le digo no; comadrita; prefiero estar allá más vale viejo por conocido y no nuevo por conocer.*

Doña Ángeles se siente una locataria honesta, bien educada, que no grita como los ambulantes de la organización independiente 28 de Octubre, que —según doña Ángeles— siempre se pelean y no quieren conformarse con las condiciones que ella por mucho tiempo tuvo que vivir. Su lema varias veces repetido "somos locatarios pero con educación", define su identidad y autoestima profesionalista-gremial.

Por fin, hay una dimensión *organizacional* en la estructura y lógica del proyecto biográfico-laboral de doña Ángeles, la cual se revela cuando ella habla de la organización, de la representación de los locatarios en su mercado. En total, hay tres mesas que forman parte de la CNOP (Confederación Nacional de Organizaciones Populares, uno de los tres pilares del PRI), por lo cual muchos problemas y conflictos de intereses entre locatarios, grupos o mercados enteros están canalizados hacia las estructuras políticas del partido gobernante. Más allá existe una red muy amplia de confianza y de fianza. Los bodegueros en la Central de Abastos, en una mezcla de cálculo económico y relación de confianza familiar, otorgan préstamos o prolongan los pagos de los locatarios en caso de una mala coyuntura económica que echara a perder las frutas, o de un acontecimiento familiar que requiera recursos extraordinarios.



Doña Ángeles: Un proyecto biográfico-laboral "integral"

Figura 3. Proyecto biográfico-laboral de doña Ángeles.

En cierta forma, se trata de créditos informales y sin intereses; por su parte, los locatarios corresponden con la compra constante a los mismos bodegueros.

E: Sí (1) ahora (1) le voy a decir a usted una de las cosas (1) le vuelvo a repetir a usted si nosotros los fruteros en realidad los fruteros UNE este (1) los que ya estamos establecidos (3) hemos; durado; y hemos sostenido un negocio; un puesto dentro del mercado (3) ha sido gracias a los bodegueros por qué porque ellos nos han hecho fuertes en las buenas; y en las malas; porque vamos, y nos fían.

Esta mezcla tan particular en los mercados, en la que conviven una organización gremial-corporativa y un ambiente familiar, lo explica doña Ángeles concretamente:

E: Hay de todo gracias a Dios yo tengo buenas relaciones gracias a Dios (3) con todos los vecinos me llevo; con

ellos; la señorita de enfrente la otra señora el señor de atrás que es que son compañeros desde que entramos (3) son fundadores hasta ahorita; (1) nos hablamos bien; (3) los otros de atrás también son fundadores (...) yo les digo a mis hijos por favor (1) procuren llevarla tranquila (1) háganse de la vista gorda (3) que no lo vieron (3) que no oyeron (4) para llevar la fiesta en paz (3) qué, pasa, aquí en su pobre casa de usted, si usted sale y le chifletea al vecino (1) si usted sale y le pega un balazo en su pared (3) o a su zaguán (1) piense a tener problemas con ellos (1) si usted sale y le echa un montón de basura al vecino (1) le tienen que reclamar a usted y siempre se está peleando con él (1) entonces yo pienso que así pasa en el mercado.

En resumen, doña Ángeles nos presenta un proyecto biográfico-laboral que combina elementos de las cuatro instituciones sociales que estructuran la trayectoria e historia laboral. Comparado con el de don Javier, esto también se refleja en el tiempo que doña Ángeles dedica a su familia (una cuarta parte), a su trabajo (la mitad) y a las relaciones en el mercado (un 14 por ciento).

### *Don Silverio: éxito por trabajo duro y permanente entre clan, empresa y mercado*

Si se compara la trayectoria de don Silverio con la de don Javier, resulta muy significativa la importancia del ciclo laboral del padre del primero pues encontramos que las trayectorias del papá y de don Silverio siguieron rumbos casi completamente opuestos. El papá de Silverio trabajó como obrero textil, después como ebanista en un camión y por fin como bolero —es decir, experimentó un descenso en su posición laboral. La trayectoria laboral de Silverio, al contrario, representa una carrera de trabajo ascendente. Silverio empieza donde termina su padre: vende gelatinas en la calle y ayuda a su padre limpiando zapatos en la

vía pública. El ejemplo de Silverio es típico para muchos jóvenes de su generación, quienes con seis o siete años ya trabajaban todos los días.

E: O sea, básicamente (1) ahí entré por la necesidad de; (1) de (1) de más que nada de comer; (1) o sea, que mi papá lustraba zapatos ahí boleaba (1) en ese ba- o sea en unos baños públicos (1) entonces pues uno empieza a crecer y se empieza a dar uno cuenta; no (1) entonces al ver la familia que estaba muy decaída; (1) porque realmente estábamos, en la calle no teníamos casa, NO TENÍAMOS NADA (1) entonces este (1) pues a alentar a mi papá y a vender gelatinas; (1) cómo se llama acá flanes, (1) gelatinas o flanes, y este a bolear zapatos; (1) entonces mi mamá lo que hacía es que (1) le ponía su desayuno de él; (1) a las ocho de la mañana nueve de la mañana (1) y *ve a dejárselo* (1) sí pues ya se lo iba a dejar (1) pero ya estando ahí; con él (1) pues luego me decía *pues llévale estos zapatos a fulano* (1) *llévale estos zapatos a zutano* (1) *cepíllalos* este (1) *échales*-entonces ahí fue donde empecé a (1) a laborar, (1) a laborar, y más que nada; empecé a darme cuenta que trabajando (1) sí pues sobresale en muchas cosas; (1) y tiene uno muchas (1) satisfacciones porque va uno logrando cosas que se propone uno; (1) ahí empecé a vender gelatinas, (1) empecé a bolear zapatos, (1) empecé a lavar los baños, (1) y este (1) luego pues ahí la gente *oye ve a traerme un refresco o tráeme una cerveza* como no; (1) y fue como empecé ahí en los baños; (1) hasta, la primaria.

A don Silverio le hubiera gustado seguir estudiando pero, como el mayor de nueve niños, sentía la necesidad de ayudar a sus padres. Con orgullo muestra al entrevistador sus calificaciones (muy buenas) de la primaria. Saliendo de ahí, empezó a trabajar como peón en un rancho, luego trabajó como ayudante en un camión y después estuvo ocho años en una empresa de cal (cerca del lugar donde nació), el periodo más largo en una empresa durante su trayectoria. Por



su propia iniciativa salió en busca de mejores salarios, y trabajó algún tiempo en una empresa de transporte, primero como conductor de camión y luego como representante de la empresa.

Por fin, a los 29 años, Silverio entró a la Volkswagen y, hasta el momento de la entrevista, trabaja aquí como soldador de punto. Menciona los trabajos anteriores muy brevemente (por ejemplo, su estancia de ocho años en la empresa de cal la cuenta en menos de media página de entrevista transcrita), pero con lujo de detalles Silverio narra su entrada a la Volkswagen (en casi cuatro páginas); comienza el relato de su ingreso de la siguiente forma:

E: Mire (1) no sé (1) por lo que nos enseña la familia no (1) porque más que nada (1) muchos de nosotros lo que hacemos es lo que nos enseña la familia; (1) por decirlo aquí reina mucho lo católico, (1) o sea las religiones vaya; (1) hay religiones católicas, evangelistas hay infinidad, de religiones; no (1) hay muchos que son fanáticos, (1) o sea entonces nosotros somos de la legión católica, (1) entonces acá en México, no sé si ha oído de la Virgen de Guadalupe ( ) cada, año en diciembre (1) el doce, de diciembre se hacen peregrinaciones (1) caminando desde aquí hasta México; (1) desde aquí hasta México; (1) y yo llevo aproximadamente (1) cinco años (1) consecutivos; caminado (1) a México.

Durante cinco años, nos cuenta Silverio, ha participado anualmente en la peregrinación hacia la Basílica de la Virgen de Guadalupe en la ciudad de México. En una de estas peregrinaciones se encontró con un antiguo obrero de la Volkswagen, quien le informó de algunas vacantes en la empresa. Silverio consiguió el formato del sindicato, necesario para entrar en la empresa y después, durante casi dos meses, junto con muchos jóvenes esperaba los exámenes de selección.

Todas las mañanas, de lunes a viernes, más o menos desde las seis de la madrugada hasta el mediodía, se presentaron en la entrada de la empresa para ver cuándo les

tocaba su examen de admisión. Durante este tiempo, en las tardes Silverio trabajaba como chofer de un camión. Un día en que no había mucho trabajo, su jefe le dijo:

E: En ese entonces fue este (1) un jueves, (1) un jueves me acuerdo; dice (1) vete a dar la vuelta por ahí (1) cómprate el periódico y busca un árbol (1) de sombra y ponte a leer ahí el periódico (1) y ya al rato regresas (1) hay bueno si (1) y luego como nos llevamos bien (1) agarré, la camioneta y me salí; (1) y ahí ando voy sobre el boulevard (1) que; hago; (1) voy a la casa, (1) voy con la familia un rato; al rato regreso y a ver qué sale (1) y este no pero así.

En vez de sentarse bajo un árbol, Silverio pasó a checar si ya había salido en la lista y así se enteró que ya tenía fecha su examen. Aún tuvo que esperar algunos días, pero pasó con éxito todas las pruebas y luego de una semana más le asignaron su nuevo trabajo. Cuando empezó en la Volkswagen conocía los horarios de trabajo, pero no el salario ni los cambios de turno, etcétera. Silverio destaca la importancia del dinero y de un salario seguro y suficiente en su concepto de trabajo:

E: Pues el salario, más o menos se me emparejó, no estaba más o menos; (1) no, me podía quejar porque estaba (1) dándole a mi familia (1) aunque sea pa comer y más o menos irla pasando (1) pero (1) yo mi ambición era pues; (1) yo quiero hacer otra cosa quiero- (1) tener otras cosas en la casa.

Con las horas extras y trabajando los sábados, Silverio puede ganar más o menos los ingresos que necesita. Después del conflicto laboral de 1992,<sup>25</sup> la posibilidad de las horas extras casi desapareció. Silverio no ve muchas oportunidades de ascenso:

<sup>25</sup> Véase Yolanda Montiel y Ludger Pries, *Organización del trabajo y relaciones laborales: El reto de la flexibilidad*, Puebla, El Colegio de Puebla, 1992.

E: Sí, sigo de punteador (1) sí pues es que como es bastante gente (1) es difícil escalar (1) ascender a otro lugar donde pueda uno (1) ganar más (1) la diferencia, está en que (1) lo que tienen los jefes es de que si trabaja, uno (1) pueees le dan (1) a uno la oportunidad de un tiempo extra; (1) entonces es la ventaja esa.

Con absoluta seguridad en sí mismo, Silverio destaca que hace 15 o 20 años seguro que hubiera ascendido a maestro en un tiempo muy corto, pero ahora las condiciones económicas y generales son muy distintas. Para él ascender en la Volkswagen consiste en llegar hasta soldador de primera u hojalatero de primera, pero las afirmaciones correspondientes son muy vagas, dadas las circunstancias coyunturales-económicas; el realismo de Silverio plantea sus aspiraciones de carrera en la Volkswagen en términos muy generales. Critica las condiciones ergonómicas del trabajo y también el nuevo sistema en grupos: *ahora nosotros ya no somos obreros, ahora ya somos técnicos (1) o sea que ha habido un cambio (1) no sé (1) es, lo (1) mismo (1) no más lo que cambia es el nombre*. Igual, no espera mucho del sindicato: *el sindicato ya no sirve; (1) el sindicato; (1) y es que más que nada; (1) no es que no sirva (1) es que la gente no estuvo preparada (1) es que (1) no sé (1) cómo poner una gente sin preparación; (1) sin conocimientos (1) que no sepa lo que es la ley federal del trabajo*.

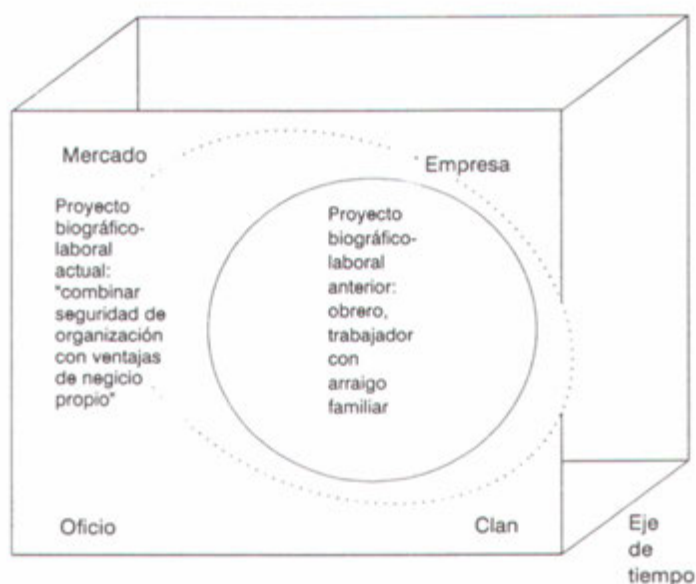
En resumen, Silverio tiene una posición bastante crítica y distanciada respecto a su trabajo en la Volkswagen. Como "una de las personas que están muy cerca de las noticias", también sabe que bajo las condiciones de crisis actuales, un trabajo fijo y seguro también tiene sus ventajas: *entonces digo, no sé, yo me he fijado mucho, me fijo en mi papá; la edad que tiene, no tuvo un trabajo seguro, ahora no tiene de dónde recurrir tiene que andarle, seguirle luchando para sobrevivir*.

Silverio destaca el seguro social y el pago de jubilación como ventajas de un trabajo asalariado; menciona también la posibilidad de meter con mayor facilidad a sus dos hijos a la Volkswagen en caso de que quisieran trabajar en la empresa.

Más allá de las condiciones estructurales que limitan sus opciones de empleo y trabajo, y al lado de las ventajas que tiene para Silverio su trabajo en la Volkswagen, hay un factor personal que le permite aguantar y hasta sentirse bien en su situación actual: aparte de su trabajo en la empresa, Silverio empezó con un negocio que le gusta, que le da ingresos adicionales y que le abre una posible perspectiva para el futuro. Silverio renta lonas para fiestas. Primero construyó bastidores de tubo y empezó con dos lonas; en el momento de la entrevista ya tenía cuatro que estaba rentando casi cada fin de semana. Tal negocio se desarrolló en el contexto familiar y del clan. Silverio vive en un terreno muy grande que su papá —de procedencia campesina— heredó a los cinco hijos, y donde cada quien tiene su casa propia. Tres de estos hermanos también trabajan en la Volkswagen; Silverio narra cómo sus tíos, compadres, hermanos, vecinos y otros conocidos venían a preguntarle por una lona, y así poco a poco desarrolló su negocio. Con el alquiler de sus cuatro lonas, en los dos días de fin de semana gana al menos tanto dinero como en los cinco días de trabajo en la Volkswagen.

El proyecto biográfico-laboral de Silverio se caracteriza, pues, por el predominio de los esfuerzos y el trabajo duro del entrevistado. En su biografía las condiciones y limitaciones de acción estructurales sí pesan y están presentes, pero tanto en lo que imaginamos de lo ocurrido como en la percepción expresa del entrevistado, los recursos y esfuerzos individuales desbordan las estructuras dadas. Así como el éxito laboral lo atribuye a sus propios esfuerzos, Silverio deduce que su hermano mismo es culpable de haber sido despedido de la Volkswagen: *entonces fue lo que pasó (1) cuando quitaron, un turno; seleccionaron su gente (1) entonces por (deducción) yo pienso que (1) él era flojo (1) o se oponía al trabajo, (1) o algún motivo; (1) o no encajaba (1) o no comparenta (1) sean entre supervisor y trabajador.*

No podemos afirmar que la trayectoria laboral de Silverio se estructure primordialmente a partir de la institución de la empresa. Sus empleos fueron más o menos cortos, el entrevistado siempre salió por su propia iniciativa y, aun



Don Silverio: Aumentar el control interno sobre la trayectoria y diversificar las instituciones.

Figura 4. Proyecto biográfico-laboral de don Silverio.

en la Volkswagen, no tuvo una larga carrera laboral ni tiene expectativas muy concretas al respecto. La lógica del mercado se refleja tanto en los cambios de empleo (para mejorar sus condiciones de trabajo), como en la actividad de rentar lonas. Este concepto biográfico-laboral de hombre activo, que tiene éxito con base en el esfuerzo y en el trabajo duro se observa en muchas partes de la entrevista:

E: Como punteador (1) sí; (1) pero le digo, yo soy muy inquieto a mí no me gusta nomás estar aprendiendo (1) le digo, que desde chavito empecé a vender gelatinas; (1) a bolear zapatos, y luego a ordeñar, vacas, a limpiarle y luego fui a los camiones (1) me llamó la atención este (1) cómo le diré; (1) ver, cómo los manejaban (1) tuve que andar descargando los camiones y luego aprendí a manejar (1) anduve en los carros (1) y no sé (1) y me ha gustado aprender y aprender y una de las

cosas es de que le he sacado mucha ventaja a eso; (1) o sea he aprendido y (1) al paso (1) al paso he (1) este (1) cómo le diré (1) me he hecho de algo (1) por decirlo (1) esto pos no tiene ni diez años que lo hice menos.

La figura 4 ilustra un par de características. Primero, el tamaño de sus dos círculos indica el creciente "control interno" de Silverio sobre su propia trayectoria y biografía laborales. Empezó muy abajo en la jerarquía de estatus ocupacional, tenía que hacer cuanto le encargaban. Con el tiempo y por sus esfuerzos, Silverio conquista cada vez más el destino de su vida laboral, él mismo decide los cambios de empleo; con el negocio de las lonas, él mismo se abre una segunda línea de actividad e ingreso. Segundo, la renta de lonas le abre más espacio tanto hacia la institución del mercado como hacia la del clan. La institución organizacional, concretamente la empresa Volkswagen, tiene una fuerza significativa y, al mismo tiempo, limitada sobre su trayectoria y biografía: los cambios decisivos en su vida laboral no derivan de ascensos importantes en el "mercadeo interno de trabajo", es decir, en la línea escalafonaria, sino de sus actividades extrafabriles. Tal situación se refleja en los aspectos formales de la entrevista.

Sólo una cuarta parte del tiempo la dedica Silverio a la situación laboral en la Volkswagen; en una octava parte más trata la experiencia clave del acceso a este mundo organizacional (reclutamiento, etcétera), y 15 por ciento de la entrevista lo ocupa su trabajo con las lonas. En comparación con otros hombres, Silverio habla bastante sobre otros temas, como su niñez y familia de origen, sus estudios, la situación de la familia, sus dos hijos y las aspiraciones para el futuro.

## *Conclusiones*

Después de algunos apuntes comparativos sobre el contexto de la cultura obrera en México, sólo podíamos esbo-

zar a muy grandes rasgos el marco conceptual de los "proyectos biográfico-laborales". En el análisis de tres entrevistas biográficas se aplicó este instrumento. Creemos que la diferenciación analítica entre las cuatro instituciones (mercado, empresa, profesión y clan), que estructuran en el sentido de limitar y facilitar las trayectorias laborales individuales, es una buena herramienta para "cortar brechas en la selva de la realidad". El marco conceptual también nos permite diferenciar y medir la relación entre la estructuración de las trayectorias laborales por estas instituciones, por un lado, y por los recursos, proyectos y actividades de los individuos, por el otro. De esta forma, puede concretarse lo que en sociología conocemos como el concepto de "hombres controlados por afuera" y "hombres guiados por adentro".<sup>26</sup> Silverio es el ejemplo de una persona que, a pesar de las limitaciones dadas, busca su propio camino y cambia sus espacios de maniobra. Hay otros obreros entrevistados de la Volkswagen que, al contrario, dejan la impresión de que sus trayectorias son y están percibidas como "plumas en el aire", pues no son ellos sino "las condiciones objetivas" las que definen su destino.

En el caso de don Javier también observamos claramente el cambio del proyecto biográfico en el tiempo: del "hojalatero artesanal" que critica los tiempos modernos, hasta el "hojalatero comercial" que asimila los nuevos métodos de trabajo y los nuevos clientes. Por fin, el marco conceptual propuesto nos permite diferenciar entre la trayectoria y la biografía, es decir, "lo objetivo" y "lo subjetivo", y juntarlas en el concepto de "proyecto biográfico-laboral". Por supuesto, condiciones y limitaciones "objetivas", los espacios y recursos de acción de los hombres son diferentes y forman las bases, a veces muy pesadas, de la desigualdad social. No todos los hombres tienen el mismo acceso a las necesidades básicas de nutrición, vivienda y educación; además, en tiempos de crisis económica por ejemplo, las generaciones del sistema educativo, a pesar de todos sus esfuerzos por

<sup>26</sup> Véase por ejemplo, los enfoques diferentes de David Riesman, *The Lonely Crowd*, New Haven, 1950, y Elias Norbert, *Was ist Soziologie?*, Munich, Juventa, 1986.

superarse, se encuentran en una situación muy desventajosa en comparación con otras generaciones que vivieron el mismo "evento" bajo otros signos coyunturales.

No obstante, al mismo tiempo, vemos el papel activo de individuos que influyen y modifican el tamaño y el rumbo del "túnel que están perforando en la realidad social". En ésta no es posible distinguir con exactitud entre "condiciones objetivas" y "situaciones subjetivas"; hay espacios solapados y superposiciones, y las "condiciones objetivas" sólo son tales en la medida en que son percibidas por los actores —lo cual ya da espacio a interpretaciones diferentes. En las biografías de los hombres encontramos una "zona gris" de incertidumbres, de oportunidades no percibidas y realizadas, de reinterpretaciones posteriores de "condiciones objetivas", de limitaciones de acción no reconocidas, etcétera.

Entre las condiciones sociales y las intenciones individuales, la contingencia de la biografía puede asumir un papel importante. "Lo que pudiera ser, y lo que hubiera sido cuando...", tales son las perspectivas de orientación fundamentales en procesos biográficos. Entre las formas del mero control propio y/o del puro control ajeno se notan mecanismos de atadura propia, de enredo, oportunidades objetivas y paralización subjetiva, que biográficamente se vuelven relevantes en la forma de su atribución a personas.<sup>27</sup>

Hay casos extremos en que los entrevistados —a pesar de haber trabajado, por ejemplo, como sirvientes en hogares particulares durante 15 o 20 años— responden a la pregunta sobre trabajos asalariados que no tienen experiencias correspondientes; aquí "la situación objetiva", es decir, la trayectoria de un largo trabajo asalariado no coincide con su "percepción subjetiva". Las mujeres entrevistadas en este caso percibieron y vivieron sus trabajos asalariados como un tipo de pertenencia a una familia grande, en la cual cumplían cierto papel.

<sup>27</sup> Véase Hanns-Georg Brose, "Berufsbiographien im Umbruch. Erwerbsverlauf und Lebensführung von Zeitarbeitnehmern", en Karl Ulrich Mayer (ed.), *Lebensverläufe und sozialer Wandel, Sonderheft 31 der Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1990, p. 182. Es por este contexto que preferimos usar los términos objetivo y subjetivo entre comillas.



Los datos empíricos no son representativos de México y tampoco son tan exhaustivos como para discutir el tema global de la cultura obrera. Más bien intentamos tratar un aspecto de la cultura obrera, las orientaciones y conceptos de los trabajadores respecto al trabajo y empleo, así como la interrelación de estos conceptos con la movilidad laboral. Afirmamos la gran heterogeneidad del mundo del trabajo en un país como México, la cual, desde nuestro punto de vista, no se está reduciendo sino agudizando, y vimos la fragilidad de ciertas situaciones laborales y relaciones de empleo en el tiempo. Sostenemos que para una gran parte de la población económicamente activa de México, durante su trayectoria laboral, el cambio de un tipo de empleo a otro —por ejemplo, entre trabajo asalariado y trabajo por cuenta propia—, es una aspiración y una experiencia muy normal.

Con base en las entrevistas sostenemos que el trabajo asalariado, más aún en la actual situación de crisis, ofrece muchas ventajas a los trabajadores; pero, al mismo tiempo, se revela que el trabajo asalariado tiene muchas desventajas e inconvenientes para los trabajadores. Todos los resultados de la investigación apuntan hacia la inexistencia de una pauta clara y dominante de una “relación laboral normal” —en el sentido de un trabajo asalariado de tiempo completo que otorgue los ingresos necesarios para sostener a una familia. Tampoco existe la institución de un “Estado de bienestar” fuerte, ni “objetivamente” (en el sentido, por ejemplo, de un seguro de desempleo o de una forma de “ayuda social para sobrevivencia”), ni “subjétivamente” (como expectativas o reclamos individuales hacia el Estado para que éste se ocupe de resolver sus problemas). Lo que suele prevalecer es la actitud de “cada quien y Dios son responsables de su destino”, así como la práctica de resolver los problemas de sobrevivencia en el nivel individual, familiar y de clan. Sólo en este contexto podemos entender, por ejemplo, las tasas muy bajas de empleo formal y desempleo abierto: sospechamos que los tres proyectos biográfico-laborales que presentamos aquí no son excepcionales, sino que reflejan este contexto social, eco-

nómico y cultural en el que habría que ubicar la cultura obrera conceptual y empíricamente.

Frente al trabajo y empleo, tanto las actitudes y los conceptos como las prácticas correspondientes se hallan fuertemente estructurados por la institución de la familia y el clan. México posee un sistema capitalista de mercado, pero es un sistema truncado o, como lo llamaría García Canclini (1989), una "sociedad híbrida", donde la institución social de mercado y las organizaciones formales juegan un papel relativo en el conjunto de las otras instituciones que estructuran la vida del trabajo y empleo.<sup>28</sup> Aquí la gran interrogante es si la globalización e internacionalización de la economía y la sociedad mexicanas tendrán un impacto de tal magnitud que el mercado gane un papel cada vez más dominante, y la sociedad mexicana se vuelva una "sociedad de organizaciones",<sup>29</sup> o si la tan importante institución del clan seguirá como un tipo premoderno y posmoderno de asociación.

## Bibliografía

- Azaola, Elena, *La clase obrera como sujeto de estudio en México (1940-1980)*, México, CIESAS, 1984.
- Beck, Ulrich, *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*, Frankfurt, Suhrkamp, 1986.
- Beck Ulrich, Michael Brater, Hansjürgen Daheim, *Soziologie der Arbeit und der Berufe*, Grundlagen, Problemfelder, Forschungsergebnisse, Reinbek, Rowohlt, 1980.
- Bell, Daniel, *Die nachindustrielle Gesellschaft*, Frankfurt, 1975.
- Bizberg, Ilán, *La acción obrera en Las Truchas*, México, El Colegio de México, 1982.
- , *La clase obrera mexicana*, México, SEP, 1985.
- Brose, Hanns-Georg, "Berufsbiographien im Umbruch. Erwerbsverlauf und Lebensführung von Zeitarbeitnehmern", en Karl

<sup>28</sup> Para un estudio muy interesante que relativiza el "paradigma del mercado", véase Enzo Mingione, *Fragmented Societies. A Sociology of Economic Life beyond the Market Paradigm*, Oxford-Cambridge, Basil Blackwell, 1991.

<sup>29</sup> Véase Charles Perrow, "Organizational Theorists in a Society of Organizations", en *International Sociology*, vol. 7, 1992, pp. 371-380.

- Ulrich Mayer (ed.), *Lebensverläufe und sozialer Wandel. Sonderheft 31 der Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1990, pp. 179-211.
- De la Peña, Guillermo y Agustín Escobar (comps.), *Cambio regional, mercado de trabajo y vida obrera en Jalisco*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, 1986.
- De la Peña, Guillermo, Juan M. Durán, Agustín Escobar y Javier García de Alba (comps.), *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/CIESAS, 1990.
- Deutschmann, Christoph, "Der 'Berriebsclan'. Der japanische Organisationstypus als Herausforderung an die soziologische Modernisierungstheorie", en *Soziale Welt*, vol. 38, 1987, pp. 133-147.
- Doeringer, P. y Michael Piore, *Internal Labor Markets and Manpower Analysis*, Lexington, D.C. Heath, 1971.
- Elias, Norbert, *Was ist Soziologie?*, Munich, Juventa, 1986.
- Fourastier, Jean, *Die große Hoffnung des 20 Jahrhunderts*, Colonia, Bund Verlag, 1969.
- Fürstenberg, Friedrich, "Social Integration within Work and the Resulting Strategies in Industrial Relations — The case of Germany, Japan and the Great Britain", mimeo, 1993.
- García, Brígida, "La ocupación en México en los años ochenta: hechos y datos", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 55, México, 1993.
- Goldthorpe, John, David Lockwood, Frank Blechhofery y Jennifer Platt, *The Affluent Worker: Industrial Attitudes and Behaviour*, Cambridge, 1986.
- Hobsbawm, Eric, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1979.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Perfil sociodemográfico de los Estados Unidos Mexicanos*, Aguascalientes, INEGI, 1992.
- Lutz, Burkart, *Der kurze Traum immerwährender Prosperität*, Frankfurt-Nueva York, Campus, 1984.
- y Werner Sengenberger, *Arbeitsmarktstrukturen und öffentliche Arbeitsmarktpolitik*, Göttingen, Otto Schwartz, 1974.
- Mallet, Serge, *Die neue Arbeiterklasse*, Neuwied-Berlin, 1972.
- Mannheim, Karl, *Ensayos sobre sociología y psicología social*, México, FCE, 1963.
- Mingione, Enzo, *Fragmented Societies. A Sociology of Economic Life beyond the Market Paradigm*, Oxford-Cambridge, Basil Blackwell, 1991.

- Montiel, Yolanda y Ludger Pries, *Organización del trabajo y relaciones laborales: el reto de la flexibilidad*, Puebla, El Colegio de Puebla, 1992.
- Novelo, Victoria (coord.), *Monografías obreras*, tt. I y II, México, CIESAS, 1987.
- y Augusto Urteaga, *La industria en los magueyales. Trabajo y sindicatos en Ciudad Sahagún*, México, Nueva Imagen, 1979.
- Ouchy, William, *Teoría Z. Cómo pueden las empresas hacer frente al desafío japonés*, Barcelona, Norma, 1982.
- Perrow, Charles, "Organizational Theorists in a Society of Organizations", en *International Sociology*, vol. 7, 1992, pp. 371-380.
- Pries, Ludger, *Hacia una sociología del empleo*, Puebla, El Colegio de Puebla, 1992.
- , "Biografía y sociedad: Un enfoque integrativo e interdisciplinario", en *Anuario de El Colegio de Puebla*, Puebla, 1993.
- , "Erwerbsverläufe und Arbeitsorientierungen abhängig und selbständig Beschäftigter in Mexiko", mimeo, 1994.
- Radkau, Verena, *"La fama" y la vida. Una fábrica y sus obreras*, México, CIESAS, 1984.
- Riesman, David, *The Lonely Crowd*, New Haven, 1950.
- Schütze, Fritz, "Biographieforschung und narratives Interview", en *Neue Praxis*, núm. 3, 1993, pp. 283-293.
- Sorroza Polo, Carlos J., *El pensamiento obrero de lo social y lo sindical*, México, FLACSO (Tesis), 1985.
- Toivonen, Timo, "The New Rise of Self-Employment and Industrial Structure", en Stuart R. Clegg (ed.), *Organization Theory and Class Analysis. New Approaches and New Issues*, Berlín-Nueva York, De Gruyter, 1990, pp. 315-341.
- Thompson, Edward P., *Die Entstehung der englischen Arbeiterklasse*, tt. I y II, Frankfurt, Suhrkamp, 1987.
- Várguez Pasos, Luis A., "Cultura obrera en crisis: el caso de los cordeleros de Yucatán", en *Estudios Sociológicos*, vol. XI, México, 1993, pp. 93-110.
- Vélez-Ibáñez, Carlos G., *Lazos de confianza. Los sistemas culturales y económicos de crédito en las poblaciones de los Estados Unidos y México*, México, FCE, 1993.
- Willis, Katie, "Women's Work and Social Network Use in Oaxaca City, México", en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 12, 1993, pp. 65-82.



## VII. Trabajo, cultura y sociedad: reflexiones sobre la “cultura obrera” y la “reproducción social”

*Nadya Araujo Castro*

### *Introducción*

Desde hace tiempo, la sociología es deudora de una elaboración conceptual más sistemática acerca del nexo entre trabajo y cultura; y esto no deja de ser curioso por varias razones. En primer lugar, porque el debate sobre las relaciones entre cultura y sociedad estaba en el centro de todos los grandes paradigmas. En segundo, porque el ámbito del trabajo (vale decir, de las relaciones sociales que en él se establecen) se muestra, a lo largo del tiempo, como una instancia explicativa privilegiada en los estudios sociológicos sobre la dinámica social. En tercero, porque la ausencia de una teorización sistemática no debe llevar a creer que no existen teorizaciones implícitas informando la construcción de las interpretaciones; al contrario, en ellas están presentes y reflejan el debate teórico más amplio que a cada momento se establece en el campo de las ciencias sociales.

Por eso mismo, procuré organizar esta exposición en dos partes principales. En la primera, retomo el tema de la relación entre cultura y sociedad, reflexionando sobre algunos puntos de partida disponibles en nuestras teorizaciones de mayor aliento analítico. Procuero de ese modo relativizar el partir de barreras disciplinarias hacia la centralidad del nexo del trabajo, cultura y reproducción. En la segunda, retomo específicamente la discusión sobre “cul-

tura obrera" y "reproducción social", para resaltar cómo en estos conceptos se reflejan las tensiones e *impasses* presentes en la teorización más general, y concluir con una reflexión en torno a algunas de sus posibilidades y límites frente a los desafíos teórico-metodológicos actuales en el campo de la sociología.

A esta misma reflexión se accede en dos movimientos. En el primero, procuro despegar de algunas categorías que sirven de puntos de partida y corresponden a un mismo y único cuerpo teórico: la teoría marxista de la reproducción social. En el segundo, intento traducirla conceptualmente a un modo más amplio para llegar al trinomio "trabajo, cultura y sociedad". Con este paso se establece un terreno común donde varias y diferentes teorías dialogan en torno a un mismo campo problemático. Hecho esto, puedo retomar las nociones de "cultura obrera" y "reproducción social" situándolas en ese campo.

### *Cultura y sociedad: puntos de partida e impasses de llegada*

Formular una teoría de la cultura ha sido un desafío para la sociología, en la medida en que remite a una reflexión sobre debates constitutivos de su propia identidad científica, en especial, al que se pregunta por la naturaleza de la *acción* y la producción del *orden*.

De hecho, la teoría *sociológica* de la cultura apenas se tornó un imperativo analítico, cuando la sociología asumió como punto de partida la existencia de un orden subjetivo en su centralidad para la comprensión del mundo de las relaciones sociales. Esto representó mucho más a partir del reconocimiento de que la acción está dotada de un sentido subjetivo. Fue importante asumir que la subjetividad de los agentes era uno de los elementos estructurantes de las relaciones sociales, y que operaba simultáneamente como causa y efecto de una pluralidad de interacciones interpretativas, si bien en sí misma re-

sultaba irreductible a cualquier acto interpretativo, simple y único.<sup>1</sup>

De ahí que el movimiento de la realidad social demandara una teorización sobre los procesos de construcción de experiencias y significados. Una concepción sociológica de cultura se vuelve, a partir de aquí, una herramienta analítica de primer orden.

Sin embargo, una teoría sociológica de la cultura se sustenta en otro requerimiento de partida: supone que a la cultura le será conferida alguna posibilidad de autonomía. Vale decir, que las relaciones sociales pasan —repito— a ser investigadas a partir de estructura y significados inherentes a la propia cultura.

En este sentido, la posibilidad de una teoría sociológica de la cultura desafía, en un solo tiempo, los abordajes límite. Por un lado, aquel que absolutiza esa autonomía y, por eso mismo, priva de sentido al estudio de los fenómenos de la vida social y comprende la “experiencia a través del mismo individuo que construye su vida interior y se capacita para interpretar a la del otro”.

Esto se resuelve en el descubrimiento de los significados, en la interpretación del sentido —interno y subjetivo— de las estructuras culturales. De modo que el análisis sociológico se disuelve en un partido exclusivo desde el punto de vista cultural. Por otro lado, una teoría sociológica de la cultura desafía naturalmente toda suerte de abordaje mecanicista, que convierte una dimensión subjetiva de la realidad social en un mero epifenómeno de determinantes externos al mundo, resultado de las construcciones simbólicas de los agentes sociales. En este caso —en la sociología de la cultura—, por la simple razón de que se priva a la cultura de un estatuto analítico significativo.

Finalmente, otro aspecto importante desafía al pensamiento sociológico en sus reflexiones primeras sobre el tema: la cuestión de la coherencia cultural. De hecho, la

<sup>1</sup> Véase J.C. Alexander, “Analytic Debates: Understanding the Relative Autonomy of Culture”, en J.C. Alexander y S. Seidman (eds.), *Culture and Society: Contemporary Debates*, Londres, Cambridge University Press, 1990, pp. 1-31.



herencia de la filosofía social del siglo XIX valora la comprensión de la cultura en cuanto *Geist*, terreno privilegiado a partir del cual se podría caracterizar la especificidad que distingue a cada sociedad. La acreditación de un principio de coherencia cultural prevaleció, de alguna manera, en el pensamiento de la antropología social naciente también en el sentido más complejo e inclusivo. En cuanto a las ideas y valores, fueron apenas una parte de la amplia materia prima de que se forma la cultura, pues ésta seguía siendo coherente y partidaria de modo consensual, cortando transversalmente todas las líneas de heterogeneidad y división social.<sup>2</sup>

El descenso al interior de la antropología clásica,<sup>3</sup> llegó a la sociología del siglo XX con algunas interrogantes clave:<sup>4</sup> en primer lugar, ¿cuán unificadas y coherentes son las culturas?; en segundo, ¿cuán partidarios y consensuados son los ingredientes culturales? A estas interrogantes Smelser agrega otra que se constituirá en la piedra de toque para las transformaciones de la teoría sociológica de la primera mitad del siglo: ¿hasta qué punto la cultura se reproduce en el individuo y en la estructura social?

Parsons y Shills dieron al respecto una de las respuestas mejor elaboradas de la teoría sociológica.<sup>5</sup> Luego de considerar a la acción como simultánea simbólica, social y motivacional, la ecuacionarían a la relación entre cultura y sociedad para tratar de escapar del dilema "experiencia subjetiva *versus* determinación externa". Por tanto, proponemos la existencia de tres niveles articulados que comparten un solo mundo empírico: cultura, sociedad y personalidad. De esa forma, su teoría general de la acción procura eludir el determinismo mecanicista pues propug-

<sup>2</sup> Véase L.H. Morgan, *Ancient Society*, Nueva York, World Publishing, 1987; E.B. Taylor, *Primitive Culture*, Boston, Estes & Lauriat, 1920, y R.H. Lowie, *An Introduction to Cultural Anthropology*, Londres, George Harrap, 1934.

<sup>3</sup> Véase R. Benedict, *Patterns of Culture*, Boston, Houghton Mifflin, 1934.

<sup>4</sup> Véase N.J. Smelser, "Culture: Coherent or Incoherent", en R. Munch y N.J. Smelser (eds.), *Theory of Culture*, Berkeley, University of California Press, 1992.

<sup>5</sup> T. Parsons y E. Shills, *Toward a General Theory of Action*, Cambridge, Harvard University Press, 1951.

na que la unidad temática tenga un referente cultural, esto es, que toda acción social sea siempre la especificación de un patrón cultural más amplio. Entre tanto, procuremos escapar también del culturalismo al afirmar que la acción humana es siempre parte de un sistema social (y no de un sistema cultural).

Pero retomando la pregunta de Smelser acerca de ¿cómo la cultura gana existencia realizándose en el individuo y en la sociedad?, para Parsons un análisis sociológico de la cultura sería, en primera instancia, una reflexión sobre su *institucionalización*, proceso por el cual la cultura se vuelve parte de las estructuras reales en las que se organiza una sociedad. En tal sentido, ésta no nos interesaría en sí misma, vale decir, como un sistema simbólico. Antes cabría establecer cuáles son los mecanismos por los que los elementos de este sistema cultural se producen al interior del sistema social (socializado, dentro de otros), a través de su constitución en pautas valorativas que estructuran las expectativas del comportamiento social patronizado. En los términos más rigurosos de la sociología de la cultura, subyacente al pensamiento parsoniano: el desafío del análisis sociológico consistiría en explicar cómo los elementos simbólicos del sistema cultural se convierten en valores, tornándose los papeles sociales en componentes intrínsecos.

Alexander sugiere que, al desviar la atención analítica hacia los mecanismos por los cuales los patrones se institucionalizan y conforman una estructura valorativa de la sociedad, la teoría funcionalista abandonó el interés por el origen y los procesos internos del sistema cultural; con eso, cambió la paradoja de su abordamiento sobre los significados que pasan por la idea de la autonomía cultural, como punto de partida de su formulación.<sup>6</sup> Algunos otros clásicos de la perspectiva funcionalista de la cultura en la sociología, tampoco escaparon a esa paradoja;<sup>7</sup> los valores acabaron por concebirse como generalizaciones de

<sup>6</sup> J.C. Alexander, *op. cit.*

<sup>7</sup> Véase R.K. Merton, "Science and Technology in a Democratic Order", en *Journal of Legal and Political Sociology*, núm. 1, 1942, pp. 115-126.

comportamientos actuales, antes que como derivaciones de procesos de simbolismo y significado que debieran hallarse en la raíz de los mismos comportamientos.<sup>8</sup>

El *impasse* analítico en el que se colocaron las perspectivas de inspiración parsoniana, fue aún más evidente con la irrupción del enfoque semiótico y de su incorporación a las ciencias sociales, notoriamente a la antropología. Se retomó entonces la línea interpretativa que detectó en la autonomía dos sistemas simbólicos fundamentales frente a las instituciones sociales. La acción de dos sujetos puede ser entendida y remitirse —de modo inmediato— al sistema de signos en el cual se encuentra inmersa. Este sistema a su vez, opera de modo análogo a lo que Saussure había teorizado por referencia lingüística: como un resultado independiente de infinitos actos sociales, cuya estructura conformarían leyes internas y determinantes inmediatos de un medio ambiente social.<sup>9</sup>

Asimismo, el nexo entre sistema simbólico y relaciones sociales deja de ser foco central. En cambio, se sublima la urgencia de analizar la integridad interna de la organización y de la cultura, cuyo entendimiento supone la separación analítica entre el momento inicial de reconstrucción de la estructura simbólica y los códigos sociales, y el momento subsecuente de correlacionar actos sociales y códigos culturales.<sup>10</sup>

La situación se modificó cuando los abordajes semióticos y estructuralistas aparecieron en la escena intelectual, eclipsando el encanto interpretativo de la teoría sociológica de la cultura de corte funcionalista. Algunos sociólogos reaccionaron descalificando este antagonismo:<sup>11</sup> se trata de un análisis unilateral porque apenas concierne a los sistemas de signos y no al entendimiento de las sociedades, lo que requeriría el abandono de cualquier referencia a

<sup>8</sup> Véase J.C. Alexander, *op. cit.*

<sup>9</sup> F. Saussure, *Course of General Linguistic*, Nueva York, McGraw-Hill, 1964 [1916].

<sup>10</sup> Véase M. Sahlins, *Culture and Practical Reason*, Chicago, University of Chicago Press, 1976.

<sup>11</sup> Véase J.C. Alexander, *op. cit.*

las exigencias interaccionistas situacionales y un paso atrás para una visión de completa autonomía de la cultura. Cierzo que ese extremado argumento podría contraponerse a la propia formulación de Saussure, aquella de que "a diferencia del lenguaje, otras instituciones sociales (como las costumbres, leyes, etcétera) se basan en grados variables, en relaciones naturales entre cosas, debiendo por eso mismo adoptar menos su empleo a los fines perseguidos".<sup>12</sup> En este sentido, si la teoría del lenguaje era el punto de partida de una teoría más general de los signos, ésta no se constituiría reduciendo todos los tipos de sistemas de los signos de modo meramente análogo; tal analogía fue un punto de partida, en el que difícilmente se podría estar al mismo tiempo en el punto de llegada. De ese modo, reflexiones como la de Sahlins evidencian que el entendimiento de las lógicas internas de los sistemas simbólicos antes que un fin en sí mismos, son un medio para correlacionar las prácticas sociales efectivas, dándoles significado.

De cualquier manera la herencia de la semiótica, especialmente en el campo de la antropología, constituye una influencia decisiva en el desarrollo de la reflexión sociológica sobre el nexo entre cultura y producción social, restableciendo la importancia del estudio de los sistemas simbólicos *per se*. Esta vía gana mayor importancia con el fortalecimiento de las corrientes llamadas "micro-sociológicas", particularmente el interaccionismo simbólico y la dramaturgia.<sup>13</sup>

Una última visión teórica, necesaria para contextualizar nuestra discusión, es el resultado de la convergencia de dos vías encontradas: una reflexión del marxismo moderno, sustentada en Gramsci, y una concepción de la cultura como expresión (o instrumento) de dominación.

De hecho, el materialismo histórico ha sido para la sociología el principal animador del debate teórico respecto a una autonomía de la cultura. La formulación del marxismo

<sup>12</sup> F. Saussure, *op. cit.*, p. 76.

<sup>13</sup> Véase H. Blumer, *Symbolic Interactionism*, 1965 y E. Goffman, *Frame Analysis*, Londres, Penguin Books, 1975.

más ortodoxo resulta particularmente problemática en dos aspectos. En el nivel epistemológico, como respuesta al idealismo, propone una subsunción de la relación entre cultura, sociedad y reproducción social, como una relación entre base y superestructura. En el nivel teórico, establece una lógica analítica de corte funcional e interpretativa de la cultura como expresión de la dominación de clases. En realidad, ambas dimensiones son caras de una misma moneda.

Para llevar a cabo un debate académico frente a lo que durante mucho tiempo se llamó la "interlocución de izquierda", Gramsci definió un terreno común al formular una teoría de la cultura como elemento analítico de primer orden, y no un epifenómeno de la estructura económica. Tres elementos de su formulación fueron decisivos para este terreno común: a) la idea de que todos los actores son intelectuales; b) la percepción de que el significado es una dimensión constitutiva de toda acción humana y de toda forma histórica asumida por el orden social, y c) la convicción de que entre los significados culturales y las fuerzas sociales hay una relación compleja que es resultado inmediato de la dinámica de las fuerzas sociales reales, es decir, tampoco le otorga una completa autonomía; las fuerzas sociales constituyen el principal referente para entender las configuraciones culturales. En tal sentido, en una sociedad de clases la cultura se torna parte del proceso de dominación, emergiendo de una gran problemática como hegemonía cultural. La vitalidad de la formulación gramsciana se coloca, de modo natural, en la raíz de algunos de los más importantes desarrollos del marxismo contemporáneo: como una tensión ante la concepción althusseriana de ideología, y con un papel decisivo en el surgimiento de la moderna historia social inglesa, la cual sale al paso de algunas formulaciones de la sociología norteamericana de inspiración marxista.

Pero esto no es nada extraordinario. Resulta curioso verificar que el pensamiento de Gramsci se ha tornado un interlocutor académico legítimo, incluso en teóricos alejados de la tradición marxista, como los llamados "neofuncionalistas" (que discuten una teoría sociológica de la cultura).

Para Alexander, por ejemplo, una manera de abordar la visión gramsciana de la cultura partiría de considerar el esfuerzo teórico parsoniano no como respuesta al idealismo radical (sin caer en el rechazo de la importancia del análisis simbólico), sino como un reconocimiento del protagonismo de las formas (límites) sociales en que se realizan las estructuras simbólicas de la cultura. A diferencia de Parsons, Gramsci enfrentaba el reto de pensar un espacio analítico de autonomía de la cultura, y su reflexión nos lleva al mismo *impasse* paradójico que reconocen los funcionalistas: lo que Alexander denomina nueva teoría de la cultura institucionalizada, apenas traducida en términos conceptuales marxistas. Esto equivale a decir que la hegemonía cultural, en cuanto dominación ideológica de las masas, es un requisito de la reproducción de la dominación de clase; se sustenta en una adecuación voluntaria a los ideales dominantes, que a su vez se transforman lo mismo como valores —en el modelo parsoniano—, que como componentes intrínsecos en el comportamiento de los actores.<sup>14</sup>

Para Gramsci, la fuerza normativa de esos componentes es tal, que su sistema de intelectuales orgánicos de la clase obrera podría transformarse en comportamientos confrontativos, expresados en una latente (e intelectualmente impotente) conciencia obrera. Entonces ¿cuáles son los elementos centrales incluidos en este planteamiento? En primer lugar, una articulación entre sistemas de significados, por un lado, y jerarquías de la división social, de prestigio y de poder, por otro. O sea un análisis sociológico de la cultura que parece requerir necesariamente de sus contrapartes como elementos de la reproducción de las estructuras de poder y dominación. La categoría de "cultura" carece al parecer de una adjetivación que califique o le otorgue un carácter de clase como expresión simbólica. En segundo lugar, se valora la problemática de las luchas simbólicas como luchas concernientes a la producción y reproducción de signos, los cuales se transforman en elementos centrales de una construcción identitaria de los

<sup>14</sup> Véase J.C. Alexander, *op. cit.*

sujetos en cuanto actores sociales. Esto será fundamental en el desarrollo posterior de las formulaciones sociológicas. En tercer lugar, se preserva el carácter explícitamente normativo del acercamiento; una interpretación de la cultura dotada de un sentido finalístico y con expresiones culturales que son evaluadas positiva o negativamente según su capacidad para producir una contra-hegemonía que realice el papel histórico y libertario del proletariado, al volverse consciente de sus "verdaderos (y apriorísticos) intereses de clase".

Finalmente, en cuarto lugar, la cultura debe ser consensual por estar atravesada por las luchas políticas de clase, por un pluralismo cultural y no tanto, por coherencia cultural; los ingredientes de la cultura (como los nombra Smelser) son los componentes simbólicos que conforman cada una de las culturas en lucha, y encuentran su determinación social en los actores y en una dimensión normativa que interpreta las garantías de coherencia interna de cada uno de los sistemas simbólicos en lucha por la hegemonía.

Estos puntos de arranque, creo, nos informan de varios desarrollos posteriores que resultan centrales para el debate actual sobre una teoría sociológica de la cultura, en general, y sobre la cultura obrera en particular. El más conocido de ellos es quizá la contribución de E.P. Thompson.<sup>15</sup> La teoría cultural subyacente en sus formulaciones dista mucho del determinismo economicista y de la normatividad teleológica presentes en muchas de las interpretaciones de inspiración marxista. En sus interpretaciones sobre la formación de la clase obrera inglesa la dimensión simbólica juega un papel decisivo. Para él, una construcción de identidad subjetiva, basada particularmente en códigos y valores, depende menos de los determinantes inmediatos que han generado las contradicciones económicas de clase, y más del proceso formativo de una comunidad.

<sup>15</sup> E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Nueva York, Vintage, 1963.

Este proceso tiene su origen en la forma en que las tradiciones locales (de autoestima, decencia, cumplimiento y solidaridad, que caracterizan a los grupos sociales de los artesanos) son reelaborados en un medio cultural que constituye un nuevo orden industrial, mezclando los discursos de la tradición artesanal, la afiliación religiosa y el ideario socialista. En tanto, Hobsbawm privilegia los análisis de movimientos de masa en cuanto a sus rituales y ceremonias de incorporación y revitalización de un mundo simbólico que, por su autonomía, se constituye como una dimensión central de la interpretación del proceso de formación de clase.<sup>16</sup> Experiencia y significado se vuelven, en sí mismos, categorías fundamentales de análisis.

Por otro lado, la interpretación thompsoniana rechaza el sentido finalístico y normativo que el marxismo más ortodoxo confiere al proceso de formación histórica de clase. Por eso, en su análisis sobre la construcción de la clase obrera inglesa la libera, como un actor social, por un lado, de las ataduras que subjetivizan una interpretación de la cultura obrera sobre "su naturaleza", es decir, expresada como "verdadera" o "falsa" conciencia. Además, una construcción simbólica de esas identidades subjetivas, colectivamente originadas, una vez libre de todo apriorismo subyacente en una comprensión mecanicista de la formación de intereses, aparece representada como un proceso social, en toda la extensión del término: libre de las linealidades que la necesidad económica le impone; multiplicada en sus espacios de constitución (en donde vida fabril y vida extrafabril se vuelven lo mismo para el análisis de construcción de identidades) y en términos de las prácticas que requiere la observación (económicas, simbólicas, político-intelectuales, etcétera).

Es interesante observar que, a pesar de todo lo señalado, aún subsiste algo del esencialismo que caracteriza a la teoría marxista de la dinámica social y su análisis de los sujetos. La clase obrera parece concebirse como sujeto trascendental, poseedor de una virtualidad histórica que orilla a la investigación académica a estudiar su cons-

<sup>16</sup> E. Hobsbawm, *Mundos del trabajo*, Barcelona, Crítica, 1979.



titución como sujeto. Ciertamente que el estudio resulta ahora mucho más rico que en los enfoques tradicionales; pero aún persiste, en gran medida, una observación de la cultura obrera como reflejo, y se presenta un tipo de centralidad que la distinguiría como una serie de identidades forjadas a partir de experiencias de trabajo, en especial, el trabajo directamente ligado a la producción material de bienes.

Por ejemplo, en el trabajo de Paul Willis persiste la idea de la centralidad de la política (para el entendimiento de la dinámica social) como la alienación y la explotación a que están sujetos los obreros. En tanto que la construcción identitaria pasa por la experiencia directa de la producción, una experiencia (la misma) es construida mediante diferentes discursos de naturaleza cultural. Así, en esta formulación reaparece aquello que fuera piedra de toque en la reflexión del interaccionismo y la etnometodología: el desafío de buscar comportamientos y actitudes "naturalizados", porque son aparentemente automáticos e irreflexivos, y sus significados simbólicos son subyacentes y responsables de la transformación de los individuos en seres sociales y colectivos.

Willis va más allá y concluye que la experiencia no sólo puede examinarse en el ámbito del trabajo sino también desde el punto de vista cultural, siempre que se confiera a la idea de cultura un sentido amplio.<sup>17</sup> De manera que en el nexo entre cultura y sociedad, el trabajo pasa a ser una instancia mediadora de primordial importancia. En este sentido, rechaza lo que denomina la "balcanización" de la cultura obrera, especialmente si se considera que su dominio central reside en las relaciones/luchas/formas culturales que se expresan en el ámbito de la producción.

Al detenernos en las formulaciones de este autor sobre los nexos entre proceso de trabajo y formulación simbólica, privilegiaremos aquellos que, en el sentido más amplio, apuntan hacia nuestro tema: la relación entre cultura y sociedad

<sup>17</sup> P. Willis, "Masculinity and Factory Labor", en J. Clarke *et al.*, *Working Class Culture*, Londres, Hutchinson, 1979, p. 185.

o, más específicamente, la relación entre cultura obrera y reproducción social. Para Willis, una cultura obrera no puede ser entendida como una simple respuesta a las imposiciones que impiden una comprensión "verdadera" de las relaciones sociales; tampoco puede ser un modelo discursivo simplemente relativo, de mera compensación ante la impotencia de la condición de explotado. Por el contrario, una cultura del trabajo ocupa los mismos espacios de demanda o ejercicio de las potencialidades humanas, y por cuya apropiación también lucha el capital en sus procesos de valorización y acumulación. Entonces, ¿en dónde está la diferencia? En el hecho de que diferentes lógicas culturales informan la interacción de los agentes del trabajo.

En ese punto, la formulación de Willis parece rechazar simultáneamente los supuestos tradicionales de consensualidad y coherencia; permite además ver el trabajo como un ámbito pluricultural, paralelo al de una cultura obrera y sin que ésta deba su coherencia interna a un imperativo funcional que la llevaría a ser una respuesta ante la dominación. En fin, una nueva cultura obrera ampliada por la comprensión de que a) las experiencias de producción son comunicadas por diferentes discursos y prácticas culturales, b) las cuales se desenvuelven a partir de (y en articulación con) otras instituciones y fuerzas sociales externas a la producción —como la familia, el Estado, el sindicato...

El argumento de "joga fora a crianca com a água de banho" no es válido para Willis. Una nueva cultura obrera, ampliada y compleja, existe al conferir importancia analítica a la experiencia de la producción; porque para él, la producción es un espacio privilegiado tanto por la presencia masiva de trabajadores, como por las luchas que allí se desarrollan y que organizan discursos, y las cuales se combinan de un modo particular con las fuerzas externas.

No siempre la producción ha sido el ámbito central para comprender el proceso de reproducción social como reproducción de la dominación cultural. Para autores como Marcuse o Habermas, a medida en que en las clases las conciencias de clase se vuelven fragmentadas y difusas bajo el capitalismo contemporáneo, otros espacios y otras

formas, que no son el trabajo, se tornan privilegiados para entender cómo una sociedad moderna se reproduce a través de la dominación cultural burguesa sobre el proletariado.<sup>18</sup> Habermas ve esto como un problema que atañe a las formas tradicionales de dominación de clase, remarcando el papel del Estado como aparato administrativo, contenedor de una forma de racionalidad de masas, que penetra en su modo de vida. También desde una perspectiva analítica de la cultura como medio de dominación, autores como Horkheimer y Adorno enfocaron la atención a los medios como una industria cultural;<sup>19</sup> en ese sentido, las prácticas culturales se examinan desde una perspectiva de la cultura en cuanto institución económica, dotada de procesos particulares de producción, distribución y consumo. El abandono de la perspectiva de la dominación cultural de clase, que lleva a privilegiar el ámbito del trabajo, no ha dejado de recurrir a las categorías de dominación y hegemonía, las cuales siguen siendo centrales.

Más recientemente, los estudios de Foucault y Bourdieu analizan la interrelación de los mecanismos de reproducción social y dominación cultural.<sup>20</sup> Los estudios sociológicos en torno a los nexos entre trabajo y cultura de estos autores, al dejar la reducción de las formas ortodoxas pasadas, abren un amplio campo de investigaciones sobre el papel decisivo de la noción de poder en la construcción del análisis.

Así, una teorización foucaultiana en torno a la "microfísica del poder" se ocupa del problema que representa, a pesar de las asimetrías, el poder de tener la propiedad global de plasmar cualquier relación social, sin que importe cómo se visualice ésta. En ese sentido, su microfísica rechaza la concepción de tipo "suma cero" que presenta toda teorización sobre los antagonismos y la dominación de clase.

<sup>18</sup> J. Habermas, *Legitimation Crisis*, Boston, Beacon Press, 1975, y H. Marcuse, *One-Dimensional Man*, Boston, Beacon Press, 1964.

<sup>19</sup> M. Horkheimer y T. Adorno, *Dialectics of Enlightenment*, Nueva York, Herder & Herder, 1972.

<sup>20</sup> P. Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977, y M. Foucault, *The Birth of the Prison*, Nueva York, Pantheon, 1977.

Las nociones bourdianas de *habitus*, campo y capital (en sus variadas formas) retoman igualmente la complejidad del proceso de producción cultural y de la lucha simbólica de la dominación. En cuanto a las formas de dominación de clases, el análisis de Bourdieu destaca su interés en el plano de la representación de los agentes, cuyo elemento central de definición es la noción de disputa, así como las formas de los rituales de legitimación y confrontación que se desarrollan en esa lucha.<sup>21</sup> En su planteamiento sobre las clases sociales adquieren especial importancia las clasificaciones socialmente construidas por agentes sociales; con la idea de construcción se abandona el realismo que marcaba los estudios sobre cultura y dominación de clase. La clase se torna una realidad en la medida en que ésta es resultado de un proceso de lucha simbólica, de lucha por la definición y la clasificación del mundo social por los agentes que lo reconocen. Los *habitus* de clase son al mismo tiempo actitudes, aspiraciones y conocimientos de los agentes en un campo determinado; son constituidos y reconocidos permanentemente en las luchas simbólicas por la dominación.

En este punto, parece claro que la preocupación teórica inicial sobre el contenido de la cultura y su nexa con la reproducción social (una vez desplazadas las ideas de coherencia y consenso cultural) ceden su lugar a las preocupaciones sobre los procesos y mecanismos a partir de los cuales la producción, circulación y las luchas por el campo simbólico pueden producir formas de sociabilidad, y dar lugar al surgimiento de nuevas identidades subjetivas, colectivamente construidas.

Entonces, ¿la cultura obrera y la reproducción social son categorías en busca de nuevos actores y nuevos contenidos que, al mismo tiempo, replantean viejos problemas?

Para obtener un cuadro más general, concluyo con algunas consideraciones polémicas sobre los conceptos de "cultura obrera" y "reproducción social".

<sup>21</sup> P. Bourdieu, *op. cit.*

Para comenzar creo, con base en la anterior revisión, que es posible afirmar que tales nociones, y la relación entre ellas, ganan mayor importancia analítica en cuanto más claramente se remiten al campo teórico en que se forman: los estudios del trabajo y de la dominación de clases en el capitalismo, fuertemente divididos en dos *insights* analíticos de la teoría marxista. Es decir, que el valor heurístico de esas categorías resulta de su capacidad para obtener cierta forma de representación de la realidad social, lo cual fue central en la teoría social contemporánea durante largo tiempo. En ese sentido, reconozco un realismo exacerbado que muchas veces adhiere a nuestras voluntades un esquema en el que las interpretaciones de la conciencia social son ellas mismas construcciones simbólicas, formas de representar la realidad. Justamente en esa característica reside su grandeza y su miseria, así como sus posibilidades y límites.

Así, las formulaciones sobre la producción simbólica y las prácticas culturales de los grupos obreros, y su nexo con la reproducción social reflejan un modo de organizar y jerarquizar los fenómenos de la vida social, sustentado en las ideas de que a) en el trabajo, como la producción de su sobrevivencia, los hombres establecen sus relaciones sociales más decisivas; b) esa centralidad muestra una relevancia que no ocurre en la reproducción en un sentido más amplio; c) en ese espacio de trabajo es posible encontrar a los sectores sociales más agresivos por la virtualidad con que se establece su mundo de relaciones sociales; además de que se crea un conjunto de los trabajadores manuales, directamente ligados a la producción. En ese momento, la capacidad de defensa de sus intereses particulares representa los intereses sociales de mayor amplitud.

Ahora bien, ¿cómo se coloca en ese campo el concepto de "cultura obrera"? A mi juicio, el concepto incorpora una de las más importantes tensiones de la sociología, en general, y de la teoría marxista en particular, pues introduce en sus esquemas analíticos una variable definitivamente perturbadora: las subjetividades de los agentes

sociales, que expresan sus capacidades de interpretar, de conferir significados y de producir representaciones elaboradas a partir de éstas. En ese sentido, se asume el desafío de pensar a los sujetos en su doble dimensión (la cual se expresa en la ambivalencia de las palabras): como *sujetos en sí*, sujetos sujetados, sometidos a las formas de dominación, y también como *sujetos para sí*, porque son capaces de responsabilizarse del proceso de construcción de su existencia.

Lo anterior produce un efecto en el conocimiento que considero fundamental: la discusión sobre la conciencia y la falsa conciencia y todo lo que implica en cuanto definición de intereses, para el campo de las prácticas y las representaciones, es la construcción y generación de significados e interpretaciones sobre la experiencia.

Es cierto que la forma original de enfrentar el problema (visto siempre desde el nivel del nexo entre cultura y reproducción social) fue notoriamente funcional. Una producción académica que reduce a los "sujetos para sí" en "sujetos en sí", como bien critica Willis, interpreta las prácticas simbólicas como paliativos de la dominación,<sup>22</sup> como estrategias de ajuste de los individuos —quienes trazan e internalizan sus normas culturales de sujetación en el ámbito del trabajo— que definen una identidad no-obrera de la que se apropia el capital para usarla en todo momento (véase por ejemplo, los primeros estudios feministas sobre las estrategias de dominación de las mujeres en el proceso de trabajo).

Tal estilo de interpretar presentaba problemas desconcertantes, en la medida en que el funcionalismo privaba al sujeto (a la clase obrera) de trascender los mecanismos que le darían las posibilidades de transformación. De nuevo los estudios sobre la cultura obrera se mostrarían sensibles al debate. Reflexionaron entonces respecto al impacto de las representaciones y simbolizaciones, no como una manera de reproducción de la dominación, sino como producción para la transformación, como genera-

<sup>22</sup> Véase M. Burawoy, *Manufacturing Consent*, 1979.

ción de prácticas de resistencia, de construcción de una identidad fundada en el reconocimiento de las diferencias.

Ahí donde el estilo funcionalista dejaba de pensar las relaciones sobre el mundo social (apenas se sustituía la funcionalidad pasiva por otra negativa), los estudios sobre la cultura obrera quisieron abarcar los análisis sociológicos de las vías marxistas, y desembocaron en un campo bastante creativo. Es decir, en el "espacio recóndito de la producción", el cual es un espacio crítico donde se juegan las virtualidades de la reproducción social, una teoría avanzada capaz de percibir cómo la construcción identitaria de los sujetos que allí se confrontaban era proveedora de experiencias derivadas de otras esferas. La identidad obrera se transformaba en identidades obreras, y requería análisis empíricos para espacios cada vez más amplios de producción (el sindicato, la política, el Estado, y además, la familia, el barrio, las comunidades religiosas y ciertas formas de asociación). Todos estos elementos se volvían proveedores de esas culturas obreras, constituidas en la subjetividad de los actores colectivos.

Para la teoría, eso significó una discusión de las hipótesis más antiguas sobre la formación de intereses de clase y el propio proceso de formación de clase. Más importante aún resulta la experiencia de trabajo (como las representaciones y prácticas que de ella salían), pues pasaba a ser considerada apenas como un espacio entre los muchos ámbitos de la formación de clase.

Curiosamente, cuanto más se investigaba empíricamente, más se mostraba la capacidad de abarcar otros dominios, y el concepto parecía extenderse en su contenido, evidenciándose la dificultad de sobrevivencia de una categoría que se alejaba de su objeto ("cultura obrera").

El debate contemporáneo, a mi juicio, llevó al límite esa tensión. Si traspasáramos el ámbito del trabajo en busca de otros espacios identitarios para el sujeto trabajador; si lo traspasáramos a los intereses económicos inmediatos derivados de las tensiones en el ámbito productivo, se quebraría el propósito del referente unificador: la condición obrera. Pensando en el punto de vista de los sujetos colec-

tivos en formación, cada vez menos la identidad obrera funciona como guía del resto de las identidades, integrándolas. En un proceso inverso la fragmentación genera nuevas identidades que ganan fuerza: se es obrero, se es mujer, se es negro, se es joven, se es migrante. Todas éstas son formas de desigual relevancia para el autorreconocimiento de la construcción de las prácticas colectivas que impactan sobre la dinámica social, pero pueden ser más significativas para la construcción identitaria de los individuos. La identidad obrera convertida en identidades obreras, parece ahora transformarse en identidad femenina, negra, joven, etcétera, identidades colectivas que apenas circunstancialmente se reconocen como obreras. Y eso mismo se vuelve tanto más grave cuánto más avanza la flexibilidad y la precarización de las relaciones dentro del mercado formal de trabajo.

Por otro lado, las investigaciones empíricas llaman la atención sobre la existencia de formas de representación que cortan transversalmente a diferentes grupos locales del interior del trabajo, lo cual ha conducido al surgimiento de conceptos competidores como los de "cultura del trabajo", "cultura de la empresa", "cultura técnica", etcétera. O sea, los elementos culturales provenientes de esos otros mundos simbólicos, igualmente referidos al trabajo, permean e informan sobre la manera en que se construyen valores y actitudes que impactan en la reproducción de la sociedad. En tal sentido, una investigación dirigida a la existencia de múltiples lenguas, múltiples sistemas de códigos y signos que se entrecruzan, debe considerar el punto de vista del trabajo y de la experiencia de la producción.

Por último, todo el debate contemporáneo sobre el llamado "fin de la sociedad del trabajo", junto con los críticos de la centralidad de la cultura obrera para la reproducción social, no pueden dejar de mencionarse. No sólo los contingentes obreros resultan cada vez menos significativos cuantitativamente, y no sólo la industria es un ámbito desfasado del crecimiento avasallador de los modernos servicios de la producción y la circulación de información. Aún



más que eso, una ética propia del trabajo como valor central en la construcción de la sociedad capitalista y central para los fundamentos de la teoría sociológica, ha sido puesta en duda. En este sentido, una reproducción social estaría cada vez menos comprometida con la reproducción de valores y representaciones provenientes de las experiencias y las expectativas sobre el trabajo, considerado como materia prima. Una identidad obrera, ahí donde pueda sobrevivir, tendría muy poco impacto en una dinámica social más amplia.

Tales son, a mi ver, algunos de los elementos centrales que me gustaría destacar, pues se han rescatado de la discusión actual; no sólo para quienes se preocupan por la cultura obrera, sino para todos los estudiosos de las relaciones sociales dentro del trabajo y su significado en la sociedad y en la cultura contemporáneas

## Bibliografía

- Alexander, J.C., "Analytic Debates: Understanding the Relative Autonomy of Culture", en J.C. Alexander y S. Seidman (eds.), *Culture and Society: Contemporary Debates*, Londres, Cambridge University Press, 1990, pp. 1-31.
- Benedict, R., *Patterns of Culture*, Boston, Houghton Mifflin, 1934.
- Blumer, H., *Symbolic Interactionism*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1965.
- Bourdieu, P., *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977.
- , *Distinction*, Cambridge, Harvard University Press, 1984.
- , "What Makes a Social Class?", en *Berkeley Journal of Sociology*, vol. LVI, 1987.
- Burawoy, M., *Manufacturing Consent*, Chicago, Chicago University Press, 1979.
- Dilthey, W., *Selected Writings*, Londres, Cambridge University Press, 1976.
- Foucault, M., *The Birth of the Prison*, Nueva York, Pantheon, 1977.
- Goffman, E., *Frame Analysis*, Londres, Penguin Books, 1975.
- Gramsci, A., *Selection from the Prison Notebooks*, Nueva York, International Publishing, 1971.
- Habermas, J., *Legitimation Crisis*, Boston, Beacon Press, 1975.

- Horkheimer, M. y T. Adorno, *Dialectics of Enlightenment*, Nueva York, Herder & Herder, 1972.
- Lipset, S.M., *The First New Nation*, Nueva York, Doubleday, 1967.
- Lowie, R.H., *An Introduction to Cultural Anthropology*, Londres, George Harrap, 1934.
- Marcuse, H., *One-Dimensional Man*, Boston, Beacon Press, 1964.
- Merton, R.K., "Science and Technology in a Democratic Order", en *Journal of Legal and Political Sociology*, núm. 1, 1942, pp. 115-126.
- Morgan, L.H., *Ancient Society*, Nueva York, World Publishing, 1987.
- Parsons, T. y E. Shills, *Toward a General Theory of Action*, Cambridge, Harvard University Press, 1951.
- Sahlins, M., *Culture and Practical Reason*, Chicago, University of Chicago Press, 1976.
- Saussure, F., *Course of General Linguistic*, Nueva York, McGraw-Hill, 1964 [1916].
- Smelser, N.J., "Culture: Coherent or Incoherent", en R. Munch y N.J. Smelser (eds.), *Theory of Culture*, Berkeley, University of California Press, 1992.
- Thompson, E.P., *The Making of the English Working Class*, Nueva York, Vintage, 1963.
- Taylor, E.B., *Primitive Culture*, Boston, Estes & Lauriat, 1920.
- Willis, P., "Masculinity and Factory Labor", en J. Clarke *et al.*, *Working Class Culture*, Londres, Hurchinson, 1979.



## VIII. Propuesta metodológica para el estudio de sujetos sociales: notas

*Hugo Zemelman*

### *Desafíos del conocimiento*

El tema de los sujetos sociales es parte del esfuerzo por alcanzar una mejor comprensión de la realidad histórica, en tanto conforma un horizonte que articula diferentes planos de la realidad social. El punto de partida de cualquier reflexión metodológica sobre los sujetos sociales tiene que ser el reconocimiento de la complejidad que reviste su consideración como simple producto histórico, a causa de la propia naturaleza dinámica que se manifiesta en su constante despliegue en el tiempo. Debemos conceptualizar, pues, cualquier sujeto como productor de nuevas realidades, lo que exige la inclusión de distintos ritmos temporales y escalas de espacios asociados con esta condición generadora. Así, nos colocamos ante la necesidad de organizar un recorte de observación que permita captar la realidad como articulación de niveles heterogéneos, circunstancia que configura la situación de objetivación del sujeto; esto es, la situación que garantice evitar las distorsiones propias de los parámetros cuando se manejan implícitamente. Es necesario partir de tal situación para evitar alejarnos de las complejidades del sujeto que se pretende analizar.

Cuando la realidad es concebida como una articulación entre producto y productor, establece una relación de conocimiento que sirve para ubicar el problema del sujeto. Se

parte de que hay sujetos que, como tales, son capaces de construir realidades, sin restringirse a la condición de producto histórico, pues constituyen una expresión particular de la subjetividad social; de ahí que permanezca como trasfondo del desafío cognitivo la dialéctica entre determinismo y voluntad humana creadora o rutinaria, transformadora o reproductora, de un orden socioeconómico y cultural establecido. Entendemos que el concepto de dinámica reproductora es propio de los organismos vivos.<sup>1</sup> En oposición a éstos, tenemos los dinamismos de cambio que no sólo pueden dar lugar a reproducciones y crecimientos, sino que, además, definen su particularidad por quedar sometidos a la voluntad de dirección de los hombres en términos de opciones que se pueden reconocer y elegir.

Desde esta perspectiva, siempre que no se aborde con criterios reduccionistas, la subjetividad representa una situación convergente de planos de realidad, pudiéndose rastrear desde cómo desembocan microprocesos (por ejemplo, los de índole psicológica), hasta la apertura hacia ámbitos sociohistóricos caracterizados por su inclusión de otros planos, los cuales pueden constituir el contexto particular del sujeto concreto que se estudie. Estos últimos planos de la realidad pueden estar asociados con otros ritmos temporales y escalas de espacios. Por ello, la subjetividad constituye una realidad que articula diferentes niveles de concreción de la realidad, lo cual plantea la necesidad de problematizar el recorte de observación del fenómeno para dar cuenta de su condición de productor, esto es, de sus exigencias de despliegue temporal.

En efecto, el recorte es parte de una secuencia que caracteriza la situación de objetividad que hemos apuntado. En consecuencia, tenemos que partir de la premisa de que la complejidad de los procesos sociohistóricos en general, y de los sujetos en particular, no se puede resolver recurriendo a procedimientos de simplificación arbitrarios. Una

<sup>1</sup> Confróntense los planteamientos de Humberto Maturana que desde la fisiología han sido trasladados al plano del análisis social por Niklas Luhmann, lo que permite aclarar la función epistemológica que puede cumplir nuestra distinción.

de las pocas afirmaciones que compartimos con Luhmann, es aquélla sobre la necesidad de renovar constantemente el presupuesto de la complejidad en el esfuerzo por construir el conocimiento —en la medida en que lo que se persigue es abrir la capacidad de pensar los desafíos inéditos de la realidad social—, en vez de encontrar la paz conformista de los constructos teóricos; de los cuales no sabemos cuándo se transforman en verdaderos “documentos muertos”.

### *Antecedentes conceptuales*

La reflexión es parte del esfuerzo por encontrar una forma de razonamiento adecuada a la naturaleza particular de la realidad sociohistórica. Sin pretender recuperar en detalle estos desarrollos, cabe por lo menos mencionar algunas formulaciones de carácter epistemológico.<sup>2</sup>

Una caracterización de la propuesta puede ser definida a partir de los siguientes aspectos:<sup>3</sup>

1. La realidad sociohistórica constituye una articulación en movimiento que obliga, en cualquier recorte de observación, a distinguir entre lo dado y lo dándose.
2. Esta exigencia, en cuanto se refiere a la construcción del conocimiento, implica distinguir entre las referencias empíricas (como lo dado) y los requerimientos de la potencialidad (como lo dándose), que cumplen en conjunto la función del requisito de objetividad.
3. De lo que se deriva que el concepto de realidad como movimiento cumple una función epistemológica, y no la de ser su concepción ontológica.

<sup>2</sup> La línea de reflexión ha reconocido distintas etapas. Véase Hugo Zemelman, *Conocimiento y sujetos sociales*, México, El Colegio de México, Jornadas III, 1987; *Uso crítico de la teoría*, México, El Colegio de México/Universidad de las Naciones Unidas, 1987; *De la historia a la política*, México, Siglo XXI/Universidad de las Naciones Unidas, 1989; *Los horizontes de la razón*, Madrid, Anthropos, 1992.

<sup>3</sup> Véase Hugo Zemelman, “Razones para un debate epistemológico”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, vol. XLIX, año XLIX, México, enero-marzo de 1987.

4. La función epistemológica se desdobra y: a) constituye la base para recuperar la historicidad de la razón cognoscente, con base en la crítica de lo dado; b) impulsa la apertura de la razón mediante el esfuerzo consciente de objetivarse para poder asimilar lo no dado de la realidad, que es su movimiento.
5. Lo anterior significa que la formulación de la teoría se subordina al esfuerzo de reconstrucción del problema que ha servido como punto de partida para aproximarse a su especificidad histórica.
6. La reconstrucción mencionada permite delimitar la base real desde la cual se pueden definir opciones de teorización para transformar el problema inicial en objeto teórico de estudio.
7. Por lo tanto, el razonamiento sobre la realidad histórica tiene que ubicarse en un campo de la realidad más vasto que el de la teoría; esto es, en un horizonte histórico que abra paso a la delimitación de un campo de objetos, antes que restringirse a un objeto particular que, por lo general, queda circunscrito a una estructura teórica.
8. La recuperación de la historicidad del problema se acompaña de un necesario control de los sesgos teórico-ideológicos para evitar la reducción del problema a un esquema predeterminado. La adecuación histórica de una teoría es un esfuerzo por resolver, ya que no se soluciona satisfactoriamente a través de las distintas modalidades de la prueba. Por adecuación histórica de una teoría entendemos su capacidad para dar cuenta del modo de articulación de una realidad particular, en un tiempo y un espacio determinados, así como de sus potencialidades de transformación.
9. Para un uso de la teoría históricamente adecuado, debemos distinguir entre el pensar constitutivo del razonamiento teórico y, en sentido estricto, el razonamiento teórico. El primero alude a la formación de las categorías de análisis, más que a la formulación de enunciados de contenido sobre la realidad. La cons-

titución de las categorías se refiere al problema de la pertinencia de la teoría; esto es, que ésta sea adecuada a la historicidad del problema. De ahí que el pensar constitutivo del razonamiento teórico exprese el esfuerzo por aprehender el cambio de la realidad en todas sus formas y en todas sus escalas de temporalidad y de espacio, antes que encuadrarlo en una estructura de explicación teórica que tiene lugar en un marco de condiciones preestablecidas.

10. En la historia de las ciencias sociales, es necesario separar dos tipos de procesos acumulativos: por una parte, la acumulación sustantiva (de conocimiento teóricamente construido) y, por la otra, las formas de organización del razonamiento y de sus recursos analíticos.

### *Especificidad de la problemática*

Las exigencias cognitivas que plantea el sujeto cuando se le concibe como productor obliga a articular dimensiones en la perspectiva temporal del momento (en tanto producto de un proceso histórico-genético) y de la secuencia (en tanto el momento es parte de una secuencia temporal), como forma de incorporar los distintos dinamismos que constituyen al sujeto. Ello se traduce en la exigencia de destacar el movimiento interno sobre las condiciones externas, aunque ambas estén articuladas. En este marco debe distinguirse entre la necesidad del sujeto y sus posibilidades de viabilidad. El sujeto queda enmarcado en una relación de conocimiento que abarca diferentes modalidades de concreción, de tal manera que se pueda recuperar al sujeto en tanto producto y productor. Pero la consideración del sujeto en esta relación supone su comprensión desde sus mismas dinámicas constitutivas, según sean los modos de concreción de la subjetividad social.

Como manifestación de la relación entre producto y productor, no parece posible reducir el sujeto a la condición



de un objeto completo y claramente delimitado. Esto significa entender la subjetividad no como un campo definido en términos de sus manifestaciones, ya sea conductuales o de expectativas o percepciones, sino, de manera más profunda, desde su misma dinámica constitutiva; lo cual remite a un ámbito de realidad muy amplio que no es fácil reducir a un campo teóricamente consistente, pues, de suceder, puede correrse el riesgo de lograr los planos más superficiales del fenómeno.

En verdad, al expresar el proceso de la subjetividad constituyente, el sujeto es siempre un campo problemático antes que un objeto claramente definido, en la medida en que hay que estudiarlo bajo las potencialidades y modalidades de su desenvolvimiento temporal. De ahí que su abordaje conceptual tenga que consistir en desentrañar los mecanismos de esta subjetividad constituyente, así como aclarar los alcances que posee el mismo concepto de subjetividad constituyente. Diremos por el momento que tal concepto nos permite recuperar la distinción entre producto histórico y productor de nuevas realidades aplicado al estudio de los sujetos sociales.

Por consiguiente, el sujeto, en cuanto expresión de la subjetividad social constituyente, debe observarse como proceso que se puede especificar en distintos recortes de observación respecto a sus contenidos; en otras palabras, según diferentes parámetros. Es decir, que la observación no se puede agotar en un solo momento en la medida que su "objetividad" consiste en una diversidad de modos de concreción de la subjetividad, lo que obliga a considerar la relación entre momento y secuencia; de ahí el riesgo de manejar un concepto *a priori* sobre lo que es la subjetividad. A cambio, vale la pena considerar el hecho de que la subjetividad puede reconocer distintos planos para manifestarse, como los propios de la cotidianidad que se muestra en la situación de vida y de trabajo; o bien, los planos tiempo-espaciales, donde se manifiesta la relación memoria-utopía y el propio sistema de necesidades. Por eso nos parece importante recuperar el concepto de ritmo de constitución de la subjetividad social, pues serán esas diferen-

cias las que marquen la distinción entre el micro y el macro proceso social. En esta dirección, parece sugerente trabajar metodológicamente las distinciones temporales hechas por Braudel y establecer un vínculo con la idea gramsciana de movimiento molecular.

La principal dificultad de lo expresado consiste en saber resolver las dinámicas constitutivas, a causa de la tendencia, presente en muchos analistas, de reducirlas a mecanismos propios de la subjetividad individual o, en su defecto, a una reconstrucción de las condiciones "externas" que, eventualmente, la determinan. La cuestión principal se encuentra en no manejar un concepto de determinación que no considere las mediaciones entre estas condiciones y la emergencia de subjetividad, la cual no necesariamente se somete a una evolución progresiva. Por eso, el desafío consiste en encontrar un concepto de subjetividad constituyente que no sea operativo por reducciones al plano de las variables psicológicas y que tampoco se resuelva como simple expresión de procesos macrohistóricos.

Si la subjetividad es un campo problemático que conjuga las dimensiones micro y macro sociales, debe entenderse en una dialéctica que incluya ambas dimensiones, lo cual exige reconocer mecanismos que, pudiendo darse en un plano de la realidad, sean productores de realidades inclusivas. La necesidad y la experiencia articulan lo micro y lo macro social, pero en su reproducción se proyectan a micro planos, así como es posible que en su concreción reflejen dinámicas macrosociales.

En esta dirección, es necesario profundizar en los mecanismos constitutivos de la subjetividad para no congelar la problemática en una tipología de conductas. Bajo la misma perspectiva se pueden destacar algunos momentos en este proceso de la subjetividad social. Debemos comenzar por aquello que puede ser básico de la subjetividad según un enfoque no psicologista; a saber, *el mundo conformado de las necesidades* en un sentido genérico, sin caer en el particularismo de ninguna demanda concreta. *Este mundo está constituido por dos sectores básicos de la génesis de*

*necesidades: la memoria (tradicción, inercia), y las visiones de futuro, la utopía por algo.* El punto de tensión entre estas dos grandes polaridades delimita el primer ámbito de posibles necesidades.

*Este momento es el propio de la dialéctica memoria-utopía, al que sigue otro en el que esta dialéctica llega a vincularse con el reconocimiento de opciones con base en el desarrollo de la capacidad para construir proyectos.* En este caso, el sujeto representa una potencialidad realizada en términos de determinadas alternativas de sentido: pasa de la pura potencialidad, propia del primer momento que contiene múltiples posibilidades de sentido, a la concreción de una alternativa particular de sentido.

*Pero este momento puede estar fuertemente moldeado por factores externos (ideologías, exigencias políticas concretas, distorsiones organizativas, etcétera) que alteren su dinámica interna. Es posible que se impongan determinadas interpretaciones de la realidad, las que pueden moldear un deseo de futuro sobre lo que hay de potencial en el sujeto.* La utopía se convierte entonces en una meta externa al movimiento constitutivo de la subjetividad, pues responde a una ideología acerca de lo que significa trascender la realidad dada, en vez de ser un mecanismo de reconocimiento de la potencialidad que se contiene en dicha situación. *Nos encontramos en un momento diferente del proceso de constitución de la subjetividad: el que es propio del sujeto movilizad y que puede romper con sus potencialidades internas efectivas, pues este tipo de desenvolvimiento de la subjetividad dependerá de lo que pretenda hacer el sujeto como agente externo.* Su transformación en fuerza se hace con base en la construcción de un proyecto que es impuesto, sin que medie el desenvolvimiento de su capacidad para reconocer opciones y establecer su viabilidad.

Enfrentamos la constitución de la subjetividad en la medida en que se vincula con la dialéctica memoria-utopía, la cual se traduce en un determinado sistema de necesidades y se relaciona con la exigencia de proyectos para su resolución, con lo que se incorpora la idea de dirección en el movimiento constitutivo de la subjetividad. De esta manera

se pasa del marco interpretativo de la intersubjetividad al plano de lo político, en tanto éste involucra la necesidad de dirección del proceso constitutivo. El planteamiento de la dirección se expresa en que la constitución de la subjetividad como simple movimiento entre memoria y utopía, y entre estas dimensiones y las necesidades, propone como característica del sujeto lo que concierne a su capacidad para reconocer opciones viables, lo cual representa una transformación cualitativa del sujeto. En este marco, la subjetividad es apropiación en función de un sentido; pero en tanto no se haya traducido en prácticas, es todavía una direccionalidad potencial, ya que puede variar su sentido. La práctica, en cambio, es una dirección realizada y, por lo tanto, una determinada resolución de tiempo y espacio según determinadas opciones reconocidas y elegidas.

Cuando enfrentamos la constitución de la subjetividad (con base en la dialéctica necesidades, experiencia y utopía: NEU), sin vincularla al reconocimiento de opciones viables, esto es, en el puro momento de la dialéctica memoria-utopía, estamos en presencia de un nivel de desarrollo de la subjetividad que denominaremos el momento del *sujeto potencial*. Cuando éste madura hasta alcanzar la capacidad de reconocer opciones y construir proyectos, se transforma en el *sujeto actuante*, que también podemos denominar *sujeto como poder*.

En esta perspectiva, planteamos algunos problemas conceptuales particulares. Entre éstos, el más importante es el cuidado de imponer los parámetros de despliegue de un sujeto particular para analizar las potencialidades de otro sujeto. En efecto, ¿un sujeto se puede realizar transformándose en otro? (Un movimiento social vía un actor político; o bien, un actor político vía un actor social o de comunicación, como un periódico o una cadena televisiva.) La pregunta nos obliga a aclarar el significado mismo del concepto sujeto actuante. Si lo confrontamos con la idea del sujeto que es todavía pura potencialidad, encontramos que el sujeto es la potencialidad realizada en función de determinadas alternativas de sentido. El sentido equivale a la con-

creación o construcción de una alternativa particular de sentido, lo cual implica una selección de sentidos, aunque, desde luego, sin estar sometida a un plano de estricta racionalidad.

Sin embargo, ocurre que este *sujeto actuante* puede hallarse fuertemente influido por factores externos (ideológicos, políticos, organizativos, etcétera) que alteren su dinámica constitutiva. Ocurre que se confunde con frecuencia lo deseable (en términos ideológicos) con lo necesario; esto ocasiona que se impongan determinadas versiones de la realidad a partir de opciones que respondan al deseo identificado con la potencialidad contenida, opciones que reemplazan a esta necesidad como lo que es posible de ser potenciado. En tal situación, la utopía constituye una meta externa al movimiento constitutivo de la subjetividad; responde, más bien, a una ideología acerca de lo que significa trascender la realidad dada en vez de ser un mecanismo de reconocimiento de lo potencial contenido en la situación dada. Percibimos entonces una tercera modalidad de sujeto: la del *sujeto movilizado*, al que también podemos denominar *sujeto como proyecto*.

La consideración del sujeto como proyecto puede implicar una ruptura con las potencialidades señaladas, pues la "potencialidad" de este tipo de sujeto dependerá de lo que pretenden de él agentes externos: su transformación en fuerza sin atender a la efectiva capacidad para reconocer opciones y establecer su viabilidad, sino, más bien, a la que sea funcional para una determinada construcción social impuesta. Lo ideológicamente deseado se impone como sentido de la propia subjetividad constituyente, la cual es separada de sus mismas posibilidades de sentidos alternativos.

Todo lo expuesto puede resumirse en el planteamiento de que, en el trasfondo de las diferentes modalidades que puede asumir el proceso de constitución de la subjetividad (*sujeto potencial, sujeto actuante y sujeto movilizado*), se encuentra como categoría central del análisis la de construcción de la realidad, lo cual significa asumir la utopía como desafío para el conocimiento de la historia.

La presencia o ausencia de la memoria-utopía nos lleva a la cuestión de la historización de la utopía. Cabe formular la siguiente interrogante: ¿Cómo se siente la "utopía" por el "sujeto"? Está claro que en este nivel de discusión aparece la inclusión de dimensiones psicosociales, lo que nos obliga a establecer un vínculo entre esta cuestión y un planteamiento acerca de la subjetividad constituyente que garantice articular distintos planos de ésta, cuando menos dos: el individual y el colectivo.<sup>4</sup> En este marco, nos parece que la idea de movimiento molecular puede ser útil en la medida en que pretende abordar la cuestión de la mediación entre los dos extremos sin buscar, precipitadamente, por comodidad teórica y metodológica, una reducción hacia lo psicológico o lo social.<sup>5</sup> Lo anterior se debe a que no basta con "describir el sentimiento" que se tenga de la utopía, pues el problema reviste su verdadera significación cuando se examina si tal "sentimiento" se transforma en términos políticos; esto es, en proyectos de construcción a partir de la conversión de la utopía en necesidad de prácticas que, por definición, son siempre parte del presente.

Desde nuestra perspectiva, el movimiento molecular representa la construcción misma de la historia. Consiste en una concreta articulación entre necesidades, experiencias y utopía en determinados recortes tiempo-espaciales. En este sentido, la articulación conforma la especificidad de la subjetividad en un momento de observación, pero sin omitir la dimensión de su secuencia temporal. Es necesario aclarar el significado heurístico de cada uno de los elementos conceptuales que constituyen esta articulación: a) la necesidad es una exigencia del dándose, pues se abre a

<sup>4</sup> Distinción esquemática, pues la realidad resulta mucho más compleja, pero que indicamos a manera de ejemplo provisional. La construcción de la propuesta metodológica muestra que es muy compleja y que, de hecho, ésta es una de las principales dificultades en su elaboración.

<sup>5</sup> Entre los clásicos, nos parecen muy sugerentes los planteamientos de Simmel en cuanto a la relación entre individuo y cultura, así como las ideas (que habría que desarrollar) de las tesis sobre Fauerbach; recientemente, destacan al respecto las aportaciones de Thompson en sus estudios sobre la clase obrera inglesa.

varios planos de la realidad (micro o macro como expresiones del desenvolvimiento temporal); b) la experiencia es una exigencia de lo dado, y c) la utopía es una exigencia de lo posible de darse. Pero veamos con más detenimiento al *dándose* como ruptura del presente.

El *dándose* puede concebirse en función de un futuro o no, según el peso de los componentes de la relación presente-futuro. En efecto, el presente puede contener su futuro como deseable, o bien como un posible o un imposible. Lo deseable determina relaciones del presente con el pasado: el pasado puede constituir una versión, o interpretación, de lo dado como definitivo, o bien en el que lo dado puede asumir un carácter de *dándose* como simple repetición del pasado.

Por su parte, lo posible determina relaciones del presente con el pasado como simple memoria, pero no de manera estática o inhibitoria, sino como mecanismo de fuerza que potencia el presente. En tal caso, el *dándose* sucede en el despliegue de lo dado como apertura hacia lo nuevo; lo que puede suponer ya sea continuidades o, lo más probable, discontinuidades respecto al pasado. En cambio, lo imposible determina relaciones con el pasado como versión, o interpretación, completa y única de lo dado como posible de darse.

Lo anterior se relaciona con el problema de la historicización de la utopía, pues el futuro como deseable, o bien como posible o imposible, conforma distintas modalidades del movimiento molecular. Las dinámicas constructoras de historia pueden reducirse a un "estado fundante" (en la acepción de Alberoni), o puramente emergente y coyuntural (en la acepción de Rosa Luxemburgo), o bien reconocer una traducción de la concepción de futuro en términos políticos, o sea, de proyectos (en la acepción de Gramsci).

La necesidad representa un modo de concreción del vínculo entre lo micro-cotidiano-individual y el contorno que le sirve no sólo de contexto sino de espacio y que, en tanto le es ajeno, constituye parte de sus desafíos. En cambio, la experiencia es la decantación, como vivencia, de un derrotero conformado entre determinados parámetros de

tiempo y espacio; por supuesto, desde la realidad del presente, puede abrirse hacia otros derroteros según diferentes parámetros, o bien repetir los mismos en función de una idea de presente atrapada en el pasado. Por su parte, la visión de futuro es una referencia a un ámbito de realidad de vida posible que tiene una discontinuidad respecto a la realidad cotidiana.

De este modo, la necesidad, la experiencia y la visión de futuro, o utopía, conforman mecanismos de articulación entre los planos micro o macro sociales en tanto representan diferentes modos de apertura de la situación más particular del sujeto: la necesidad —de una situación dada de presente; la experiencia desde el recuerdo de un pasado; y la utopía, desde una articulación presente-futuro. Es decir, de una situación de producto, una situación de causa y potencialidad, respectivamente. En este sentido, la necesidad conjuga pasado y futuro, es la bisagra de la apertura hacia el pasado y el futuro que depende de la situación de ambos en el presente, de la experiencia de presente que es función de la relación pasado-futuro.

De ahí que a lo micro tengamos que concebirlo como el presente vivido y a lo macro como la línea de pasado-futuro percibida como un contorno de posibilidades. Ésta es la dinámica de la subjetividad como campo problemático, conformada a la vez por la concreción y el despliegue del presente en tanto apropiación de la situación de vida (la cual entendemos constituida por el trabajo, la cotidianidad, la familia, que apuntan a distintas bases desde las que tiene lugar la apropiación).

Si entendemos la constitución de la subjetividad a partir de los mecanismos anteriores (que podemos sintetizar en la dialéctica memoria-utopía), se plantean diversos problemas que deben ser develados para su comprensión. La subjetividad la concebimos como una capacidad de apropiación centrada en la construcción de realidades, lo que supone una determinada articulación de tiempos y espacios. En esa medida, puede expresarse en distintos recortes, esto es, en diversos contextos. La apropiación-construcción se objetiviza en su misma especialización.



Sin embargo, en la medida en que ésta puede tener lugar en diversos recortes, da pie a diferentes modos de concreción de la objetividad del sujeto.

El modo de apropiación de lo real conforma lo sentido por el sujeto, en la medida en que la apropiación se haga en función de una determinada articulación entre pasado (memoria) y un futuro deseable (utopía). En todo colectivo se pueden observar ciertos "anudamientos" que vinculan estas dimensiones. Su ponderación en las prácticas del sujeto determinará las potencialidades de éste. En efecto, toda práctica conecta pasado y futuro en su concreción presente, ya que siempre se mostrará una doble subjetividad: como reconstrucción del pasado (memoria) y como apropiación del futuro, donde la constitución del sujeto depende de la articulación de ambas. Por ello, la subjetividad contiene una direccionalidad potencial según la dimensión sobre la que descansa la apropiación de la realidad.

En el estudio de las dinámicas constitutivas, debemos reconocer que los individuos ubicables en una identidad mayor participan de una complejidad de relaciones e interacciones (familia, vecindario, comunidad, etcétera), que no son ajenas a la constitución de una subjetividad compartida. No se trata de que la relación se vaya negando para superarse en una identidad mayor, más bien las relaciones se moldean, se reformulan e incluso se orientan, pero permanecen como parte de esas micro dinámicas que constituyen la subjetividad social. Se debe respetar la especificidad de los comportamientos individuales y colectivos, sin incurrir en reduccionismos con pretensiones explicativas. Antes que nada enfrentamos el clásico problema de tener que entender el plano de la subjetividad social como una articulación entre lo individual y lo colectivo.

En efecto, lo que se puede definir como la dimensión colectiva de los individuos no es una realidad dada en términos de una estructura social y/o de valores, sino más bien una realidad que reconoce sus propias posibilidades de realidad objetiva; posibilidades que dependerán de la naturaleza del núcleo de lo colectivo (familia, comunidad,

región, tipo de unidad productiva y estructura de clase). De ahí que definir lo colectivo como exclusivo de un plano de la realidad represente un corte arbitrario que elimina las otras modalidades en que se puede manifestar lo colectivo. Pero también porque esa fijación de su realidad en un plano particular significaría perder la posibilidad de entender la complejidad oculta detrás de los distintos núcleos de lo colectivo, reduciéndolo a un producto predeterminado según preferencias teóricas o ideológicas (clases, regiones, etcétera), pero sin llegar a comprenderlo como un proceso que transforma la subjetividad del individuo según sea la naturaleza del núcleo que sirva de apoyo a la constitución de la subjetividad social.

### *Cuestiones metodológicas*

La dificultad de teorizar a los sujetos sociales reside, principalmente, en resolver la posibilidad de reflejar adecuadamente su naturaleza de proceso, pues, como hemos observado, la tendencia ha sido definirlos como productos históricos y no como productores. Sin las exigencias del movimiento, el análisis de la subjetividad termina por reducirse al ámbito de sentido que impone el discurso cuya visión de la realidad actual y de su devenir se ha convertido en el marco de referencia único y, en consecuencia, obligado.

En tanto productores, los sujetos revisten la dimensión de su potencialidad, lo cual obliga a amplificar el concepto mismo de lo que entendemos por objetividad. En esta línea se plantea la necesidad de relacionar el concepto de realidad, en cuanto objetivación que resulta de las prácticas sociales, con la capacidad de los sujetos para reconocer opciones de viabilidad (a lo que no son ajenas sus representaciones simbólicas).

Ahora bien, la conceptualización del sujeto como una relación entre producto y productor implica entender que la concreción de la subjetividad social, en distintos pará-

metros de tiempo y espacio, supone una particular relación de lo dado con sus posibilidades de devenir, lo cual plantea la necesidad de rescatar la influencia de las concepciones de futuro del sujeto sobre la dinámica constitutiva; pero también de cómo la situación de presente, o dada del sujeto, puede ser bloqueada, o bien potenciada, según sea el papel que cumpla la memoria histórica del sujeto. Esto es, cómo la utopía y la memoria se transforman en necesidades del sujeto, y cómo a su vez éstas se traducen en prácticas.

Lo anterior plantea dos cuestiones: una teórica y otra metodológica. En la primera enfrentamos la tarea de analizar cómo está presente la necesidad del futuro en la relación entre presente y futuro, que, a su vez, nos remite a la cuestión de cómo la memoria y/o la utopía sirven de base a la constitución de las prácticas. Por su parte, la metodología se obliga a complejizar las coordenadas de observación, pues ésta no puede reducirse al plano de las manifestaciones empíricas del problema ya que debemos ubicar al sujeto en su momento histórico, aquél en que se incorpora toda la riqueza de sus múltiples coordenadas de observación. Complejidad de momento que se expresa en la simultaneidad entre distintos tiempos y espacios, los cuales no pueden dejarse de lado en tanto el momento histórico ubica el problema en su contexto de articulaciones.

En efecto, la concepción del sujeto como proceso obliga a considerar su despliegue en el tiempo, lo cual, a diferencia de las eclosiones que un conglomerado social puede experimentar en un momento dado, obliga a incorporar los contextos en que el sujeto se especifica, tanto en sus dinámicas como en sus demandas. Por eso nos parece válido recuperar la noción de coyuntura en cuanto establece una diferencia entre un simple hecho empírico y un acontecimiento. El primero no traspasa los límites temporales del evento, mientras que al segundo lo caracteriza su transformación en una tendencia histórica. De ahí que el despliegue temporal no esté mediado solamente por momentos, en cuanto recortes de observación, sino que los momentos son también expresiones de la propia dinámica consti-

tutiva del fenómeno; por ello, lo que subyace en el despliegue es la dialéctica producto-productor del mismo sujeto social.

Por consiguiente, es necesario distinguir varios planos en el recorte de observación: a) el nivel morfológico, que corresponde a lo que propiamente es el nivel de enunciación de un tema con sus límites conceptuales pues éste, por definición, es difuso; b) el nivel problemático, que corresponde a la transformación del tema del sujeto en un campo problemático y en consecuencia, en tanto el campo problemático puede contener diferentes modalidades de concreción del sujeto, resulta más dinámico que el primer nivel de observación, y c) el nivel de cierres conceptuales posibles del propio campo problemático, que corresponde a la transformación del problema-sujeto en un objeto que refleje, lo más articuladamente posible, su naturaleza dinámica.

De lo anterior se desprende la necesidad de revisar el manejo de los parámetros de tiempo y espacio, pues lo importante es el despliegue del fenómeno. En cada uno de los niveles de observación anteriores se reflejan distintas modalidades de concreción que plantean, a su vez, diferentes posibilidades de contenidos. En este sentido, debemos tener claro que la manera en que se construye el sujeto como objeto de estudio dependerá de la función que se espera cumpla el conocimiento; esto es, de la opción de futuro que determina al investigador, ya que el objeto será función del dinamismo —o bien de su ausencia— propio del recorte de observación que el investigador delimite.

Si lo que importa es el despliegue del fenómeno, en vez de limitarse a un estado particular en que asume la condición de producto histórico, la conceptualización de la subjetividad es parte del esfuerzo de apropiación del tiempo y espacio: es la historización como mecanismo que actúa sobre lo potencial. El tiempo deviene en constitución de sentido de la construcción social, por lo que preferimos hablar de ritmo más que de temporalidad abstracta y externa al sujeto. Sin embargo, en la medida en que el tiempo es constitución de sentido de construcción, el espacio es

la materialización del tiempo en términos de distintos tipos de prácticas orientadas a construir el presente por parte del sujeto.

Algunas implicaciones particulares presentes en el intento por captar los procesos constitutivos de los sujetos, se relacionan con la necesidad de dar cuenta de la relación entre lo dado y lo dándose, entre lo determinado y lo indeterminado en la reconstrucción de las prácticas y discursos de los colectivos, para reconocer el tipo de relación que éstos establecen con la realidad.

Creemos que para avanzar en esta dirección resulta imprescindible establecer una primera diferenciación entre los tipos de contenidos que se pueden reconocer en las manifestaciones colectivas. Distinguimos fundamentalmente dos clases: *los contenidos de determinación* y *los de posibilidad*. Puesto que ambos pertenecen también a estructuras teóricas previamente establecidas, nos parece necesario discutir su relación.

*Los contenidos de determinación se refieren a situaciones estructuradas, mientras que los contenidos de posibilidad aluden a situaciones de potencialidad susceptibles de estructurarse si se entiende la perspectiva de su despliegue temporal.*

Los contenidos de posibilidad incorporan lo real no como objeto denotado, sino como experiencia-conciencia connotada en las representaciones simbólicas. La conjugación de ambos tipos de contenidos permite cuestionar las situaciones estructuradas, es decir, problematizar lo dado en tanto se conforma por experiencia-conciencia de construcción de realidades. La incorporación de los contenidos de posibilidad se pueden lograr a través de las representaciones simbólicas, las cuales permiten, además, enriquecer el contenido de las teorías. En efecto, su contribución consiste en incorporar más realidad, una realidad que se plantea como necesaria de apropiarse, pero no en el sentido limitado de un objeto de explicación, sino como lo posible de imaginarse como nueva historicidad.

Como una anticipación que sirva de umbral al inicio de un giro en la reflexión epistémico-metodológica se pue-

de sostener que el estudio de los sujetos sociales supone cuestionar el paradigma fundado en las relaciones de determinación, en la medida en que el concepto de subjetividad constituyente no se puede resolver exclusivamente como un producto de procesos anteriores, sino que requiere considerar su dimensión de productor. Por eso, el problema de la "objetividad" asume un carácter más complejo que si lo circunscribiéramos a la relación de causa-efecto, o bien de determinación. No se puede negar que tal dimensión está presente, pero sólo como una entre otras, de manera que si se aísla del resto de las exigencias cognitivas se incurriría en un análisis reduccionista o de naturaleza unilateral.

### *Nuevas dimensiones de la objetividad*

Si por subjetividad social constituyente entendemos la capacidad para construir sentidos, ello supone una construcción de realidades en diferentes tiempos y espacios. Pero, en la medida en que la construcción de realidades pueda asumir estas características, significa que la subjetividad social puede concretarse en distintas modalidades de sujetos sociales. Desde esta perspectiva, la constitución de sujetos representa modos de apropiación de la realidad con base en la construcción de sentidos, lo cual nos remite al problema del reconocimiento de opciones.

En este marco se plantea que uno de los desafíos en la construcción de conocimiento reside en reconocer opciones potenciales, pues la realidad debe concebirse como conjunto de posibilidades objetivas susceptibles de potenciarse a través de proyectos, lo cual obliga a una forma de razonar que consiste en abrirse a la realidad, como aquello indeterminado, para reconocer estas opciones objetivizables.

El sujeto social será realmente activo si es capaz de distinguir entre lo que resulta viable y lo que es puramente deseable; aunque dotar de sentido a las prácticas sociales

no significa asegurar su capacidad para construir opciones y viabilizarlas. Sólo en el plano de la experiencia puede reconocerse la posibilidad de transformación de la realidad porque la noción de experiencia da cuenta de la objetivación de lo potencial; es decir, de la trasmutación de lo deseable en posible, dando lugar a que la utopía se convierta en proyecto mediante el cual se pretende imponer una dirección al presente o situación dada.

No obstante, para resolver la viabilidad, resulta imprescindible determinar el contexto en el que se ubican los sujetos sociales, mediante la reconstrucción de la trama de relaciones que conforman su realidad concreta de sujeto: el conjunto articulado de relaciones que se corresponde con procesos de diversa índole, cuyas manifestaciones transcurren en distintos tiempos y espacios. Este grado de complejidad hace indispensable un estricto control de los condicionantes teóricos, ideológicos y de experiencia durante el proceso de análisis, pues es factible que inspire sesgos en el momento de la conceptualización.

Se trata de impulsar una discusión metodológica centrada en la idea de conjugar objetividad y sentido de realidad, en tanto el análisis siempre responde a ángulos de lectura que representan diferentes finalidades del conocimiento de los sujetos. Es lo que consideramos que constituye la pertinencia del conocimiento, en cuanto capacidad de reconocer opciones, y que nos enfrenta con la responsabilidad de proporcionar a los movimientos sociales instrumentos de diagnóstico que cumplan la función de estimular su autocrecimiento; de ahí que el conocimiento sobre los movimientos sociales deba su pertinencia a lo que se busca impulsar con estos movimientos.

### *Conocimiento y praxis*

La incorporación del sentido obliga a considerar la relación de conocimiento y praxis como dimensión del propio conocimiento. Nos coloca ante la tarea de tener que resolver cuestiones metodológicas propias de la praxis

como dimensión del conocimiento. La idea de praxis trasciende a la experiencia puramente cognitiva, ya que se refiere a las necesidades del hombre. Si se diera una relación entre el conocimiento y la praxis, esta última definiría la pertinencia de aquél, de manera que la profundización del conocimiento fuera concomitante con el de la praxis en la medida en que determina la necesidad de su propio conocimiento.

Por otra parte, si el conocimiento se circunscribiera a los límites de la praxis que lo determina, se expondría a una peligrosa deformación en cuanto tributario de los problemas más inmediatos, pero que pueden no ser los más significativos para alcanzar un mayor desarrollo del conocimiento. Es el caso del pragmatismo que, en oposición al "praxismo", vinculado a una exigencia de totalidad (lo que no significa una interpretación total, definitiva y autorreferida de la realidad sino, más bien, una necesidad de inclusiones necesarias), disuelve el conocimiento en la vorágine de la inmediatez de los problemas que se van sucediendo. En cambio, la praxis nunca está restringida a un objeto particular-dado, sino que alude de manera directa o mediata a un contexto articulado de relaciones.

La idea de praxis, al vincularse con la de construcción, corresponde a la exigencia proyecto, por eso el análisis debe colocarse en la perspectiva de superar el plano de lo puramente intersubjetivo para remplazarlo por el propio de la dimensión política, la cual, a diferencia del anterior, se acompaña siempre de la exigencia de construcción de opciones viables; esto es, de la necesidad de dar una dirección a los procesos.

La exigencia del proyecto interesa en tanto define las relaciones sociales en el marco de sus posibilidades de transformación. El proyecto es la conciencia de construcción de futuro y la determinación de las prácticas requeridas para su logro. La realidad así concebida deja de ser ese pasado inerte para desplegarse con toda la fuerza de su virtualidad. En este marco, el sujeto se constituye en la medida en que pueda generar una voluntad colectiva (según los diferentes núcleos en que ésta puede surgir) para



desarrollar la capacidad que le permita construir realidades con una dirección conscientemente definida.

### *Esquematación metodológica*

Una síntesis de las consideraciones metodológicas esbozadas (que apuntan más a sugerir la posibilidad de un diseño antes que serlo), exige destacar los siguientes puntos como base de reflexiones:

1. La organización del análisis, a partir del supuesto del movimiento, plantea rescatar de la realidad (aquello indeterminado que nos rodea) temas sustantivos que permitan dar cuenta del movimiento constitutivo de los fenómenos particulares que interesa conocer; de ahí que se privilegie la subjetividad constituyente.
2. La subjetividad constituyente, cuando se rescate en el ámbito particular de los sujetos sociales, plantea concebir a éstos con base en la relación producto-productor que, desde el ángulo de la observación, se traduce en la necesidad de subordinar el recorte al despliegue del fenómeno en distintos tiempo-espacios.
3. De esta manera, la solución del recorte de observación debe resolverse a partir de una determinada relación entre momento y secuencia; es decir, según los modos de concreción de la subjetividad en una determinada secuencia; tiempo-espacial: a) sujeto potencia, b) sujeto actuante, y c) sujeto movilizado.
4. Las delimitaciones fijadas no pueden ocultar el movimiento interno del recorte, movimiento que expresa los modos de concreción de la subjetividad constituyente y que trasciende al recorte. En esta línea de argumentación, el tiempo se transforma de parámetro en ritmo, y el espacio de territorio en materialización del ritmo temporal del despliegue según determinados tipos de prácticas sociales. De este modo tiene lugar la transformación de los parámetros en propiedades del fenómeno para captar su despliegue. Tanto el tiempo

- como el espacio permiten comprender la articulación del fenómeno con distintos planos de la realidad.
5. El modo de concreción de la subjetividad constituye una inclusión de planos de la realidad con base en la dialéctica fundante memoria-utopía, la cual encarna una particular necesidad de realidad como necesidad de sentido de construcciones posibles. De ahí que la inclusión no se pueda reducir al marco de una lógica de determinaciones, en cuanto parte de la construcción de una relación de conocimiento que incluye otras modalidades de apropiación de la realidad diferentes a las propias de la explicación teórica; de aquí la importancia de conjugar los materiales analítico-cognitivos con otros de naturaleza simbólico-gnoseológica.
  6. De esta forma, el predominio de una exigencia de sentido sobre la lógica de determinaciones plantea el surgimiento de prácticas que, a partir de expresar al mundo conformado por la relación memoria-utopía, fundante del análisis, expresa una subjetividad que trasciende los límites de lo estrictamente intersubjetivo. En verdad, cuando las prácticas traducen un sentido desde el cual se resuelve la inserción en las condiciones externas al sujeto, la subjetividad del trasfondo pasa del plano puramente intersubjetivo (o interactivo) a otro cualitativamente diferente que llamamos político, porque implica una opción en términos de determinado sentido de construcción social.
  7. Este momento puede corresponder a un sujeto "actuante" o "movilizado", según la orientación del sentido de construcción: si representa una potencialidad de sí mismo, esto es, una capacidad de reconocimiento y también de construcción de sus propios objetivos, o bien, si se limita a responder a una meta impuesta al conglomerado social por un agente externo.

El gran desafío epistémico-metodológico que subyace a todo lo expuesto consiste en poder subordinar las discusiones con significaciones cerradas (el discurso ideológico, incluso el teórico) a un discurso de significantes orientado a cap-

tar la potencialidad de lo constitutivo como forma de recuperar, frente a cualquier problemática particular (la de los sujetos es una entre otras), el ángulo de lectura del movimiento constitutivo de realidades concretas.

### *Observación final*

Por ello decimos que detrás de este esfuerzo metodológico se pretende, mediante la significación que revisten los sujetos, enfatizar como clave teórica de las ciencias sociales el tema de la subjetividad social, pues expresa la historicidad de la realidad en tanto movimiento que transforma y se transforma pero que, simultáneamente, reviste sentido como problema siempre que se asocie a los esfuerzos por construir la realidad social desde opciones que traduzcan preferencias axiológicas derivadas de visiones utópicas, aunque con el sello de ser objetivamente posibles (en la acepción de Bloch). Es a este respecto que asume su función la construcción de conocimiento que sea pertinente a las opciones elegidas; de lo contrario, bastaría con las formulaciones ideológicas.

Si estamos de acuerdo con que hoy en día es una obligación ética buscar nuevos horizontes de vida, ello es posible solamente al desentrañar el movimiento interno que mueve las estructuras sociales. Tal es la significación que atribuimos a los esfuerzos por conocer a profundidad la problemática de la subjetividad social constituyente, así como sus manifestaciones en la variedad de sujetos sociales que se pueden reconocer en los diferentes contextos sociohistóricos.

### *Bibliografía*

Zemelman, Hugo, *Conocimiento y sujetos sociales*, México, El Colegio de México/Universidad de las Naciones Unidas (Jornadas III), 1987.

- , *El uso crítico de la teoría*, México, El Colegio de México/ Universidad de las Naciones Unidas, 1989.
- , "Razones para un debate epistemológico", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLIX, año XLIX, México, enero-marzo de 1987.
- , *De la historia a la política*, México, Siglo XXI/Universidad de las Naciones Unidas, 1989.
- , *Los horizontes de la razón*, Madrid, Anthropos, 1992.

LOS ESTUDIOS SOBRE LA CULTURA

OBRERA EN MÉXICO

-con un tiraje de 2000 ejemplares-

Se terminó de imprimir en los  
talleres de Comunicación Gráfica  
y Representaciones P.J., S.A. de C.V.  
Arroz No. 226, Santa Isabel Industrial,  
México, D.F., en el mes de marzo de 1998



Centro de  
Información y  
Documentación

Alberto Beltrán



002925

Los trabajos reunidos en este volumen subrayan la pertinencia del análisis cultural en los estudios obreros; fueron presentados y discutidos en el marco del Seminario de Estudios de la Cultura del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, en donde a partir de diferentes enfoques o ángulos de observación se desarrolla el tema de la cultura obrera: las prácticas sindicales, el mundo del trabajo, los procesos políticos, los mercados del trabajo, la reproducción social y la constitución de sujetos sociales.

Esperamos que este volumen dé cuenta de las reflexiones, coincidencias y discrepancias planteadas en ese momento.



Consejo Nacional  
para la  
Cultura y las Artes

CULTURAS POPULARES



Casa abierta al tiempo